

Lo mejor de la **CIENCIA FICCION ALEMANA**

Recopilado por

Jörg Weigand



Lectulandia

Los relatos de ciencia ficción que integran este volumen demuestran que la literatura de anticipación cuenta en Alemania con autores de primera línea, capaces de dar un sello propio al género. En ellos se combinan magistralmente la fantasía, la tensión narrativa y la crítica irónica del presente. Lo descabellado y lo arbitrario dejan paso a una narración verosímil, y así se esbozan las líneas de un futuro posible.

Los autores seleccionados proporcionan una perspectiva europea —en gran medida inédita— de la ciencia ficción, y revelan que también el viejo continente tiene mucho que decir a través de este peculiar género literario.

Lectulandia

AA. VV.

**Lo mejor de la ciencia ficción
alemana**

Recopilado por Jörg Weigand

ePub r1.0

Titivillus 24.10.15

Título original: *Lo mejor de la ciencia ficción alemana*

AA. VV., 1976

Recopilado por Jörg Weigand

Traducción: Herminia Dauer

Cubierta: Minguell

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Contenido

- Milagro en la Luna (Wunder im Mond)*, Kurt Karl Doberer, 1926
- La prueba (Die Test)*, H. G. Ewers, 1964
- Trasbordador a la Luna (Die Mondfähre)*, Kurt Mahr, 1974
- La muerte de Arquímedes (Der Tod des Archimedes)*, Walther Erwes, 1969
- El devorador de calcio (Calciumfresser)*, Herbert W. Franke, 1960
- Cuarentena (Quarantäne)*, William Voltz, 1973
- Cuatro poesías de ciencia ficción (4 Sf-Gedichte)*, Kurt Karl Doberer, 1968
- Prueba espacial (Der Weltraumtest)*, Jürgen Andreas, 1964
- Alumbramiento cósmico (Kösmische Geburt)*, Jörg Weigand, 1967
- Colisión (Zusammenprall)*, Gerd Maximovic, 1963
- Safari a las estrellas (Safari zu den Sternen)*, Ernst Vlcek, 1966
- El largo camino de la venganza (Der Lange Weg Der Rache)*, Clark Darlton, 1971
- El planeta oscuro (Der Dunkle Planet)*, Herbert W. Franke, 1970
- Los otros (Die Anderen)*, Wolfgang Jeschke, 1978
- Ceguera (Blindheit)*, Jürgen vom Scheidt, 1970
- El primer amor (Die Erste Liebe)*, Gerd Maximovic, 1962
- Apolo + 1 (Apollo + 1)* Wolfgang Jeschke, 1971
- Demasiado joven para la eternidad (Zu Jung Für Die Ewigkeit)*, Jesco Von Puttkamer, 1955

INTRODUCCIÓN

Con autores como Kurd Lasswitz (1848-1910), el filósofo soñador; Kan August von Laffert (1872-1938), el «Julio Verne alemán», y Hans Dominik (1872-1945), padre de la novela futurista técnica, junto a otros muchos autores de perfil también muy acusado, el mundo de habla alemana puede enorgullecerse de poseer una considerable tradición en el campo de la literatura técnico-utópica. Aunque poco conocida internacionalmente, la ya casi incalculable invasión de fantasías futuristas aparecidas en lengua alemana entre las dos guerras mundiales constituye buena y amplia base para el desarrollo de las tendencias modernas de la narración utópica, de la ciencia ficción, en Alemania.

Cierto es que, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, volvieron a aparecer los primeros títulos de carácter fantástico, pero el verdadero desarrollo de una propia ciencia ficción en lengua alemana no empezó hasta mediados los años cincuenta. Surgieron entonces las primeras series de ciencia ficción en forma de cuadernos, que dieron a conocer este tipo de literatura a un extenso sector de público. No tardaron en llegar, también, traducciones de obras americanas, inglesas y, en algún caso, francesas, y parte de los autores alemanes adoptó el estilo americano, eligiendo incluso seudónimos de fonética inglesa.

La publicación de la primera revista, titulada Utopia, marcó un hito en la evolución de la ciencia ficción alemana. Fue dirigida por el entonces traductor circunstancial Walter Ernsting, quien después se convirtió en fundador del Fandom alemán. Esta revista apareció entre 1955 y 1959 en un total de veintiséis ediciones. Por vez primera, los autores noveles tuvieron ocasión de publicar historias utópicas breves, tan importantes en el terreno de la ciencia ficción. Buen ejemplo del carácter romántico de los autores de la época es la obra titulada Demasiado joven para la eternidad, de Jesco von Puttkamer, que incluimos en nuestra selección.

La ingente cantidad de series de novelas publicadas en forma de cuadernos o libros de bolsillo fue la causa para que los escritores se concentraran más y más en esta clase de argumentos. Era un mercado de consumo que no fallaba. La narración breve perdió interés y durante largos años mantuvo una modesta existencia en los Fanzines, las revistas de los aficionados a la ciencia ficción. Por fin, la editorial Moewig empezó a publicar también volúmenes de historias en su serie «Terra», para la que de nuevo se tuvieron en cuenta los autores alemanes. Sucedió esto a principios de los años sesenta. Ejemplo de ello son las narraciones de Jürgen Andreas, H. G. Ewers, Ernst Vlcek y W. Voltz.

Mientras tanto, y aparte de la comercializada producción de la literatura para las masas, nacía en el espeleólogo y físico austriaco Herbert W. Franke un talento que hoy es situado por muchos, en cuanto a calidad, en el primer lugar de la ciencia ficción alemana. En Franke se aúnan la exactitud del científico naturalista y la fina sensibilidad del esteta. Con la publicación de su primer volumen, en el año 1964, se

inició una nueva etapa en el desarrollo de la ciencia ficción alemana. La literatura fantástica, importada originalmente de los países anglosajones, adquiría con Herbert W. Franke una categoría distinta.

Desde entonces, la ciencia ficción alemana se caracteriza por dos factores. El primero lo constituye la serie Perry Rhodan. Creada en 1961 por Karl-Herbert Scheer y Walter Ernsting (éste bajo el seudónimo de Clark Darlton), alcanzó ya a poco de su aparición unas tiradas sorprendentemente elevadas y, con las setecientas historias que —más o menos— se han publicado hasta hoy, la edición total mundial se eleva a bastante más de los cien millones de ejemplares. La extraordinaria demanda, que lleva aparejada la necesidad de contar con un suministro regular para las novelas por entregas, hizo que buen número de autores jóvenes se dedicara sólo —o casi exclusivamente— a ellas. Esta modalidad del serial contribuyó a que el nivel literario de las obras no fuera muy alto. Los autores se convirtieron en verdaderas máquinas, el terreno de la narración breve resultó descuidado y también la novela única salió perjudicada.

El segundo factor es el siguiente: las grandes editoriales habían descubierto la ciencia ficción, y allí se presentó una oportunidad para aquellos autores que no podían o no querían someterse a las obligaciones de semejante producción en serie. Las antologías y también las revistas ofrecían y ofrecen aún la posibilidad de publicar narraciones breves de este tipo, lo que significó desde un principio una oportunidad para abandonar el aislado mundo de los Fanzines y saltar a la fama del ámbito literario general. En este aspecto debemos destacar principalmente los nombres de Wolfgang Jeschke, Jürgen vom Scheidt y Gerd Maximovic, también representados en nuestra selección. Este último parece ser el más genial de los tres. Por ahora ha publicado poca cosa, pero sus obras alcanzan un respetable nivel.

La presente selección intenta reproducir fielmente la situación actual de las obras de ciencia ficción en los territorios de habla alemana, al menos en la medida que lo permite la narración breve. La zona de la República Democrática de Alemania no ha sido incluida, ya que exigía una antología propia. Además, semejante labor tropieza con dificultades de carácter legal. Si en nuestra selección falta algún autor famoso, ello se debe a dos motivos: o bien se trata de un típico escritor de novelas, que no se dedica a las historias breves, o sus narraciones hasta ahora publicadas no alcanzan el mínimo nivel necesario para figurar en una antología literaria, aunque «sólo» se trate de literatura de entretenimiento.

JÖRG WEIGAND

MILAGRO EN LA LUNA

Kurt Karl Doberer

Kurt Karl Doberer es ingeniero. Cursó estudios en la Escuela Superior de Estudios Económicos y Sociales de Nuremberg y en la Escuela Superior de Estudios Políticos de Berlín. Vivió dieciséis años en el exilio y se han publicado sus libros en el mundo entero.

Hacía algunos minutos que la antena direccional instalada en las anchas espaldas de mi termocoraza no recibía las señales...

Comprobé el paso de los minutos en el cronómetro, para girar en círculo. Pero el zumbador permaneció mudo. El campamento ocho no enviaba la acostumbrada serie de ondas intermitentes.

Preocupado, moví la cabeza dentro de la escafandra de plástico y acerqué la boca al micro. El leve crujido de la membrana me demostró que la ligera presión había sido suficiente para conectar debidamente el emisor... ¡Al menos me tenían que oír!

—*Hallo, hallo!* —dije, sin duda de manera algo brusca y excitada—. *Hallo, hallo!* ¡Aquí habla Dalton!

Pero todo parecía estar en orden. Apenas transcurridos unos segundos, me contestó una voz grave y tranquila:

—¡*Hallo*, aquí el campamento! Le oímos, Dalton.

Como de costumbre, no logré distinguir si era Mellton, el jefe, o nuestro técnico Maier. Supuse que sería este último.

—¿Qué ocurre con...?

—¿La señal? Ya vuelve a funcionar —me cortó Maier, contra todas las reglas. Él era así—. Hubo una interrupción en el contacto —agregó luego—. Y es que, automáticamente...

Tatiitiitií..., intervino entonces la señal. Esa sí que podía permitírselo. La señal era siempre lo primero. Me sentí satisfecho.

—Aquí todo marcha bien. ¿Quién habla?

—Soy Maier.

—Pues dile a Mellton que venga y se traiga el quemador de choque. Es mejor ir prevenidos. ¡Sabe Dios lo que nos espera en el fondo del cráter!

—*Okay!* —repuso Maier, arrastrando las vocales como hacía Mellton, de quien se le había pegado.

¡*Tatiitiitií!*, sonó de nuevo la señal.

Ya calmado, proseguí mi camino por encima de la vítrea rocalla. El chorro de luz de mi linterna, que se hundía cortante en la oscuridad, tanteaba el sendero que debía seguir. Yo lo había hecho ya jugar a un par de veces por la empinada ladera, y siempre parecían saltar miles de chispas, destellos de los más variados colores, en el lugar donde la luz rozaba el suelo.

De pronto pisé una superficie lisa como un espejo o, con más exactitud, como el acero. En mi lucha por mantener el equilibrio dirigí la linterna hacia abajo. Un cristal octaédrico despedía todos los tonos del arco iris. Cegado, intenté aferrarme en el vacío. Mis pies resbalaron y caí. Mientras me desplomaba, pensé: «Ese cristal...»

Lo primero que recuerdo con claridad es que, al seguir adelante, tambaleándome, tropezaba a cada momento con cantos prismáticos. Volví a encender la linterna, pero todo se me antojó extraño e irreal. Tuve la sensación de haber abandonado el campamento años antes.

Entonces comprendí lo que me había hecho perder el equilibrio. Era ridículo que en la Luna me hubiera sorprendido tal cosa. ¡Diamantes! Diamantes del tamaño de calabazas, nacidos en forma de octaedros de un río de carbono líquido y ardiente... Miles de toneladas de cristal yacían bajo el cielo nocturno como un mágico laberinto. Donde penetraba el fino rayo de luz, todo estallaba en mil reflejos.

Y allí permanecían esparcidas las piedras. De ser más pequeñas, cabrían en los bolsillos. Con la punta de tungsteno de mi calzado golpeé una de las caras de un diamante. Ésta no se astilló ni quedó tan siquiera señalada por un arañazo. La dura punta metálica se deslizaba suave por encima.

Apagué mi linterna. Las cinco mil relucientes estrellas del cielo negro llamaban a sus diez mil hermanos surgidos de un petrificado caudal de carbono. Una pálida luz bañaba la ladera. Una luz no separada de las tinieblas, como la que debió imperar antes de la creación del mundo...

El sistemático tic-tac del cronómetro me sacó de mis sueños. Con gesto mecánico miré la esfera del instrumento. Las veintitrés treinta. Pocos minutos más, y el sol pondría fin a esa descolorida noche. Por entre las cadenas de cristales busqué mi senda hacia arriba.

Las veintitrés treinta y cuatro. Una franja de fuego asomó al horizonte. Bastaron unos segundos para transformar la noche en día. Diez, veinte mil focos perforaron la negrura que me rodeaba. Rutilantes haces de rayos se arrojaron sobre el borde del mar de lava, y allí chocaron contra el río de nítidos cristales. Saltaron los rayos en astillas y se multiplicaron, formaron cintas de increíbles colores y se levantó impetuoso un castillo de fuegos artificiales. El sol seguía enviando nuevos ejércitos de rayos. Miles de millones de refulgentes haces se dividían en mil veces más espigas deslumbradoras, volcándose en loca orgía de chispas sobre aquellas grandiosas cataratas de luz.

Poco antes me había permitido sonreír con cierto desprecio ante la abundancia de unos diamantes que, dadas las circunstancias, no tenían valor alguno. Ahora, sus gavillas de chispas se lanzaban contra mí y deslumbrantes vorágines de colores me dejaron casi sin sentido. Aunque protegidos por los cristales de cuarzo, mis ojos parecían clavados en aquellos frenéticos remolinos de luz. Unos puntos rojos empezaron a formar palpitantes círculos en grandes aros verdes. Creí hallarme en un indescriptible paraíso infernal. Súbitamente cayó sobre mi cuerpo una lluvia de rayos blancos, de modo que tuve la impresión de haberme secado y apergaminado. Algo me quemaba, ahogaba y estrangulaba. Y ese algo penetró en las ranuras de mis ojos como un solo rayo perturbador, y allí quedó clavado como un cuchillo. Lleno de angustia quise llevarme las manos al rostro, pero caí de bruces.

Tuve la suerte de quedar de cara al suelo. Cuando recobré el conocimiento, palpé el terreno con las manos. Despacio. A través de la delgada coraza térmica que las protegía, noté las cortantes aristas de los cristales.

Recordé entonces las secas y claras instrucciones de Mellton: «Cuando el sol

oscila encima del horizonte, los diafragmas iris de las ranuras visuales deben quedar reducidos al máximo.» Y me pareció escuchar de nuevo una advertencia especial: «¡Lo mejor, Dalton, es conectar en seguida los filtros de luz!»

Mi propia experiencia acababa de dar la razón al consejo del jefe. Poco había faltado para que el aprendizaje me saliera caro. Era de esperar que, en adelante, realizara esos movimientos de forma automática.

Cuando me levanté, pude soportar mejor la luz. Pero desde donde yo estaba no tenía vista alguna. La cresta de la pared del cráter quedaba más alta. Me dispuse, pues, a trepar en diagonal la cuesta que me faltaba.

Con fatigosa respiración vi, por fin, el borde del gigantesco y ovalado cráter. Era el primer hombre, el primer habitante de la Tierra que lo alcanzaba caminando hacia el sur desde el campamento. Ahora se demostraría si los astrónomos estaban acertados en sus observaciones o no.

Mis ojos siguieron la cresta, vacilantes, y después se deslizaron hacia un extenso campo de lava, cráter adentro, para quedar prendidos en el juego de los coloreados gases que brotaban en el fondo de la enorme cuenca.

Lo que otros habían creído ver a través de los telescopios especiales de los observatorios, aquellos velos de vapor producidos por los gases arrojados, no eran, pues, alucinación de sus ojos cansados.

Allí arriba reinaba un silencio aterrador. Rocas y trozos de lava yacían ardientes, llenos de luz. Y encima de mí el inmenso vacío, sin aire, sin gas. Abajo, en cambio, en el fondo del cráter, había pulsante vida y nieblas en constante girar.

Lentamente comencé el descenso. Como en los géiseres de Islandia, ascendían de la infernal boca borboteantes vapores que, después, se extendían sobre la llanura cual jirones de gasa blanquecina. Las altas paredes del cráter formaban una especie de cuenco de leche colosal, cuyo contenido hervía amenazador.

Mi altímetro marcaba ya cuatrocientos metros de descenso. El termómetro colocado en la parte exterior de la coraza térmica había rebasado ya a la mitad de los grados que indicara arriba, en el borde del cráter, cuando estaba expuesto al calor blanco despedido por el sol. Donde me encontraba ahora, su fuerza era quebrada por tenues nubes.

Pude ver, finalmente, las partes más profundas del multicolor fondo del cráter. Sus tonalidades constituían una excepción entre la gris monotonía de la piedra lunar. Pero lo que de súbito apareció ante mis ojos me paralizó durante unos instantes. Así fue, en realidad. Un imponente géiser saltaba del fangoso y oscuro suelo, y alrededor del chorro serpenteaban y se retorcían unos horribles seres verdes.

Me apoyé en un bloque de lava para restablecer mi equilibrio. A través de mi telescopio observé aquellas criaturas. Desde luego eran asquerosas y feas, pero no era belleza lo que esperábamos encontrar en la Luna. Estudié sus detalles hasta que me dolieron los ojos, y tuve que cerrarlos sin haber podido familiarizarme con los extraños bichos.

Éstos balanceaban la cabeza ligeramente levantada y sus rojos y redondos ojos estaban clavados en el humeante manantial. Se revolcaban con placer y dejaban que el líquido ardiente cayera sobre sus largos cuerpos. Allí donde el azulado chorro les tocaba, se hinchaban pletóricos de vida, y su viscosa piel verde lanzaba metálicos destellos.

El salto dado desde la última plataforma de lava me hubiera costado los huesos en la Tierra. También los gusanos debieron percibir la ligera sacudida, pues sus cuerpos se enderezaron en actitud de expectación.

Para acercarme al borde del cráter interior, de menor tamaño, tuve que rodear el lodazal donde se movían los monstruosos animales, que con sus largos cuerpos de babosa y sus lisas cabezas de reptil resultaban cada vez más repelentes. Me dije que aquellos ojos rojizos y planos, con su aspecto turbio, no podían tener una vista aguda. Pero también era posible que yo no interesara a los verdes habitantes del fango por considerarme bocado poco apetitoso. De momento, al menos, no se metieron conmigo.

El segundo cráter, no tan extenso y más profundo, se hallaba en el centro de la gran elipse del primero, y sin duda también tenía un diámetro de mil metros. No obstante, en medio de la gigantesca boca parecía el resto de una pequeña burbuja ya reventada. Desde donde yo estaba, era fácil bajar hasta su llano suelo.

Una y otra vez apliqué cuidadosamente el telescopio a las ranuras de mi escafandra. Acababa de descubrir otra cosa. Allí abajo vivían unos seres bulbosos que formaban una dilatada colonia y permanecían quietos como bejines o estrellas de mar.

Bastante lejos de mí, un desagradable gusano verde se disponía a devorar uno de esos bulbos. En un par de saltos aterricé en el fondo del cráter interior. Avancé poco a poco a la vez que graduaba mi anteojo. La colonia de bulbos se extendía a mi alrededor, en amplio círculo.

El gusano había atacado a un tubérculo que crecía sólo en la parte alta de la pendiente. Vi perfectamente cómo le arrancaba un trozo del costado. Pero, entonces, el bulbo cobró súbita vida. De su masa parda brotaron unos tentáculos que, primero, confundí con antenas de caracol, aunque en seguida observé que la diminuta punta redonda se abría como la corola de una flor, para dar paso a algo brillante, en forma de gancho o, mejor dicho, de garra.

Esos brazos avanzaron tanteando hacia el cuerpo de la alimaña verde y se clavaron en su liso vientre. Ahora, el bulbo pareció separarse también del suelo. El gusano se combó furioso y empezó a retorcerse en todas direcciones. Su córnea o espumajante boca mordía el tubérculo y le arrancaba pedazos.

De repente se oyó un grito salvaje y desconocido. Los gases y vapores transportaron aquella voz, que llegó hasta mí a través de la niebla. Horrible, débil y, al mismo tiempo, estridente. Inmediatamente supe que aquello era un grito de muerte.

Tubérculo y gusano se habían convertido en una sucia maraña verdegrís. Imposible distinguir quién estaba agotado y quién había sucumbido.

La angustiada voz de muerte desató un eco horrísono. En el borde del cráter se alzó una ola de sonidos chillones y extrañamente gorjeantes. Debía ser la respuesta de los seres verdes del géiser. ¿Acaso iban a acudir en ayuda de su congénere?

También en las colonias de tubérculos se produjo un zumbido que iba aumentando de tono. Me pareció que los bulbos se apretaban unos contra otros. Con sumo cuidado me aproximé a un grupo de esas gelatinosas bolas de color castaño y tan redondas como raros y caprichosos hongos. Allí donde el sol las tocaba, se adelantaban unos brazos, apéndices de carne roja y veteados de gris. Entonces, los bulbos parecían pulpos o asteroideos gigantes.

¡Y de nuevo un sonido agudo, estridente! Procedía de dos tubérculos que, hinchados y rebosantes de energía, yacían al sol. Uno de ellos parecía que acabara de arrancarse del suelo. De un lado, de su vientre, salía un líquido espeso y amoratado. El sorprendente ser avanzaba hacia el otro bulbo sobre sus tentáculos enrollados, torpe como una tortuga.

Yo estaba muy cerca. Súbitamente, en la parte más alta de su espalda verrugosa, se abrió un singular ojo que hundió en mí su mirada de maldad, surgida de un cristal amarillo y refulgente. Un tentáculo se alzó amenazador y se disparó hacia el vacío. Retrocedí tambaleándome. Después de una breve vacilación, aquella criatura indescriptible volvió a dedicarse a su congénere.

Ambos tubérculos emitían constantemente unos chillidos agudos, que aturdían. Se arrimaron todavía más y montaron uno sobre el otro. De los extremos de los cinco tentáculos, que se contraían convulsivamente a intervalos, goteaba viscosa la sangre rojiazul, que llegó a formar un charco. Pegada al liso suelo de lava, se secaba temblorosa. Un centelleante estremecimiento recorrió los cuerpos de aquella especie de celentéreos lunares. Su piel tersa y tirante se tornó áspera y rugosa. Por doquier aparecieron profundas grietas, de las que brotaron humeantes surtidores amarillentos. En un mar de vapor distinguí, entre la informe masa, unos bultos transparentes que se iban cristalizando. Una pastosa y aglutinante capa celular los recubría poco a poco.

Todo volvía a pulsar de manera regular, contrayéndose para dilatarse otra vez. Una vida nueva parecía penetrar en las jóvenes formas. Con bruscas sacudidas y misterioso sonido se creaban asteroideos, cubiertos en seguida por una azulada piel protectora que empezaba a secarse en seguida.

Detrás de mí oí el ruido de algo que se arrastraba. Me volví lentamente, y me hallé ante algo que hizo congelar mi sangre en las venas y me agarrotó la garganta.

Los gusanos habían percibido el grito de muerte de su congénere. Y venían. Se acercaban en ancho frente. De las repugnantes bocas de sus oscilantes cabezas de reptil rezumaba una saliva verdosa.

Las colonias de bulbos parecieron despertar de un sueño. Vigilantes párpados se abrieron sobre ojos de amarillo cristal. Miles de tentáculos se adelantaron captatorios para levantarse luego amenazadores. Al cortante y ensordecedor grito de guerra de los gusanos, respondieron los bulbos con el agudo y monótono zumbido propio de los

mosquitos.

Me vi metido en pleno campo de batalla. Apresado entre la fila de los furiosos gusanos y el tenso semicírculo de bulbos. Sentí desconcierto y horror. Y la locura se apoderaría de mí antes de que me llegara la muerte en medio de aquella viscosa vorágine de baba y venenosa saliva. Un frío sudor bañó todo mi cuerpo.

Con las últimas fuerzas logré conectar el radiogoniómetro y sintonizar la emisora.

—¡Mellton! —chillé—. ¡¡Mellton...!!

Luego perdí el conocimiento y me derrumbé en mi coraza metálica.

LA PRUEBA

H. G. Ewers

H. G. Ewers es el seudónimo de Horst Gehrman, nacido el año 1930 en Weissenfels (Sajonia). Trabajó como periodista y maestro. A principios de agosto de 1961 huyó de la República Democrática a la República Federal Alemana, reanudando en la ciudad de Colonia sus actividades como maestro. El éxito de sus primeros pasos literarios fue tal, que pronto se dedicó por completo a su afición. Junto a numerosas novelas policíacas y de ciencia ficción, ha escrito más de cien volúmenes de la serie Perry Rhodan. La narración que presentamos, Die Test («La prueba») pertenece a Das Ende der Zeitreise («El final del viaje a través del tiempo»).

Toby Warwick tenía miedo. Dos horas antes se había separado disimuladamente de sus compañeros de clase, porque con su alboroto ahuyentaban a los animales del bosque, que a él tanto le gustaba observar. Ahora, en cambio, añoraba la presencia de sus ruidosos amigos. Pero eso no tenía remedio. Toby se había extraviado. Sin duda la señora Barlett, su profesora, habría observado ya su desaparición. Toby se imaginó durante unos momentos cómo le llamaban todos. Algo absurdo, porque era sordo de nacimiento. No era la primera vez, en sus trece años de vida, que Toby se daba cuenta de lo que le diferenciaba de los demás, pero nunca había sentido tan profundamente su desgracia como ahora.

Dentro de su mala fortuna, sin embargo, Toby podía considerarse dichoso. La gran suerte del muchacho se llamaba Gardner Warwick y era su padre, que con inagotable paciencia había ido enseñando al niño el difícil arte de leer en los labios, de modo que Toby podía asistir a la misma escuela que los chicos normales y con harta frecuencia llegaba a olvidar su incapacidad de oír.

Toby siguió un estrecho sendero. No sabía si avanzaba en la dirección acertada. Sólo estaba seguro de hallarse en los bosques casi vírgenes de las Colinas Negras y que, en alguna parte, en diez kilómetros a la redonda, corría la carretera que conducía de Lead a Newcastle. Y allí, en un aparcamiento situado a cuatro kilómetros de Lead, aguardaba el autobús escolar que había trasladado los niños desde Newcastle hasta los bosques.

Toby tenía conciencia que no todos los caminos llevaban a la carretera salvadora. Si tomaba la dirección contraria, le tocaría andar por lo menos diecisiete kilómetros para salir a la de Moorcroft-Spearfish. Y también podía equivocarse e ir a parar al triángulo de bosques que se extendía al sudoeste. Eso significaría tener que recorrer ochenta kilómetros de selva virgen sombría, montañosa y en buena parte llena de pantanos, y en realidad la distancia sería aún mayor, ya que le resultaría imposible avanzar siempre en línea recta. Por si fuera poco, dos horas más tarde anochecería.

Si Toby hubiera sabido que en aquellos instantes la señora Barlett iniciaba su búsqueda desde la carretera, ayudada por casi cincuenta muchachos, probablemente habría permanecido donde estaba. Pero, dadas las circunstancias, hizo todo lo contrario. Los animales del bosque, por los cuales se había apartado de sus compañeros, eran ahora para él la encarnación del temor y del abandono. Al no poder oír cómo se acercaban, su presencia le sorprendía cada vez de nuevo y hacía que, pese a su carácter inofensivo, le pareciesen malos espíritus. Su fantasía infantil poblaba el silencioso bosque de todos los personajes imaginables y Toby aceleró el paso más y más hasta que, por fin, quedó agotado.

Llegó como pudo hasta un pequeño calvero, y allí se dejó caer, jadeante, entre poas y sellos de Salomón, cubriéndose la cara con las manos, como si con ello apartara de sí el peligro. Pasado un rato, se fue calmando. Echó la cabeza hacia atrás y contempló el cielo. Allí arriba refulgía solitaria una estrella..., tan solitaria como él. Pero la estrella tendría pronto compañía, mientras que él permanecería incomunicado.

De súbito, los ojos del muchacho se abrieron desmesuradamente. En línea diagonal descendente se deslizaba, por el cielo, un pálido resplandor que adquirió después un brillo azulado y pareció posarse detrás de las cercanas copas de los árboles. Permaneció allí un rato cual silenciosa columna de fuego para adquirir poco a poco la forma de una flecha indicadora que destacaba refulgente contra el fondo gris del crepúsculo y disolverse de arriba abajo como una exhalación.

Toby respiraba con angustia. ¿Qué habría sido eso? ¿Una estrella fugaz? Nunca había visto un cuerpo luminoso tan claro, y mucho menos en pleno anochecer. Entonces recordó que, con frecuencia, los equipos de localización empleaban bengalas para anunciar su presencia a las personas extraviadas, y Toby quedó convencido de que todo Lead y al menos la mitad de los habitantes de Newcastle le andaba buscando. Con aquel cohete querían indicarle el camino. La esperanza dio nuevas fuerzas al niño, que echó a correr al encuentro de la ansiada salvación.

Una hora más tarde, Toby no había descubierto todavía a ningún miembro del equipo de salvamento y el abatimiento volvió a apoderarse de él. Lentamente se abrió paso entre la espesura. Cada vez le costaba más luchar contra el creciente cansancio. De pronto se movieron las ramas que tenía delante. Durante unos segundos se hizo visible la borrosa silueta de un ser humano.

—¡Aquí estoy! —chilló el muchacho, temeroso de que no le vieran.

Los arbustos se entreabrieron. Primero asomó el doble cañón de una escopeta de caza, y a continuación surgió de la semioscuridad la forma de algo que hacía ya mucho tiempo que no merecía el nombre de sombrero. Debajo de eso apareció otra cosa extraña, semejante a una maraña de estopa. Toby necesitó unos momentos para comprender que aquello era una barba mal cuidada. El aspecto del individuo hizo que se arrepintiera de haber delatado su presencia. La gente de Newcastle hablaba mucho de delincuentes que tenían su escondrijo en las Colinas Negras, y la idea que Toby se había formado de uno de esos bandidos correspondía exactamente al tipo del desconocido.

Entretanto, el hombre se aproximaba al niño. El olor a aguardiente y tabaco de mascar que despedía no contribuyó, ciertamente, a inspirarle más confianza.

—¿Qué haces aquí? —rugió una voz procedente del negro agujero que se abría entre la pelambre que cubría la parte inferior de la cara, desde la nariz de ave de rapiña.

Toby tuvo dificultad para leer las palabras en aquellos labios.

—Yo... yo busco... —tartamudeó, aunque se corrigió en seguida—: La gente de Lead y Newcastle me buscan. Seguramente llegarán de un momento a otro. No hace mucho, vi la bengala...

El muchachito confiaba en que el hombre se asustara y pusiera pies en polvorosa, pero no fue así.

—¡Ah...! —dijo el desconocido, a la par que bajaba el arma—. Conque te buscan, ¿eh? ¿Te has escapado? —añadió, alargando las palabras.

El hombre avanzó y Toby retrocedió temeroso. Pero el otro fue más rápido y le agarró por el cuello de la camisa.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Nada de escabullirte, amiguito! ¿Crees que los vecinos de Lead y Newcastle no tienen otras cosas que hacer que correr detrás de ti?

El viejo sonrió de pronto, y Toby sintió casi cierta simpatía por él, lo que le hizo suspirar de alivio.

El hombre guiñó los ojos en una pícaro mueca.

—De modo que tenías miedo de mí... ¡Ja, ja, ja! Desde luego, el viejo Lister no está muy presentable. Pero eso sería mucho pedir de un guardabosques, ¿no te parece?

Toby experimentó un sentimiento de alivio. ¡Era Lister, el guarda! En Newcastle ya había oído hablar de él. Propiamente era el mismo Lister quien se había nombrado guardabosques, ya que no existía designación oficial alguna, pero como el hombre no pedía dinero a cambio ni causaba daño, se le toleraba de manera tácita. Y lo cierto era que más de un caminante solitario que se había perdido le debía la vida.

Toby observaba atento su boca, para no perderse ni una sola palabra. Pero de pronto, su mirada se desvió. Detrás del viejo Lister acababa de percibir otro movimiento. El guardabosques demostró ser hombre de ojo avizor, porque observó en seguida el cambio de expresión en el rostro de Toby. Se volvió con brusquedad y quedó aterrado al ver la extraña aparición que oscilaba ligeramente en la oscuridad y destacaba pálida contra la negrura de la maleza. Toby había oído hablar mucho de fantasmas, aunque no creía en ellos. Ahora, sin embargo, las viejas historias de miedo de Mammy Rahel parecían haber adquirido vida.

Lo que allí permanecía inmóvil, no era hombre ni animal. Toby tuvo la impresión de que era un capullo de gusano de seda que flotaba a poca distancia del suelo, compuesto de hilos indescriptiblemente finos, blancos y además fluorescentes... Sólo que se trataba de un capullo de dimensiones gigantescas, ya que al menos medía un metro de largo y veinticinco centímetros de ancho.

Estaban tan asustados que ni el chico ni el anciano guardabosques se atrevían a moverse. Finalmente, cuando del centro de la sedosa cubierta surgieron poco a poco tres largos tentáculos o tubos, del grueso de un dedo, que se movían de un lado a otro como si el viento los meciese, Lister salió de su estupor. Con gesto decidido alzó la escopeta y apuntó contra la misteriosa figura. Pero no apretó el gatillo. Por lo visto, no sabía en qué categoría de espíritus incluir aquella aparición.

Pero también el fantasma vaciló. De momento volvió a introducir sus miembros, o lo que fueran, en el capullo, y en su lugar asomó una masa rosada y pulsante. Toby observó, con mirada desorbitada, cómo la reluciente masa iba adquiriendo forma de boca casi humana. Los «labios» se movieron, pero el muchacho estaba demasiado sorprendido para leer algo en ellos. Tampoco Lister reaccionó. Entonces, la aparición

debió perder la paciencia, porque comenzó a acercarse al anciano con boca súbitamente inmóvil. Lister no supo ya qué hacer y disparó.

Toby vio el fogonazo y el humo producido por la pólvora. Comprobó asimismo que la figura se tambaleaba, aunque con asombrosa rapidez volvía a recobrar el equilibrio. Y de nuevo se movieron los labios, de forma que el niño pudo descifrar al fin una palabra.

—*¡Tatvamahsi!*

Toby no entendió el significado de aquella expresión. Absorto, siguió con los ojos clavados en la extraña boca. Dos veces repitió la misma palabra. ¿Qué pretendía con ello aquel extraño ser? El muchachito buscó al viejo con la mirada... y quedó horrorizado. Dio un grito ahogado, y cayó sin sentido.

Aun así, la terrible visión le acompañó en su inconsciencia.

¡La imagen de un hombre que se transformaba en un convulso bolo gelatinoso!

Cuando Toby Warwick despertó, estaba bañado en sudor. Notó que su cuerpo temblaba y supo en seguida que tenía miedo de algo espantoso. Sin embargo, no logró recordar de qué se trataba. ¿Le había martirizado alguna pesadilla? El muchacho buscó a tientas la lamparita de la mesa de noche, pero no la encontró. En cambio, sus dedos chocaron contra una cosa fría que se escurrió al momento.

De súbito se encendió una luz. Cegado por ella, Toby no se dio cuenta de que se aproximaba una figura blanca. La vio sólo cuando estaba ya junto a su cama. Instintivamente, Toby se estremeció. Aquella figura le había traído un recuerdo confuso. Sus ojos se deslizaron hacia arriba por la blanca superficie. El rostro rosado de una enfermera le miraba sonriente.

—¿Qué, por fin despertaste, pequeño fugitivo? —leyó Toby en sus labios.

El niño arrugó la frente. ¿Fugitivo él? No acababa de comprenderlo...

—¿Dónde..., dónde estoy? —musitó.

—En el hospital, Toby. Pero no temas, que no tienes nada de particular. Únicamente estás todavía un poco agotado, lo que no es de extrañar, después de tanto correr de un lado a otro.

—¿Yo de un lado a otro...?

—Ahora debes descansar, muchacho.

La enfermera barrió en silencio los fragmentos de un vaso roto. Él lo habría tirado al suelo sin darse cuenta. Poco después, la enfermera se acercó a la cama con un nuevo vaso de agua en el que echó unos polvos blancos, y se lo ofreció a Toby:

—Bebe esto, pequeño, y verás cómo sientes alivio.

El chico obedeció y vació el vaso de un solo trago, pues de pronto sentía una sed abrasadora. La enfermera dijo entonces:

—Ahora sé bueno y vuelve a echarte, ¿eh? Yo no tardaré en estar otra vez contigo.

Toby hizo un mohín de disgusto. Aquella enfermera le resultaba empalagosa. ¡Al fin y al cabo tenía ya trece años! Se recostó en la almohada y cerró los ojos, dispuesto a no abrirlos cuando regresara la mujer. Pero no necesitó llevar a cabo ese propósito porque, mucho antes de que volviera la enfermera, Toby dormía profundamente.

De momento, el chico no supo qué le había despertado. Un rostro delgado y enérgico, con gafas de concha, se inclinaba sobre él.

—¿Me entiendes, Toby? —pronunciaron los labios.

El muchacho asintió, todavía un poco amodorrado.

La cara desapareció para retornar a los pocos instantes.

—¿Quién es usted? —preguntó Toby.

—Soy el doctor Berull, hijo. ¿Crees tener suficiente fuerza para levantarte?

—¡Quiero volver a casa, con papá! —declaró el niño, enérgico.

El rostro se movió de arriba abajo, en un gesto afirmativo.

—Claro que sí, Toby. Puedes irte en seguida. Sólo que... —evidentemente, el médico buscaba las palabras adecuadas— ...hay unos señores, muy amables por cierto, que desean hablarte antes. ¿Harás el favor de atenderles?

Toby asintió de nuevo. Conocía de sobra a los mayores para saber que una negativa no iba a servirle de nada. Se vistió con prisa, una vez que el doctor le hubo ayudado a salir de la cama. El muchacho tenía prisa por salvar el último obstáculo que le separaba de su padre, porque lentamente, y de modo incompleto, volvían a su memoria los sucesos de las Colinas Negras.

Cuando el doctor Berull le hizo cruzar una puerta que daba a un despacho, Toby experimentó un desengaño. No se había hecho una idea concreta de esos «amables señores» que le aguardaban, pero sí confiaba en que su aspecto fuese un poco extraordinario. Pero nada de eso. Se trataba de tres señores de cierta edad y cara bondadosa que, en primer lugar, se interesaban por las revistas que tenían extendidas delante. El muchacho permaneció cosa de un segundo en la habitación sin que le hicieran caso, y se sintió pequeño e insignificante.

Por fin, el mayor y más grueso de los tres dejó la lectura y miró a Toby con sus ojos claros, de mirada franca.

—¡Ah, ya tenemos aquí a nuestro fugitivo! —exclamó, a la vez que alargaba la mano para coger a Toby y hacerle sentar en un cuarto sillón.

También los otros dos señores dejaron sus revistas y sonrieron al niño con benevolencia, aunque de manera un poco enigmática.

—Ante todo, vamos a presentarnos —dijo el más viejo—. Yo soy Ray. Ray Stinson. Tío Ray para ti, y estos señores —añadió, señalando con un ligero gesto de la mano a sus acompañantes, que hasta entonces no habían abierto la boca— son Joe Welsh y Rex Hine. Y tú eres Toby Warwick...

Lo último fue más una constatación que una pregunta. No obstante, Toby contestó con un vacilante «sí, señor».

—¡Tío Ray! —le corrigió el hombre grueso, que se reclinó comodón en su

butaca, hizo salir azulados aros de humo del cigarro y volvió a enmudecer. Toby, nervioso, se escurría de un lado a otro de su asiento. Ansiaba poder relatar lo vivido en el bosque.

—Pues bien... —el tío Ray reanudó la conversación—. Cuéntanos ahora todo lo que ocurrió desde que te extraviaste. Pero procura hacerlo de forma ordenada.

Por vez primera apareció una chispa de interés en los ojos de sus compañeros. Pero Toby estaba demasiado excitado para fijarse en ello. Empezó a explicar sus aventuras. Al principio, con inseguridad y haciendo muchas pausas. Luego, las palabras brotaron de sus labios como un torrente. Sus oyentes demostraban atención y paciencia. Sólo cuando, al término de su relato, volvió a tartamudear un poco, intervino el tío Ray con un carraspeo:

—Está bien, muchacho... Conque el señor Lister disparó con su escopeta contra el... el espíritu. ¿Sabes si le dio?

Toby hizo un gesto de afirmación, pensativo.

—Creo que sí. El fantasma o lo que fuera se tambaleó unos instantes, pero el tiro no pareció haberle hecho daño.

—¡Claro, a un espíritu poco puede importarle que le suelten un balazo o toda una andanada de perdigones! —rió uno de los hombres.

—¡Cállese, Joe! —le increpó Ray Stinson—. Continúa, muchacho. ¿Qué más sucedió?

—Pues... —prosiguió Toby con voz temblorosa—. Entonces gritó algo... y, de pronto, el... el guardabosques desapareció.

—¡Ah! ¿Adónde se fue el viejo Lister? —inquirió Ray, inclinándose hacia el muchacho.

Toby sacudió la cabeza.

—No se marchó. Eso puedo jurarlo. La maleza era tan espesa, que le hubiera costado trabajo abrirse camino. Desapareció, simplemente. Pero allí donde él había estado, quedó una... una...

—Una masa gelatinosa de color verde —le ayudó el tío Ray.

El chico miró a Stinson con reproche.

—No era una masa, sino un *bolo*, un bolo de un metro de altura, más o menos, y el cañón de la escopeta asomaba un trozo de esa forma rara.

—¡Exactamente lo que nosotros encontramos! —intervino el hombre llamado Joe—. ¡Pero un ser humano no puede convertirse así como así en un bolo de gelatina! ¿Estás seguro de que ese «espíritu» no llevaba un arma en la mano?

—¡Si no tenía manos! —repuso Toby, molesto.

Joe lanzó un suspiro.

—Está bien... Quizá carecía de manos, como tú afirmas. Sin embargo, algo tuvo que hacer...

—Sólo dijo una palabra. Nada más. Lo leí claramente en su boca.

—¿Y qué dijo?

Tres pares de ojos se clavaron en el muchacho.

—A ver... *Ta...*, *ta...* No, no era eso. *Takamah...* ¡Ya lo tengo! La palabra era *tatvamahsi*.

Mientras intentaba recordar tan extraña expresión, Toby había cerrado los ojos para concentrarse mejor. Después, cuando los abrió, creyó morir de espanto. Los tres hombres habían desaparecido. En su lugar, los sillones estaban ocupados por tres bolos de una gelatina verdosa.

El muchacho fue incapaz de mover ni un dedo. En cambio, chilló. Chillaba todavía cuando el médico se presentó en compañía de dos enfermeras. También éstas empezaron a gritar. El doctor fue el único que, aun con visible esfuerzo, logró dominarse y agarrar el teléfono.

—¡Habla de una vez! ¿Qué ocurrió en el despacho del hospital? ¿Qué les hiciste a mis tres hombres?

La voz del desconocido era dura y amenazante. Todo lo contrario de la del desdichado tío Ray. Pero Toby no era capaz de distinguirlo, aunque por el rostro congestionado del inspector comprendió que estaba fuera de sí. No había duda: echaban la culpa a Toby de los misteriosos sucesos. La presencia de seis policías armados hasta los dientes era suficientemente elocuente.

Toby se echó a llorar. Ni siquiera recordaba con claridad cómo le habían transportado desde el hospital. ¡Pero él era inocente! ¿Sí...? ¿Lo era en realidad? Poco a poco, Toby fue comprendiendo la situación, lo que le hizo aún más obstinado.

El inspector golpeó la mesa con una regla. Luego dio media vuelta bruscamente y agarró a Toby por el cuello de la camisa.

—Amigo —comenzó—, voy a decirte una cosa. ¡O bien me explicas en seguida todo lo ocurrido, sin pérdida de tiempo, o te encerraremos en nuestra celda más oscura!

El inspector Thorcraft no era el monstruo por el que Toby le tomaba. Pero el hombre había llegado al límite de su resistencia. Lo que acababa de pasar le parecía tan horrible, tan escalofriante, que no por ser policía estaba menos impresionado que los demás.

—¿Qué me respondes? —insistió en tono amenazador.

Toby tragó saliva. En su martirizado cerebro había nacido una idea salvadora...

—Deme lápiz y papel, por favor, y entonces escribiré la palabra. Temo que, si la pronuncio...

El inspector levantó una ceja, pero sin más comentarios se volvió de cara a la mesa y entregó al muchacho lo que había pedido. Toby dio las gracias con un gesto de cabeza y, con grandes y torpes letras, se puso a escribir la misteriosa palabra *TATVAMAHSI*.

—Tome, señor —dijo con voz insegura—, pero le ruego que no lea eso en voz

alta. La desgracia podría repetirse...

Thorcraft estudió ceñudo la hoja de papel.

—Hum... De acuerdo, Toby. Espero que no nos hayas ocultado nada y que ésta sea realmente la palabra, aunque no me explico cómo...

—No les engañe, señor. ¿Puedo irme ahora a casa?

—Todavía no, hijo. Antes tenemos que comprobar la veracidad de tu declaración, ¿entiendes? —contestó el inspector, pese a que no tenía aún la menor idea de cómo demostrar el efecto de aquel vocablo fatal. Si Toby no había mentido, era totalmente imposible hacerlo.

—De momento regresa a tu habitación —prosiguió—. Nada debes temer si dijiste la verdad.

Hizo una señal a los dos agentes uniformados, que flanquearon a Toby y se lo llevaron.

Sólo entonces entró en escena el delgado científico de cabellos grises que mientras tanto había permanecido silencioso en un rincón. Thorcraft le miró muy serio.

—¿Qué opina de esta historia, profesor Prayer?

—¡Que es fantástica! —susurró el sabio—. Tengo la impresión, sin embargo, que el chico no miente. Claro que será muy difícil probarlo. ¿Qué noticias han llegado de las Colinas Negras, inspector?

—Nada nuevo —replicó Thorcraft, a la vez que encendía un pitillo—. Los equipos de investigación no han encontrado nada, por ahora, ninguna huella de la extraña aparición. Se diría que se la ha tragado el suelo, si no existió solamente en la imaginación de ese chiquillo.

—Sí, claro, también hay que admitir tal posibilidad —admitió Prayer de mala gana—. Pero contamos con testigos cada vez más numerosos que, aquel anoche, se produjo un fenómeno celeste muy raro... Todos coinciden en que una columna de fuego descendió poco a poco sobre la Tierra y desapareció en la misma parte de bosque donde luego fue encontrado Toby.

Thorcraft movió la cabeza.

—Un meteorito. ¿Qué iba a ser, si no? ¿Relaciona usted acaso los dos sucesos?

—Naturalmente, inspector, y usted debiera hacer lo mismo. Porque ese fenómeno celeste no fue un aerolito, según el informe del observatorio de Yerkes, en la bahía de Williams.

—¿Y qué relación ven los astrónomos entre una cosa y otra?

—Ninguna, inspector. ¿Supone que hablé a esos señores de nuestro problema? Por ahora no debe correr la voz, pero nosotros debemos reflexionar muy en serio sobre el asunto. ¿Qué sería más fantástico: la aparición de un auténtico fantasma o... el aterrizaje de un ser no terrestre?

—¿De un... extraterrestre?

Thorcraft saltó de su asiento, pero luego movió la cabeza en sentido negativo.

—Perdone, profesor, pero no puedo aceptar tal cosa. ¿Qué iba a buscar aquí uno de esos seres?

—Trate de adivinarlo, inspector —contestó Prayer, y con estas palabras dejó solo al policía.

Thorcraft le siguió con la mirada, caviloso, y apretó los labios.

—Empiezo a dudar de mi cordura —murmuró—, pero... ¡diantre! Sea como fuere, tengo que redactar el informe para el gobernador.

Al cabo de media hora, el inspector firmó el documento estrictamente confidencial y lo mandó por medio de un correo. Había pensado en todo, pues, en lo referente a su trabajo, Thorcraft era hombre exacto hasta la pedantería. Tampoco omitía la advertencia de Toby. Al final del informe aparecía subrayada con tres líneas rojas.

Pero, ¿quién lee un escrito de abajo arriba?

El gobernador se hallaba todavía en su despacho de Cheyenne, capital del estado de Wyoming, cuando le llegó el informe del inspector. Ordenó al portador, un robusto sargento, que aguardara la posible respuesta y se dejó caer con un suspiro de fatiga en el sillón situado detrás de su enorme mesa de trabajo. Sus pensamientos nada tenían de amables. El dudoso suceso se había producido en una zona donde se unían las fronteras de Wyoming y Dakota del Sur. De haber ocurrido la cosa trescientos metros más al este, sería su colega de Pierre quien tendría que enfrentarse con el engorroso problema.

«... Debo comunicarle, muy a pesar mío, que los equipos encargados de la búsqueda no han descubierto aún huella alguna del misterioso ser. Sin embargo, dado el peligro de que se extienda el pánico, me permito recomendar que el asunto se mantenga en el más absoluto secreto...»

—¡En el más absoluto secreto! —gruñó el gobernador entre dientes, al mismo tiempo que por su tosca pipa hecha con una mazorca de maíz echaba volutas de humo azulado—. ¡Ese Thorcraft se ha creído que es más listo que yo!

Con cara de pocos amigos prosiguió la lectura... Según declaraba el testigo Toby Warwick, la transformación se presentaba siempre como efecto de una palabra al parecer sin sentido, la palabra *tatvamahsi*.

Y repitió en voz baja:

—*Tatvamahsi*...

Allí, a media frase, terminó la existencia de lo que había sido el gobernador del estado federal de Wyoming. Un aro de humo brotó de la pipa, que permaneció todavía un instante pegada a un bolo de gelatina verdosa y luego cayó al suelo.

Cuando la secretaria llamó tímidamente a la puerta media hora más tarde, no

obtuvo respuesta. Vaciló todavía algunos segundos y, por fin, abrió con decisión. El sargento que esperaba en la habitación contigua llegó a tiempo de sujetarla entre sus brazos cuando la mujer, dando un grito terrible, se derrumbó desmayada. El suboficial Hawkins la acostó cuidadosamente en una butaca y penetró en el despacho.

Lo único que logró decir al descubrir el gelatinoso bolo verde, fueron estas duras palabras:

—¡Qué tipo más idiota! Ahora los problemas serán para mí...

Se dirigió furioso al teléfono y pidió inmediata comunicación con el inspector Thorcraft.

La indiscreción de los periodistas es tan proverbial, que no hace falta destacarla de nuevo. Malo sería el reportero que no averiguara hasta los más ocultos secretos de estado.

Roland Denoyer, responsable de los programas de los recién inaugurados estudios de televisión de Kaycee, no sintió remordimientos de conciencia cuando entregó al locutor de turno el informe especial, redactado con el máximo esmero. Denoyer consideró un deber patriótico poner a sus conciudadanos sobre aviso respecto del peligro que corrían a causa de su desprevisión.

Quizá se habría evitado más de una desgracia si Ernest Hobbie, llamado por sus colegas «el bello Ernest» no hubiera tenido la mala costumbre de prescindir del reglamento que ordenaba leer al menos dos veces cada texto, en silencio, antes de la emisión. Estaba seguro de su talento como locutor, y lo lucía.

Los estudios de Kaycee eran algo aún desconocido para los habitantes del estado de Wyoming. Para remediar pronto tal situación, Denoyer se había ocupado de incluir en el programa algunos espacios sensacionalistas y, en efecto, mucha gente se apresuró a buscar en sus aparatos el nuevo canal.

También la familia Haggadey lo hizo. En la semioscuridad de la sala de estar se oía un gorgoteo. El señor Haggadey bebía cerveza, aunque sin apartar ni por un segundo los ojos del televisor. A su lado crujieron papeles. La señora Haggadey se dedicaba a abrir una caja de bombones, a despecho del consejo del médico y de la circunferencia de su propio abdomen. Los oídos de la mujer captaban entusiasmados la música para transmitirla a su alma, mientras que el marido se interesaba más por las bien formadas piernas de las bailarinas.

En consecuencia, y aunque por distinta causa, los dos se mostraron disgustados cuando la pantalla se oscureció tras resplandecer brevemente. De cualquier forma no llegaron a protestar abiertamente, ya que la pantalla volvió a iluminarse y en ella apareció, cual deslumbrante cometa, el elegante Ernest Hobbie. A la señora Haggadey se le atragantó el bombón de licor que tenía en la boca, y no se le pasó la tos hasta que el esposo le hubo dado unos cuantos golpecitos en la espalda. Ella le apartó de un empujón, al fin, y así pudieron, entender los dos las palabras del locutor:

«... Resulta incomprensible que la policía y el gobernador silencien tan graves sucesos. En nuestra opinión, el pueblo tiene derecho a ser protegido de un destino espantoso mediante rápida información...»

—¡Debe andar suelto algún maníaco sexual! —exclamó indignada la señora Haggadey.

—¡Silencio! —bramó el marido, a la vez que abría ruidosamente una lata de cerveza. La cuarta.

«...by Warwick. Éste fue testigo de los horribles sucesos y es, además, el único superviviente. En círculos bien informados se habla del aterrizaje de una nave espacial marciana. Numerosos habitantes de Lead presenciaron la caída de una especie de cabellera de fuego que, sin duda, procede del ingenio que tomó tierra en las Colinas Negras. Habla también en favor de una invasión marciana el método de ataque del monstruo. Según Warwick consiste en una palabra evidentemente mágica capaz de producir la transformación de las personas en una especie de bolos de gelatina verdosa. Y como quiera que tal palabra surte igualmente efecto si una persona la pronuncia, advertimos a todos los telespectadores que la palabra *tatvamahsi*...»

La voz del locutor se interrumpió bruscamente. Pero nadie tuvo tiempo de extrañarse, porque los miles y miles de bolos gelatinosos sentados ante los ahora mudos televisores eran ya incapaces de hablar. Los últimos ruidos que hubo en casa de los Haggadey consistieron en el sordo choque contra el suelo de una lata de cerveza a medio vaciar, y en otro, más suave, que produjo la caja de bombones al resbalar sobre la alfombra.

Y todo ello era consecuencia de un error. De un pequeñísimo error. Ernest Hobble había leído demasiado tarde la observación, subrayada con una gruesa raya roja, que decía: «¡Proyectar la palabra sin pronunciarla!»

Aquella estancia envuelta en la luz de un crepúsculo azulado no se hallaba en la Tierra, sino en la proa de una nave cilíndrica que volaba alrededor del tercer planeta solar. Los blanquecinos seres en forma de gigantesco capullo de gusano de seda, que flotaban silenciosos en torno a las paredes violáceas de un cerebro mecánico, parecían fruto de una pesadilla. Sin embargo, es de suponer que a un humano le hubiera impresionado más el fantasmal silencio que la enigmática existencia de los enormes capullos.

Pero el silencio era sólo aparente. Los seres estaban enzarzados en una viva discusión que no necesitaba de la palabra hablada, ya que sus pensamientos saltaban

invisibles e inaudibles de un cerebro a otro.

—¿Qué revela la última evaluación, Anshagom? —preguntó el comandante de la nave espacial al psicólogo especializado en razas extrañas.

—Nada bueno, Huhbarum. Cuatro quintas partes de la comunidad de seres ha sido víctima del *tatvamahsi*. Sospecho que volvimos a presentarnos demasiado pronto.

—O sea que el resultado es negativo, como la última vez. No podemos hacer nada. Anota esto para el fichero, Anshagom: la segunda visita a la Tierra ha demostrado que el comienzo está hecho. La Tierra posee una vida rica, pero todavía no cuenta con una especie que predomine por completo. Sin embargo, ciertos seres convivientes prometen una evolución favorable, si bien su actual reacción a la palabra clave no indica suficiente inteligencia. Se propone, por lo tanto, reducir los intervalos entre las inspecciones a un millón de años.

—Listo, Huhbarum. ¿Suspendo los efectos del *tatvamahsi*?

—Sí. No les asustemos innecesariamente. Conecta el revertidor. ¡La prueba de inteligencia ha terminado!

TRANSBORDADOR A LA LUNA

Kurt Mahr

Kurt Mahr es el seudónimo de Klaus Mahn, nacido el 8 de marzo 1933. Estudió física y desde entonces comenzó a escribir. Terminada la carrera, Mahn se trasladó en 1963 a los Estados Unidos y colaboró allí en proyectos de astronáutica. Hace algún tiempo que reside nuevamente en Alemania, en las cercanías de Munich. Mahn lleva escritas más de ciento cincuenta novelas. Desde que se iniciara la serie Perry Rhodan (1961), es coautor de ella. Die Mondfähre («Transbordador a la Luna») pertenece a Die Zeitstrasse («El camino del tiempo»), publicada en 1974.

—¡Eh, Dick! Tienes aún veinte minutos —dijo la seca voz del amplificador.

—Entendido —repuso Dick sin interés.

«Los últimos veinte minutos son siempre los peores», pensó luego. Miró a través del grueso vidrio de la ventana y vio las extremidades de la estación espacial, semejantes a patas de araña y de un blanco cegador a la luz del Sol, en contraste con la oscuridad del vacío. Escondido entre la maraña de metálica filigrana se hallaba el vehículo que debería ocupar veinte minutos más tarde.

Richard McHenry, jefe de los pilotos de pruebas de United Aerospace Industries, nacido el 24 de junio de 1963 en Spokane, estado de Washington, de treinta y seis años de edad y poseedor de diversas condecoraciones y diplomas por su valor civil y por sus esfuerzos en favor del progreso, así como de una serie de marcas de velocidad en diferentes aparatos de la navegación aérea y espacial, el hombre al que nada podía asustar, como creían sus colaboradores, tenía miedo.

Y ese miedo no era nada nuevo para él. Lo sentía cada vez que le esperaba un despegue difícil. Tenía entonces la impresión de que unas mariposas revoloteaban en su estómago, según la frase empleada con frecuencia por los de su profesión. Era algo así como fiebre de candilejas. Hoy, más fuerte que nunca. Richard McHenry trató de vencer el nerviosismo revisando una vez más todo el equipo. El traje espacial, compuesto de varias capas entre las que había aceite, era perfecto. Funcionaba el acondicionamiento de aire. El sudor y la humedad producida por el aliento eran eliminados sistemáticamente. Las conexiones con el dispositivo de radio, que transmitían datos como presión arterial, temperatura del cuerpo, pulso y demás, se encontraban firmes en sus cajas. Sólo necesitaba establecer el contacto y ponerse el casco, con lo que estaría a punto.

El cronómetro indicó que todavía le quedaban doce minutos. Flotó a través de la pequeña estancia que durante las últimas horas le había servido de cabina de adaptación y se sentó frente al escritorio en el que se hallaban sujetos los papeles que contenían los principales datos referentes al vuelo de prueba. McHenry repasó de nuevo los números, que prácticamente sabía de memoria, e intentó imaginarse la importancia y envergadura de la empresa.

El nuevo transbordador, pequeño vehículo muy comercial, debía dar renovado impulso a la selenología, que por falta de dinero, había estado paralizada durante más de dos decenios. El transbordador a la Luna, una veloz nave para la que la distancia entre la estación y el satélite era sólo una excursión insignificante, un producto de la más moderna tecnología, provisto de un propulsor nuclear que, bajo una carga normal, hacía posibles aceleraciones continuas de hasta 10 g... Ingenio que, desde luego, podía emplearse una y otra vez, que disponía de un mecanismo de dirección totalmente automático, accionado por una calculadora; con vuelo ininterrumpido a la Luna, sin pérdida de tiempo a causa de las molestas órbitas lunares, etcétera, etcétera... Era un aparato que aquel día proporcionaría a Richard McHenry una nueva marca: la marca de velocidad absoluta. En el punto de conmutación —allí

donde el vector del mecanismo impulsor giraba ciento ochenta grados y el vehículo empezaba a frenar— la velocidad alcanzaría más de ciento noventa kilómetros por segundo, unas ocho veces más de lo conseguido en vuelo por el hombre más rápido del mundo, que era el propio Richard McHenry.

Naturalmente, a Dick le entusiasmaban estas cosas. Además, conocía el transbordador de memoria, tanto por dentro como por fuera. Al fin y al cabo, los hombres de UAI no ponían en manos de cualquiera una astronave nuevecita y le decían: «Anda, aquí tienes esto. ¡A ver qué sacas del aparato!»

No, él había efectuado muchas pruebas con el transbordador; salidas por los alrededores de la estación interplanetaria, alcanzando en ellas velocidades de hasta veinte kilómetros por segundo.

Pero nada más. El gran día era hoy. El día en que se iba a demostrar a la humanidad que, en caso necesario —y por un precio económico—, podía llegarse en setenta minutos desde la base hasta la Luna.

«Dos minutos todavía, Dick —dijo la voz del amplificador—. Creo que ya debieras ponerte en camino.»

El vuelo de prueba era una empresa de la industria privada. En consecuencia, no había comité de despedida, cámaras de televisión ni aglomeraciones. Sólo habían acudido al lugar del despegue varios miembros de la casa, compañeros de profesión que lo hacían por amistad. Éstos pasaron flotando junto a Dick por el largo túnel flexible que unía la estación interplanetaria con el transbordador. El túnel carecía de ventanas, y Dick ya no volvió a ver su vehículo por fuera.

El interior del transbordador estaba lleno de aceite, igual que los espacios entre las diversas capas de su traje. Era ése el nuevo sistema. Todo —el piloto, los instrumentos, el lastre y la carga útil— iba envuelto en aceite. Con ello se pretendía reducir el tremendo efecto de la presión que se originaba en aceleraciones de hasta 10 g. El principio funcionaba bien. Había sido probado con suficiente frecuencia en centrífugas y también a bordo del aparato. Tanto la carga orgánica como la inorgánica soportaba más fácilmente una presión de 10 g, gracias al aceite, que una tercera parte de ese valor en la atmósfera artificial de la nave espacial corriente.

El casco de Dick fue cerrado cuidadosamente, y el piloto penetró en la esclusa. El mamparo se cerró tras él. Pronto empezó a fluir el aceite y a subir a su alrededor. En cuanto estuvo llena la esclusa, la escotilla interior se abrió de manera automática. Dick fue avanzando en medio de aquella masa viscosa y densa. Tenía ya alguna práctica en ello y sabía cómo actuar. Llegó por fin al asiento y se sujetó. En el cuadro de mandos se encendieron, como de costumbre, las luces de control. Todo estaba a punto. Los instrumentos, listos para su puesta en marcha, y el aceite del transbordador no formaba ni una sola burbuja.

—Todo en orden —dijo Richard McHenry a través del micrófono instalado en su casco.

—Todo menos tú —repuso una voz amable, la del médico Bob Phillips—. ¿Qué

te ocurre? ¿Estás nervioso? ¡Tienes ciento treinta pulsaciones!

Dick soltó una risa forzada.

—¿Viajaste alguna vez con un cubo de fuego debajo del trasero? —bromeó.

—Bueno, muchacho, no te pongas agresivo. Si tú te encuentras bien, no tenemos por qué preocuparnos.

—¡Claro que estoy bien! —confirmó Dick.

—En tal caso, ¡adelante!

Entonces se oyó otra voz. La de Karl Wetzstein, el jefe de vuelos. Hablaba éste un inglés duro, con acento alemán.

—¡Treinta segundos!

Dick comprobó la movilidad de sus brazos y muñecas. El transbordador iba dirigido de forma completamente automática. Sólo era necesaria la intervención del piloto si uno de los componentes fallaba. McHenry llevaba unos extraños guantes cuyos dedos eran tan anchos como media mano. También los interruptores y botones del tablero de mandos eran de tamaño muy superior al normal. Si Dick apretaba los dedos unos contra otros y movía la mano hacia delante como una palanca, ofreciendo así al pegajoso aceite un mínimo radio de acción, podía valerse bastante bien.

—¡Faltan quince! —dijo Wetzstein.

Dick levantó la vista. Encima de él flotaba una gran pantalla en el aceite, y en ella apareció en el acto el revestimiento exterior de la estación con sus numerosos miembros. El aceite estaba perfectamente limpio de residuos y formaba un líquido cristalino y transparente. Dick vio la pantalla con tanta claridad como si estuviera sentado delante del televisor en su propia casa.

Wetzstein contó los segundos que pasaban. Cuando llegó al número cero se produjo una fuerte sacudida. El piloto se sintió apretado contra el respaldo de su sillón, igualmente relleno de aceite. La imagen de la estación interplanetaria desapareció como si la hubiesen borrado, y la pantalla mostró el fondo negro del vacío, salpicado de estrellas.

—Buen despegue —comentó la voz de Karl Wetzstein, cuya serena objetividad resultaba tranquilizante por dar la sensación de que no había nada de particular en el vuelo.

—Aceleración y vectores, todo normal. ¡Magnífica salida, Dick!

—Bien —contestó Richard McHenry, sin dejar de observar el acelerómetro.

De momento, los motores luchaban todavía contra casi 1 g de aumento de la aceleración de la gravedad. Sin embargo, a medida que el transbordador se alejaba de la estación en dirección a la Luna, se aflojaba la garra con que la Tierra intentaba sujetar el vehículo. La aceleración que Dick vio marcada en el instrumento de medición era un valor manipulado: aceleración según rendimiento del mecanismo propulsor, menos la aceleración de la gravedad. Es decir: el verdadero aumento de su velocidad con respecto a la Luna.

—Más treinta segundos —se hizo oír Wetzstein de nuevo—. *R* apenas llega a

cuarenta y dos mil. *R punto* está en nueve-dos-ocho-cero. ¡Formidable, muchacho!

El nudo que parecía haberse formado en el estómago de Richard McHenry empezó a aflojarse. Todo marchaba a las mil maravillas. Ya no tenía por qué preocuparse. La máquina calculadora pilotaba la pequeña nave espacial con fantástica seguridad. Dick se permitió descansar. En algo menos de una hora, el transbordador se posaría sobre la superficie lunar con la suavidad de una hoja de árbol.

Pasaban los segundos —tic-tac, tic-tac— y eran como cadenitas que constituían un minuto y otro... McHenry, acostumbrado ya a la presión, no sentía molestia. Su velocidad aumentaba en cien metros por segundo, aproximadamente. Era el hombre más rápido en el espacio. Echó una mirada a la pantalla. Por la derecha comenzaba a penetrar en el área visual el perfecto disco de la Luna. ¡Ya era hora! Tendría que ocupar aproximadamente el centro de la pantalla y sobresalir por los bordes cuando él se dispusiera a alunizar.

Richard McHenry se entretuvo con cosas rutinarias, aunque sabía que carecían de importancia. De haberse producido una desviación digna de tener en cuenta, Wetzstein o Phillips se lo hubieran comunicado. Los hombres de la estación interplanetaria se preocupaban mucho más que él de su propio bienestar. Temperatura interior del traje: 23 grados. Presión interior del equipo: 3,8 atmósferas. Humedad relativa: 57 por ciento. Todo conforme. El traje protector funcionaba como debía. Un cuarto de hora después del despegue, el transbordador avanzaba hacia la Luna a una velocidad de casi noventa kilómetros por segundo, y ahora, transcurridos treinta minutos, había doblado sobradamente la marca. En el interior del vehículo todo seguía en orden. Richard esperaba el aviso del jefe de vuelo. Sólo unos segundos podían faltar para el punto de contacto. Entre las fases de aceleración y freno se intercalaban algunos instantes de vuelo por inercia. Ese período de tiempo era necesario para que el asiento del piloto pudiera girar ciento ochenta grados. Porque el transbordador llevaba motopropulsores de eyección en ambos extremos. Con ello se evitaba la complicada vuelta del fuselaje, que fuera tradición de la navegación espacial desde un principio. La fase de inercia tenía una duración exacta de 11,35 segundos. Así de minuciosos eran todos los cálculos efectuados para el vuelo a la Luna del transbordador, ya que la tremenda velocidad exigía que cada maniobra se efectuara en el momento previsto, con una tolerancia de no más de algunas centésimas de segundo. Cualquier error podía provocar una catástrofe.

—Punto de conmutación menos treinta segundos, Dick —anunció Karl Wetzstein—. ¿Cómo te encuentras?

—Mareado por la velocidad —intentó bromear McHenry.

—Así me gusta —rió el director de vuelo—. Faltan quince segundos.

Exactamente quince segundos después cesó la presión. Callaron los motores. El sillón empezó a girar y, en nueve segundos y medio, describió una rotación de 180 grados. La consola y el tablero de mandos iban sujetos al asiento y dieron también la vuelta.

—... Tres..., dos..., uno... —contó Karl Wetzstein.

Y, de pronto, una voz ahogada. Un grito. Richard McHenry supo en seguida lo que había ocurrido: fallaba el sistema de freno. El transbordador seguía volando por inercia. En el receptor hubo crujidos y zumbidos. Dick se imaginó a los hombres de la estación espacial. Wetzstein habría desconectado el micrófono para que no llegaran hasta él las exclamaciones de angustia y le preocuparan todavía más. ¡Pobre Karl! Siempre pensaba en todo.

Entonces, como si le arrancaran un velo de los ojos, McHenry se dio cuenta del peligro que corría. El vehículo se acercaba a la Luna a una velocidad de más de 190 kilómetros por segundo. La redondez del satélite parecía hincharse y crecer continuamente en la pantalla, como si fuera a arrojarse sobre el pequeño e indefenso transbordador. De sobra sabía el piloto que, si no sucedía algo inmediatamente, en poco más de un cuarto de hora se estrellaría contra la superficie lunar.

El receptor cobró nueva vida con un crujido.

—Dick, tenemos un problema —explicó la voz serena de Wetzstein—, pero no hay motivo de temor. El diagnóstico indica que hay un relé defectuoso en la calculadora de a bordo —prosiguió Wetzstein—. El relé puede ser sustituido mediante una interrupción manual. Ahora te leeré una lista de posibilidades. Cada vez que...

—No creo que tengamos tanto tiempo —le cortó Richard—. ¿Qué te parece si activo las toberas de mando y paso de largo junto a la Luna?

—Eso significaría un fallo de la empresa —contestó Wetzstein en seguida—. Te digo que no es tan crítica la situación.

—Entendido —confirmó McHenry, si bien en el fondo de su conciencia surgió la duda de que el jefe de vuelo diera más importancia al riesgo de fracaso que a la seguridad del piloto.

—Así pues, conexión uno —dijo Wetzstein—. Acumulador nuclear, segundo sector, ¡fuera!

—Acumulador nuclear, segundo sector, ¡fuera! —repitió McHenry tras efectuar la maniobra.

—Posible la conexión manual. ¡Ahora!

—Posible la conexión manual. ¡Ahora!

Richard McHenry realizó seis operaciones en total. Entonces agregó Wetzstein:

—Recuéstate y descansa, chico. El resto lo haremos nosotros desde aquí. La presión resultará un poco más pesada de soportar. Para disminuir la endemoniada marcha que llevas, debemos subir provisionalmente hasta los veinte grados.

McHenry tensó los músculos en espera de los efectos de freno. Pasaron unos segundos. Como un relámpago surcó la mente del piloto una sospecha. ¿Y si no era el relé lo que fallaba...?

Voces agitadas en el receptor. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde las manipulaciones? ¿Cuántos minutos había perdido inútilmente? ¿A qué distancia se

hallaba aún de la Luna? La gigantesca bola grisácea parecía mirarle burlona desde la pantalla. Alguien gritó:

—¡Eso no puede continuar, porque se va a...!

El resto fue un murmullo. Una mano debió tapar la boca al imprudente. Inmediatamente se oyó la voz de Karl Wetzstein:

—Activamos las toberas de mando, Dick. Verás que la nave pasa de largo junto a la Luna. Desde donde tú estás, a la derecha... Luego volveremos a hablar.

Ni una palabra sobre el relé defectuoso que, aparentemente, había sido superado con ayuda de las seis operaciones a mano. Ni una palabra, tampoco, sobre el hecho de que la maniobra de desviación llegaba demasiado tarde. El transbordador no estaba preparado para efectuar rápidos cambios de ruta. Sus especialidades eran la aceleración y el freno, pero nadie había hablado jamás de cambios de rumbo. Esta capacidad no necesitaba estar muy desarrollada mientras el aparato volara con arreglo a un plan. Además, existía un proyecto para vender el transbordador a instituciones oficiales y científicas, y en semejante caso se hablaba de las ventajas del ingenio; no de sus posibles puntos flacos.

El miedo se apoderó de Richard McHenry. Con los ojos clavados en la pantalla, intentó captar el movimiento que debía hacerse visible en cuanto comenzaran a trabajar las toberas de mando. La Luna ya no era un disco. Ahora llenaba por completo la pantalla y se había convertido en un infernal paisaje de roca gris, blanca luz y negras sombras. La mirada del piloto se posó en un prominente cráter y creyó comprobar que el vehículo se movía hacia un lado. Pero lo hacía demasiado despacio. La circunferencia de la enorme boca aumentaba con mayor rapidez que aquella con la que se producía su cambio de posición.

Las ideas se confundieron en la mente de Richard McHenry. Con frecuencia se había visto cerca de la muerte, pero nunca de modo tan irremediable. El conocimiento le fallaba. El miedo a morir parecía hacer un nudo en su cerebro. El hombre no supo ya qué veía, y perdió la noción del paso del tiempo. La desgarrada superficie lunar se le antojó una horrible mueca de la parca. Su interior se rebelaba contra la despiadada suerte que le condenaba a estrellarse contra aquel cuerpo celeste sin vida... y a la máxima velocidad alcanzada jamás por una astronave tripulada. McHenry empezó a gritar. Chillaba con tanta fuerza, que los oídos le retumbaban en la estrechez del casco. Vio cómo se desparramaban los detalles del suelo de la Luna, escurriéndose hacia todos lados como si tuvieran prisa en abandonar el lugar del choque. El piloto se mordió la lengua y notó el sabor salado de la sangre...

En aquel instante de supremo terror saltó una chispa en alguna parte del martirizado cerebro de McHenry. Acababa de romperse un puente sobre el que hasta entonces se habían movido ordenadamente sus pensamientos e impresiones...

Y de súbito se produjo en la existencia de Richard McHenry una drástica transformación.

Estaba apoyado en el mostrador de un pequeño bar. No conocía el establecimiento

ni a la gente que había en él. Tenía un vaso delante. Lo tomó asombrado y bebió un trago. Whisky de centeno con jengibre, como siempre. Estaba tan atónito que fue incapaz de formular pensamiento alguno durante unos instantes. Simplemente permaneció sentado, con la mirada fija que no veía nada.

Se había estrellado contra la Luna, ¿no? El transbordador no había podido ser frenado. Vehículo y cadáver se encontrarían en cualquier parte entre Lassell y Guericke, al nordeste del Mare Nubium. ¿Era aquello el reino de los muertos? ¿El bar y su dueño, un hombre en mangas de camisa? ¿Con el televisor al fondo? ¿Y con todos los demás clientes?

¿O había sido sólo un sueño? Quizá todavía estaba soñando... ¿Pudo ser producto de su calenturienta fantasía ese vuelo de prueba en el transbordador? O tal vez se había realizado un milagro. Una fuerza desconocida le había arrancado del aparato en el último momento, trasladándole al bar... Que justamente fuera esta idea la que le pareció más admisible, demuestra cuál era el estado mental de Richard McHenry. Sí, el destino le había hecho un regalo. La vida. Pero no debía hablar sobre ello. Ni siquiera pensar en semejante misterio. De otro modo, el destino se cansaría de él y le arrebataría lo que con tan imponente generosidad le había concedido. Era como el niño del cuento, al que un hada regaló una jarra de leche que nunca se vaciaría, mientras no contara cómo se había convertido en dueño de tan maravillosa vasija. El pequeño resistió la tentación durante un par de días, pero luego fue incapaz de negar la respuesta a las curiosas preguntas. Explicó la historia y, cuando de nuevo quiso servirse leche de la jarra, la halló vacía.

Tenía que procurar pasar desapercibido. Y sobre todo averiguar dónde había ido a parar. Una rápida mirada al calendario colgado junto al televisor le causó el primer susto. El 13 de septiembre de 1999. El día en que debía tener lugar el vuelo de prueba a la Luna. El reloj de su muñeca marcaba la una y cuarenta y cuatro. Pero no debía funcionar bien, ya que el de la pared señalaba las nueve y quince. McHenry dedicó su atención al televisor. Nada le aclaró el documental que proyectaban. Sólo un cuarto de hora más tarde hubo una interrupción del programa. Apareció en la pantalla el multicolor pavo real de la National Broadcasting Corporation, y la voz de un locutor invisible anunció:

«Aquí canal cinco, WFLC, Florence, Carolina del Sur. Son las veintiuna treinta.»

A continuación dio comienzo un nuevo programa, que no interesó a Richard McHenry. Éste vació su vaso y pagó. El hombre del bar dijo:

—¡Buen viaje, señor! ¿Está seguro de que podrá llegar esta misma noche a Florida?

Sin pensarlo apenas, Richard McHenry hizo un gesto con la mano.

—¡Claro que sí! —repuso con voz firme—. Sólo hay unos centenares de millas, y además estoy perfectamente sereno.

El camarero esbozó una risita. McHenry saludó y salió al exterior. Un aire húmedo y caliente le dio en la cara. De pronto, el piloto comprendió que la pregunta

del hombre era más significativa de lo que de momento había creído. Sabía que él se dirigía a Florida. ¿Quién se lo había dicho? Hasta la hora de pagar, Richard no había cruzado palabra alguna con él. Además, ni él mismo sabía cuál era su destino. Recordó los primeros segundos de su... —¿cómo decirlo...?—, de su aparición, cuando se encontró de repente en un taburete de bar, en vez de continuar en la cabina llena de aceite del transbordador. Nadie se había extrañado de verle allí. Al menos no recordaba que nadie hubiese mostrado sorpresa ¿Qué explicación tenía eso? Sólo una: que durante todo el rato hubo seguramente un segundo Richard McHenry a su lado o, mejor dicho, en su lugar. Un segundo Richard que en algún momento había entrado en el bar como un cliente completamente normal, sentándose ante el mostrador.

Y ese hombre, el doble de McHenry, debió hablar con el encargado o propietario del local, y a lo largo de la conversación le habría dicho que aquella misma noche pensaba llegar a Florida. Hasta ese punto la cosa era bastante lógica. Pero había una dificultad. ¿Qué había sido del doble al presentarse el verdadero Richard McHenry?

Delante del bar se extendía un aparcamiento. Richard buscó en el bolsillo derecho de su pantalón y halló las llaves que allí solía llevar. Ford Motor Company, Lincoln. Continuó adelante y, ya desde lejos, descubrió su «Mark 8» de color azul turquesa, modelo descapotable; el mismo automóvil que condujera hasta el momento de volar a la estación interplanetaria para entrenarse de cara al vuelo de prueba en el transbordador. Incluso el número de matrícula era exacto: 19 WW-23146, Florida, Sunshine State, 1999 a 2000.

McHenry entró en el coche. Las llaves encajaban. El motor se puso en marcha con un zumbido. Richard accionó la palanca que hacía subir la capota. Con cuidado abandonó el lugar de estacionamiento y enfiló la carretera. Minutos después vio un indicador: «Interstate 95, South». Siguió aquel camino y llegó a la autopista. Graduó el *cruisomatic* a 75 millas por hora y, en adelante, sólo tuvo que ocuparse del volante. Conectó la radio y dejó que una suave música ligera, interrumpida por anuncios, invadiera el vehículo. Tenía mucho en que pensar.

Los razonamientos que se hacía se acercaban de manera asombrosa, en muchos puntos, a las leyes naturales que, siglos más tarde, había de establecer e interpretar la cronosofía. Parte de estas reflexiones pasó a la posterioridad en forma de correspondencia mantenida meses después entre Richard McHenry y su más íntimo amigo, y constituyen hoy lectura obligada para todo estudiante de cronosofía.

El piloto pensó que no podía haber un solo nivel de existencia, sino varios. En sus cartas empleaba esta misma expresión. La cronosofía usa, por el contrario, el concepto de condiciones universales o, simplemente, universos. McHenry llegó a la conclusión de que, por lo general, la vida de una persona se desarrolla en una única esfera de existencia. No así en su caso. La tremenda presión psíquica de los momentos anteriores al choque del transbordador contra la superficie lunar le había arrancado, por lo visto, del nivel acostumbrado para lanzarle a otro muy distinto: aquel en que Richard, en vez de prepararse para el peligroso vuelo en la estación

espacial, permanecía sentado en un bar de Florence, localidad de Carolina del Sur, con el propósito de trasladarse aquella misma noche a Florida.

Pero la hipótesis de los diversos niveles de existencia no explicaba la presencia de otro McHenry, del doble que estuvo en el bar antes que el auténtico y conversó con el dueño. Más lógico era pensar que el doble debía ser trasladado a su vez a otra esfera, al presentarse el verdadero McHenry. Eso demostraría la existencia de una reacción en cadena según la cual, en cada nivel, un McHenry ya aparecido era, irremisiblemente, expulsado por otro. Y uno tenía que ser, por fin, el condenado a pilotar el transbordador y estrellarse contra la Luna...

Esta idea produjo remordimientos de conciencia a Richard McHenry. Si su teoría era cierta, él era responsable —voluntaria o involuntariamente— de que otro McHenry hubiese perdido la vida. Desde luego, Richard no se habría hecho semejantes reproches si hubiera conocido las leyes de la cronosofía. Porque su hipótesis era equivocada en ese punto. No existía ninguna reacción en cadena en cuyo transcurso los McHenry se arrojaran mutuamente de las esferas existenciales. Sólo tenemos un sinnúmero de posibles condiciones universales, en cuya totalidad se hallan realizados los acontecimientos y las circunstancias imaginables. Hay, pues, un gran número de universos en los que un McHenry se estrella en su transbordador contra la Luna. Y existe casi el mismo número de circunstancias en las que un Richard McHenry se encuentra de pronto sentado en un bar desconocido y recuerda que, segundos antes, estaba a punto de aplastarse contra la superficie del satélite. Según las leyes de la cronosofía, no debe preguntarse por el «antes». Para el hombre sólo resultan esenciales las condiciones universales que su razón le permite comprender. La investigación de otras circunstancias escapa incluso a la lógica más desarrollada.

Poco después de las once, la emisora que Richard McHenry había tenido puesta hasta entonces interrumpió su programa para dar paso a una voz masculina evidentemente impresionada:

«Estimados radioescuchas: Transmitimos un boletín que acabamos de recibir. Como quizá ya sepan, se proyectaba probar en estos días, de manera ya definitiva, el nuevo transbordador lunar construido por el consorcio United Aerospace Industries. La estación espacial nos comunica que el primer vuelo de prueba ha dado comienzo hace media hora, aproximadamente. La nave lleva sólo un piloto a bordo y todo parece indicar que este hombre lucha con serias dificultades. Establecemos conexión con la estación interplanetaria.»

Hubo una breve pausa. Desconcertado, McHenry observó que era exactamente la misma hora en que, después de la vuelta dada por el asiento del piloto, había esperado que los frenos empezaran a funcionar. Lo había olvidado. Las reflexiones sobre los niveles de existencia le distrajeran.

A través de la radio surgió ahora, envuelta en factores perturbadores, la voz de un técnico de la estación espacial:

«Habla Jeff Cooper en nombre de UAI. El transbordador despegó hoy, a las veintidós horas treinta y ocho minutos según el horario Este de verano, en dirección a la Luna en su primer vuelo de prueba. La distancia de aproximadamente ciento noventa mil kilómetros que separa la estación del punto de conmutación, es decir, del punto en que hay que pasar de la aceleración positiva a la negativa, fue cubierta en treinta y dos minutos. Un fallo impidió que se pusiera en marcha el dispositivo de freno y, en estos momentos, el vehículo avanza a gran velocidad, por inercia, contra nuestro satélite. El equipo dirigido por Karl Wetzstein, director de vuelo, trabaja febrilmente para descubrir el fallo y hacer posible el alunizaje seguro de la nave. Dentro de escasos minutos... ¡Un momento, señores, recibo más información!»

Se oyeron unos murmullos. Al cabo de pocos segundos volvió a oírse la voz del locutor, ahora francamente dominada por la angustia.

«Acaban de comunicarme que el fallo no se debe a un relé defectuoso situado en la calculadora de a bordo. Dicho relé ha sido sustituido manualmente, pero los frenos siguen sin responder. Por desgracia, el tiempo perdido con los desesperados intentos es demasiado, por lo que, dada la velocidad del vehículo, existen pocas esperanzas de salvación para la nave. Hay que contar, pues, con que el transbordador se estrelle con su piloto Rich... ¡Un instante, señores, vuelven a interrumpirme!»

Y, apartando el micrófono: «¿Qué hay ahora?»

Un silencio, murmullos ahogados y luego, durante varios segundos, nada. Por último volvió la voz del locutor, solemne y patética:

«Señoras y caballeros, debo tristemente informarles que la nave se ha estrellado hace unos momentos contra la superficie de la Luna. Les habla Jeff Cooper. Me despido de ustedes y devuelvo la conexión a la emisora.»

El hombre de la radio había esperado que le dieran la entrada. Estaba preparado. Los oyentes no debían tener ocasión de reflexionar sobre el accidente. Era imprescindible que antes conocieran la opinión de los técnicos.

«Aquí radio WBOR, Riceboro, Georgia. Estimados radioescuchas: la catástrofe que acaba de producirse en la Luna nos ha conmovido profundamente a todos. Intentamos imaginar lo sucedido, pero temo que ustedes, como yo, no posean conocimientos técnicos suficientes para explicarse la desgracia. Por lo tanto paso el micrófono a nuestro experto en vuelos espaciales, el doctor Milton Kuhn, quien...»

Richard McHenry desconectó el aparato. Las palabras del locutor seguían sonando en sus oídos y confirmaban la sospecha que ya le había asaltado a bordo del transbordador: que a los hombres encargados de preparar el viaje les importaba más el éxito de su cometido que la seguridad del piloto de pruebas.

Jeff Cooper había hablado de las pocas esperanzas de salvación para la nave. ¡No para el piloto sino para la nave! También había dicho que era de temer que el transbordador se estrellara con su piloto. ¡No que se estrellara el piloto con el transbordador! Y luego la noticia del choque del vehículo contra la superficie lunar. Ni una palabra más sobre el piloto de pruebas que forzosamente había perdido la

vida...

El solitario automovilista sintió una ira incontenible. ¡Al diablo merecía ser enviada toda aquella camarilla maldita, que sólo pensaba en el triunfo de la técnica y no daba valor alguno a la vida del hombre a quien, a fin de cuentas, debían su éxito! Recordó perfectamente el miedo experimentado cuando intentaba suplir el relé estropeado, cuando transcurría minuto tras minuto y la Luna estaba cada vez más cerca.

La cólera pudo más que él y, bajo la carga emocional, volvió a producirse una chispa en su cerebro. Un nuevo puente se hundió en su conciencia...

Se hallaba atado a su sillón de la nave. La presión producida por la aceleración le comprimía duramente contra los almohadones rellenos de aceite. Con toda su energía trataba de vencer el pánico que se iba apoderando de él, porque el recuerdo del viaje nocturno por la autopista de Georgia estaba todavía fresco en su mente. La misma inexplicable fuerza que ya una vez le arrojara de un nivel de existencia a otro, acababa de jugar de nuevo con él.

A través del receptor instalado en el casco le llegó la voz de Karl Wetzstein con su acento alemán:

—Punto de conmutación menos treinta segundos, Dick —dijo tan tranquila—. ¿Cómo te encuentras?

—Mareado por la velocidad —respondió McHenry.

Era increíble: en otra ocasión había pronunciado ya las mismas palabras, y ahora acababa de repetir las sin saber lo que decía. Wetzstein rió.

—Eso me gusta. ¡Faltan quince segundos!

Y de súbito, a los quince segundos, cesó la presión. Calló el grupo motopropulsor. El sillón empezó a girar. En nueve segundos y medio describió una rotación de ciento ochenta grados. También se movían la consola y el cuadro de mandos. Richard McHenry dominó el impulso de arrojarse sobre la consola y separar el acoplamiento que unía el grupo motopropulsor de la máquina calculadora. Pero todavía no era prudente. No sabía si la historia se repetiría.

—... Tres..., dos..., uno... —contó Wetzstein.

Una exclamación ahogada y un grito brotaron del receptor. Richard McHenry, ahora sin peso y sólo impedido en sus movimientos por el viscoso aceite, se levantó para inclinarse sobre la consola. El receptor llevaba un rato desconectado. Cuando volvió a cobrar vida, Karl Wetzstein dijo:

—Tenemos un problema, Dick. Pero no hay motivo de alarma.

—¡Sí que lo hay! —gritó McHenry, antes de que el científico pudiera continuar—. Y yo mismo estoy tratando de solucionarlo.

Pulsó un botón tras otro. En primer lugar, una tecla que decía: «Manual Override». Con ello tenía el vehículo en su poder. Los de la estación espacial ya no

podían actuar sobre el aparato.

—¡Dick, escucha, hombre! —suplicó Wetzstein—. Sólo es un relé defectuoso, que desde aquí...

—¡Al diantre con tu relé! —bramó Richard McHenry, furioso—. No quiero estrellarme contra la Luna. ¡Además no es el relé lo que falla!

—¡Dick! —La voz de Karl Wetzstein adquirió de pronto un tono cortante e imperioso—. Reaccionas de manera irresponsable. Te ordeno que...

—¡Cierra el pico!

El técnico quedó un instante sin saber qué decir. Cuando habló de nuevo, lo hizo de otro modo. Evidentemente había llegado a la conclusión de que el piloto estaba a punto de perder el juicio y que sólo se le podría volver a la razón con palabras sensatas y reposadas.

—Dick, te ruego que desconectes el «Manual Override».

—¡Un cuerno! —jadeó McHenry—. He puesto en marcha las toberas de mando e intento pasar por el borde de la Luna.

—¡Repito que la situación no es tan crítica! —insistió Karl Wetzstein—. Sólo hace falta salvar el relé y frenar luego con algo más de fuerza.

—¡No es el relé! —repuso de nuevo McHenry.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé de sobra, y además voy a decirte una cosa: Vosotros, los de abajo, pensáis únicamente en el transbordador. Sólo os importa el resultado del vuelo. Mi seguridad no preocupa a nadie. ¡Allá vosotros con vuestra conciencia! Pero entérate de que a mí sí que me interesa mi vida, ¿oyes? Si tengo suerte, pasaré con el vehículo por encima de la Luna. En otra ocasión podemos intentar el vuelo nuevamente, pero ahora..., ¡ahora dejadme en paz!

Wetzstein se tomó muy a pecho las palabras de McHenry. El contacto con el transbordador se mantuvo, pero no se cruzaron más palabras. A los pocos minutos se demostró el éxito de las operaciones realizadas por el piloto. Las toberas de mando habían entrado en acción y, poco a poco, la nave fue empujada hacia arriba. «Arriba» significaba en este caso, dada la falta de peso de McHenry, la dirección en que se hallaba la pantalla. Paulatinamente, la Luna empezó a deslizarse hacia abajo. Muy pronto quedó confirmado que la maniobra no podía haberse retrasado ni en un segundo más. El transbordador pasó junto a la Luna sin sufrir daño alguno, pero en el punto de la distancia mínima la separaban del satélite veinte kilómetros escasos.

Richard McHenry volvió a ponerse en comunicación con el jefe de vuelo. El vehículo continuaba deslizándose por el espacio a la misma velocidad. Wetzstein y el piloto acordaron que McHenry debía accionar a mano el giroscopio que permitía al transbordador girar alrededor de su reducido eje. El proceso requirió más de media hora. Ése era el motivo por el cual Richard ya no había considerado antes tal posibilidad. Sólo después de haber dado la vuelta la nave pudo ser puesto nuevamente en funcionamiento el grupo motopropulsor de proa y utilizado para

frenar el aparato. Mientras tanto en la estación interplanetaria habían preparado un plan de vuelo que permitiría a McHenry regresar a la base sin hacer escala en la Luna. En la media hora de vuelo sin impulsión hasta más allá de nuestro satélite, el vehículo había recorrido casi trescientos sesenta mil kilómetros. El retorno le llevaría a McHenry día y medio. La enorme capacidad del grupo motopropulsor de la nave podía aprovecharse únicamente en una décima parte, dado que su mecanismo de dirección era accionado principalmente a mano, aunque siguiendo las órdenes de la estación interplanetaria. Poco antes del término del viaje, Richard McHenry tendría que volver a girar el transbordador para poder frenar la marcha.

Si hasta entonces el pueblo apenas se había interesado por los ensayos de una empresa privada, las noticias transmitidas después del espectacular salvamento de McHenry cuando estaba a punto de estrellarse contra la Luna se refirieron a un solo tema: el nuevo transbordador. El piloto regresó a la base en condiciones bastante buenas, aunque un poco hambriento. De haber funcionado todo del modo previsto, tras el alunizaje hubiera ocupado durante un día la solitaria estación lunar automática, que contaba con suficientes provisiones.

Richard fue trasladado sin demora a la Tierra, donde la UAI le mantuvo alejado de toda publicidad durante un par de días. La importante agrupación industrial no había olvidado aún el informe del jefe de vuelo, según el cual McHenry, pese a ser un prestigioso piloto de pruebas, había fallado en el momento decisivo, negándose a obedecer las órdenes. Y eso no se podía tolerar, sobre todo por prevalecer la opinión de que el problema técnico de a bordo era causado simplemente por el defecto de un relé, cosa que habría podido superarse.

Pero luego se comprobó la sensacional realidad, si bien ésta no llegó nunca a oídos del gran público. El relé resultó ser inocente. Lo que había fallado era un elemento de control del sistema propulsor de proa. Y para complicarlo todo aún más, el programa diagnóstico de la potente máquina calculadora de la estación espacial había dado una indicación equivocada, por culpa de un error de programación, echando la culpa de todo al relé. En consecuencia, Richard McHenry se habría estrellado efectivamente contra la Luna si hubiera hecho caso a su jefe. Sólo su terquedad le había salvado de una muerte segura, evitando asimismo la destrucción del costoso prototipo de transbordador.

Los de la UAI se preguntaban cómo pudo averiguar Richard McHenry que no era el relé lo que fallaba, pese al diagnóstico de la calculadora. Nadie lo entendía y el piloto se negó a dar explicaciones, por lo que oficialmente se atribuyó la salvación, con palabras más o menos ampulosas, al «instinto del experto astronauta».

Pero había otra cuestión para la que McHenry hallaba tan poca respuesta como los hombres de United Aerospace Industries a su problema. ¿Dónde quedaba el mundo en que el otro McHenry se había estrellado realmente contra la Luna? ¿Dónde se hallaba el otro nivel de existencia en el que, de noche, un «Mark 8» volaba por la autopista de Georgia, y qué había ocurrido después que la fuerza del destino

arrancara de un segundo a otro a McHenry de su asiento al volante del coche para devolverlo al transbordador lunar?

¡Pobre Richard McHenry! Unos siglos más tarde, las leyes de la cronosofía hubieran podido aclarar sus dudas, pero así tuvo que arrastrarlas consigo. Sabemos, a través de su testamento, que ese misterio ocupó su mente hasta el final de sus días.

LA MUERTE DE ARQUÍMEDES

Walther Erwes

Walther Erwes, nacido en Gotinga el año 1941. Terminados sus estudios jurídicos, ocupa actualmente el cargo de juez en Bremen. Aparte de la ciencia ficción cultiva también la lírica. Der Tod des Archimedes («La muerte de Arquímedes») fue publicado en 1969.

—¿Y usted espera de este experimento unos resultados especiales, Jordan?

El doctor Vance no se esforzó en disimular su escepticismo.

—En efecto, los espero —replicó el profesor Robert Jordan de cara a su colega de Harvard, que echó una mirada llena de curiosidad a las hojas de evaluación de la prueba previa.

»Mire, Vance —prosiguió Jordan—, desde que me dedico a la materialización psicosomática, nunca había encontrado un sujeto de experimentación con un potencial psi tan extraordinario. Como verá por los documentos, Toran Lenning posee el mayor factor mnésico que se conoce y, además, dispone de una fuerza imaginativa casi ilimitada y precisa.

El colega de Harvard parecía dudar todavía. Con gesto indeciso volvió a dejar los papeles sobre la mesa.

—No sé qué decirle, Jordan. Yo he perdido un poco la esperanza, después de realizar centenares de pruebas. Temo que siempre suceda lo mismo: el individuo sometido a experimento es sofronizado, se le inyecta la droga inhibidora y, después, viene la paulatina reanimación tras la cual el hombre nos explica, bajo hipnosis, cómo durante el sitio de Toulon por las tropas napoleónicas contrajo matrimonio con la hija de un pastelero, sin olvidar todos los detalles de la noche de bodas.

—Y él mismo se asombra de esos detalles, cuando pasada la hipnosis escucha sus propias confesiones en cinta magnetofónica —le interrumpió el profesor Jordan, riendo a la vez que sacudía la cabeza—. No puede negar que estamos sólo al principio del camino, pero recuerde que, si bien en cuanto al tiempo dependemos totalmente del azar, ya contamos con interesantísimos conocimientos de la antigüedad. ¿Qué me dice, si no, de los descubrimientos sobre la historia de los mayas? Claro que la investigación histórica psicosomática es trabajo difícil, una especie de rompecabezas para el que hay que pescar las diferentes piezas en un lago gigantesco. Sin embargo, es indiscutible que estamos bien encarrilados. No olvide, además, que nuestros colegas del siglo pasado consiguieron únicamente unos mosaicos muy incompletos, aunque hay que tener en cuenta que ellos disponían sólo de unos hallazgos arqueológicos que ofrecían escasa garantía y, además, de unas fuentes de información poco fidedignas. Es precisamente la originalidad de nuestros resultados lo que permite que la actual investigación histórica se distinga tanto de la del siglo xx.

El profesor Jordan se había entusiasmado hablando, pese a saber que, en el fondo, también Vance era un ardiente defensor de la indagación histórica por medio de la psicosomática. Como otros grandes descubrimientos, también el método psicosomático, que hacía revivir recuerdos históricos exactos en personas sometidas a hipnosis por su propia voluntad, había producido un revuelo mundial en la prensa y la televisión. Pero al ver que los recuerdos explicados por las personas en estado de

hipnosis, después de permanecer adormecidas durante una o dos horas, presentaban lagunas y frecuentemente se referían a cosas que no guardaban relación con ningún acontecimiento histórico importante, el entusiasmo general había decaído. La gente estaba acostumbrada a leer en los periódicos, de vez en cuando, «relatos verídicos» de la época de los incas o de las guerras púnicas, pero los evidentes defectos de tales informes y su falta de coherencia hicieron que esos artículos, como había sucedido con sus predecesores científicos del siglo xx, pasaran pronto a las últimas páginas de los diarios, si no se veían limitados a ciertas publicaciones especializadas.

El profesor Jordan se inclinó un momento sobre sus papeles.

—Toran Lenning constituye una gran esperanza, Vance. Créame —continuó—, quizá sea el primer hombre capaz de describirnos de forma precisa y ordenada una vida histórica. En mi opinión, la escasez de los resultados obtenidos hasta ahora es consecuencia de las personas de que nos servimos. Además, nunca interrogamos a nadie por segunda vez, en estado de hipnosis...

—Lo sé, Jordan, lo sé. Es posible que, mediante un nuevo intento en el mismo individuo diésemos un paso adelante, pero las experiencias hechas con la droga inhibidora en el análisis psichistórico nos impiden repetir el intento. Y no olvide que, por ahora, nadie se ha mostrado dispuesto a someterse a una segunda prueba, pese a que los sujetos de experimentación no recuerdan absolutamente nada después de la sesión, y sólo saben lo que nosotros les explicamos.

Vance calló.

—Tiene usted razón. Es curioso que los sujetos de experimentación no recuerden nada y, sin embargo, parezcan algo cambiados y se resistan a responder luego a las más simples preguntas de control. Por cierto que Toran Lenning —agregó el profesor Jordan, levantando la cabeza con una sonrisa— ni siquiera quería prestarse a una primera prueba, a pesar de sus extraordinarias facultades. Pero al fin, entre las divergentes opiniones de padre e hija, venció la ciencia en la persona del padre.

Y como fuera que el doctor Vance le miraba sin comprenderle, añadió Jordan:

—Toran Lenning es el prometido de mi hija, ¿sabe? A Liélle, usted ya la conoce. Ahora está en Nueva York, y me hizo prometer solemnemente que, una vez terminado el experimento, metería en el avión a Lenning. Eso significa —dijo el profesor consultando su reloj— que esta misma tarde, a las tres, debo llevarle al aeropuerto. Tengo sólo esta hija y, en mi condición de viudo y hombre ya viejo, me interesa mucho mantener buenas relaciones con ella.

Nueva York, aeropuerto Kennedy, en el año 2033 d. C.

La aguja del gran reloj del aeropuerto avanzó con una tenue campanada hacia las 17.30. Liélle se levantó por segunda vez y se encaminó a la recepción.

—Perdone que pregunte de nuevo —dijo—, pero estoy ansiosa por saber si ya

tiene la lista de los pasajeros que vienen en el avión de California.

La muchacha pelirroja, sentada detrás de una pantalla de plástico, se encogió de hombros con un gesto de disculpa.

—Lo siento, señorita, pero no he recibido todavía información alguna. Créame que lo siento.

Tras unos instantes de vacilación, Liélle regresó a su mesa del restaurante. Nadie podía imaginarse cómo aumentaba en ella el miedo. Exteriormente reposada y tranquila, permanecía con las piernas cruzadas junto a su mesita de la terraza, aunque en su interior era cada vez más angustioso el presentimiento de una desgracia que se avecinaba.

Liélle sabía, por su padre, que la materialización psicósomática producía algún cambio en toda persona sometida a experimentación. Le constaba, también, que los efectos de la droga inhibidora no habían sido aún suficientemente estudiados. Sin embargo, había aceptado la decisión de Toran de acceder a los insistentes ruegos del futuro suegro. No se había visto con ánimos, en cambio, de quedarse en Berkeley durante la prueba, como hubieran deseado su novio y su padre. Por eso se encontraba ahora en Nueva York, donde había pasado dos días de nervioso ajeteo con sus respectivas noches de insomnio en espera del momento en que Toran descendiera por la escalerilla del avión y la tomara en sus brazos. De aquel instante en que quedase definitivamente demostrado que sus temores eran sólo fruto del agotamiento nervioso y de una fantasía demasiado viva.

Había conocido a Toran dos años antes. Exactamente el 23 de agosto de 2031. La acostumbrada barbacoa para celebrar el término del semestre universitario de verano había tenido lugar en un naranjal situado al norte de Pasadena. De pronto, entre dos y tres de la madrugada, cuando la fiesta ya decaía y los escasos estudiantes que aún quedaban corrían a reunirse alrededor de los últimos fuegos, Toran apareció sentado a su lado en un banco de madera.

Al principio, su distracción y el modo inquieto y hasta desvalido con que reaccionaba a la conversación había apartado casi a Liélle, que temía encontrarse con una actitud intelectual por parte del muchacho. En realidad no sabía aún qué la movió entonces a aceptar su invitación a dar un paseo por las calles de Pasadena a una hora tan intempestiva.

Hasta que se hizo de día anduvieron por las solitarias calles de un barrio periférico. Arriba y abajo, de un lado a otro, sin fijarse en el tiempo que transcurría ni en las distancias. Y fue a aquella hora temprana, precisamente, cuando las sombrías imaginaciones y fantasías de Toran la impresionaron y confundieron.

Por eso le propuso, meses más tarde, que se sometiera a un examen que le haría su padre y, cosa rara, él se avino sin vacilación alguna, y eso que no era partidario de las decisiones rápidas...

Liélle extrajo un cigarrillo de su pitillera y lo encendió. Al hacerlo, su mirada se posó en el techo plano del edificio del aeropuerto y, desde allí, en el horizonte, donde

las siluetas de Manhattan destacaban claramente contra el azul del cielo.

Los dos últimos años habían sido una época de apasionado amor. Toran se le había declarado con palabras serenas y seguras, en sorprendente contraste con su comportamiento generalmente indeciso e incluso tímido frente a otras personas, y pocos meses más tarde también ella estaba convencida, aunque no lo hubiera dicho, que uno había nacido para el otro.

Liélle le amó antes de darse cuenta de ello, y ahora, mientras con creciente desasosiego aguardaba la llegada del avión californiano, comprendió que ese terrible miedo, ese presentimiento que nada podía apartar, era a la vez parte inherente de su amor.

Siracusa (Sicilia), en el año 212 a. C.

El día 2 de agosto del año 216 a. C. sufrieron los romanos la más grave derrota militar de toda su historia. Aníbal venció en Cannas a los cónsules Paulo Emilio y Terencio Varrón. De ochenta y seis mil soldados de Roma murieron cincuenta mil, entre ellos ochenta miembros del senado y el propio Paulo Emilio. El año siguiente —215— fue más favorable para los romanos. Aníbal se retiró a la Apulia y abandonó la guerra. En el año 214, el general Marcelo se trasladó a Sicilia con una poderosa flota y comenzó el sitio de Siracusa.

La ciudad se hallaba entonces todavía en su mejor época. Importante centro mediterráneo de comercio, con una población que superaba las quinientas mil almas y una extensión mayor incluso que la de la posterior Roma imperial, era junto a la egipcia Alejandría la más destacada urbe del mundo antiguo.

Cuando los enviados romanos fueron rechazados por Siracusa, Marcelo atacó la ciudad por tierra y mar a la vez. No obstante, al cabo de varios meses se comprobó que la superioridad numérica de los romanos y de sus aliados estaba sobradamente compensada por la habilidad técnica y el extraordinario ingenio de un hombre: el sabio griego Arquímedes, que ya contaba setenta y tres años de edad.

Lo primero que hizo Marcelo fue rodear Acradina, la bien fortificada ciudadela, con sesenta polirremes cuyas cubiertas iban repletas de honderos y arqueros. Además preparó ocho de sus mayores navíos de guerra para el transporte de armas y máquinas para el asedio.

Pero Arquímedes supo responder a cada ataque romano con sagaces disposiciones y medios. Bajo su dirección, y según sus propios planos, se construyeron balistas y catapultas de los más diversos alcances, y la mortífera lluvia de proyectiles obligó a las polirremes a una rápida retirada, después de sufrir muchas bajas. Con unos maderos que podían moverse como gigantescos brazos de palanca, Arquímedes hizo caer sobre la artillería y las armas de sitio de Marcelo, todas ellas de madera, enormes piedras y pesos de plomo. De esta manera, las escaleras de asalto y las torres de los

romanos quedaron ya destrozadas antes de su llegada a las murallas. Las naves ocupadas por arqueros y soldados armados con peltas, destinados al apoyo de los legionarios que atacaban desde el mar, fueron levantados del agua mediante colosales palancas de cuyo extremo pendía un poderoso gancho de hierro, y dejadas caer de nuevo. De esta forma quedó destruida la mayor parte de las embarcaciones, y el resto tuvo que retirarse gravemente deteriorado y con grandes pérdidas humanas y materiales.

Tras ocho meses de inútiles ataques, Marcelo convirtió el asedio de la ciudad en un bloqueo por tierra y por mar. En la primavera del año 212 a. C., mientras los habitantes de Siracusa celebraban una fiesta en honor de Diana, Marcelo consiguió ocupar los suburbios de Tiquea y Nápoli.

La suerte de Siracusa parecía decidida.

—Señor, el camino del sol se hace cada día más corto. Deberíais tomar ejemplo de ello y concederos más descanso al anochecer —dijo Hiescal, el númerida, mirando preocupado a su amo que, sentado en un trípode, permanecía abismado en sus papiros.

—Bien sabéis, señor, que yo no soy capaz de seguir vuestros pensamientos y cálculos —agregó el númerida—, pese a que llevo más de diez años a vuestro servicio. Pero también tendríais que saber que no sólo soy leal para con vos, como corresponde a mi condición de esclavo, sino que os respeto y amo como a mi propio padre. Por lo tanto, perdonad, señor, que me atreva a recordaros vuestra venerable edad.

—Calla, Hiescal, te lo ruego, y déjame solo hasta que te llame.

El anciano levantó malhumorado la vista, por unos momentos, mientras el gigantesco númerida se retiraba en silencio. Luego volvió a inclinarse sobre sus rollos extendidos.

Allí arriba, en la colina que dominaba los tejados de Acradina, no se notaba en absoluto el asedio. Ni siquiera los ruidos cotidianos de la ciudad llegaban a la pequeña casa que Arquímedes habitaba con su siervo Hiescal. Transcurridos los primeros meses del sitio, en los que el sabio había sido casi el secreto jefe de los soldados siracusanos y de sus tropas auxiliares cartaginesas, Arquímedes vivía nuevamente retirado en su tranquilo hogar desde el comienzo del asedio, y de un día para otro, como quien dice, había dejado de hablarse de él. Llevaba una existencia tan retraída como en los años anteriores a la guerra y, aparentemente, pasaba el tiempo enfrascado en sus investigaciones. Sin embargo, tal impresión era engañosa. Y quien le hubiera conocido o tenido trato con él en otra época, se asustaría al verle ahora. Porque el viejo no era el Arquímedes de antaño, aquel sabio sereno y pacífico cuyo carácter más bien alegre y algo distraído sólo daba paso, muy raramente, a la excitación o incluso al empeño. Las personas que habían tenido relación con él en Alejandría o durante el brillante gobierno de Hierón de Siracusa, se habrían

impresionado al observar el cambio operado en él: Arquímedes se mostraba brusco, y su modo de hablar era precipitado. Movía las manos nervioso, y gestos incontrolados acompañaban sus palabras, cuando hablaba con el criado. Igualmente ocurría que Hiescal pasaba días enteros sin oír la voz de Arquímedes. Ni un encargo; ni una orden. Nada.

El sabio permanecía la mayor parte del día —y con frecuencia también toda la noche— en el pequeño aposento cuya ventana daba al sur, dedicado a sus cálculos, desconcertantes dibujos y proyectos de nuevas máquinas. La diferencia consistía en que no era ya el amable erudito de antes, que dibujaba sus planos y creaba sus inventos de manera casi juguetona y siempre jovial, sino un hombre obsesionado y taciturno, invariablemente inclinado sobre sus papiros y que apenas se concedía el sueño y el alimento necesarios. Pasaba encerrado, horas y días enteros, como si el temor de una próxima desgracia le tuviese lleno de horror. Otras veces se quedaba toda la noche en la colina, con la mirada fija en el cielo y susurrando sin cesar, a la par que sus delgados dedos dibujaban confusas figuras en el aire.

Había días en que no pronunciaba una palabra. Diríase, entonces, inaccesible a toda emoción y a todo sonido. Luego, de repente, llamaba dos o tres veces al nómada, en el espacio de una hora, para preguntar insistentemente por el asedio. Y si por fin le enviaba a la ciudad, para que se enterara de cuál era la situación real, podía suceder que, al regresar Hiescal con la cabeza llena de novedades y zumbándole los oídos de tantos rumores, el viejo ya no se interesara por nada o, incluso, hubiera olvidado el motivo de la bajada del esclavo a la población.

Quien le conociera antes, habría notado sin duda esta alarmante transformación. Quien estuviera familiarizado con sus pensamientos de otros tiempos y pudiera adivinar los que ahora le rondaban, habría sentido profundo temor y verdadera angustia. Pero nadie le conocía ya. De los antiguos amigos, que hubiesen podido advertir al mundo del peligro que le amenazaba en la persona del sabio anciano, no quedaba ninguno. Arquímedes les había sobrevivido a todos. Era el único, entre los grandes de otros días, que no había muerto.

El hombre se hallaba sentado en su taburete, con la cabeza apoyada en las manos. Fijos los ojos en la pared de enfrente, parecía absorto en sus pensamientos.

¡Qué fútiles se le antojaban aquel anochecer todos los descubrimientos de los que la ciencia de la época se jactaba! ¡Qué inútiles y fragmentarios! La mecánica de Arquitas y los fenómenos astronómicos de Eudoxio y de Cnido, y hasta las leyes geométricas del gran Euclides y sus propias teorías e invenciones en el terreno de la mecánica..., ¿qué era todo eso, en comparación con el descubrimiento en cuyo umbral él se veía? Precisamente aquel crepúsculo, a sus setenta y seis años, en el declive de la vida. Arquímedes miró nervioso por encima del hombro, como si temiera sentir a sus espaldas la presencia de la muerte. ¡No, no quería morir ahora, en el mismísimo umbral de la verdad! No... Era de esperar que el fin no tuviera prisa y tardara todavía horas, días, meses y quizá años en llegar. Con mano temblorosa y

rápida, el sabio comenzó a trazar figuras en un papiro limpio. Sí, ante todo necesitaba tiempo... Pero también material y hombres. Le haría falta mucho material y muchos hombres para sus proyectos.

El pensamiento de que Siracusa le hubiera bastado pocos meses antes, le hizo sonreír. ¡Siracusa, su ciudad natal! Arquímedes apartó de sí esas meditaciones. Los romanos se encontraban ante las puertas de Acradina y contaban los días y las horas de la urbe. Siracusa moriría antes que él, eso era cierto, y Roma sería dueña de Sicilia y Cartago. «Roma es la guerra y la fuerza —pensó de súbito el anciano—. Roma es brazo y es cerviz. Pero yo quiero ser la cabeza de Roma. ¡Sobre los hombros de Roma, y con su espada, quiero desquiciar el mundo!»

El propio Arquímedes se estremeció ante tales pensamientos. Su imaginación se había desbordado al soñar en lo que sería capaz de hacer con el poder romano y por el poderío de Roma. Las gigantescas catapultas y palancas ideadas meses atrás en defensa de Siracusa se redujeron en su mente a cosas insignificantes, a simples juguetes, en comparación con las máquinas de guerra que su fantasía iba produciendo sin cesar. Sí, iría con Roma. Allí, en su colina de Acradina, aguardaría a sus legionarios para conquistar con ellos el mundo entero.

Un ruido tableteante asustó de pronto a Arquímedes. Una bandada de palomas, ahuyentadas quizá por un movimiento casual en las callejuelas de la ciudad, pasó aleteando por encima de los tejados de Acradina.

«Los grises pájaros de Artemisa», pensó brevemente.

Luego volvió a inclinarse sobre su estrecha mesa y continuó sus cálculos y proyectos cuando en el horizonte, al oeste, sobre la extensa bahía y la península de Magdalena, empezaba a ponerse el sol.

El sol estaba ya muy sumergido en el oeste cuando Marcelo ordenó a sus soldados que se preparasen para el ataque. El activo ir y venir de los legionarios fue cesando y, en el silencio que se hizo poco a poco, sólo se oyó, aquí y allá, la breve voz de un subjefto o el cortante mandato de los centuriones. Después de tres años de asedio y bloqueo de Siracusa, los soldados de Roma se disponían a conquistar las últimas partes de la ciudad. En cuanto el sol se pusiera —así rezaba la orden del cónsul y era también voluntad de Roma—, debían ser tomadas Ortigia y Acradina, auténtico corazón de Siracusa.

Antorus contemplaba la isla de Ortigia desde la altura del teatro griego. A la luz del crepúsculo le parecía ver brillar, en la punta del frontón del gran templo de Atenea, el escudo de oro de la diosa que tantas veces indicara a los barcos el camino del puerto. El templo de Atenea era el orgullo de Siracusa. Delante de sus impresionantes columnas dóricas, Antorus vio por primera vez a Julia. La muchacha ascendía las estrechas gradas que conducían al santuario, y él, llevado por un súbito impulso, la siguió. Antorus recordó la muchedumbre que le impedía acercarse a la

esbelta joven, y cómo después, al descubrirla orando ante la diosa virgen en la sombra del templo, quedó definitivamente prendado de ella.

Seis años hacía de eso. Julia, su esposa, que era romana, y él, el griego Antorus, se vieron obligados a abandonar la ciudad cuando el partido de los cartagineses se hizo con el poder. A través de Tarento habían huido a Roma, y tanto esta ciudad como sus habitantes les habían acogido con afecto en una época en que ya parecía próximo su hundimiento...

Antorus cerró los ojos por un instante. Había regresado a Sicilia para verse como soldado romano y centurión ante las murallas y torres de su ciudad natal, Siracusa, y esperar la orden de ataque.

La ligera brisa procedente del mar le hizo sentir, de pronto, un escalofrío, por lo que se ciñó la túnica alrededor de los hombros. Al oeste, el sol asomaba cual oscura bola de fuego por encima de la península de Magdalena, y las sombras de los árboles trazaban largas rayas sobre sus pies. El gran círculo del teatro yacía ya sumido en la semioscuridad cuando la fuerza de sus recuerdos condujo a Antorus nuevamente a Roma.

Ante sus ojos cerrados apareció la imagen de Julia, y el rostro dulce a la vez que orgulloso de su hermosa romana adquirió, poco a poco, una maravillosa claridad. Largo rato permaneció Antorus contemplando los ojos azulados de la mujer amada. Hizo luego descender y penetrar aún más la mirada, hasta que en el cuerpo querido descubrió, borrosa primero y luego cada vez más perfecta, su propia efigie. Así continuó, durante un tiempo incalculable, fundido con el alma de la mujer romana, hasta que las fuerzas le abandonaron y la ilusión se desvaneció. Un violento dolor atravesó su corazón cuando tuvo que separarse de Julia, a la vez que renacía en él el temor a lo que las próximas horas podían traer.

Apartó las manos de sus ojos y miró a través de la extensa bahía en dirección a la isla de Ortigia. Sin embargo, el cuadro de las torres de Siracusa no logró dominar la preocupación que ceñía con creciente amenaza todos sus pensamientos.

Antorus se acordó de la conversación sostenida la noche anterior con Metelo. Nunca antes había confesado sus visiones a otra persona. Pero el miedo a cualquier comentario burlón por parte del amigo había desaparecido pronto, al observar la seriedad y el interés con que Metelo le escuchaba. Y luego, al guardar silencio durante largo rato, el compañero nada dijo, cosa que Antorus agradeció de veras, pues en realidad tampoco había esperado respuesta. El relato del griego se había extendido a lo largo de buena parte de la noche, entre el santo y seña de los centinelas que efectuaban rondas sin cesar.

Antorus había confesado a Metelo el creciente temor que se iba apoderando de él desde los últimos meses del asedio: cómo, primero, empezó a martirizarle la crueldad externa de los combates diarios con los terribles cuadros de hombres mutilados, que habían quedado grabados de forma indeleble en su mente. Explicó al amigo cómo despertaba de noche, bañado en sudor y horrorizado, siempre con esas grandes y

sangrientas batallas ante sus ojos. Veía espantosos campos de cadáveres y pavorosos incendios y ciudades que se deshacían en humo y cenizas. Agotado de tanta angustia, golpeaba el suelo con sus puños, para despertar, y se llevaba las manos a la frente y a los ojos, para no ver nada más, pero entonces llegaban las columnas de marcha de nuevos ejércitos y su duro paso era un inaguantable martilleo en sus oídos.

Y cada vez había existido un pretexto y también una orden, así como una cabeza que enseñaba a los soldados cómo matar más y con mayor rapidez.

Antorus había visto cómo unos hombres se elevaban hacia los cielos y desde allí arrojaban fuego mortal sobre sus congéneres, y el atormentado griego había chillado y suplicado compasión a los dioses, con el único resultado que los ejércitos se hacían todavía más numerosos y las armas más terribles.

Y de nuevo se repetían el pretexto y la orden, y siempre aparecía la cabeza que indicaba a los hombres cómo matar aún más y con mayor rapidez.

Luego otra vez los ejércitos, más numerosos todavía y con armas más aterradoras, y su paso retumbante y monótono conducía, por los campos de sus visiones, a una muerte sin remedio.

Antorus había visto bosques de los que sólo quedaban tocones reventados, y campos cuyos frutos y granos no eran ya más que ceniza gris. Había visto surgir imponentes trombas marinas que, al derrumbarse, destruían enormes barcos y arrastraban consigo, al fondo, el casco y la tripulación. Y por último vio también que en el cielo se abría una gigantesca boca de fuego y, en unos segundos, devoraba entre ardientes vaharadas de humo todos los países y las ciudades de la tierra con sus habitantes...

Y para eso, igualmente, había habido un pretexto, una orden y una cabeza que, por fin, enseñó a los hombres a matar de forma total y definitiva.

Eso era lo sucedido.

Cuando ya amanecía, Antorus le susurró al compañero su última visión: el pretexto y la orden de los romanos y la cabeza griega tras las murallas de Siracusa, dispuesta a instruir a los hombres de Roma.

Después Antorus calló. Todos los camaradas permanecieron en silencio hasta que despertaron los pájaros y el ajetreo matinal del campamento les advirtió que debían regresar.

Antorus no recordaba que Metelo hubiese dicho nada durante toda la noche. Al volver juntos a sus puestos, un soldado comunicó al amigo que el general quería verle, y él, por su parte, se sumergió en la ruidosa actividad del campamento, cumpliendo sus deberes de manera mecánica...

El opaco sonido de una tuba sacó a Antorus de sus sueños. Dio media vuelta bruscamente y, mientras sus ojos se deslizaban una vez más sobre el teatro y la amplia bahía hasta la península de Magdalena, tras la cual acababa de hundirse el sol, oyó ya, en las colinas, los salvajes gritos de ataque de los legionarios, el retumbante traqueteo de los arietes y el metálico entrechocar de lanzas y espadas. Todavía

alejado de la realidad y casi inconsciente, Antorus desenvainó su acero y corrió a reunirse con los soldados.

Ortigia cayó en el primer asalto de los legionarios y, en vista de ello, Acradina abrió sus puertas voluntariamente. Marcelo dio permiso a sus hombres para que saquearan la ciudad, aunque se afirma que lo hizo contra su voluntad. Entre el pillaje y el ensañamiento del enemigo en Acradina perdió también la vida Arquímedes. Los relatos sobre su muerte difieren bastante unos de otros: hay quien asegura que un legionario abatió sin consideración al anciano que trazaba figuras geométricas en el suelo de su aposento, mientras que otros dicen que Arquímedes fue asesinado en la calle por soldados que, al verle cargado de instrumentos matemáticos —que precisamente llevaba a Marcelo—, creyeron conseguir un valioso botín. Cuentan que el general romano lamentó profundamente la pérdida del sabio, y que el nombre del gran científico proporcionó protección y honor a sus parientes.

Nueva York, en el año 2033 d. C.

El altavoz anunció finalmente el aterrizaje del avión procedente de California. Liélle sintió que le abandonaban de súbito todas las angustias y preocupaciones de las últimas horas. Se levantó en seguida, pagó y descendió la larga escalera que conducía al vestíbulo.

«¡Por fin!», pensó, y el enorme alivio hizo que se sintiera casi vacía, hueca...

La muchacha pelirroja del departamento de recepción le dedicó una sonrisa cuando la vio salir en dirección a la terraza, y esta pequeña prueba de simpatía y humana comprensión llenó a Liélle de maravillosa alegría y emoción.

Los primeros pasajeros bajaron la escalerilla del avión, y al fin descubrió a Toran, que descendía poco a poco las metálicas gradas y luego cruzaba el campo de asfalto.

«¡Qué delgado y pálido está!», se dijo Liélle mientras echaba a correr hacia el hombre amado. «¡Pobrecito, qué mala cara tiene!»

Toran se detuvo al reconocer a su prometida. Como si una rotura de su conciencia le hubiera paralizado de repente, dio todavía unos pasos vacilantes para detenerse luego perplejo, helado el corazón. Y mientras Liélle le alcanzaba y, ante la lejana expresión de su rostro, dejaba caer los brazos que había levantado impulsivamente para estrecharse contra él, se borró de los ojos de Toran la imagen de la joven y su boca formuló despacio y balbuciente, y luego una y otra vez, ya con seguridad aunque sin voz, el nombre de la mujer romana.

EL DEVORADOR DE CALCIO

Herbert W. Franke

Herbert W. Franke, nacido en Viena en 1927. Después de la guerra estudió ciencias naturales, psicología y filosofía, doctorándose con un tema sobre la física teórica. Desde 1957 reside como autor libre en las proximidades de Munich. Aparte de sus numerosas publicaciones de divulgación científica sobre problemas naturalistas y de la estética en el arte, se le considera uno de los mejores autores de ciencia ficción de la actualidad. Entre otras obras ha publicado las novelas Das Gedankennetz («Red de pensamientos») en 1961; Der Orchideenkäfig («La jaula de las orquídeas») en 1961; y Zone Null («Zona cero») en 1970. Desde comienzos de 1974, Franke publica en unión de W. Jeschke la serie de bolsillo Heyne-Science Fiction. La narración Calciumfresser («El devorador de calcio») pertenece a la obra Das grüne Komet («El cometa verde») publicada en 1964.

Propiamente lo tendría que haber notado antes. Porque hasta donde alcanza mi memoria, siempre sentí el afán de ayudar a los demás. Pero no me di cuenta hasta la semana pasada. Y mis colegas lo ignoran todavía...

Yo mismo lo descubrí al verme en una situación extraordinaria. Regresábamos de Psi 16 y habíamos hecho ya, sin novedad, dos terceras partes del viaje. Nadie pensaba en nada malo. ¿Qué es una de las cosas peores que le pueden ocurrir a un astronauta? Sin duda, un fallo en la renovación de aire.

¡Y justamente a nosotros tuvo que sucedernos!

No había posibilidad de reparación, además. El catalizador de calcio pulverizado desaparecía. De hora en hora iba empequeñeciéndose ante nuestros ojos, sin que halláramos una explicación para ello. Sin calcio no es posible la reducción del dióxido de carbono, y a bordo no llevábamos repuesto. ¿Quién iba a contar con tan absurda avería?

Nuestra provisión de oxígeno duraría, como mucho, tres días.

Willy no se apartaba del termodetector, pero la probabilidad de hallar un sistema planetario era prácticamente nula, y mucho menos uno con aire respirable.

Todos lo sabíamos. El capitán no nos ocultaba nada. Para eso había demasiada confianza entre nosotros. Y debo decir que la conducta de la tripulación fue ejemplar. Cada cual volvió a su sitio en silencio.

De pronto resonó en toda la nave el grito de Willy. Quien en aquel instante pudo permitírselo, corrió a la cámara de derrota.

—¡Tenemos algo delante! —exclamó—. ¡Y muy cerca!

En efecto, la pantalla mostraba un pequeño disco pálido que oscilaba entre los astros inmóviles. Todos respiramos con alivio, pero el capitán moderó en seguida nuestras esperanzas.

—¿Qué ayuda nos va a llegar de ese cuerpecito celeste? —dijo—. Calculo que no medirá más de un kilómetro cúbico. Debe ser un fragmento de roca desierta.

Nos aproximábamos a gran velocidad. Pronto distinguimos incluso la superficie.

—¡Qué cosa más rara! —comentó Jack—. ¡Ni siquiera tiene forma quebrada!

Su observación era acertada, porque tales cuerpos errantes suelen presentar una superficie muy escabrosa y desigual, y aquél era distinto. Tampoco era esférico ni elipsoidal, ya que esas formas aparecen cuando una masa metálica ha llegado a fundirse.

—¡Ahí veo una señal! —chilló entonces el grueso Smoky, cuya protuberante barriga temblequeó de excitación.

Era cierto. Tres flechas blancas señalaban hacia un punto central. Willy corrigió el rumbo. Todos seguimos la maniobra con la máxima atención.

—¡Chicos! —exclamó el capitán—. ¡Es una nave espacial! Un verdadero monstruo de nave...

Efectivamente todos vimos las escotillas y la baranda de una rampa de entrada. ¿Qué puedo decir? Nos detuvimos, ayudamos a Willy a ponerse el traje espacial y,

una vez fuera, observamos cómo manejaba la escotilla, que no tardó en abrirse para dar paso a nuestro compañero. Apenas tuvimos que poner a prueba la paciencia, pues Willy reapareció casi en seguida y sólo nos envió una palabra a través de la emisora:

—¡Aire!

Pasamos a la otra nave y quedamos boquiabiertos. Aquello sobrepasaba todas nuestras imaginaciones. No sólo era el aire respirable lo sorprendente, sino que nos hallábamos rodeados de un lujo que jamás pudimos soñar. El conjunto estaba dividido en incontables habitaciones de diversas dimensiones, pero todas ellas decoradas como las de una fastuosa residencia de Hollywood. Había allí cómodas tumbonas, mullidas alfombras y armarios empotrados. Llamó nuestra atención, sin embargo, el hecho de que los peces de los acuarios estaban muertos y las plantas aparecían extrañamente mustias y amarillentas. Todo lo demás tenía un aspecto impecable, ordenado y limpio, aunque no encontramos a ningún ocupante.

Yo observé que el capitán no estaba tan contento como hubiera sido lógico después de la suerte que habíamos tenido.

—Permanezcamos juntos —ordenó—. De momento nos instalaremos en algunos cuartos cercanos a la entrada, y que nadie se separe de los demás sin autorización.

Fuimos en busca de parte de nuestras provisiones y nos acomodamos lo mejor posible. Al día siguiente el capitán comenzó sus exploraciones, siempre en compañía de dos hombres que se turnaban, de modo que todos tuvimos ocasión de ir con él.

Al principio ocurrió poca cosa. No hacíamos más que descubrir nuevas estancias que no se distinguían en nada de las anteriores. Exceptuando la ausencia de seres vivos, todo parecía en orden. Ciertamente es que algunos detalles llamaron nuestra atención, pero no les dimos gran importancia: algunos recipientes se habían convertido en polvo, aunque podía distinguirse su forma primitiva. En varios espejos, la lámina de cristal estaba transformada en una masa opaca y resquebrajada, y raro era el cuadro que no presentaba partes descoloridas. En conjunto, un extraño mosaico de impresiones.

Ya al segundo día encontró el capitán la cabina de mandos y la cámara de derrota. El sistema era fácil de descifrar. Los constructores de la nave debían ser semejantes a los humanos, si bien probablemente más adelantados. Conny comprobó que quedaba suficiente combustible, y Willy calculó y fijó el rumbo.

En mi primera ronda recorrí con el capitán y Smoky la parte más alejada, es decir, los aposentos situados al otro lado de nuestra entrada. Acabábamos de pisar una especie de balcón en el que había varias hileras de cactus secos, cuando el capitán se detuvo en seco. El gesto de su mano hizo que también nosotros nos paráramos...

—¿Lo habéis notado? —preguntó.

—¿Se refiere a... a una sensación como si algo nos succionara? —repuso Smoky.

—Exactamente —dijo el jefe, y ambos me miraron esperando con ansia mi opinión.

—Yo no he sentido nada —tuve que confesar.

—Pues a mí me recorrió todo el cuerpo —explicó el capitán—. Lo describiría como una impresión de ser absorbido. Y lo raro es que ni siquiera resultaba desagradable.

No obstante, la experiencia debía haber sido peor de lo que mis dos compañeros quisieron reconocer, porque el capitán ordenó la retirada.

Estábamos ya cerca de nuestras habitaciones cuando ocurrió un percance: Smoky se rompió una pierna. Fractura lisa de la arcada maleolar. Tuvimos que improvisar una camilla y transportarle a su cuarto.

Ni él mismo sabía cómo le había sucedido. Admitía la posibilidad de haber tropezado. Pero no era así. Yo, que iba detrás de él, había visto que, sin más, la pierna había cedido bajo el peso de su cuerpo, doblándose. Hay que decir que Smoky, con sus noventa kilos a cuestas, no era precisamente un peso gallo, pero eso no era motivo para que los huesos se le rompieran de repente.

Y no fue ése el único problema. Algunos miembros del equipo empezaron a quejarse de cansancio, falta de apetito y dolores musculares. El médico sacudió la cabeza. No se explicaba aquellos síntomas. Se produjo un nerviosismo general, los hombres se chillaban unos a otros, y justamente Jack, a quien normalmente nada hacía perder la calma, acabó de estropearlo todo. El capitán riñó al cocinero porque la comida no le gustaba, y lo hizo con una violencia que tampoco venía a cuento, y el bueno de Jack quiso salvar la situación.

Con forzada animación exclamó:

—¡Más vale mala comida que falta de aire!

Y dio al jefe un amistoso golpecillo. Yo estaba presente, y puedo asegurar que sólo fue un ligero puñete. Sin embargo, el capitán se encogió con gesto dolorido. Primero creímos que se trataba de una broma, pero pronto comprendimos que la cosa iba en serio. Llamamos al médico, y éste comprobó que el jefe tenía tres costillas fracturadas.

Privado en adelante de dirigir la expedición, fácil es imaginar el mal humor con que cedió su puesto a Willy.

En su segunda ronda, éste descubrió unas cintas perforadas, el primer indicio de una especie de escritura. El capitán, que no podía moverse, se dedicó a estudiar los signos, cosa que logró con bastante rapidez, y por fin nos enteramos del significado de la sorprendente nave.

—Aún no lo entiendo todo, pero algunos puntos quedan aclarados —dijo—. El aparato en que nos encontramos pertenece a una gran flota que participaba en una operación de emigración. Viajaba en él casi un millón de seres. Durante el desplazamiento enfermaron todos, por lo que fueron trasladados a otras naves. No acabo de descifrar la causa, aunque aquí dice algo... La traducción literal sería «calciófago» o «calciófagos».

Todos debimos poner cara de desconcierto. El médico, sin embargo, se levantó de un salto, tomó su instrumental y corrió a visitar a Spike, sin duda el que estaba en

peores condiciones. Yacía éste en una habitación individual destinada a enfermería. El doctor le extrajo sangre y desapareció con ella en su improvisado laboratorio. Al cabo de un rato salió con un tubo de ensayo en la mano, que nos mostró excitado.

—¡Aquí tienen la respuesta! —declaró.

En la probeta danzaba un sedimento blanco y grumoso que a nosotros, desde luego, nada nos decía.

—¡Falta de calcio! —jadeó el médico—. El nivel de calcio se halla muy por debajo de lo normal. Ahora comprendo por qué se nos rompen los huesos y se nos mueven los dientes.

—¿Calcio? —repitió el capitán, pensativo—. Precisamente, nuestro catalizador se componía de calcio...

—¡Bah! —replicó el doctor—. Eso tiene que ser casualidad. En adelante confeccionaré yo el menú, para que la comida contenga suficiente calcio. Además, todos tomaremos pastillas...

—Pero, ¿qué son calciófagos? —quise saber yo.

—Tal vez unas bacterias —indicó el facultativo—. Ahora mismo haré un frotis y me sentaré ante el microscopio.

Teníamos, pues, una pista a seguir, aunque no puedo afirmar que nos sintiéramos muy seguros en nuestra piel.

Al día siguiente, una de las patrullas no regresó. De momento no nos preocupamos, ya que era fácil extraviarse y sufrir retraso en tan gigantesca nave. Pero cuando fueron pasando las horas sin que volviesen los compañeros, el capitán nos envió a Cyril y a mí en su busca.

Sabíamos, más o menos, qué parte del vehículo habían proyectado explorar, y hacia allí nos encaminamos sin vacilación. Hasta entonces, cada salida había constituido una diversión: algo semejante a un paseo por un hermoso paisaje. Ahora, en cambio, los maravillosos aposentos nos resultaban inquietantes. Imperaba en ellos un silencio aterrador. Cada vez que abría una puerta, necesitaba sobreponerme... No podía evitar la sensación de algo que nos acechaba al otro lado.

Habíamos avanzado ya bastante, cuando Cyril empezó a quejarse de un extraño dolor en todos los miembros. Yo no sentía nada, pero estaba dispuesto a proponer a mi compañero el regreso, dado que éste se encontraba cada vez peor, cuando les hallamos...

A pocos pasos de nosotros yacía Fatty, que se movió débilmente al oírnos. Algo más allá descubrimos los cuerpos de los otros muchachos, tendidos en el suelo como si una extraña fuerza les hubiera derribado, y al arrodillarnos junto a Fatty observamos que tenía el rostro deformado y fofo. Sus brazos pendían faltos de vida. Con los ojos entornados, nuestro amigo trató de formar unas palabras.

—Un... ser, un... un animal... que...

Y se hundió como si la última energía hubiese abandonado su cuerpo.

Cyril y yo nos miramos horrorizados. De pronto percibí un ruido en la habitación

contigua. Saqué la pistola y abrí la puerta de golpe... Delante de mí se extendía una sala alargada, una especie de invernadero lleno de plantas completamente secas. Al fondo de todo, sin embargo, se arrastraba y serpenteaba algo. Algo que sólo vi en parte, ya que el resto desapareció en un rincón: una maraña de patas o tentáculos de color gris plateado, que se retorcían incesantemente y se movían de un lado a otro en un intento de busca.

Un grito de Cyril me hizo retroceder. Le hallé apoyado en la pared, lívido. Poco le faltaba para desmayarse.

—Estoy cada vez peor —musitó—. ¡Sácame de aquí...!

Apenas podía andar, de modo que tuve que sostenerle durante casi todo el camino.

Cuando logramos reunimos con los demás, nos aguardaba otra noticia terrible: el médico había comprobado que buena parte de las provisiones estaba descompuesta. Lo estropeado era justamente lo más rico en calcio.

Un grupo de voluntarios fue a recoger a los compañeros accidentados y, si bien no tropezaron con el repugnante animal, a su regreso se sentían totalmente agotados. Los hombres que acababan de rescatar permanecían sumidos en un extraño sopor.

El capitán convocó a una reunión, pero su resultado fue desconsolador. Llegamos a la conclusión de que el animal que yo había visto se alimentaba de calcio y tenía, además, la facultad de absorber esa sustancia de todo cuanto le rodeaba. Estudiamos la posibilidad de tomar algunas medidas extremas: unos propusieron volar aquella parte de la nave en que se hallaba el monstruo; otros querían colocar complicadas trampas...

Yo sólo prestaba atención a medias. Vi la palidez de mis camaradas, hundidos con evidente dejadez en los cómodos sillones, contemplé el pecho vendado del capitán y la figura inerte de Spike. Diversos pensamientos cruzaron mi mente. Yo seguía encontrándome bien como siempre, sin sentir las molestias propias de la pérdida de calcio. Nadie más que yo había visto el horrible animal y, sin embargo, no sufría consecuencia alguna. Todas mis deducciones conducían, pues, a un punto...

Si mis sospechas eran ciertas, la pena sería muy profunda. Pero esa circunstancia podía significar la salvación de nuestro grupo.

Me retiré con disimulo, desaparecí tras una rejilla cubierta de enredadera y salí de la estancia sin ser visto.

Necesitaba tener la certeza... En el laboratorio del médico encontré lo que buscaba. Una aguja intracardíaca. Desabroché mi camisa y me clavé la aguja debajo del esternón, introduciéndola poco a poco en diagonal, hacia arriba. Sabía exactamente el punto que debía tocar. Me costó un terrible esfuerzo. Mi corazón latía con violencia, y el sudor resbalaba por mi frente. Reaccionaba como un hombre normal...

Y entonces tuve la certeza. La aguja chocó —a unos cinco centímetros de profundidad— contra algo duro, impenetrable, metálico.

No vacilé ni un instante más. Mi vida no tenía importancia alguna. Tomé una pistola ametralladora del depósito y corrí hacia las profundidades de la nave. Nunca me había resultado tan insoportable el olor de las plantas muertas, ni tan sobrecogedora la falta de vida en aquellos lujosos aposentos. Pero tampoco había estado nunca tan seguro de lo que debía hacer.

Largo rato busqué en la zona más profunda del vehículo. ¿Dónde estaría ese maldito calciófago? No veía más que preciosas salas en las que reinaba la muerte... Plantas secas, acuarios con peces putrefactos, sofás, mesas de juego, columpios de jardín, surtidores, esculturas, brillantes bolas que eran fuentes de luz y adorno a la vez...

De pronto observé algún desorden. Sillas corridas de sitio, floreros volcados... ¿Y no había oído un ruido...?

Me detuve a escuchar. Algo se arrastraba. Levanté la pistola de impulsión y avancé. Con toda cautela. Allí estaba el monstruo. Un gigantesco ovillo plateado, todo él cubierto por centenares de patas o antenas que en un punto se ladearon para que me enfocara una especie de espejo parabólico. Yo, sin embargo, no experimenté nada. Y es que, a mí, nadie puede quitarme el calcio. Oprimí el gatillo del arma, pero no se produjo la impulsión. Lo intenté otra vez y nada...

Entonces comprendí que la pistola funcionaba mediante un cátodo de germanio y sulfuro de calcio, por lo que ya no servía para nada.

Una ira horrible se apoderó de mí. De cualquier forma, mi plan no podía fallar. Arrojé al suelo la pistola, agarré una silla, corrí hacia el animal y me lancé sobre él, golpeándole tremendamente con la silla.

Apenas encontré resistencia y casi me vi envuelto en el repelente monstruo. Una masa porosa se desparramó, pulverizada, por el suelo. Los tentáculos y las antenas vibraron, pero yo pasé la mano bruscamente por encima y todos aquellos apéndices cayeron quebrados. El cuerpo del animal, que apareció desnudo al ir perdiendo sus serpenteantes miembros, se hinchó y revolcó furioso. Pero unos cuantos golpes más le dejaron sin vida. Todo había sido muy fácil y, no obstante, yo me sentía agotado. La tensión nerviosa y la excitación fueron demasiado grandes.

Necesité cuatro horas para volver junto a mis compañeros. El capitán me recibió indignado, pero calló cuando le anuncié que el animal estaba muerto, y todos corrieron a ver su cuerpo destrozado.

Sólo a su regreso me di cuenta de la dicha que su salvación significaba para mí. Había logrado conservar la vida de Spike, el físico silencioso y siempre dispuesto a ayudar; del regordete Smoky; de Willy, siempre ansioso de adquirir nuevos conocimientos, y de todos los demás, del formidable equipo de eficientes astronautas al que tengo el orgullo de pertenecer; de Jack, que acababa de descubrir capullos llenos de protóxido de calcio, en suficiente cantidad para cargar de nuevo nuestro catalizador; del doctor, que apareció con restos del animal en unos frasquitos, y no en último lugar la del capitán, que se acercó a mí y dijo:

—¡Maldita sea...! Nunca me supo tan mal tener que castigar a un hombre. Pero debes reconocer que no puedo actuar de otra manera. Quedas arrestado durante tres días. Te alejaste de nosotros sin permiso.

El castigo poco me importa. Lo fundamental es que no se enteren de la realidad. Porque les quiero a todos, y deseo que ellos también sientan afecto hacia mí. Y eso... no sé si sería posible, si se enteraran que llevo una célula positrónica en la fosa epigástrica... De que soy un robot.

CUARENTENA

William Voltz

William Voltz, nacido el 28 de enero de 1938 en Offenbach del Meno. El joven entusiasta del fútbol empezó por escribir narraciones breves y trabajó como técnico antes de dedicarse por completo a la literatura. Hasta ahora lleva publicadas unas doscientas novelas. Desde 1962 pertenece al equipo de Perry Rhodan. La narración Quarantäne («Cuarentena») fue publicada por vez primera en 1973.

El conejo dormitaba al sol del crepúsculo delante de su madriguera. Formaba una peluda bola, de la que sólo destacaban las orejas.

Ignoraba yo cuántos conejos había en la isla. Posiblemente los habían importado antes de mi llegada, para que tuviera ocasión de practicar la caza. Observé al pequeño animal por entre los árboles. Ofrecía una imagen plácida. Noté en mi cerebro, cual tenues latidos, los débiles y primitivos impulsos mentales del roedor. Eran unas sensaciones instintivas, de las que se adivinaba fácilmente la perezosa tranquilidad que gozaba.

Extraje una flecha metálica del carcaj. No me habían dejado armas de fuego.

Si esforzaba el oído, percibía el murmullo de las olas. El sol se hundía en el horizonte y formaba una centelleante cinta sobre el agua. En las ramas de los árboles gorjeaban algunos pájaros. Estaban tan acostumbrados a verme, que apenas demostraban temor. Yo era parte de su soledad, igual que ellos lo eran de la mía.

Tensé el arco. Resulta sorprendente lo que uno llega a aprender cuando no tiene otra solución. Con gesto sereno apunté contra el animal.

La flecha salió disparada. De un instante a otro se interrumpieron los vacilantes procesos mentales del conejito, que dio un breve salto, y su súbita sensación de dolor penetró en mi corazón, pese a que me había blindado. No pude evitar un estremecimiento.

Poco a poco avancé hacia mi presa y arranqué la flecha de su cuerpecillo aún caliente. Ahora ya no me importaba hacerlo, pero la primera vez me había mareado. Con mano experta colgué el conejo de mi cinturón. Luego devolví la flecha al carcaj y me eché el arco al hombro.

Atravesé sin prisa el reducido bosque. Al otro lado se alzaba mi *bungalow* entre los árboles. La construcción descansaba sobre cuatro pilones de hormigón armado, destinados a evitar la humedad. Una escalera de madera conducía a la puerta. La casa tenía dos ventanas. Una daba al mar y la otra al bosque. Disponía de tres habitaciones. En la primera había instalado la cocina. En la segunda, dormía. Y la última estaba prácticamente vacía, ya que no poseía nada que guardar en ella. No sin ironía la llamaba el «cuarto de los huéspedes». Calculado por encima, la isla mediría algo más de un kilómetro cuadrado. Sobre su situación geográfica nada podía decir, porque me habían dejado allí de noche. Nadie había considerado necesario explicarme dónde se hallaba aquel punto perdido en el océano. Y yo no entendía nada de astronomía. De otra forma, quizá hubiera sabido guiarme por las estrellas.

Alcancé la escalera y automáticamente dirigí una última mirada al mar.

Entonces vi el barco.

De momento era sólo una diminuta mancha negra. Me senté en el escalón superior y protegí mis ojos con la mano plana.

Iba a recibir visita.

El barco no podía aproximarse mucho a la isla, por lo que enviarían a tierra un bote de remo. Aquella tarde no harían ya nada, sin embargo, porque empezaba a

anochecer. Probablemente se presentarían a la mañana siguiente, en medio de la gris neblina que todo lo cubría.

Los visitantes se encontraban todavía a demasiada distancia para que yo pudiera captar sus pensamientos. Me levanté, por tanto, y entré en la casa. Solté el conejo del cinturón y lo dejé encima de la mesa. De pronto sentí que no me apetecía la carne fresca.

¿Acaso consideraban que ese lugar ya no era suficientemente seguro? Todavía tenían miedo de mí, temerosos porque pudiera revelar sus ridículos secretos militares. De súbito me dominó el convencimiento que me matarían. Veían en mí un peligro demasiado grande. Era más práctico eliminarme. En las primeras horas de la mañana llegaría mi asesino en el bote.

Fui al armario en busca de un cuchillo de cocina, pero me detuve antes de sacarlo. ¿Para qué iba a comer una persona condenada a morir a la mañana siguiente?

Empezó de una manera extraña, casi como un sueño.

Curt Hume yacía con los ojos abiertos en su cama y oía la voz. Hacía pocos segundos que el despertador había sonado, arrancándole de su descanso.

Lo primero que notó, fue que el dolor de cabeza había desaparecido.

Permaneció echado un rato más, para disfrutar la deliciosa sensación de verse libre de molestias. La opresión que desde hacía años martirizaba su cerebro, había desaparecido. Acababa de producirse, espontáneamente, lo que los médicos intentarían sin resultado durante tanto tiempo.

Hume se sintió liberado y dichoso. Le parecía haber vivido encerrado hasta entonces. Al mismo tiempo experimentaba cierto temor de que el dolor pudiera volver, de que ese momento de bienestar terminara...

De pronto la señora Abbott, el ama de llaves, exclamó junto a su lecho:

—¡Estos malditos panecillos secos me ponen más nerviosa cada día! Luego, el cuarto de Hume está lleno de migas...

El hombre se estremeció y miró a su alrededor. La habitación estaba vacía. Hume se dejó caer de nuevo sobre la almohada, muy preocupado. ¿Era imaginación suya o había oído realmente la voz de la señora Abbott?

—¡Ay, Dios mío, la leche! ¡La leche! —gritó entonces la mujer.

Y Hume *vio*, horrorizado, cómo la señora Abbott corría hacia el hornillo eléctrico para evitar que la leche se saliera.

Curt Hume saltó de la cama. Abrió en pijama la puerta del dormitorio y atravesó el pasillo, camino de la cocina. El ama de llaves estaba ocupada limpiando el hornillo con un paño. Olía a quemado.

Hume preguntó con voz queda:

—¿Se le salió la leche?

«¿Cómo diantre entra este tipo sin hacer ruido? ¡Y no lleva más que el pijama,

este...!»

Sus labios no se habían movido en absoluto al ver a Hume en la cocina, y sólo entonces se abrieron para decir:

—¡Oh, buenos días, Curt! No se preocupe. En un instante estará todo limpio.

Hume se dejó caer en una silla. Notaba el frío del asiento a través del delgado género de su pijama. Se oprimió las sienes con ambas manos.

—Me parece que esta mañana su dolor de cabeza es muy intenso, ¿no? —preguntó la señora Abbott con interés.

Pero Hume oyó además esto:

«Apostaría cualquier cosa a que sólo finge el malestar. Lo que quiere es despertar compasión.»

—¡Yo no finjo! —protestó Curt Hume.

La señora Abbott dejó caer al suelo el bote lleno de leche caliente, y ésta se desparramó por toda la cocina.

—¡Y no dejes migas ni ando por mi casa sin hacer ruido y, por lo general, llevo puesto algo más que un pijama! —añadió Hume en tono glacial—. Y ahora le ruego que se vaya, señora Abbott.

«¡Dios mío, pero este hombre no puede leer los pensamientos! Eso es imposible.»

El ama de llaves estaba blanca como el yeso y las manos le temblaban tanto que no acertaba a desatarse el delantal.

—Di... disculpe usted —tartamudeó la mujer, abandonando la cocina.

Hume se levantó con dificultad. Las piernas parecían no querer sostenerle. Por fin se acercó al armario y sacó de él la botella de ginebra. Hasta entonces sólo había empleado el alcohol como somnífero.

Su dolor de cabeza había desaparecido. Pero... a cambio de la cefalea, captaba los pensamientos de los demás.

La ginebra hizo brotar lágrimas de sus ojos, pero en el estómago le produjo una agradable sensación de calor. No debía precipitarse. Su nuevo poder guardaba relación, sin duda, con el antiguo dolor de cabeza.

Salió de la cocina para telefonar a Blanche desde su despacho. Marcó el número con dedos inseguros.

Cuando ella contestó, Hume sólo oyó su nombre. Los pensamientos de la muchacha no llegaban hasta su cerebro.

—Buenos días —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

—Eso debiera preguntártelo yo —repuso Blanche—. ¿Tienes dolor de cabeza?

—Pues... no. Desapareció —murmuró Curt.

La voz de la joven sonó preocupada.

—Tomas demasiadas pastillas. Acabarán por estropearle el estómago.

Hume sonrió. Era un hombre de mediana estatura y anchos hombros, con bastantes surcos en su rostro de ojos azules.

—No tomé medicamento alguno —explicó—. El dolor se fue sin más... En

cambio, ahora soy adivino.

Blanche rió tranquilizada.

—¡Eso sí que me alegra! —exclamó—. ¿No quieres darme una prueba de tus extraordinarias facultades?

—Esta tarde —prometió Curt Hume.

Se despidieron, y el hombre comenzó su aseo matinal. Una vez vestido, abandonó el piso. Iba silbando alegremente y no encontró a nadie en la escalera.

Momentos más tarde estaba en la calle. Incontables personas pasaban aprisa por su lado, gente que acudía a su trabajo cotidiano. Hume dio un paso atrás. Perdió el equilibrio y fue a caer contra la pared de la casa. En su frente aparecieron perlas de sudor. Sin saber cómo, logró regresar a la portería, y allí vomitó.

Se había enfrentado con los transeúntes completamente desprevenido, y la riada de pensamientos ajenos podía más que él. Le derrumbaba. Era algo brutal, implacable, inhumano. Y, entre tanto pensamiento, sólo surgían escasos —muy, muy pocos— impulsos amables. Hume retornó angustiado a su cuarto y se arrojó sobre la cama. Su horrible facultad sólo parecía funcionar cuando tenía cerca a otra persona. Si ésta se alejaba, la intensidad de sus ideas cedía.

«¿Qué puedo hacer, Dios mío? —pensó, desesperado—. Debo salir a la calle, sea como fuere, y mezclarme entre la gente. ¡No voy a quedarme para siempre aquí metido!»

Y se le ocurrió otra cosa. No debía hablar con nadie de su fuerza telepática. Si las demás personas descubrían que él conocía sus pensamientos, incluso sus más íntimos deseos, caerían sobre él como fieras. «Hasta ahora fui como todos —se dijo Curt Hume—. Pero todo ha cambiado de pronto, y debo proceder con tremendo cuidado...»

¿Existían otros seres humanos que dominaran la telepatía? No era muy probable. Quizá se acostumbrara poco a poco a las nuevas circunstancias... De repente sintió miedo de ver a Blanche. No temía lo que ella pudiera decir, sino la averiguación de sus verdaderos pensamientos.

Curt Hume ignoraba que sería detenido antes de tener ocasión de reunirse con Blanche.

Sucedía muy raramente que yo saliera tan temprano de la vivienda. Hoy, sin embargo, me empujaba a hacerlo un motivo especial: un bote se acercaba a la playa. Cosa rara, el barco grande había desaparecido. Por lo visto querían dar tiempo a mi asesino. El hombre tendría el encargo de vencer mi desconfianza y obtener informaciones antes de matarme.

En el bote venía un solo hombre. Llevaba camisa multicolor y un sombrero de alas anchas, que el viento agitaba. El hombre remaba como si no existieran la playa, el *bungalow* ni la isla. Pequeñas coronas de espuma se ensortijaban sobre las olas que

se divertían jugueteando con la barca. De los remos goteaban perlas de agua, que centelleaban brevemente a la luz del sol matutino.

De repente cesaron los movimientos del hombre, que se puso de pie y me miró. No pude reconocer su cara, a la que el sombrero hacía sombra, pero vi que me saludaba con la mano.

Corrí a la casa en busca de arco y flechas. Cuando volví a salir, se había sentado de nuevo y remaba. Los músculos de su espalda tensaban la camisa de colores. Para mí era más sencillo disparar contra él mientras siguiera en esa postura, porque entonces permanecería siempre en el anónimo. Yo no sentía remordimientos de conciencia.

Aquel individuo venía dispuesto a matarme.

Estaba, pues, en mi derecho de defenderme de él. Le suprimiría antes de que me llegaran sus sucios pensamientos.

Curt Hume lo consiguió al tercer intento. Existía un medio de rechazar los pensamientos de otras personas: concentrarse de forma muy intensa en una idea concreta, y entonces los impulsos de los demás rebotaban. Sin embargo, aquel esfuerzo mental agotó sus fuerzas.

Hume caminaba por el extremo de la acera. Nadie parecía interesarse por él. Nadie le dirigió mirada alguna de sospecha, y ninguna voz acusadora se alzó contra su persona. Curt alcanzó la parada del autobús. Cuatro hombres y seis mujeres esperaban el vehículo. Hume no se atrevió a indagar en sus pensamientos. Tenía que hallar la posibilidad de concentrarse en la mente de una persona determinada y desconectar cualquier otra transmisión. En eso llegó un muchacho a la parada. Vestía pantalón ceñido, de tipo Manchester, y una camiseta azul, bastante desteñida.

Hume se le acercó con paso indeciso.

«¿Por qué me mirará ese tipo de manera tan fija? —pensó el rapaz—. Seguro que ve algo en mí que no le gusta. Lástima que no lleve ni un cigarrillo. Si no, le daría en las narices con el tabaco... ¡Menuda cara de moralista tiene!»

Hume sintió que se le agarrotaba la garganta. Introdujo una mano en su bolsillo y sacó su pitillera. Luego llamó al muchacho con un gesto de la mano, mientras contenía la respiración.

—Ven —dijo—, y toma uno de mis cigarrillos.

El jovencito se sonrojó, contempló desconcertado a Hume y, de pronto, dio media vuelta y echó a correr.

«¡Ay que ver! ¡Mira que ofrecer tabaco a un crío! —pensó una de las mujeres, indignada—. Parece un gángster.»

Apareció por fin el traqueteante autobús, y Hume procuró escapar a las furiosas miradas de la mujer. Fue el último en subir. Hacía todo lo posible para defenderse de la confusión de pensamientos que le llegaba. Encontró asiento en el centro del coche.

Enfrente iba sentado un hombre muy delgado, con gafas. Sus ojos paliduchos pestañeaban nerviosos tras los cristales.

Con mucho cuidado, Hume intentó localizar las ideas de aquel individuo entre la maraña de corrientes. Sobre todo le estorbaban los bruscos cambios de humor del revisor. De repente, Curt Hume se estremeció como si le hubieran dado un latigazo. El tipo de enfrente sólo tenía una idea:

Había decidido matar a un hombre llamado Harris.

Curt Hume cerró los ojos horrorizado. Sus manos se agarraron, crispadas, a los brazos del asiento.

—¿Qué le sucede? —preguntó entonces un vozarrón brusco—. ¿Se siente mal?

Hume levantó los párpados. Era el revisor. Sus abultados labios estaban entreabiertos y sus ojos examinaron malhumorados al viajero. Otros pasajeros se fijaron también en él. Con mano insegura, Hume extrajo el billete de su bolsillo. El revisor lo taladró.

—No es nada... —musitó Curt.

El corpachón del empleado tapó la escuálida figura del individuo que proyectaba asesinar a Harris. Hume no sabía quién era ese Harris, pero en la mente del criminal había aparecido, por breves instantes, la imagen de la víctima, un hombrecillo menudo y afanoso de imponente barba. Hume le vio detrás del mostrador de una tienda de comestibles.

El revisor continuó su camino. Sin embargo, Curt Hume no se atrevía a mirar cara a cara al delincuente.

Prefirió seguir con la vista al empleado, que gruñendo se abría paso entre las filas de pasajeros. La suspensión del vehículo era mala, y el estómago de Hume amenazaba con rebelarse. A su lado iba una mujer con una gran cesta de la compra en la falda. De vez en cuando embutía en ella lo que se salía por un lado y por otro. Al moverse dio un ligero codazo a Hume, y éste se sobresaltó.

«¡Dios mío! —se preguntó el telépata—. ¿Qué debo hacer?»

A dos metros de distancia iba sentado un hombre que, en menos de una hora, quería dar muerte a alguien. Nadie lo sabía, excepto Hume. Y Hume era lo suficientemente inteligente para comprender que sería inútil avisar a la policía. No podía decir a los agentes, simplemente: «Ese tipo proyecta cometer un asesinato. Es fácil leerlo en sus pensamientos. Deténganle antes de que sea tarde.»

Toda la responsabilidad pesaba sobre él. No tenía medio de compartirla con nadie ni sacudírsela de encima. Hume se veía en la obligación de impedir un crimen.

Volvió a mirar al delincuente. Éste había apoyado la cabeza en las manos y parecía dormir. Sin embargo, estaba bien despierto. Curt Hume analizó cuidadosamente los diversos sentimientos del hombre.

Al cabo de un rato averiguó que el asesino poseía un revólver. Pensaba el individuo en un arma pequeña, pero eficaz, con la que mataría a Harris. La llevaba en el bolsillo delantero de la americana.

El autobús se detuvo, y nuevos pasajeros subieron a él. Como todos los asientos estaban ocupados, varias personas se situaron de pie entre Hume y el criminal. El vehículo arrancó.

«Debo vigilar dónde se apea», se dijo Hume.

Había empezado a llover. En los sucios vidrios de las ventanas se formaron gotas.

—Debería haber traído el paraguas —comentó la mujer de la cesta de la compra—. Este tiempo es una lata.

Hume le dedicó una sonrisa de compromiso. Le importaba un comino el tiempo que pudiera hacer en aquel momento.

«Es un tipo engreído —pensó entonces la vecina—. Y total, para lo arrugado que va... Tiene el traje hecho un higo.»

Hume no le hizo caso. Con asombro se dio cuenta de la rapidez con que había desarrollado una indiferencia frente a los pensamientos desagradables de los demás. No le afectaban en absoluto.

El coche llegó a la parada siguiente.

El asesino se levantó. Los miembros de Hume pesaban como el plomo. A pesar de ello, Curt se alzó también y descendió del autobús detrás del hombre armado. El individuo delgado no se volvió. Hume le seguía a una distancia de veinte metros. Era el límite extremo para percibir sus intenciones. Ambos caminaban por la estrecha acera. El tránsito había alcanzado a aquellas horas su máxima densidad. Entre la riada de gente, Hume tuvo que esforzarse mucho para no perder de vista al criminal. Un semáforo detuvo la circulación en el sentido en que los dos avanzaban. Pero el tipo enjuto no esperó, sino que torció hacia la derecha. Hume aceleró el paso, preocupado. A la vuelta de la esquina, el perseguido entró en un establecimiento. Automáticamente, Hume levantó la vista hacia el letrero. Y leyó:

M. J. HARRIS (COMESTIBLES)

Curt Hume quedó paralizado. Releyó el anuncio otras dos veces. Luego se precipitó en el colmado.

Apoyé la muesca de la flecha en la cuerda del arco. El bote se balanceaba suavemente en el agua.

Di al hombre en plena espalda. Con extraña calma y sin proferir exclamación alguna cayó el ocupante de la pequeña barca. El ancho sombrero quedó flotando en la superficie y danzaba encima del remolino producido por el cadáver que se hundía.

Mi tensión se alivió. No experimenté arrepentimiento alguno. Una y otra vez defendería mi vida, pese a ser sólo una débil mujer.

Una ligera brisa sopló sobre el mar, refrescante y purificadora.

Las olas arrastraron hacia la orilla el sombrero de alas anchas...

El individuo enjuto había sacado el revólver y permanecía con rostro desencajado ante el mostrador. Un hombrecillo menudo, situado a un metro de distancia, le miraba con ojos enormemente abiertos. No había nadie más en la tienda. Hume percibió el intenso aroma de las especias. La gris figura del criminal destacaba sombría contra los multicolores envoltorios que llenaban los estantes.

Hume se arrojó hacia delante sin reflexionar. El choque le hizo cerrar los ojos instintivamente. Oyó un disparo, un estallido seco, que no produjo eco. Los cuerpos cayeron sobre unas cajas de fruta. Naranjas, limones y manzanas rodaron por el establecimiento.

Una aguda voz chilló:

—¡Auxilio...! ¡Policía...!

Hume notó que la resistencia del adversario cedía. Se puso de pie como pudo y vio que el criminal quedaba tendido inerte en el suelo. Los cristales de sus gafas estaban rotos en mil pedazos, y la montura aparecía torcida. Un hilillo de sangre asomaba por debajo de su cabeza.

Hume se inclinó sobre el cuerpo.

—¿Qué he hecho, Dios mío? —murmuró horrorizado.

A su alrededor se apelotonaba la gente. La puerta del colmado estaba abierta. Harris había desaparecido. Hume se tambaleó hacia atrás y cayó contra el mostrador. Una pila de latas de sardinas se derrumbó con gran estrépito. Curt alzó la vista desconcertado.

Las caras de la gente que le rodeaba parecían máscaras desgarradas, rojas de excitación y brillantes a causa de la lluvia. De manera confusa, Hume captó el oleaje de sus pensamientos.

—Usted le ha matado —destacó una voz.

Hume se agarró al mostrador. ¿Dónde estaba Harris? En la puerta había cada vez más aglomeración de curiosos. La gente, ávida de sensación, se empujaba entre sí, y las miradas iban del hombre que yacía en el suelo a Hume.

«¡No puede estar muerto!», se dijo el telépata en el colmo de la desesperación.

El delincuente debía haberse dado con mala fortuna contra el pavimento.

—¡Usted lo ha matado! —repitió la misma voz, rezumante de odio—. ¡Y en medio de esta tienda!

Hume dio un paso hacia delante y tropezó con el cadáver. Alguien le agarró por el brazo. Curt se soltó con violencia.

—¡Fuera! —gritó.

Las caras se hicieron a un lado. Ante él se abrió un camino. De pronto imperó el silencio en el colmado. Sólo se oía el ruido del tráfico.

—La policía no tardará en venir —anunció alguien detrás de Hume.

Éste se volvió. Era Harris. Parecía un enano con barba. Estaba muy inclinado

sobre el mostrador y contemplaba con disgusto la fruta pisoteada. Luego empezó a recoger las latas de sardinas, colocándolas en su sitio con cuidado. Hume avanzó hacia él con paso vacilante. Harris le estudió con indiferencia.

—Ese hombre... —susurró Hume, señalando el cuerpo— pretendía asesinarle.

—Sí —confirmó Harris—. Todo parece indicarlo.

Y el tendero miró hacia la puerta. Poco a poco se volvió también el telépata. Dos hombres de uniforme se abrían paso entre la muchedumbre. Hume les aguardó con indiferencia.

Uno de ellos se hizo cargo de la situación de una sola ojeada.

—Usted viene con nosotros —dijo.

Eran tipos brutales y malcarados. Llevaban las botas mojadas hasta el borde. Ambos agarraron a Hume por los brazos.

—¡Que nos acompañe Harris! —exigió el detenido—. Él lo vio todo.

Pero Harris objetó:

—Fui yo quien llamé. Ante todo debo poner un poco de orden en la tienda. Díganle al comisario que en seguida iré para allá.

Hume sintió que se le oprimía la garganta. Los policías le empujaron sin consideraciones a través del grupo de curiosos. Delante del establecimiento esperaba un vehículo. De un golpe le enviaron al asiento posterior. El telépata oyó arrancar el motor con absoluto desinterés. El coche se puso bruscamente en movimiento. Los limpiaparabrisas comenzaron a funcionar. Curt Hume sintió un escalofrío.

El comisario hizo dar una vuelta completa al cigarrillo que tenía en la boca. La piel de sus mejillas se tensó. Con pasos regulares, como si quisiera medir la habitación, abandonó el rincón de su escritorio y se dirigió hacia Hume. Su rostro revelaba una mezcla de desgana y mal disimulado enojo.

—Éste es ya el tercer interrogatorio, Hume —dijo con voz fría—. Pero no avanzamos en absoluto. Nos consta, eso sí, que Ben Stone tenía intención de matar al dueño del colmado. Usted lo impidió, y su intervención costó la vida a Stone. Pero nadie pretende acusarle. Lo único que nos interesa saber, es de qué conocía usted a ese individuo. Era uno de los delincuentes más buscados de la ciudad. Usted tuvo que enterarse que Stone iba a casa de Harris aquella mañana. Nuestras averiguaciones han demostrado que nunca, hasta entonces, se había apeado en la parada próxima al colmado. Su lugar de trabajo queda muy lejos. Además, nos debe usted una explicación: ¿por qué siguió a Stone al establecimiento?

Hume se humedeció los labios con la lengua.

—Podría decirle cómo descubro las cosas —dijo en tono brusco— pero sería inútil, porque no me creería.

El comisario Pertonwaithe apoyó una mano en su hombro.

—¿Es usted telépata, Hume? —preguntó con no menos sequedad.

Curt Hume se estremeció. Se sentía ligeramente mareado.

—Hum... Comprendo —gruñó Pertonwaithe.

—¿Cómo lo sabe? —musitó Hume.

El policía esbozó una sonrisa fría.

—Lo suponía —repuso—. Hace poco más de dos años, todos los jefes de departamento del país recibimos un escrito del Gobierno, en el que se nos ordenaba buscar personas como usted...

—O sea que ha encontrado ya varias —le interrumpió Hume.

El comisario movió la cabeza.

—No. Usted es el primero que aparece en este distrito. Lo cierto es que me costaba creer que existiera algo semejante. Y una cosa... ¿Es capaz de hacerme una demostración, Hume?

El telépata contestó fatigado:

—Pues... sí. Usted pensaba, en estos instantes, que en su vida particular hay cosas que más valdría que yo no supiera...

Pertonwaithe soltó un reniego y dio un manotazo en la espalda a Hume.

—No tema —dijo éste, burlón—. No soy entrometido.

—Parece poseer unas facultades realmente extraordinarias —admitió el policía de mala gana.

Por lo visto tomaba el hecho como una ofensa personal, pero Hume no sintió deseos de husmear más en los pensamientos del otro.

—¿Qué proponía el Gobierno en el escrito? —inquirió Hume—. ¿Qué deben hacer con un telépata, en cuanto lo atrapen?

Los ojos de Pertonwaithe centellearon.

«Para este hombre soy un monstruo», pensó Hume con amargura.

Y el comisario le dio la razón, más o menos.

—Para nosotros, usted no puede ser una persona normal —dijo—. Dadas sus condiciones especiales, está en situación de escarbar en la vida privada de los demás. Puede desenmascarar a agentes secretos del Estado y vender importantes informaciones al enemigo. Aunque usted nos asegure no hacerlo, ¿quién nos lo garantiza? Cada uno de nosotros tiene sus secretos y quiere que éstos sean respetados. Usted, Hume, es un cuerpo extraño en nuestra sociedad humana. Aquí no hay sitio para usted, y no cabe la posibilidad que siga viviendo entre nosotros.

Hume pensó en Blanche y empezó a temer no volver a verla jamás.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó en voz alta.

Pertonwaithe dio una fuerte chupada a su cigarrillo, y su mirada despertó el temor en Curt Hume.

El comisario volvió a mostrar su sonrisa gélida.

—Debemos ponerle en cuarentena, amigo. El Gobierno tiene el máximo interés en aislar a todas las personas que posean semejante capacidad telepática. Seres como usted, deben vivir aparte. Conviene que esta aptitud tropiece con unos límites de

espacio. Tengo entendido que sólo capta perfectamente los pensamientos de un hombre cuando se encuentra bastante cerca de él, ¿no?

—Sí —confesó Hume—. Nada me llega de las ideas de una persona que esté a más de veinte metros de distancia.

El telépata miró por la ventana. Seguía lloviendo.

—¿Adónde piensa enviarme? —preguntó—. ¿A una clínica especializada..., o al desierto de Gobi?

Pertonwaithe fingió no darse cuenta de la ironía.

—Será trasladado a una isla, Hume. Quizá le interese saber que allí ya hay otro telépata... —y añadió con una desagradable risita—: Se trata de una *mujer*, Hume. De una mujer joven y bonita. Me figuro que a ella le agrada tener compañía...

Hume no se fijó en la expresión del comisario. Su miedo a una terrible soledad cedió para dar paso a una nueva esperanza.

Se levantó y tomó el sombrero que dejara sobre la mesa.

Temblaron sus manos cuando se agarraron a su ancha ala...

CUATRO POESÍAS DE CIENCIA FICCIÓN

Kurt Karl Doberer

Ya vimos quién era Doberer en Milagro en la Luna. Ahora presentamos estas poesías que forman parte de la obra Ruf der Sterne («Llamada de las Estrellas»), publicada en 1968.

PUENTE ENTRE LAS ESTRELLAS

Circulan los cohetes.
Centelleantes proyectiles
unen las lejanías
del espacio.

Con ardiente chorro de fuego
se abre paso el hombre
hacia las estrellas.
Pronto conducirá su camino
de planeta a planeta,
y su palabra
se oirá
de Sol a Sirio.

Un soñador se ha levantado.
El que dormía,
despierta ya.
En alegre saludo
se convierte la vida.
E inmensos puentes
salvan los abismos
del universo.

PLANETA DE SIETE COLORES

Colores del arco iris
en la tormenta de Júpiter...
Gritos de ondas hertzianas
en la vorágine de lo viviente.

Colores fascinantes de la vida,
colores espantosos de la muerte
en el caleidoscopio
de síntesis prebióticas:

rojo para azobenzoles,
azul para azulenos,
amarillo para el asfalto,
el más cristalino
de los precipicios de Júpiter.

Vida que no encierra vida,
inteligencia compuesta de eternas tempestades.
Bestias de metal de hidrógeno
en el mar de amoníaco y metano,
pantano donde se revuelca
la salamandra de Júpiter,
el planeta del arco iris.

Tanto ha que partió,
qué olvidadas quedan
las medidas del tiempo.
Ningún rugido de cohetes
produce actividad en la nave.

De vez en cuando
tiemblan aún las agujas
de los instrumentos.
Su impulso
posee un período de vida media
de siglos.

La tripulación
duerme el sueño
de la hibernación.
¿Despertará
cuando las sirenas
anuncien la llegada
a lejanas estrellas?

Mil preguntas
fundidas en una:
¿vida o muerte?
La respuesta
está en el firmamento.

Su corazón,
tres soles blancos;
su cabeza,
una nova.
Late su pulso
en ondas decimétricas.
Su aliento
es dura luz
que se extiende,
cual escarcha,
por el universo.

Perezoso estira sus miembros
como nubes oscuras
entre montones de estrellas
y las nieblas de la galaxia
en la constelación de Ofiuco.

Preguntadme, pues,
si piensa...
y cuándo empieza
a tener conciencia
de los microcosmos,
virus del espacio.

PRUEBA ESPACIAL

Jürgen Andreas

Jürgen Andreas, seudónimo de Hans Joachim Alpers, nacido el 14 de julio de 1948. Ingeniero graduado. Actualmente cursa nuevos estudios, esta vez políticos y germanísticos. Posee numerosas publicaciones de ciencia ficción. Es editor, con Ronald M. Hahn, de la publicación titulada Science Fiction Times.

Cuando el generador de inducción del *Silverhorse* explotó, sólo un bote de salvamento había abandonado la zona de peligro. Era la menor de las lanchas espaciales, y en ella no iban más que seis personas. Pero algo fallaba en la impulsión. Kenbroke tuvo su trabajo para llegar a un planeta cercano y aterrizar. Era aquél un mundo desierto: únicamente algunas estepas de hierba amarillenta interrumpían el desnudo paisaje rocoso. No parecía haber vida, al menos en formas de cierta importancia. Sin embargo, los supervivientes de la catástrofe espacial tuvieron la fortuna de hallar aire respirable. Era imperioso reparar la avería si querían regresar a la civilización humana, pero había dificultades...

Era la hora del crepúsculo, y el grupo se había reunido en la amplia tienda instalada al pie de la lancha. Una larga linterna sujeta en el centro, bajo el techo de lona, les proporcionaba la luz necesaria. Las seis personas permanecían sentadas, en parte, sobre la seca hierba del suelo, o se habían acomodado en cajas sacadas de la embarcación.

Cinco de los seis supervivientes formaban un pequeño círculo en cuyo centro estaba Kenbroke, debajo mismo de la lámpara. La dura iluminación, que dividía su rostro en zonas de luz y sombra, le daba un aspecto demoníaco.

Junto a la entrada se encontraba arrodillado Sidney Beatstone, el más joven del grupo. Había sido ayudante de cocina en el *Silverhorse*. A su lado estaba acurrucada la rubia Barbara Taylor, una esbelta joven procedente de Alstair V, que iba como pasajera en la nave. A la izquierda de ésta se hallaba Elisa Kingston, con sus grandes y serios ojos fijos en Kenbroke. Estudiaba en la Universidad de la Tierra y regresaba de las vacaciones semestrales. Era muy agraciada y, cuando reía, se formaban dos simpáticos hoyuelos en sus mejillas. Ahora, sin embargo, no sentía deseo alguno de reír.

El biólogo Frank Eden debía experimentar algo semejante, porque estudiaba muy ceñudo unos papeles, escritos con letra muy apretada, que tenía sobre las rodillas. Tampoco él pertenecía a la tripulación, sino que se dirigía a un congreso de Ciencias Naturales cuando se produjo la catástrofe. En el hueco existente entre él y Beatstone acababa de tomar asiento el segundo ingeniero de a bordo, Allan Sinceres. Al igual que Eden, sostenía un fajo de papeles escritos. Por cierto que había dejado asombrados a sus compañeros de infortunio al preguntarles su peso exacto. Ahora volvía a sacar cuentas afanosamente.

En la tienda de campaña reinaba el silencio, sólo interrumpido por una ligera brisa que agitaba de vez en cuando la lona.

Kenbroke, quien hasta entonces permaneciera pensativo, carraspeó:

—Le ruego, señor Eden, que nos dé a conocer sus averiguaciones.

Eden apenas levantó la mirada y, en seguida, graznó con voz impersonal:

—Diversos experimentos realizados con los aparatos disponibles en el bote de

salvamento han demostrado que la atmósfera de este planeta tiene una composición algo distinta a la que habíamos supuesto en un principio. He descubierto que este aire contiene fracciones de un gas hasta ahora desconocido para nosotros. Es posible que lo produzcan las flores rojas que abundan en los campos, y que más tarde lo absorban otros agentes químicos. Algo queda siempre en la atmósfera, no obstante, y ese gas es nocivo para el metabolismo humano.

»Mis cálculos indican que las cantidades recibidas por nuestros cuerpos todavía no resultan peligrosas, dado que son neutralizadas, pero los antídotos naturales no bastarán, a la larga, y no contamos con los medicamentos necesarios. En consecuencia, es necesario que abandonemos este planeta antes de que quede sobrepasado el grado de saturación del organismo humano.

—¿Y cuándo sucederá eso, señor Eden?

—Es difícil de decir, pero creo que debemos salir de aquí antes de una semana.

—Bien —gruñó Kenbroke, y de nuevo se dirigió a los demás—. Esto no ofrecería dificultades especiales, porque la nave está a punto, pero... Pido al señor Sinceres que tome la palabra.

—Un momento —pidió el joven ingeniero—. Quisiera comprobar otra vez las cifras más importantes.

—De acuerdo —asintió Kenbroke—, si es que confía en que sirva de algo. Entretanto deseo exponer a todos ustedes nuestra situación, principalmente a las señoritas Taylor y Kingston.

Kenbroke extrajo un estuche de su bolsillo, tomó un cigarro y le cortó la punta. Luego, sin prisas, se guardó la tabaquera y encendió el puro. Sólo se dignó dar las explicaciones prometidas.

—Siento tener que decir que el capitán Harber, ahora ya muerto, era un tacaño de tomo y lomo. Como quizá ya sepan, aparte de comandante era también propietario del *Silverhorse*, y justo es reconocer que daba gusto trabajar a sus órdenes. En primer lugar, no fastidiaba a sus hombres y, en segundo, era un astronauta de gran experiencia. Con él se sentía uno seguro. Por complicada que fuera una situación, Harber siempre encontraba una salida. Pero, como indiqué antes, contaba cada centavo. Tenía fe en su suerte, que en realidad no le abandonó hasta la catástrofe que todos vivimos. Por consiguiente, no comprendía por qué había de derrochar tiempo y combustible para atenerse a unos ejercicios espaciales obligados con los botes de salvamento. Con esos botes que él consideraba un lastre inútil, ya que estaba convencido de que nunca los iba a necesitar... El resultado fue que el aprovisionamiento de las lanchas era muy deficiente. Ustedes mismos ven que disponemos de pocos alimentos y que no hay apenas medicamentos...

»Le importaban un comino los ejercicios espaciales y el defecto en el sistema de impulsión de nuestro bote no fue advertido..., o incluso se prefirió ignorarlo. En cualquier caso yo no soy responsable de ello, ya que mi labor a bordo era otra.

»Ustedes recordarán, asimismo, que el mal funcionamiento de la nave auxiliar,

que ponía en peligro la vida de todos, nos hizo aterrizar en este planeta... Y ahora prefiero que prosiga usted, señor Sinceres, si es que ha terminado ya sus cálculos.

El segundo ingeniero había abandonado sus operaciones matemáticas y estaba evidentemente desanimado. Cuando Kenbroke se volvió hacia él, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y presentó su informe. También Sinceres hablaba ante todo para las dos muchachas y Beatstone, ya que Kenbroke y Eden conocían la situación.

—Tuvimos gran suerte en el aterrizaje y debemos dar las gracias a míster Kenbroke, porque fue él quien, con admirable rapidez, puso en funcionamiento las toberas de seguridad al fallar la impulsión central. Pero esto lo mencioné sólo de paso —comenzó.

»Como ustedes ya saben, necesitamos el impulso químico para conseguir una aceleración de hasta veinte mil kilómetros por segundo, aproximadamente. Sólo entonces podremos llegar sin dificultad, por medio del generador de inducción, a velocidades y supervelocidades como la de la luz. El principio de impulsión del generador de inducción no es otra cosa que la extracción de energía de la inversión de la polaridad de las líneas de inducción de un objeto altamente acelerado. Por debajo de la velocidad indicada, el generador pierde su efecto.

»Ahora ese impulso químico es precisamente la principal causa de nuestros quebraderos de cabeza. Los generadores de inducción suelen trabajar a la perfección. Es rarísimo que, como en el caso del *Silverhorse*, suceda algo. Y nosotros tuvimos la doble mala fortuna que nuestra nave auxiliar presentara una avería en el conducto de oxígeno. En consecuencia, entró demasiado oxígeno en la tobera, y el sistema de impulsión comenzó a funcionar de manera irregular. En el espacio no era posible solucionar el problema. Y a causa del empuje preciso para el aterrizaje, el exceso de oxígeno produjo temperaturas que quemaron nuestra tobera principal, llegando a fundirla en parte. Yo logré arreglar el tubo de entrada, pero con los medios que dispongo no puedo reparar la tobera deformada.

»Pasemos, pues, a las consecuencias. Para el despegue podemos servirnos únicamente de las toberas de emergencia. En el espacio tardaremos un par de días más en alcanzar la velocidad prevista, pero eso no tiene mucha importancia. Lo difícil es salir del campo de gravedad del planeta. La potencia de las toberas es insuficiente, porque este planeta, con sus 1,3 g, posee una fuerza de atracción mayor que la Tierra. Así es, por desgracia. Sin embargo, no quiero entretenerles más con mis cálculos, que por cierto están a disposición de quien los desee comprobar. Realmente me alegraría que alguien descubriera una equivocación a nuestro favor.

»Lo triste es que, por ahora, sólo tengo malas noticias para ustedes. Y si incluimos los estudios del señor Eden, las nuevas que puedo darles adquieren un carácter catastrófico. En los últimos días, y con la ayuda del señor Kenbroke, reconstruí casi por completo la nave, eliminando de ella todo lo posible con tal de reducir peso. Ustedes mismos nos echaron una mano en esa labor, aunque sin conocer el verdadero motivo. De nuestro vehículo no queda ahora, prácticamente, más que el

esqueleto de acero con la suficiente resistencia para soportar la presión, y dentro siguen algunos indispensables instrumentos de control, las dos toberas de emergencia, el combustible preciso, el generador de inducción, provisiones para una semana... y desde luego cabemos nosotros seis...

—Pero, ¡maldita sea! —continuó Kenbroke—, lo cierto es que el peso es todavía excesivo, aunque sólo sobran cuarenta kilos. ¡Cuarenta tristes kilos! Lo que intenta decirles el señor Kenbroke, es que... cuarenta kilos son, aproximadamente, el peso mínimo de un adulto. Resulta lamentable que sobre esa cantidad justa, en vez de mil kilos o trescientos gramos. Pero la cosa no tiene remedio, seríamos tontos de no extraer de ella ciertas consecuencias. Con otras palabras, compañeros: sólo cinco de nosotros abandonarán este planeta.

Kenbroke hizo una breve pausa, para dejar que sus palabras surtieran efecto.

—Como acaba de comunicarnos el señor Eden, la suerte del infortunado que deba permanecer aquí equivale con toda probabilidad a una pena de muerte. Sé que resulta brutal, pero no hay otra forma para que los otros cinco salven su vida. Así pues, sólo resta la cuestión de quién será el desdichado o, mejor dicho, cómo le elegimos... Habría una solución sencilla, claro: dado que, aparte de mí, también Sinceres sabe pilotar la nave, podría yo quedarme en el planeta, como hubiera hecho un viejo capitán de barco, y sacrificarme por los demás —dijo Kenbroke—. Pero la verdad es que mi heroísmo no llega a tanto. Tengo una familia y veo la muerte con ojos bastante distintos a los de algunos novelistas. Siento decepcionarles, y ruego que, si alguien tiene una proposición para liberarnos del terrible dilema, la exponga.

—¿Lo echamos a suertes? —preguntó enseguida Beatstone.

Kenbroke se encogió de hombros.

—¿Tiene alguien una idea mejor?

Durante unos instantes pareció que Elisa Kingston iba a decir algo, pero al fin no lo hizo. Se veía claramente que no había podido digerir las terribles noticias.

—¿Ninguna propuesta...? —gruñó Kenbroke—. Bien; entonces seré yo quien haga la sugerencia.

Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y depositó un objeto sobre la caja en que estaba sentado. Era un revólver de tambor de aspecto un tanto anticuado.

Kenbroke se esforzó en sonreír.

—Se trata de un arma familiar que sacó de apuros a más de un antepasado mío. Creo que fue buena idea la de llevarme el revólver cuando abandoné la cabina al sonar el timbre de alarma, a pesar de las prisas.

De nuevo introdujo la mano entre su ropa, y de un bolsillo lateral salieron dos balas. Una se la volvió a guardar rápidamente. La otra quedó junto a la pistola.

Los hombres y las mujeres que se hallaban en la tienda de campaña contuvieron el aliento sin acabar de comprender los propósitos de Kenbroke.

—¿Y bien? —preguntó éste—. ¿Qué opinan ustedes?

Hubo un desconcertado silencio.

Por fin exclamó Eden:

—¿Acaso espera que alguno de nosotros tome el revólver y se suicide a la salud de los demás?

—No, no espero eso, señor Eden —replicó Kenbroke—. Pero le recomiendo que use su fantasía. Probablemente solucionará el problema.

En el rostro de Eden se reflejó la ira, aunque el hombre se contuvo y no dijo nada más.

—¡Un momento! —intervino entonces Sinceres—. Sin duda, ese revólver tiene seis cámaras... Y nosotros, casualmente, somos seis personas. Al ver la bala ahí, encima de la caja, podríamos pensar que...

—¡Bravo, Sinceres! Va por buen camino. Todo esto es un pequeño juego frívolo de tiempos pasados y se llama ruleta rusa. La bala es introducida en una de las cámaras. Así, por ejemplo... Luego se hace rodar varias veces el tambor. ¿Se fijan? Nadie sabe ahora dónde está el proyectil.

Kenbroke había hablado despacio, a la vez que hacía la demostración.

—Listos, ¿no? A continuación, cada uno recibe el arma, se apunta contra la sien, aprieta el gatillo y... pasa el revólver al compañero de al lado. Eso, si ha tenido suerte, y ya no tendremos problemas. ¿Alguna otra pregunta?

—Si no supiera que todo esto es sólo una broma macabra, tendría miedo de usted —susurró Elisa.

—No bromeo en absoluto, señorita Kingston —le contestó Kenbroke con dureza—. Nunca en mi vida hablé tan seriamente. Intente analizar la situación sin sentimentalismos. Aquí sobra una persona. Cinco abandonarán este planeta, pero la sexta morirá. Hace unos minutos recibí una proposición, que en sí no está mal, pero ¿quién nos asegura que la víctima respetará entonces su mala suerte? Yo mismo procuraré salvarme por todos los medios. El revólver lo solucionará todo mejor y... de manera más definitiva.

—A usted parece divertirse en grande esta situación, a juzgar por el tono de su voz y las expresiones que emplea —intervino Sinceres—. Francamente, lo considero un sadismo.

—Pues yo soy partidario del sistema que propone el señor Kenbroke —declaró Eden.

«Si tengo suerte, le tocará la bala a otro —pensó para sus adentros—. Este plan encierra más probabilidades de salvación que el propuesto primero.»

—¡Pero nosotros no somos bárbaros! ¿No hay otro modo de dominar la situación, por complicada que sea? ¿Realmente vamos a salvar nuestra miserable vida condenando a muerte a un compañero? ¿Es que no comprende nadie que eso sería un crimen?

Elisa Kingston, la menuda y agraciada estudiante había lanzado esas palabras presa de suma agitación, mientras se levantaba.

—Yo no participaré en un juego tan repugnante ni ocuparé mi puesto en la nave si

de esta forma obligan a un hombre a suicidarse. O bien abandonamos todos el planeta, o morimos juntos en él. Y si ustedes no están de acuerdo conmigo, yo actuaré según mi propia conciencia. Puede guardar su revólver, señor Kenbroke. Yo me quedaré voluntariamente.

Apartó la lona por su parte abierta, y abandonó la tienda.

—Entonces, el problema está solucionado —dijo Eden.

—¿Cómo? ¿Habla en serio? —exclamó Sinceres, sin poder creer lo que estaba oyendo—. ¿Usted admitiría que la muchacha se sacrificara por nosotros? ¿Y ni siquiera se sonroja? La chica tiene razón: nos comportamos de manera imposible. Ahora me doy perfecta cuenta de la monstruosidad que íbamos a cometer. Si ustedes son capaces de semejante indignidad, ¡lárguense! Y sólo serán cuatro, porque yo también me quedo aquí. Creo, de todos modos, que podríamos intentar el despegue pese a esos cuarenta kilos de sobrepeso. Si nos estrellamos..., al menos nadie tendrá nada que reprocharse.

Y siguió a la muchacha.

—Ahora, la decisión ya no es tan difícil —insistió Eden—. Hay dos voluntarios. Incluso hemos ganado un factor de seguridad. Esa es nuestra salvación.

Kenbroke le miró con fijeza.

—Continúo aferrado a mi plan, señor Eden —dijo—. Si la señorita Kingston y Sinceres no quieren tomar parte, es cosa suya, pero yo no permitiré que me reprochen que debo mi vida a la grandeza de alma de otras personas. Somos todavía cuatro. Dejemos que el revólver haga la ronda. Cada cual tiene aún las mismas posibilidades. Si los cuatro somos afortunados, partiremos solos y dejaremos en el planeta a la pareja. En tal caso estará justificado que lo hagamos, ya que la bala hubiese matado a uno de los dos. Ahora bien: si uno de nosotros muere, la plaza libre será puesta a disposición de Elisa Kingston y de Sinceres, y suya será la última decisión. Y si ellos se negaran a venir, nada tendríamos ya que reprocharnos. Pero una cosa, señor Eden. Si yo resultara muerto, usted necesitaría llegar a un acuerdo con Sinceres, porque no puede conducir la nave sin piloto. ¿Conforme en todo?

—Sí; es la mejor solución —intervino Beatstone.

—¿Y usted qué opina, señorita Taylor? —preguntó Kenbroke.

—A mí me da todo igual —musitó la joven.

«¡Maldita sea! —pensó Eden—. Ahora han descendido las posibilidades para que se decida la cosa antes de que me toque el turno...»

—¿Y si yo me niego a participar? —inquirió.

—¡Por Dios, señor Eden! —protestó Kenbroke con intencionada mordacidad—. ¿Acaso ya no recuerda que dio su conformidad? Claro que, si no quiere... Le concedo lo mismo que a los otros dos. Pero piénselo bien, porque... si las tres primeras cámaras están vacías, usted se quedará aquí. En ese caso, yo despegaré solo con miss Taylor y Beatstone. No estoy dispuesto a darle una segunda oportunidad.

—Formulé la pregunta simplemente desde el punto de vista teórico —se excusó

Eden, a la par que pensaba: «Tú aún te sorprenderás, como no sea que uno de los otros se quite antes de en medio. Mi primera idea, la que tuve al ver el revólver, sigue siendo realizable.»

—Está bien —dijo Kenbroke—. No perdamos más tiempo.

Muy decidido, empuñó el arma con su mano derecha. A continuación se llevó el revólver a la sien y apretó el gatillo sin vacilar.

La única reacción fue un ligero sonido metálico, y el tambor avanzó una cámara más. Las tres personas restantes jadeaban. Eden era quien más dificultad tenía para disimular su decepción.

—Supongo que esto equivale a un pasaje gratis para nuestra nave —declaró Kenbroke con una risita forzada—. ¿Qué, lo prueba ahora usted? —agregó, ofreciendo el arma a Eden.

«¡Lástima!», pensó éste.

Tomó la pistola y la contempló pensativo. De pronto le dio media vuelta y encañonó con ella a Kenbroke.

—No haga ningún movimiento impensado —dijo—. Y lo mismo vale para los demás. No... No les ocurrirá nada si actúan con sensatez. Yo comenté antes que podemos embarcar los cuatro cómodamente, ahora que tenemos dos voluntarios. Eso fue una gran solución, porque de otra manera hubiese obligado a uno de ustedes a quedarse.

Kenbroke hizo un movimiento. Eden apuntó en seguida contra su cuerpo.

—¡Nada de tonterías! Sabe perfectamente que la bala puede estar en esta cámara. O, si no, en la siguiente o en la otra. Por lo tanto, de nada servirá ofrecer resistencia. ¿Creía usted de veras que yo me iba a jugar el todo por el todo? Como ahora puede comprobar, ideé mi propio método.

Kenbroke esbozó una sonrisa amable.

—Sus explicaciones son sin duda muy interesantes, señor Eden, pero... ¿no se había dado cuenta de que el revólver era sólo una trampa?

Con paso tranquilo se acercó al traidor.

—Le advierto, Kenbroke —dijo Eden, nervioso—, que sus maniobras de desorientación no me impresionan en absoluto. No se aproxime más. Usted no es imprescindible. Recuerde que también Sinceres puede pilotar la nave.

Kenbroke continuó avanzando sin hacerle caso. Eden oprimió el gatillo una y otra vez. Nada. Sólo se oía un sordo clic.

—¿Convencido, señor Eden?

Kenbroke, el jefe de personal, hojeó en los papeles de la carpeta.

—Eden..., Eden... —murmuró—. ¡Ah, sí, aquí está! Prueba número catorce. Elisa Kingston, Allan Sinceres y Frank Eden.

Y alzó la vista.

—Lo lamento, señor Eden —dijo—. Los dos compañeros mencionados superaron la prueba. Usted, en cambio, fue suspendido. Siento tener que decírselo, pero no se le considera adecuado para ocupar el cargo de biólogo a bordo de una nave de investigación interestelar.

—Pero... ¡mis diplomas! ¡Mis recomendaciones! No pueden tomar semejante decisión basándose en una prueba que afirman haber realizado en mí mientras observaba muestras de colores en aquella máquina.

—Le ruego que se domine, señor Eden. Usted declaró que estaba dispuesto a someterse a todas las pruebas, y esta decisión de carácter negativo es definitiva. ¡Buenas tardes, señor Eden!

El fracasado salió de la estancia sin devolver el saludo. No acertaba a entenderlo: a él le rechazaban, y en cambio admitían a principiantes inexpertos como la señorita Kingston y Allan Sinceres. Éstos viajarían a las estrellas, y él no. ¿Por qué motivo? ¡Total por el resultado de una ridícula prueba de la que no había notado absolutamente nada! Presentaría una queja.

Y cerró la puerta de un golpe furioso.

ALUMBRAMIENTO CÓSMICO

Jörg Weigand

Jörg Weigand, nacido el 12 de diciembre de 1940 en Kelheim del Danubio. Estudió lenguas del Lejano Oriente y Ciencias Políticas en Erlangen, París y Würzburg. En 1969 se doctoró en filosofía con una tesis sobre un texto de la antigua China. Desde 1971 trabaja como periodista, principalmente para televisión, a la vez que colabora en diarios y revistas con relatos literarios y folletinescos. Heyne-Verlag, de Munich, publicará una antología de obras de ciencia ficción francesas preparada por él. La narración Kösmische Geburt («Alumbramiento cósmico») fue publicado por primera vez en 1967.

El ser estaba inquieto. El acostumbrado ciclo se había interrumpido. Una nueva vida debía despertar. Una vida sin cuerpo. Vida energética. Sólo dos veces, durante la existencia del energetón, era posible el proceso del nacimiento. Condición indispensable para ello era que hubiera suficiente energía, tanto en forma de calor como de radiación.

Ya el tiempo de preparación para el extraordinario acontecimiento requería una fuerza incrementada a lo largo de siglos, aunque eso, para el energetón, fuera únicamente un período breve, sin importancia. Para conseguir la cantidad de energía necesaria, el ser se veía forzado a extraer más potencia del doble astro, del mismo modo que, sistemáticamente, le había sacado «alimento» a través de los milenios.

Cuando el doble sol se oscureció por tercera vez en este período, el planeta sufrió algo semejante a un estremecimiento. Ni siquiera los más ancianos habitantes del planeta Vanda, del sistema binario de Berthes, recordaban un fenómeno parecido.

Tales eclipses aparecían generalmente una vez durante cada período e iban acompañados de tremendas tormentas y tempestades de arena, que todo lo arrasaban. Si un ser viviente no lograba refugiarse a tiempo en lugar seguro cuando sobrevenía el temporal, su muerte era segura.

La desaparición de la humedad del aire, que coincidía con impresionantes descargas eléctricas en la atmósfera, no daba posibilidad de supervivencia al hombre indefenso.

Sobre todo al principio, durante el primer período de colonización, los inmigrantes habían sufrido espantosas pérdidas. En la primera tormenta sucumbió una tercera parte de los desprevenidos pobladores.

Desde entonces, al cabo de casi dos siglos de la colonización de Vanda, sus habitantes estaban ya preparados para enfrentarse con tales fenómenos. Sólidas casas de roca ofrecían enérgica resistencia a las tempestades, y altos mástiles de acero, colocados en el centro de la doble población, desviaban hacia el suelo la peligrosa electricidad de la atmósfera. Grandes depósitos de agua proporcionaban a los edificios la seguridad que el aire conservaría el grado de humedad necesario.

En el transcurso de las tres últimas generaciones se había producido dos veces la repetición del eclipse del doble astro dentro de un mismo período. Apenas repuesto el planeta de las consecuencias del primer oscurecimiento, se había visto azotado de nuevo por las tormentas anunciadoras del segundo. Las devastaciones fueron terribles, y también hubo que lamentar desgracias personales.

El nuevo energetón iniciaba su existencia. Ansioso absorbía ya las energías, para que el nacimiento fuera más fácil. En ese instante debía separarse de su madre en una difícil y agotadora operación.

En consecuencia, el energetón madre recurrió por tercera vez en un solo período al doble sol, con objeto de tener preparado suficiente alimento para el descendiente.

Cuando en el horizonte comenzaron a dibujarse las primeras señales, Pierre se hallaba trabajando en los campos de mengo. Este sustituto de la patata terrestre era uno de los principales productos alimenticios del planeta. Pierre hundió con brío su pala en el fangoso suelo, sin observar que Lyra corría a su encuentro.

Desde lejos ella gritó sin aliento:

—¡Date prisa, Pierre! Tenemos que avisar a los demás y ayudarles...

—¿Cómo? ¿Y por qué?

—¡Vuelven a empezar las descargas azules!

—Pero eso significaría que...

—¡... Sí, que viene un tercer eclipse! —la muchacha terminó la frase.

—¡Corramos al pueblo, y hagamos lo que podamos!

Los dos jóvenes se tomaron de la mano y salieron a escape hacia la cercana aldea. Allí reinaba una actividad angustiada. La gente actuaba presa del pánico.

Había que acondicionar al ganado, preparar las provisiones y llenar los depósitos de agua hasta los bordes.

Cuando Lyra llegó a la granja de sus padres, seguida del jadeante Pierre, chocó contra los brazos de su madre. Aquella mujer, normalmente tan serena y enérgica, estaba a punto de perder el control de sus nervios. La tormenta que se aproximaba iba a frustrar todas las esperanzas de una buena cosecha.

Lyra intentó consolarla.

—¡Ánimo, madre, que el mundo no se hundirá por eso! Con las provisiones que tenemos, de sobra resistiremos también el año próximo, aunque la tempestad arrasara todos los campos.

—Sí, pero...

La pobre mujer rompió en sollozos y tardó en poder agregar:

—Buscad a George... Seguro que está otra vez con sus aparatos, en vez de ayudarnos...

Al oír que llamaban a la puerta, George movió la cabeza malhumorado. ¡Precisamente ahora tenía que venir alguien a molestarle! ¿Es que no podían dejarle en paz? ¿No se habían reído todavía bastante de él y de su afición? Le llamaban el «escucha-estrellas», sólo porque se había construido un pequeño radiotelescopio —conectado a un aparato emisor y receptor— con el cual se dedicaba a buscar desconocidas fuentes de radio en el ámbito de la galaxia.

Claro que, hasta el momento, no había conseguido grandes éxitos. Pero él no era hombre que capitulara tan pronto ante un problema. ¡Que la gente se burlara de él cuanto quisiera! ¿Qué le importaba, al fin y al cabo, la falta de comprensión de los demás?

George se concentró nuevamente en su aparato. Hoy parecía tener suerte. Llevaba un rato percibiendo un extraño gemido entrecortado que, de vez en cuando, se veía dominado por un sonido sordo y constante. El joven no se explicaba tal fenómeno.

En aquel instante trataba de ajustar exactamente la fuente con ayuda de la antena del tejado. Lo había intentado ya varias veces, pero la radiación se le escapaba una y otra vez. Por consiguiente, se molestó mucho cuando la llamada a la puerta se repitió.

—¡Adelante, cuerno!

La cabeza ensortijada de Lyra asomó por el resquicio de la puerta. La muchacha hizo una mueca.

—¡Aquí está nuestro sabio incomprendido! —exclamó—. ¿Qué, ya estás escuchando la inmortal música de las esferas celestiales?

—¡Déjame tranquilo! ¿Qué queréis ahora? No tengo tiempo...

—Calma, George —intervino Pierre, apartando a Lyra al mismo tiempo que se acercaba al receptor—. Oye, ¿qué significa ese piar en el aparato?

—¡Eso no tiene importancia ahora! —protestó Lyra—. George, has de saber que nos espera un tercer eclipse. Tienes que ayudarnos a prepararlo todo.

—¡Imposible! Sería la primera vez que eso ocurre.

—Pues llegó esa primera vez —señaló Pierre con cierto aire de condescendencia—. Pero no me dijiste aún qué son esos ruidos tan raros que hace tu receptor.

Inmediatamente, los dos jóvenes se enfrascaron en una viva discusión. Tras repetidos intentos de interrumpir su conversación, Lyra comprendió que nada conseguiría, por lo que abandonó la estancia sin hacer ruido y se reunió con su madre para acabar con ésta los preparativos.

Pronto llegó el momento. El nuevo ser comenzó a moverse. Como una esponja iba chupando las energías extraídas del doble sol. El energetón madre se veía obligado a proporcionarle cantidades cada vez mayores.

Poco a poco se inició la separación del cuerpo original. El ser materno cayó en unas ligeras convulsiones para facilitar el proceso. De una densidad electromagnética increíblemente escasa por naturaleza, estas convulsiones produjeron una retracción. El energetón se espesó. Si antes era invisible a causa de la delicada distribución —incluso había sido inútil la radiación procedente del doble sol—, la nueva conglomeración produjo una suave luminosidad azul y fosforescente.

En su acalorada discusión, los dos muchachos no se dieron cuenta, de momento, que la fuente de radio había vuelto a desaparecer. Fue la súbita falta de señales lo que les hizo reaccionar.

—No lo entiendo en absoluto —dijo George con el ceño fruncido—. No puede existir una fuente que varíe de lugar con tanta rapidez.

—Quizá se trate de una nave espacial.

—No, Pierre. Eso no es posible, pero...

Pensativo, George tomó las anotaciones que tenía sobre su mesa de trabajo y, después de reflexionar con esfuerzo durante un par de minutos, corrió a la ventana.

—¡Perthes! —gritó—. ¡Esa tiene que ser la solución! Sal conmigo. Creo que lo descubrí.

Lleno de curiosidad, Pierre siguió a su amigo al exterior. Una vez fuera, George contempló caviloso el doble sol. Una súbita ráfaga de viento había desgarrado el velo de polvo, de modo que los dos astros quedaban perfectamente visibles.

Pierre apoyó una mano en el hombro del compañero.

—No creerás que... —comenzó a decir.

—Pues es la única posibilidad. Y dime, Pierre: ¿no observas nada especial?

Pero Pierre no descubrió nada raro, por mucho que se esforzara, y sacudió la cabeza.

—¡Mira bien los dos soles!

Fue entonces cuando Pierre notó que el doble astro aparecía rodeado de un halo de un azul fosforescente, fenómeno que no acertaba a explicarse. Nunca había visto nada semejante.

Por eso prestó escasa atención a lo que al respecto decía el amigo hasta que, de pronto, una de sus frases le arrancó de su estupor.

—¡No irás a afirmar que se trata de un ser viviente! ¿Ese resplandor azulado...? ¡Pero eso es absurdo!

—¿Ves como nunca escuchas? Acabo de exponerte por qué ese gemido o ese modo de piar, como prefieras llamarlo, tiene que ser la expresión de una forma u otra de vida. A mí me recuerda algo así como..., como los ladridos de un perro...

Por fin le comprendió Pierre.

—¡Los de una perra, querrás decir!

Ahora fue George el asombrado.

—¿Cómo...? ¿Qué...?

—Supongamos que una perra va a tener cachorros. ¿Qué hace entonces?

—Pues... muchas cosas. Gemir quedamente, por ejemplo —respondió George.

—¿Te das cuenta? En consecuencia, si tu teoría es cierta, pudiera tratarse aquí de un alumbramiento. Y para tal operación hace falta una cosa: ¡energía! La energía que pueden suministrar en cantidad suficiente nuestros dos soles...

—Son gemidos, en efecto —comprobó George muy pensativo—. Y en ese caso... ¡lo tengo, lo tengo...! —gritó el muchacho, volviendo a la casa a todo correr.

Impulsado por el deseo de terminar cuanto antes el proceso de separación, el energetón madre recurría cada vez con mayor frecuencia al abastecedor de energía. Era una feliz casualidad que la poderosa fuente se hallara tan cerca. Por regla general,

el parto se producía mucho más despacio y solía acabar en un total agotamiento del cuerpo materno.

Las convulsiones adquirieron mayor intensidad y el calor azul se puso más denso. Pronto tendría efecto el nacimiento.

Pierre había seguido lentamente a George a la casa. El primero estaba manejando ya el ajuste de frecuencia del aparato, pero no el de recepción, sino el de emisión.

—¿Qué significa eso? ¿Acaso vas a emitir?

—Sí, claro.

—No lo entiendo.

—Fuiste tú, precisamente, quien me dio la idea. ¿Qué hace un perrito pequeño cuando tiene miedo y se siente amenazado?

—Gimotea y aúlla.

—¿Cómo?

—Pues... con voz aguda. Yo... Ahora ya sé lo que quieres hacer, pero... ¿crees que tendremos éxito?

—Hay que intentarlo. Cuando el cachorro llora, la madre procura ayudarlo. Aquí no se trata de verdaderos aullidos, sino de algo que se manifiesta como señales de radio. Si ahora, yo emito en ultrasonido, y lo hago de manera entrecortada, entonces...

—... Entonces pudiera suceder que ese algo de allí arriba lo tomara por una expresión de angustia y comprendiese, quizá, que la excesiva extracción de energía de nuestros soles amenaza otras vidas.

—Exactamente.

Y George empezó a emitir.

La población de Vanda estaba al borde de la desesperación. Ráfagas cada vez más furiosas reventaban el suelo de los campos de cultivo, y las cuidadas plantaciones de frutales existían ya sólo en el recuerdo de los que fueran sus propietarios.

Las descargas eléctricas alcanzaron un nuevo punto culminante. Tremendos rayos hicieron tambalearse los mástiles de acero, que se veían envueltos en un loco fuego de San Telmo. La gente permanecía apretujada en sus viviendas, en espera de lo peor.

De repente, la oscura capa que cubría el cielo se abrió. La tempestad de arena iba cediendo. Tampoco se repitieron las descargas eléctricas.

¿Un milagro? El doble astro brillaba con su antigua fuerza. Los habitantes de Vanda se lanzaron al exterior con un inmenso alivio.

¿Un milagro?

Aunque todo el mundo creyera en un hecho maravilloso, George y Pierre estaban convencidos de lo contrario. Para ellos no existía duda de que habían sido testigos de

un entendimiento entre el hombre y la vida cósmica.

Claro que George hubiera dado cualquier cosa por saber qué había entendido aquel ser de su mensaje, y qué había sido de su cuerpo...

COLISIÓN

Gerd Maximovic

Gerd Maximovic, nacido el 29 de agosto de 1944 en Langenau, Checoslovaquia. Terminados sus estudios de Ciencias Económicas, hoy se dedica a la enseñanza en Bremen. Maximovic está considerado en amplios círculos como el mejor autor alemán de ciencia ficción de la generación actual. Hasta ahora lleva publicada una serie de relatos, algunos de los cuales han aparecido en la edición alemana de Playboy. La primera publicación de Zusammenprall («Colisión») tuvo efecto en diciembre de 1963.

A primera vista parecía que todo estuviera en orden. Allí permanecía el hombre inmóvil en el sillón cuyo respaldo se había volcado hacia atrás. Miraba fijamente al techo y tenía los ojos muy abiertos. En línea diagonal a él, delante de la pantalla que emitía un leve zumbido, había un pupitre sumido en luz verdosa, y en él se apoyaba un segundo hombre algo inclinado hacia un lado y con los brazos caídos.

A primera vista parecía que todo estuviera en orden. Pero una observación más penetrante revelaba que los dos individuos no se habían petrificado en pleno movimiento, sino que su actividad proseguía. Porque, propiamente, el hombre del pupitre no se apoyaba en el mueble. Algo le había hecho caer de espaldas sobre él, y ahora resbalaba poco a poco, y la segunda mirada, la de comprobación, demostraba que sus pies tocaban el suelo y que el movimiento se cristalizaba en las puntas de los dedos.

Quizá ni siquiera esto hubiera resultado inquietante.

Lo inquietante era el hilillo de sangre que brotaba de la comisura derecha de la boca para resbalar por la barbilla y el cuello, y que no indicaba nada bueno. Era una situación extraña. Uno de los hombres, llamado Hal, yacía inmóvil en su sillón con los ojos clavados en el techo, y llamaba la atención el hecho de que el respaldo tenía que haberse volcado hacia atrás de manera violenta, ya que la penúltima ranura aparecía astillada y la butaca presentaba un profundo arañazo que se extendía hasta la estría siguiente. Para explicarlo mejor: el hombre no estudiaba el techo ni seguía con la mirada el reflejo verde opaco que procedía de la pantalla. Sus ojos tampoco pretendían perforar el techo. El hombre producía la impresión, más bien, de hallarse simplemente concentrado, y que en su cabeza se daban caza febriles pensamientos.

El otro, Art, se apoyaba en el pupitre con un brazo ya no flojo. Este segundo hombre movió la cabeza como si deseara sacudir sus ideas para luego darles una forma más clara. A continuación se enderezó su cuerpo, como lógica consecuencia, y Art captó la situación de una sola mirada, al menos en lo que a Hal se refería.

Con una agilidad pasmosa se deslizó por la estancia hasta inclinarse al fin sobre el sillón de su compañero. Al hacerlo se agarró a los dos brazos, para conseguir una sujeción firme.

—¡Hal! —gritó conteniendo la voz, pues en seguida se dio cuenta de que éste no estaba herido ni inconsciente.

—¡Hal!

El cosmonauta sentado acabó por arrugar la frente.

—Art... —repuso.

Art examinó su rostro.

Hal tenía el cabello oscuro, aunque no del todo, con evidente tendencia a ensortijarse. Pero él se lo había arreglado de manera que dejara visibles las entradas. Como siempre, iba muy bien peinado, aunque usaba una loción capilar repugnante, que olía a alcohol de quemar o a esencia de amoníaco o a una mezcla de ambas cosas. Hal tenía un pálido color de cara que hubiera desconcertado a cualquiera de esas

personas que creían que los astronautas debían ser todos unos tipos atezados. Lo que tales personas no podían saber, era que Hal había estado largo tiempo enfermo antes de ese viaje.

Los ojos de Hal eran grises con reflejos de agua en ellos, lo que acentuaba aún más el rictus burlón de sus labios. Quien no se fijara en ese rasgo, vería sólo la expresión vigilante de sus ojos, acostumbrados sin duda a una penetrante observación.

Art se apartó del sillón.

—¿Qué opinas tú? —preguntó, a la vez que daba media vuelta y avanzaba hacia la pantalla.

—Lo que es seguro —dijo Hal con voz acompasada—, es que fue una colisión.

—Yo también lo creo —asintió Art—. Pero... ¿con qué chocamos, para que continuemos vivos?

—El aire de la nave se mantuvo —indicó Hal.

—Sí, claro. De no ser así, difícilmente podríamos hacer ahora esta comprobación.

—Todo viene a confirmar que la nave sigue intacta, en conjunto —agregó Hal.

Art se detuvo delante del pupitre con el que tan desagradables experiencias había tenido y dio vuelta a las ruedas situadas en el centro de la superficie gris. El tenue resplandor verde de la inactiva pantalla se fue desvaneciendo para dar paso a una impenetrable y aterciopelada negrura sólo animada por unos diminutos puntos del grueso de una aguja que despedían un brillo duro.

Las estrellas no se movían.

—No creo que la nave esté tan intacta como dices —señaló Art—. El buscador, al menos, se ha ido al cuerno.

Art conectó la memoria y de ella salió de inmediato una larga tira de papel que el joven leyó mientras el vibrante aparato escupía nuevas tiras. Interrumpiendo el funcionamiento de la memoria, las serpientes de papel no leídas cayeron al suelo. Art conservó la primera tira durante unos momentos en la mano. Luego la dejó caer también.

—Muy interesante —dijo con desengaño—. Nuestra nave parece haber chocado con algo, en efecto, si podemos creer lo que nos cuenta la memoria. Pero eso es todo. El aparatito no se compromete —añadió con un movimiento de cabeza—. Yo no acierto a imaginarme qué pudo habernos detenido, de no ser un cuerpo celeste de ínfima categoría.

—¿La memoria registra únicamente que nuestra velocidad relativa descendió de pronto a cero? —preguntó Hal.

—Eso mismo.

—¿Y nada indica la existencia de un cuerpo sólido o algo por el estilo?

—Nada.

Hal se enderezó y pasó las piernas por encima del tapizado borde del sillón.

—Eso tiene cierto sentido... —murmuró.

—¿Qué?

Hal esbozó una vaga sonrisa.

—¡Un momento! —exclamó Art, a la vez que levantaba la cabeza con gesto reflexivo.

Hal le estudiaba ahora de modo distinto: divertido y con aire de autosuficiencia. Sus cejas formaron un arco.

—Propiamente, la memoria debe haber indicado el rumbo axial que tenía la nave en relación con las estrellas poco antes de la colisión —dijo entonces Art—. Comparado con el rumbo actual...

—¿Qué pretendes con eso?

Art gruñó algo, y las tiras de papel crujieron entre sus dedos.

—¡Lo que pensaba! —gritó de súbito, casi asombrado de sí mismo—. El rumbo axial que llevábamos antes del choque, es el mismo de ahora.

—¿Y eso qué demuestra?

—De momento, nada —admitió Art—, pero puede llegar a significar algo.

—¡Bah, pura casualidad!

—¿Ah, sí?

—¿Por qué no?

—Las coordenadas coinciden perfectamente —declaró Art en voz muy alta—. ¿Y tú pretendes que sea casualidad? ¡Qué idiotez!

—O sea que lo crees intencionado —dijo Hal, recalcando cada palabra.

—Hum...

—¿Piensas, entonces, que nos quieren bien esas personas que nos detienen de manera tan violenta para que nos rompamos las cabezas?

—No, eso no —reconoció Art, y sus ojos se abrieron desmesuradamente—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—¿No te parece que a alguien le interesaba nuestra desaparición? —indicó Hal con voz suave.

Art se volvió hacia la pantalla.

—¿Opinas que...?

Dio otros tres largos pasos y se dejó caer en el asiento del piloto. Intentó poner en marcha los aparatos, y el retumbar que de pronto inundó la cabina le proporcionó una agradable sensación de seguridad. Pero ésta se desvaneció cuando, al manejar los instrumentos, la nave no se movió. Al menos, éstos nada marcaban. Una vez ahogado el ruido de los motores, Art desconectó la pantalla, las estrellas se borraron y la luz verdosa iluminó su rostro en medio del silencio que siguió.

—Esto —explicó Hal en un tono de condescendencia— te lo hubiese podido predecir... ¿No lo sabes hacer rimar? ¿No te sale la cuenta con los cinco dedos? ¡Porque no creerás que la cosa puede aclararse así como así! Los motores se ponen en marcha, nos mandan a mil *parsecs* de distancia, si no más, y luego, desde lugar bien seguro, mueven la cabeza fingiendo preocupación, y ya está el problema solucionado.

Eso resultaría muy cómodo, pero no resuelve el conflicto, y yo estoy seguro de que no saldremos de aquí mientras no le pongamos remedio...

»Sí, ya sé que es peligroso permanecer aquí, pero tú mismo has visto que no nos dejan avanzar... ¿No nos dejan? Tampoco lo sé, en realidad. Puede que nadie tenga la culpa, y que de veras sea cosa casual. Pura casualidad. Imagínate que accidentalmente chocamos con algo, la nave da una vuelta entera y vuelve a la misma posición que tenía antes de entrar en colisión. Bien. El aire no puede escaparse porque no se ha formado ninguna fuga, dado que hemos chocado con algo. Plausible, ¿no?

»Tú conectas los motores, que funcionan como de costumbre, y pones en movimiento la nave, que también funciona como siempre... ¿Me entiendes?

—No entiendo ni una palabra —contestó Art.

Hal le miró con los ojos muy abiertos.

—¿No?

—¿Acaso lo comprendes tú?

De pronto, Art sintió frío y se frotó las manos.

—Creo que sí —dijo Hal con voz súbitamente insegura.

—¡Sí, sí...! —repuso Art.

Veintisiete grados.

¿De qué le servía fortalecer el convencimiento de Hal? ¡Que éste siguiera en su certeza! Era el único modo en que él se beneficiara.

¡Maldito frío!

Hal habló despacio:

—Hay momentos en los que todo resulta claro, en los que no existe la duda. Yo viví uno de esos instantes cuando tú recobraste el conocimiento. Había seguido una cadena de reflexiones y llegué a la conclusión indiscutible, a la solución de nuestro problema.

—¡De tu problema! —le corrigió Art, aunque en el acto hubiese querido tragarse las palabras.

No tenía por qué haberlas dicho. Estaba confundido.

Su frase tuvo el efecto de una chispa.

—¡Diantre! —gritó Hal—. ¡Yo nunca tuve la menor duda! —Y más sereno agregó—: Ni siquiera en los momentos de la mayor vacilación se duda realmente, ya que uno está profundamente convencido del acierto de sus propias ideas.

—¿Y me revelarás esa solución?

Hal movió la cabeza en sentido negativo.

—Debes hallarla tú mismo. Será la confirmación definitiva.

Lo dijo con voz firme, imperturbable.

El traje espacial era poco manejable, y Art tardó un rato en ponérselo. Luego saludó con la mano a Hal y avanzó pesadamente hacia la compuerta. Desde el interior de su escafandra, el ruido producido por sus botas se percibía sólo como un leve

sonido. Pronto no oyó nada más, porque la puerta se abrió con un potente silbido. Art penetró en la esclusa. Cuando las luces brillaron con la máxima intensidad, la puerta interior quedó herméticamente cerrada. Se abrió entonces la puerta exterior y la luz se apagó. Las estrellas esparcían, serenas, su vivo y agudo resplandor, que hería los ojos.

Art introdujo un filtro bajo la placa visora.

La puerta de la esclusa llevaba unos simples ganchos de los que pendían rollos de cable de acero. Art sujetó el extremo libre de uno de los cabos a su traje espacial y se lanzó al vacío. Las estrellas daban vueltas a su alrededor, cuando él se hubo soltado de la nave. Ésta se contrajo hasta que, de un tirón, el cable se tensó.

Art se vio girar lentamente en la inmensa cueva que formaba el espacio. Disparó una, dos veces, y la rotación terminó.

En el momento justo.

La mirada quedó fija, y su cabeza se movió poco a poco hacia la izquierda. El hombre era presa de la máxima curiosidad.

La otra nave describía una amplia curva y se deslizaba en silencio bajo las estrellas. Tenía la misma forma que éstas. Era una bola de superficie reluciente y, al menos desde lejos, no se veía su sistema de impulsión ni que llevara armas.

Los dedos de Art temblaron cuando conectó el teléfono. Se maldijo a sí mismo por no haberlo hecho antes. Sintió que le invadía una sensación de infinito alivio cuando, por fin, escuchó el zumbido y los crujidos de la línea.

—¡La solución —gritó aplicando la boca a la membrana— es una nave espacial!

—¡Imbécil! —contestó Hal, con desprecio—. La verdad casi nunca es agradable —añadió en tono docente—, y sólo pocas personas la soportan. Por lo tanto, pocas son las que la llegan a conocer. Pero no quiero discursos...

Se produjo una pausa.

La plateada nave permaneció inmóvil.

—No hubo choque —continuó Hal— ni existe otra nave por aquí. Tales cosas viven únicamente en mi mente, en mi imaginación. Yo las ideé. Igual que a ti.

—Una solución muy asombrosa —dijo Art entre dientes—. Esa sí que no se me hubiera ocurrido.

—¿Verdad que no? —repuso Hal, satisfecho.

Art pensó que debía impedir a toda costa que su nave cayera en poder de los desconocidos.

—No creo que tal solución sea acertada de todos modos —indico, conciliador—. Tú mismo dudas de ella.

—¡No, no, ya no! —repuso Hal—. Tú me has sacado de dudas. Y no es un milagro, ya que eres parte de mí mismo.

—En ese caso, yo...

«Cuidado —se dijo Art de pronto—. Una cosa tras otra.» Y continuó:

—Entonces, ¿por qué me permitiste buscar la solución, en lugar de descubrirmela inmediatamente? ¿Hubiera tenido alguna posibilidad de encontrarla solo?

—No, ninguna posibilidad —confirmó Hal desde la nave—. Pero quería ver cómo reaccionabas. De cualquier forma, me has decepcionado. Te faltó la fantasía. Además no te esforzaste. No vales absolutamente nada.

—¿Y semejante calamidad es tu creación? —exclamó Art con amargura.

—Revelaba mi propia valía.

Art ansió febrilmente hallar un argumento con el que derribar todo el castillo de pensamientos de Hal. Pero su mente parecía negarse a obedecerle.

—Bonito cortocircuito —declaró Hal—. Tú, inventado por mí, te resistes a aceptar que eres mi obra —y rió divertido—. Pero eso tiene fácil arreglo.

Art desapareció como si jamás hubiera existido.

(Nunca había existido.)

—¿Y ahora qué? —preguntó cuando reapareció al cabo de un rato.

—Hum, la cosa es más complicada de lo que supuse en un principio —murmuró Hal—. Mira: yo afirmo haber inventado también la existencia de esa nave plateada. Poco me costaría, pues, hacer que se desvaneciera.

—Si tú la imaginaste, no sería difícil.

—Bien. Si la nave desaparece, quedará demostrado que yo me la inventé. ¿De acuerdo?

—De a-cuer-do...

Art miró hacia el lugar donde la otra nave se deslizaba majestuosamente. Miró, mejor dicho, hacia donde se había deslizado segundos antes. Porque la nave había desaparecido.

El traje espacial le impidió frotarse los ojos. Se dijo que, si el ingenio acababa de desvanecerse, antes tenía que haber estado allí, y se preguntó cómo lo habría hecho Hal. ¿Con el traje espacial puesto? Eso ya le había parecido extraño desde un principio. ¿Sería cosa del filtro?

—Buen truco —dijo Art—, aunque no lo suficientemente bueno.

Y su voz sonó firme.

—Te equivocas, amigo. No fue un truco. Podría demostrarlo haciéndote desaparecer, pero tú no te darías mucha cuenta.

—Dado que ya no distingo ninguna otra nave, voy a regresar a la nuestra —anunció Art.

Y Hal repuso:

—Ya he perdido bastante tiempo contigo. Sin embargo, aún no pienso disolverte. Quiero que aguantes unas cuantas cosas más. Será mejor que sigas fuera. Tu provisión de aire durará media hora, poco más o menos. Me llena de curiosidad ver qué sensación se experimenta manteniendo con el pensamiento un hombre muerto. Muerto de manera natural.

Hal rió.

Eso era lo que Art había temido. El demente se ponía serio. Si uno no existe en realidad, ¿por qué debe contar con una probabilidad?

Art comprendió que necesitaba penetrar en la nave y eliminar a Hal. Pero, ¿cómo?

Pregunta: ¿Cómo podría impedirselo Hal?

La nave tenía forma de gota. Era relativamente corta y su máximo diámetro contaba de ocho a nueve metros. Resultaba, pues, panzuda y poco esbelta. Art estaba del lado de la esclusa. Junto a ésta asomaban dos piezas de artillería cuyos rayos punteados, dirigidos por la memoria, noerrarían el blanco.

Art...

Hal se haría la ilusión de imaginarse quién sabe qué obstáculos para que él, Art, no pudiera volver a entrar en la nave, cuando en realidad bastaba con pulsar un botón. Esa presión iría acoplada a la «invención».

Tampoco tenía sentido dar la vuelta a la nave y acercarse a ella por el otro lado, ya que todo el vehículo estaba erizado de armas.

Art levantó el brazo izquierdo y echó una mirada al aparato que medía el oxígeno. Le quedaban veinte minutos para regresar a la nave.

Si disparaba los cohetes de dirección para acercarse a la nave, Hal lo notaría. Los instrumentos de a bordo eran lo suficientemente sensibles para transmitir la información a la memoria.

¿Qué sucedería si trataba de volver agarrándose a la cuerda?

Cuando Art abandonó la nave, Hal yacía pensativo en su sillón.

¿Controlaría la pantalla?

Bueno, ¿y qué?

Art tuvo la sensación de un velo que se retiraba de sus ojos. El buscador estaba estropeado y, además, Art intentó recordar... En efecto, la pantalla mostraba otra parte del espacio. La empresa era expuesta y, para llevarla a cabo, necesitaba distraer a Hal.

La aguja que marcaba la existencia de oxígeno indicaba que sólo le quedaban quince minutos.

Art se arrastró hacia delante aferrado al cable. Lentamente flotó hacia el vehículo. Luego volvió a soltarse, porque la velocidad marcada al principio seguía siendo la misma, igual que la dirección, y ésta conducía a la nave.

Art dijo:

—Cuando un autor escribe una novela, una obra de teatro o lo que sea, siempre pone en los personajes por él creados algo de sí mismo. No puede hacerlo de otra forma, ya que sólo tiene conocimiento exacto de su propio ser y forzosamente debe partir de sus experiencias personales. En consecuencia, cada pieza delata la auténtica naturaleza de un poeta, y cada novela la esencia de su autor. Basta con saber leer. Aun así, a veces resulta difícil reconocer al escritor detrás de sus figuras, pero eso sucede raramente. Sin embargo, ocurre en ocasiones, y el motivo es que tanto el dramaturgo como el novelista no logran trabajar con la suficiente exactitud, es decir, que incluso el más inteligente tropieza con problemas de expresión.

»Distinto es cuando alguien tiene la posibilidad de inventarse un personaje. Cuando no se ve obligado a dar vida sobre el papel, en penoso y prolongado esfuerzo, a una figura con todos sus rasgos, sino que ésta surge de repente, de un segundo al otro.

—Vas empezando a tener conocimiento de ti mismo —le alabó Hal.

—Entonces estamos de acuerdo —replicó Art—. También en que poseo tus rasgos y pienso como tú.

—¡Naturalmente, viejo amigo! Pero no debes olvidar que tu situación es distinta de la mía. Como bien has dicho, eres parte de mi persona. La parte a la que destino el espanto.

Art respondió impasible:

—¿Quieres decir que, como parte de tu ser, puedo llegar a sentir espanto? ¿Acaso no debo pensar y sentir lo mismo que tú? ¿No tendría que conocer yo todos los argumentos? ¿Acaso nuestra conversación es algo más que un simple monólogo?

—Propiamente sí —señaló Hal—. Mi yo superior conversa con mi yo asustado. Un «monólogo interno» muy plástico y lleno de colorido, sobrecargado de conmoción. Me proporcionas... Mejor dicho, yo mismo me proporciono una magnífica idea.

«¡Paciencia! —pensó Art, furioso—. Debo tener paciencia. El monólogo no tardará en convertirse en diálogo...»

Y exclamó:

—¡Eso no puede ser de ningún modo! Sé de sobras que mis pensamientos me pertenecen a mí solo. ¿Te enteras?

—Tu argumento no vale gran cosa —objetó Hal—. Además, tus pensamientos me pertenecen.

—Supongamos que tienes razón —expuso Art, pensativo—. Supongamos que tú me inventaste o creaste, como prefieras llamarlo... En tal caso, mis pensamientos te pertenecen y forman una unidad con los tuyos... Pero entonces, yo puedo afirmar, con el mismo derecho, que tus pensamientos me pertenecen a mí, y que yo te creé.

—A esto puedo responderte —dijo Hal con toda tranquilidad— que fui yo quien se dio cuenta de haberte imaginado, y no al revés.

Art alzó su brazo izquierdo y volvió a consultar el aparato que medía el oxígeno. Sólo cinco minutos más.

La nave espacial en forma de gota flotaba muy cerca de su cuerpo. El brillante cable formaba amplios lazos y curvas a su espalda.

Art se fijó en la compuerta. Si mantenía la dirección, iría a parar junto al borde superior.

Cuando sus botas chocaron contra la pared metálica del vehículo —cosa que él, naturalmente, no oyó—, comprobó que se había equivocado, aterrizando todavía más «arriba». Aguzó el oído para saber si Hal había notado algo, pero no percibió ningún ruido sospechoso.

Poco a poco avanzó hacia la entrada, sujeto a la superficie de la nave con sus botas magnéticas. Le aguardaba lo más complicado.

—¿Cómo empezó todo? —inquirió Art—. ¿Por qué me inventaste?

—Fue a causa de la soledad en el espacio —confesó Hal.

Art sabía que encima de la compuerta interior, visible desde la cámara de control, se encendía una luz roja mientras la esclusa estaba sin aire. Cuando, una vez dentro, se pudiera desprender del traje espacial, la luz se apagaría. Ésta no esparcía un resplandor muy intenso, por lo que, si uno no estaba muy atento, fácilmente podía pasarle desapercibido tal detalle.

—¿En el espacio? —repitió Art.

Si Hal seguía en su sillón, en la misma postura de antes, sólo podía vigilar la compuerta dando media vuelta. ¿Y para qué iba a volverse?

—Sí, en el espacio —afirmó Hal de nuevo, sin burla en la voz.

Art abrió la compuerta exterior, entró y la cerró de nuevo. En cuanto el contacto quedó encajado, se encendieron las luces e iluminaron la cara sudorosa del joven.

Entonces dijo Hal:

—En circunstancias normales no suele suceder que el hombre sufra un *shock* tan fuerte que cambie todo su modo de ser. Tú ya conoces la historia del individuo que cayó prisionero en Fomalhaut y luego fue salvado por Ley. Sus cabellos se habían vuelto totalmente blancos, le temblaban las manos y no resistía oír la palabra Fomalhaut ni nada relacionado con ella.

»Existen otros ejemplos de hombres que pagaron sus experiencias con la pérdida de su personalidad. Siempre hubo casos semejantes. No hay sucesos, por horribles que te parezcan, que el ser humano ha conocido.

El oxígeno penetró con intenso silbido en la esclusa. Al mismo tiempo comenzó a calentarse aquel lugar, a luchar contra el frío mortal del espacio, que parecía adherido a las paredes. Art se quitó el filtro e inmediatamente el cristal se empañó y gruesas perlas de agua resbalaron por su parte exterior.

—Sin embargo, se suele pasar por alto el más duro trauma que, evidentemente, sufre el hombre. Es el trance por el que pasa al nacer. De tener en esos momentos plena conciencia, perdería la razón. Pero hay un segundo trance espantoso del que no se libra nadie: la muerte. Ahora bien, en esa transformación no pierde la razón porque pierde algo aún más importante, que es la vida.

La luz verde indicó que Art podía desprenderse del traje espacial sin peligro. Ansioso se arrancó el casco y tiró del plateado género hasta ver libre su cuerpo, lo que no logró sin considerable esfuerzo. Cuando por fin pudo moverse sin impedimentos, se agachó nervioso y desenganchó del traje espacial su pistola a chorro. El arma era pesada, y la frialdad del metal penetró en su piel.

Una extraordinaria serenidad le invadió entonces.

Con la mano libre rodeó el pomo de la puerta para abrir la compuerta interior, pero un súbito instinto le detuvo. Levantó la manga izquierda del traje espacial y miró

el aparato que medía el oxígeno. La aguja se había parado en la marca de los dos minutos.

Art se hizo cargo, en seguida, de la situación en la sala de mandos. Todo estaba como se había imaginado. Hal seguía en su sillón y hablaba a través del micrófono colgado de su pecho. El altavoz situado en la pared produjo un leve crujido.

«Menos mal que no desconecté el micro de mi traje espacial», pensó Art.

—La navegación interplanetaria proporcionó a los hombres una nueva conmoción —continuó Hal desde su asiento—. Y aunque ésta todavía no ha sido reconocida como tal, es sumamente eficaz: la adaptación al espacio. Es algo que requiere tiempo, ya que cuesta familiarizarse con los misterios de la inmensidad. Para algunos deben pasar meses; para otros, años. Durante este tiempo se produce una transformación, un enorme trauma retardado. También el efecto es distinto al de las demás experiencias de horror. Ello se debe a la particularidad del espacio. A la tremenda soledad en que el espacio envuelve a los hombres, que los aísla y los encierra en la cárcel de sus propias meditaciones. No quiero generalizar, pero los espíritus sensibles reaccionan antes y, cuanto más tiempo pasa un hombre en el espacio, más destacados y reales se hacen sus pensamientos...

»No sé de qué depende. Ignoro si es el espacio el que da a los hombres la fuerza para confiar en esos pensamientos. Después de examinar a los astronautas víctimas de alucinaciones, los médicos afirman que el espacio hace enfermar al ser humano. Pero yo opino, más bien, que le da una salud nueva.

Art permanecía inmóvil, observando a Hal. Con amargura se dijo que era una lástima tener que llegar tan lejos.

Luego su cuerpo se tensó y su mano se alzó tranquila.

El arma encañonaba a Hal.

Art vaciló un instante.

«La verdad es que nos parecemos de manera asombrosa —pensó—. Él quería matarme. Ahora, el que le mata soy yo.»

Y apretó el gatillo.

Un estremecimiento, y Hal cayó hacia atrás.

El arma rodó por el suelo con duro ruido.

Inexplicable, lo que la había sostenido en el aire.

Los ojos de Hal estaban desmesuradamente abiertos.

SAFARI A LAS ESTRELLAS

Ernst Vlcek

Ernst Vlcek, nacido en Viena el año 1941. Trabajó primero como especialista en máquinas de contabilidad y comenzó a escribir en 1960. Es coautor de las series Perry Rhodan y Atlan, y colabora también en la serie fantástica titulada Dragón. Entre su producción figuran, además, unas 40 novelas. Safari zu den Sternen («Safari a las estrellas») fue publicada por primera vez en 1966.

El sol no había salido todavía, pero sobre el campamento pesaba ya un bochorno irresistible. Los gorgunianos fueron despertando, tomaron sus tambores y comenzaron el tam-tam que ya no cesaría hasta la noche.

Argin Dallas se levantó bañado en sudor de su catre de campaña. Le habían despertado los tambores. No se encontraba del todo bien. La desacostumbrada comida del safari hacía que su estómago se rebelara, por lo que ahora, a primera hora de la mañana, tenía mal sabor de boca. Además, el calor le producía dolor de cabeza. Una ducha le proporcionó alivio, pero apenas se hubo puesto la ropa de caza, sudaba de nuevo. Dallas era un joven de veintiocho años, menudo y de aspecto débil, que iba algo encogido y llamaba la atención por la extraordinaria blancura de su piel, aunque la exposición al sol de los últimos días se la había enrojecido.

Argin abandonó su tienda.

Georg Rusk, el cazador, aguardaba ya en la pequeña explanada cubierta y fumaba su pipa de manera pausada. Cuando Argin se dejó caer delante de él en una silla plegable, todo su saludo consistió en un movimiento de cabeza.

—¿Qué hace usted para no sudar? —preguntó Dallas.

—Hablo poco —repuso el cazador.

—Yo tampoco hablo en sueños y, sin embargo, despierto empapado —dijo Argin Dallas, molesto.

Por toda respuesta, Rusk encogió los hombros de modo casi imperceptible.

En aquel momento salía Robert de su tienda. Éste era todo lo contrario de Argin: alto, de anchos hombros y piel bronceada. El atuendo de caza le sentaba bien, pero se adivinaba en él al cazador dominguero. En cualquier ocasión procuraba que se le viera cuidado y limpio. Ahora también sudaba, pero no parecía tan desanimado como Argin.

Robert se unió a sus compañeros y comentó:

—Me parece que esos indígenas cada día le dan al tambor con más puntualidad.

—Hum —murmuró Rusk.

—¡Cómo sudo, caracoles! —se lamentó Robert Grofft.

—Eso te pasa por hablar demasiado —indicó Argin.

—¿Ah, sí?

Grofft miró hacia el fuego, donde dos de los mestizos de tez azulada preparaban el desayuno. Los otros seis ponían a punto los dos vehículos. Más allá, la pradera se extendía unos cuatrocientos metros para descender luego al valle de la jungla de forma casi vertical. Grofft volvió lentamente la cabeza hasta que sus ojos se posaron en la última tienda, todavía cerrada.

—Me asombra que Cindy pueda dormir con semejante estruendo —murmuró.

Nadie le contestó. Rusk seguía tirando tranquilamente de su pipa, mientras que Argin vigilaba el recinto cercado donde se alojaban los indígenas. Los gorgunianos eran humanoides, pero sus brazos cortos y atrofiados resultaban más bien un estorbo. Las piernas, por el contrario, eran robustas y muy articuladas. Su cara era parecida a

la de los monos, pero menos expresiva.

Durante el vuelo a Gorguna, Argin había leído algunas obras sobre esta raza y sabía, por lo tanto, que los científicos no estaban aún de acuerdo sobre ella. Unos opinaban que los gorgunianos pertenecían a un grupo étnico de inteligencia degenerada. Otros defendían la teoría que este grupo se trataba de animales en evolución hacia la categoría de seres racionales. Dado, sin embargo, que en Gorguna abundaban los restos de una antigua civilización, la mayoría de científicos daba preferencia a la primera tesis.

Grofft siguió la mirada de Argin. Contemplaba a los gorgunianos con ojos muy distintos. Apenas le interesaban, pero se había dado cuenta de que poseían un instinto muy desarrollado.

—Parecen adivinar que pronto vamos a empezar —dijo Grofft—, y tienen una mirada muy astuta.

—Tocan bien el tambor —gruñó el cazador—, pero no tienen nada de inteligentes, si es esto lo que usted quiere insinuar.

—No sé... Quizá se sirvan de los tambores para entenderse entre sí —indicó Grofft.

Rusk sacudió la cabeza.

—No. Sólo conocen los tambores desde que nosotros, los hombres, se los trajimos. ¿Cómo iban a desarrollar un sistema de comunicación en diez años? Se sirven de los tambores como un perro juega con una pelota.

Argin le lanzó una rápida mirada que sin duda quería expresar la poca importancia que concedía a las opiniones de un profano. Pero antes de que pudiera hablar, se presentaron los mestizos, colocaron la cafetera sobre la mesa y distribuyeron las tazas. Grofft volvió a fijarse en la tienda todavía cerrada. Argin se levantó de un salto y dijo:

—Voy a despertar a Cindy.

—A usted no le cae simpático Argin —comentó Grofft cuando estuvo solo con el cazador—. ¿Por qué?

—No tengo nada contra él —repuso Rusk de modo sincero—, pero no es hombre para un safari. Debería haberle dejado en casa.

—Argin es mi amigo —recalcó Grofft con sequedad—. Hace sólo algunas semanas que consiguió su tercer título de doctor, y pensé que este viaje le serviría de descanso. Además, no creo que a usted le importe el motivo de su presencia. Al fin y al cabo se le paga bien, ¿no?

—Cindy estará lista en seguida —anunció Argin a su regreso—. Dice que podemos empezar a desayunar. Ella no se siente del todo bien y no tiene apetito.

Los tres hombres comieron en silencio. Los mestizos se habían instalado aparte, formando círculo alrededor del fuego, y masticaban trozos de dura carne. Los gorgunianos tocaban el tambor para variar.

Cuando Grofft, Argin y el cazador habían terminado su desayuno, apareció Cindy

Lauder, a quien sentaban bien el pantalón largo y ceñido y las botas. Como de costumbre, la joven llevaba el cabello recogido. Su voz sonó algo mustia cuando respondió al saludo de sus compañeros.

—No tiene usted buen aspecto —dijo Rusk—. ¿Por qué no se queda en el campamento?

—¡De ningún modo! —protestó Cindy, impulsiva, a la vez que dirigía una mirada de inseguridad a los mestizos.

—Ésos la protegerían perfectamente —opinó el cazador con una sonrisa—. Además, no creo que el señor Dallas tuviera inconveniente en hacerle compañía. De todos modos, a él no le atrae la caza...

Argin contestó con una indirecta.

—Va usted a acabar sudando, Rusk —dijo, y de cara a Cindy añadió—: Comprendo que el esfuerzo resulte excesivo para ti. Por eso pensaba hacerte una proposición. Hoy me interesa visitar las ruinas, y supongo que te parecerá una variación agradable.

—Siento decepcionarle —intervino George Rusk—, pero tendrá que aplazar esa excursión. Hoy necesitamos los dos coches.

—De veras te veo pálida —afirmó Grofft por su parte.

—¡Bah, no seas tonto! —contestó la muchacha, molesta—. Es simplemente el calor. Además no pienso perderme la caza. ¿Qué hay en programa?

—Un gonzal.

—¿Una de esas bestias en forma de serpiente y con ocho patas?

Grofft asintió.

—Rusk opina que hoy tenemos buenas posibilidades. Los mestizos vieron ayer una manada muy cerca de aquí. ¿No es así, George?

—Exactamente —repuso el cazador, y se levantó—. Debemos darnos prisa, si queremos atraparles en el aguadero.

A continuación se dirigió a los mestizos e impartió órdenes.

Uno de los mestizos había sacado a los gorgunianos de la cerca y los empujaba hacia la espesura. Un cuarto de hora más tarde arrancaron los dos *jeeps*. El propio Rusk iba al volante de uno de ellos, y a su lado se había sentado Grofft. Detrás llevaban los pertrechos y las provisiones en sendos paquetes impermeables y herméticos. A cada lado del vehículo iban, de pie sobre el estribo, dos mestizos que, si bien sólo poseían ligeras pistolas, cargaban con las carabinas de los cazadores. En el segundo automóvil seguían otros dos mestizos y, en el asiento posterior, Argin y Cindy.

Rusk conducía silencioso y tranquilo. Sus agudos ojos examinaban cuidadosamente el terreno. Los primeros rayos del sol naciente asomaban tras la cordillera que se elevaba al este.

—¿Cree que hoy conseguiré una pieza?

—¿Por qué no?

—Esperemos que todavía estén bebiendo.

—Seguro —contestó Rusk—. El gonzal es un animal muy perezoso.

—Sin embargo, tengo entendido que puede ser una auténtica fiera...

—Y lo es cuando se ve acorralado. Basta que un miembro de la manada caiga herido, para que los demás componentes se pongan como locos. Por eso sólo le concedo un disparo.

—Sí, ya me lo dijo.

—Y lo repetiré tantas veces como sea necesario. Sólo un tiro, y directo al corazón. Si no acierta, tendremos que salir todos huyendo.

La pradera se tornó escarpada y aparecieron los primeros árboles. Eran verdaderos gigantes cuyos troncos no podían ser abrazados por cuatro hombres cogidos de las manos. Las ramas no empezaban hasta los diez metros de altura. El bosque era todavía claro, por lo que los expedicionarios no tenían dificultades para avanzar. Muy de vez en cuando encontraban enormes raíces que les obligaban a dar un rodeo.

—¡Qué pacífica está la selva! —comentó Cindy entre una y otra sacudida del coche—. El aroma de estos parajes me encanta.

—Es cierto —asintió Argin—. Considero horrible que en todas partes vayan desterrando la naturaleza, y aquí no tardará en suceder lo mismo que en tantos otros planetas.

Guardaron silencio durante un rato. Únicamente se percibía el monótono zumbido del motor, que sólo adquiriría un tono más profundo cuando el vehículo reducía su velocidad a causa de un cambio de marcha.

—En realidad no es tan joven este mundo —dijo Cindy—. Los gorgunianos bien podrían estar más adelantados.

—Gorguna tuvo ya una alta civilización —le explicó Argin—, pero un desplazamiento del eje del planeta provocó catástrofes inimaginables, y la cultura se perdió. Cómo sucedió, es cosa que ya nadie puede comprobar, aunque los científicos han conseguido formarse una idea bastante aproximada. Sabemos, por ejemplo, que los gorgunianos actuales no se parecen a los habitantes primitivos, y semejante transformación da a entender que el hundimiento de esa gran civilización se produjo hace miles de años.

—¿Y cómo se puede comprobar que los gorgunianos cambiaron tanto?

—Mediante los edificios... Por la forma de puertas y ventanas... También resultan sumamente expresivos los utensilios conservados y reconstruidos.

—¿Y qué opinas de lo que dice Rusk?

—¿Qué dice?

—Que, probablemente, los primitivos habitantes se extinguieron hace muchos, muchos años. Según él, el tiempo transcurrido desde el cataclismo es demasiado

breve para que los gorgunianos de hoy hayan podido transformarse de tal manera.

Argin rió con un cierto desprecio.

—¡Bah, teorías de un profano!

La selva se había ido espesando y ahora merecía ya el nombre de jungla. De los árboles pendían bejucos, en los troncos brotaban flores de plantas parásitas, y los vehículos apenas podían abrirse paso.

Rusk dio un frenazo y detuvo el *jeep*. Los mestizos saltaron de sus estribos. Uno de los portadores le entregó la carabina, que él sometió a un minucioso examen. Grofft, en cambio, se echó despreocupadamente la escopeta al hombro y se dirigió al segundo coche.

—¡Parada final! —anunció.

Los mestizos habían descargado los dos paquetes y, después, empezaron a desprenderse de sus ropas. Una vez desnudos, se untaron el cuerpo con una pestilente grasa. Cindy volvió la cabeza y los mestizos esbozaron una risita.

—¿Por qué se untan con eso? —preguntó Argin.

El cazador estaba ocupado todavía con su arma y respondió sin levantar la vista:

—El hedor de esa especie de aceite confunde el olfato de los gonzales, de modo que los mestizos pueden acercarse mejor a ellos.

—Aun así, yo no quisiera estar en su piel —comentó Grofft.

George Rusk se colgó por fin la carabina al hombro y extendió la mano hacia la del aficionado.

—Déjemela ver —dijo.

Seguidamente vació el depósito hasta que sólo quedó una bala en él. Hizo un guiño a Grofft y, apoyando el arma en el hombro, apuntó mientras preguntaba:

—¿Cuántos disparos ha hecho con esta escopeta?

—Pues... no lo sé. Unos mil, supongo... —respondió Robert Grofft, desconcertado.

—¿Y cree que tiene práctica?

—¿Quiere que le haga una demostración?

—No. Para eso es demasiado tarde.

Rusk le dejó plantado y fue al encuentro de los cuatro mestizos cuya piel azulada relucía ahora por la grasa.

—¿Está todo dispuesto? —quiso saber.

Los mestizos movieron la cabeza en sentido afirmativo, sin dejar de sonreír.

—Bien. Apuntaremos sobre un gonzal que se haya apartado un poco de la manada. Cuando lo tengáis, mostradle *una sola vez* el corazón a nuestro cazador de salón. Si yerra el disparo desapareced entre los arbustos. Y... ¡cuidado con su puntería, porque es un tirador desastroso!

Los mestizos desaparecieron en la espesura con su sempiterna risita.

—¿Tiene algo en contra de que Cindy y yo les acompañemos? —preguntó Argin cuando el experto regresó junto a ellos.

—No. Lo único que exijo es que se atengan a mis advertencias.

—Lo haremos —prometió Cindy en el tono sumiso de los mestizos.

Partieron en fila india. Un mestizo iba en primer lugar, y otro al final. La selva se hacía cada vez más intransitable. Con frecuencia, el peón tenía que abrir camino con el machete. El calor era aquí menos pesado de soportar que en la pradera, porque el espeso techo de hojas impedía el paso del ardiente sol. Entre la maleza susurraba una vida oculta, y en las coronas de los árboles sonaban las voces de los pájaros tropicales. Cindy contemplaba maravillada la riqueza de flores que la rodeaba por doquier. Tanta era la belleza aglomerada en cada rincón, que la muchacha no salía de su asombro.

Al no prestar suficiente atención al sendero chocó con Grofft, que iba delante de ella y se había detenido de repente.

—Estamos ya muy cerca del aguadero —murmuró Rusk—. Por lo tanto, ni una palabra más.

Siguieron caminando. La espesura quedó atrás, para dejar sitio paulatinamente a un suelo blando y musgoso, en cuyo rico verdor destacaban relucientes cálices de flores. Entre los acostumbrados sonidos de la jungla se oyeron, de pronto, unos gritos aislados, procedentes de un punto no lejano. Entre los arbustos se empezaba a ver, aquí y allá, el reflejo de unas aguas parduscas. Habían desaparecido los líquenes y el suelo estaba formado ahora por una tierra gris y húmeda que presentaba claramente las huellas de unas garras enormes. Cindy se estremeció al descubrir la primera pisada. Argin se dio cuenta y aprovechó la ocasión para estrechar su mano.

El mestizo que iba delante llegó al límite de los arbustos y se acurrucó tras ellos. Los demás le imitaron. Grofft avanzó a gatas y separó las ramas.

Su mirada cayó sobre una suave pendiente arenosa que formaba una orilla de unos cincuenta metros de ancho, sin vegetación alguna, que bañaba un amplio río de aguas que parecían poco profundas. Los gigantescos árboles extendían sus coronas hasta muy dentro de la vía fluvial.

Grofft permaneció con los ojos clavados en los monstruos que revolcaban en el lodo de la orilla sus corpachones anguiformes que, a no dudarlo, pesaban varias toneladas. Le parecía completamente imposible que con un solo disparo se pudiera dar muerte a una de esas bestias que medían en su totalidad unos veinticinco metros de largo, tenían la cabeza angular y astada y cuatro pares de patas. Unos caparzones de aceradas escamas protegían sus lomos. Únicamente la parte inferior de sus cuerpos, desde el cuello hasta las últimas patas, quedaba sin protección. Allí había que herir al animal para matarle.

La manada se componía de veinte gigantones, la mayoría bastante viejos, que se apelotonaban en un reducido espacio. Sólo uno de los gonzales jóvenes se había separado un poco. Su coraza tenía un brillo rojizo y no medía más de quince metros.

—Ese nos conviene —señaló Rusk—, pero debemos seguir río arriba un trecho más.

Al otro lado del agua, escondidos entre la maleza, aguardaban los mestizos con el cuerpo embadurnado. Inmediatamente se dieron cuenta de que el único animal que interesaba era el que se restregaba contra el suelo a cierta distancia de los demás. Tenía levantadas las ocho patas y frotaba satisfecho su dura espalda, con breves estremecimientos, contra los guijarros de la orilla.

Los hombres estudiaron cada movimiento del joven monstruo para conocer sus peculiaridades y estar preparados cuando Rusk diera el aviso. El gonzal volvió su enorme cuerpo, se levantó sobre sus ocho torpes patas y, mientras salía con calma del río, azotó fuertemente el agua con la cola. Aquel ejemplar poseía un precioso cuerno curvo, de medio metro de largo, que constituiría un soberbio trofeo. Incluyó la pesada cabeza e hincó el cuerpo en el suelo para arrojar por los aires, al instante, un surtidor de arena. Aquello causó un estremecimiento de placer al animal, que emitió un largo y sonoro grito. Después tomó impulso con las dos patas delanteras y se enderezó totalmente, dejando al descubierto su blanco vientre, que empezó a limpiar con gran meticulosidad.

—En este momento proporcionaría un buen blanco —susurró Rusk—. Pero usted no arriesgue el tiro, Grofft. Espere a que los mestizos le hayan marcado el corazón.

—¿Esos hombres se atreven a bajar hasta allí? —preguntó Argin, incrédulo.

Rusk sonrió.

—Fíjese bien.

El cazador se introdujo dos dedos en la boca y silbó con estridencia. Durante unos segundos nada ocurrió, pero de pronto surgió de la espesura del otro lado del río un enjambre de gorgunianos. Un mestizo les incitaba con grandes voces. Los indígenas se lanzaron al agua en medio de un salvaje griterío, y fueron a colocarse entre la manada y el gonzal alejado. Los monstruos aguzaron las orejas y sus poderosos cuerpos entraron en movimiento. El gonzal guía estuvo a punto de arrojarse contra los gorgunianos, pero al fin se decidió por la huida. Bramó de forma desgarradora y se arrastró penosamente hasta el centro del río. La manada le siguió con grandes mugidos.

El joven gonzal halló interceptado el camino y comenzó a dar furiosas patadas contra el suelo. Su cabeza rodaba de un lado a otro, mientras sus estrechos ojos se teñían de rojo. De súbito se alzó su cola, de sus ollares brotó un resoplido, y el animal miró hacia abajo. Pero antes de que pudiera lanzarse sobre los gorgunianos, que chillaban y agitaban los brazos con desesperación, los cuatro mestizos que se habían acercado a él por detrás se agarraron a su espalda, y sus piernas quedaron balanceándose en el aire mientras ceñían gruesas y resistentes cuerdas alrededor de la cabeza de la bestia.

—Apunte —dijo Rusk a Robert Grofft.

Cindy miró hacia otro lugar y Argin la estrechó cariñoso contra sí, pero sus ojos no podían apartarse del fascinante espectáculo.

Dos de los mestizos tiraban con toda su fuerza de las sogas anudadas al cuello del

monstruo, para impedirle respirar. Con ello pretendían que el gonzal volviera a enderezarse en toda su altura. Las cuerdas se hundían profundamente en su cuello carente de protección. Otro mestizo, situado a suficiente distancia de la azotante cola, había sujetado con un fuerte lazo las patas traseras de la fiera. El cuarto mestizo perdió el equilibrio y saltó al agua, alejándose atropelladamente de la zona de peligro.

Por fin, el gonzal fue cediendo poco a poco. Las cuatro patas delanteras perdieron contacto con el suelo y el enorme animal se irguió impresionante. Mediría bien sus diez metros. Uno de los mestizos soltó la cuerda, se plantó con increíble agilidad delante del animal y marcó en su blanco pecho un círculo rojo.

—Ahí está el corazón —dijo Rusk—. Dispare.

Grofft sudaba.

Los últimos dos mestizos saltaron de la espalda del gonzal a las espumantes aguas y luego salieron corriendo. También los gorgunianos buscaron la seguridad de la orilla. El monstruo no se dio cuenta de nada. Sólo le preocupaba la opresión que sentía aún en su cuello. Hubo un momento en que el colosal corpachón se combó hacia atrás y se bamboleó de un lado a otro.

—¡Dispare! —gritó Rusk.

El gonzal estaba loco de rabia. No dejaba de balancearse. Grofft tuvo en su mira, por una fracción de segundo, el centro de círculo rojo, pero en el acto lo perdió.

Rusk permanecía a su lado con el arma a punto.

—¿Quiere disparar de una vez? —chilló.

Grofft tenía miedo, porque el monstruo seguía moviéndose demasiado aprisa, pero cuando volvió a tener a tiro el corazón, apretó el gatillo. El gonzal se encogió bruscamente, al recibir el impacto.

Junto al círculo rojo se había formado una mancha oscura.

—Mal tiro —dijo uno de los mestizos.

De pronto, el animal dio un salto de varios metros. Diríase que para que aquella bestia tan pesada y torpe se deslizara de semejante modo por el aire, tenía que haber cesado la fuerza de gravitación del mundo. Los gorgunianos huyeron horrorizados y en tropel a la jungla.

—¡Váyanse de aquí! —aconsejó Rusk, jadeante, a los tres compañeros de caza.

Los demás gonzales vieron la furia de su congénere. Barruntaron el peligro y, en instintiva defensa, avanzaron todos a la vez.

Rusk, solo entre los últimos arbustos, apuntó con sangre fría. Esperó a que el animal herido diera un nuevo salto. Transcurrían los segundos y la manada se hallaba cada vez más cerca. Entonces, el cazador descubrió la blanca superficie del vientre del gonzal, buscó inmediatamente el círculo rojo y disparó. El cuerpo sin vida del monstruo se desplomó con estruendo, quedando inmóvil entre las aguas. La manada acabó de aproximarse, pero ya sin excitación. Los gonzales rodearon curiosos a su hermano muerto; lamían su herida y le oliscaban. Luego se cansaron de él, retrocedieron a sus barrizales y se echaron a reposar.

Pero no tardaron en producirse nuevos ruidos en la jungla... Los gorgunianos salieron entonces de su escondrijo y armaron un vocerío ensordecedor. El viejo gonzal guía trotó malhumorado al centro del río y se dejó arrastrar por la corriente. La manada le imitó. Atrás quedaba el congénere muerto.

Por la tarde.

Rusk había mandado levantar el campamento situado al borde de la selva, trasladándolo a las ruinas. De nuevo estaban montadas las tiendas, y Rusk había quedado sólo en compañía de Grofft.

—¡No puede hacer esto! —protestó el cazador aficionado.

Rusk, que fumaba en pipa, echó un par de bocanadas de humo. Sus ojos miraban sin interés especial cómo los mestizos vaciaban la cabeza del gonzal, para luego prepararla mejor. Los gorgunianos volvían a tocar el tambor. Argin había encargado a un mestizo que le condujera por la ciudad en ruinas. Iba acompañado de Cindy, también fatigada por la vida en el campamento.

—¡Usted no puede hacer esto! —insistió Grofft—. Al fin y al cabo le pagué para que estuviéramos un mes de safari.

—Le devuelvo su maldito dinero, si quiere —gruñó el cazador.

—No me importa el dinero. Me sobra. Lo que quiero es el prestigio. ¿Para qué supone que emprendo un safari como éste? ¿Quizá para dar muerte a los cuatro miserables felinos que hemos conseguido hasta ahora? Le regalo las pieles, si le interesan. Ni siquiera el gonzal me ilusiona demasiado...

—¿Qué quiere, pues? —le interrumpió Rusk con brusquedad—. ¿Olvida que hasta en la caza del gonzal erró el tiro?

—Cualquiera puede tener mala suerte —gruñó Grofft.

—Eso es cierto —admitió el cazador—, pero hay que tomarlo más deportivamente. Dígame de una vez lo que pretende.

—Lograr un dragón liquinoso. Sólo por eso estoy de safari —declaró Robert Grofft sin vacilar—. Quiero haber matado a un dragón liquinoso.

Rusk le miró ahora por primera vez y dijo con voz amable:

—Me cae usted simpático, Grofft. De otro modo, no me hubiera esforzado tanto en complacerle. Pero lo del dragón liquinoso no es un juego de niños, sino algo muy expuesto. ¿Sabe cuántos cazadores han conseguido en realidad semejante trofeo? Quizá sumen treinta, entre todos. El restante millón que afirma haber dado muerte a uno de esos monstruos, sólo quiere darse importancia.

Después de un rato de silencio, Grofft rogó quedamente:

—Concédame esa oportunidad, Rusk. Tengo gran interés en cazar uno de esos animales.

Rusk le estudió unos instantes con ojos inescrutables, y luego se levantó.

—Me voy a dormir —dijo.

—¿Qué hay del dragón?

—Accederé con una condición.

—¿Y cuál es?

—Si dentro de tres días no hemos descubierto ningún dragón liquinoso, se habrá terminado el safari. ¿Conforme?

—Conforme.

El cazador entró en su tienda y se acostó en su cama de tijera. Estaba harto. Nunca más conduciría a un aficionado por las selvas. No era a causa del fallo de Grofft al disparar contra el gonzal por lo que quería interrumpir la expedición. Tal suceso le había servido de excusa. La verdad era que estaba cansado de matar, como profesión, a los habitantes de la espesura. Una vez más había cedido, pero confiaba en que el buscado dragón liquinoso no apareciera por ninguna parte.

Rusk se juró a sí mismo no volver a venderse a domingueros. Amaba a Gorguna, aquel mundo salvaje e inexplorado que había llegado a convertirse en su segunda patria. Le interesaba grandemente su pasado, así como la perdida civilización, pero no acababa de estar de acuerdo con las teorías de los científicos. Si era cierto que un día habían constituido la raza dominante, no se comprendía que luego hubiesen degenerado de tal manera. Al menos tendrían que presentar indicios de esa civilización.

Pero de eso no había nada. Las pruebas de inteligencia efectuadas daban resultados francamente desastrosos. Bien podía afirmarse que cualquier perro casero de la Tierra poseía mayor capacidad intelectual que un gorguniano. ¿Era admisible, pues, que una raza inteligente hubiese caído tan bajo?

Desde el exterior llegó el monótono redoble de tambores. Era lo único que aquellos seres sabían hacer. Probablemente, un tambor era para un gorguniano lo que una pelota para un perro.

Rusk estaba a punto de dormirse cuando percibió el ronquido de un motor que se acercaba. Cesó el ruido, pero le siguió un alboroto de voces.

—¡Señor! —gritó un mestizo, muy excitado—. ¡Señor!

Luego sonó la voz de Cindy Lauder, y por fin habló Grofft.

Rusk sólo oyó una palabra con toda claridad: ¡dragón liquinoso!

Inmediatamente salió de su tienda.

—¿Qué sucede?

Cindy se agarraba asustada a Grofft, que ya tenía la escopeta dispuesta. Los mestizos, abandonando la cabeza del gonzal, acudían también. El mestizo que había acompañado a Cindy parecía totalmente trastornado.

—¿Dónde está Dallas? —preguntó Rusk.

—No quiso venir —gimoteó el mestizo—. Le supliqué que volviera, porque allí corría un peligro terrible, pero...

—Fue espantoso —jadeó Cindy—. La bestia estaba apenas a veinte metros de nosotros. Yo creí morir de miedo... Debemos hacer algo... ¡En seguida!

—Sí —asintió Grofft con ojos centelleantes—. No hay tiempo que perder.

—¿Dónde lo visteis? —inquirió el cazador, apretando las mandíbulas.

—Señalé el lugar, señor —contestó el mestizo.

—Debemos partir de inmediato —dijo Grofft.

—Desde luego —aprobó Rusk que, si bien había deseado no encontrar ninguno de aquellos animales, ahora se sentía presa de la auténtica emoción del cazador.

Esos monstruos solían permanecer entre las ruinas de la civilización hundida, pero se escondían tan bien que era sumamente raro descubrir su presencia.

Rusk olvidó por completo su anterior cansancio. Como un director de escena que tiene a todos los actores en su mano, mandó a los mestizos para que lo prepararan todo. Sobre el radiador de ambos coches fueron montadas las ametralladoras y los faros especiales. El cazador hizo llevar además algunas granadas, por si hacía falta allanar un espacio suficientemente extenso para la caza. Un dragón liquinoso sólo era abatible mediante costosos trucos técnicos.

—¿Y a esto le llama caza? —exclamó Cindy—. A mí me parece asesinato.

—Usted no puede entenderlo —replicó Rusk, molesto—. No pretendemos matar al monstruo con las granadas y ametralladoras, sino solamente asustarle. En cuanto esté fatigado, Grofft disparará sobre él.

—¿Y qué va a ser de Argin? —preguntó Cindy, muy asustada.

—Ese loco... —gruñó Grofft—. ¿Por qué no regresó con vosotros?

Rusk se limitó a decir:

—Ya nos ocuparemos de él.

Seguidamente ordenó a uno de los mestizos que cargara con el botiquín.

—¿Nos llevamos también a los gorgunianos? —quiso saber el mestizo.

—Que nos acompañen dos o tres —decidió Rusk—, pero elige unos que no se hayan atracado en exceso.

—Espero que no le haya ocurrido nada a Argin —musitó la joven, y la respuesta de Grofft no sonó muy convincente cuando dijo:

—¡Bah, mujer, no se hubiera quedado allí, de correr tanto peligro!

Rusk volvió junto a ellos.

—Podemos arrancar —anunció.

Cindy y Robert Grofft tomaron asiento en la parte posterior del vehículo, mientras Rusk lo hacía al volante y bajaba el parabrisas por si el mestizo que iba a su lado tenía que hacer uso de la ametralladora. En el segundo *jeep* viajaban tres gorgunianos acompañados de dos mestizos, de pie, uno en cada estribo.

El cazador emprendió la marcha hacia el campo de ruinas cuya oscura silueta se elevaba de la planicie contra la luz del sol crepuscular. Rusk avanzaba a una velocidad casi suicida. Confiaba en que el monstruo no hubiera tenido tiempo de esconderse todavía en su guarida, ya que entonces contaban con buenas posibilidades de atraparle antes de que fuese noche cerrada. De otro modo podrían transcurrir días enteros hasta que dieran con él.

Las primeras ruinas estaban muy separadas entre sí. Quizá hubiera sido aquello, en su día, un suburbio, si de los primitivos pobladores de Gorguna podía esperarse tanto. No había manera de imaginarse la antigua forma de los edificios, pues sólo quedaban restos de paredes dispersos. No obstante, las construcciones debían haber sido bastante bajas, pues no se veía ninguna pared que superara los cuatro metros de altura. Rusk pudo dar aún mayor velocidad al coche, porque la recta carretera que enfilaron estaba relativamente bien conservada y el manejable automóvil esquivaba los baches con facilidad.

—Los gorgunianos tuvieron que ser verdaderos artistas en la construcción de calles —comentó Grofft.

—Lo mismo dijo Argin —intervino Cindy—. Estaba realmente fascinado y me explicó que le gustaría estudiar a fondo esta civilización desaparecida.

—¿Cómo marcaste el lugar? —le preguntó Rusk al mestizo.

—Coloqué allí un formador de humo —repuso el mestizo—, que al menos se mantendrá dos horas.

—¿También esta vez me concede un solo disparo? —quiso saber Robert Grofft.

—No —gruñó el cazador profesional.

—¿Cómo procederemos?

—Depende de la situación.

Los coches alcanzaron lo que en su día fuera el núcleo urbano. Las casas se hallaban allí mejor conservadas, y algunas tenían una altura de hasta cincuenta metros. Sin embargo, las grietas de las paredes delataban que cualquier estremecimiento bastaría para que se derribaran. Rusk aminoró la marcha. Ya no existía calle. Si algo de ella quedaba, debía estar enterrada bajo los montones de escombros. El *jeep* subía penosamente las cuestas para descenderlas luego serpenteando. En algún momento, Grofft temió que volcaran, pero tal preocupación resultó infundada, ya que Rusk conducía con mano firme.

—¡Fue aquí! —anunció el mestizo.

Doblaron una esquina y, en efecto, se vio el humo. El cazador frenó el coche y se bajó. Durante un rato sonó aún el zumbido del otro vehículo, hasta que también este ruido se apagó. Rusk miró a su alrededor con el ceño fruncido. La zona donde se encontraban no era buena para la caza.

Los montones de cascotes se elevaban uno junto al otro y los altos restos de muros ofrecían poca seguridad. Rusk se dijo que, a la primera descarga de las ametralladoras, probablemente se derrumbarían. Tampoco podían servirse de los coches, apenas manejables en aquel tipo de terreno. Había que contar con la posibilidad, además, de que todo el suelo estuviese minado, con lo que el peligro era aún mayor. Claro que podrían allanar las ruinas, pero esa medida sólo sería practicable cuando hubieran encontrado a Dallas y, aun así, al cazador no le agradaba tal solución. De poder evitarlo, no quería aumentar la destrucción. Por fin se decidió a llamar a Argin Dallas a través de los altavoces. Mientras tanto podría examinar el

terreno en busca de huellas. El suelo era allí bastante blando, por lo que sin duda habría pisadas.

—Llamad al señor Dallas —ordenó a los mestizos.

—¿Y por qué no emprendemos nada? —preguntó Grofft, en tono agresivo—. Dejaremos escapar al animal.

—¿Qué es más importante para usted, su amigo o la bestia? —replicó Rusk con dureza.

Grofft calló. También Cindy le dirigió una mirada fría.

—¡Señor Dallas! ¡Señor Dallas! —resonó metálica, por medio de los amplificadores, la voz de uno de los mestizos—. ¿Nos oye, señor Dallas?

Todos escucharon con la máxima atención, pero sólo llegó hasta ellos el eco y el susurro del viento.

—¡Señor Dallas! ¡Conteste, si nos oye, señor Dallas!

¿Respondía éste...? ¡No!

—Puede acompañarme —dijo Rusk, dirigiéndose a Grofft—. Quiero dar una vuelta. Usted, señorita Lauder, procure no alejarse del coche.

El cazador se ató la canana y colgó de su hombro la carabina. Sin molestarse en volver la cabeza, se encaramó por una derrumbada pilastra de hormigón que conducía a una plataforma inclinada. A sus espaldas oía los pasos crujientes de Grofft. No molestaba allí el calor, ya que soplaba una agradable brisa. Sin embargo, Rusk estaba sudoroso, aunque ignoraba qué le provocaba aquella transpiración. ¿Sería miedo? ¿De qué?

Finalmente se halló en la plataforma. Veinte metros más abajo vio los dos vehículos, las menudas figuras azuladas de los mestizos, el pálido rostro de Cindy vuelto hacia él y, detrás, descubrió también a los grotescos gorgunianos. Rusk no los veía humanoides, sino más bien extrañas caricaturas del hombre.

Grofft se le acercó.

—¿Qué somos? ¿Románticos turistas? ¿Ociosos paseantes? —gruñó—. ¡Todo menos cazadores!

—No se preocupe, que ya llegará a disparar —le contestó Rusk.

Robert Grofft tuvo una punzante respuesta en la punta de la lengua, pero... ¿le engañaban sus ojos o realmente había visto un movimiento en la sombra de una ruina? Señaló en aquella dirección con el brazo y murmuró:

—¡Mire, Rusk! A unos cuatrocientos metros de distancia, a la sombra de la pared larga, creo que se mueve algo.

El cazador estrechó los ojos y escudriñó el lugar indicado. Sí, allí se movía algo. Podía ser perfectamente el dragón liquinoso.

—Observémoslo desde más cerca —susurró Rusk, descendiendo por la pilastra de hormigón a la vez que hacía seña al capataz de los mestizos—. Creo que la cosa va a empezar.

—¿Se sabe algo de Argin? —preguntó Cindy, angustiada.

Rusk esquivó la cuestión.

—Si lo que vimos era el dragón liquinoso, ciertamente no se mostraba agresivo.

Luego se dirigió de nuevo al mestizo:

—Procuraremos no llamar la atención. Sólo tú nos acompañarás, y también vendrán con nosotros los gorgunianos, por si acaso hay que acorralar al monstruo. En caso de necesitar los coches, dispararé una bengala verde, ¿entendido?

Los mestizos asintieron. Rusk introdujo algunos cohetes en su bolsillo, comprobó que llevaba la canana bien puesta y dio un último repaso al rifle. Esta vez, también Grofft se cercioró del normal funcionamiento de su arma.

El cazador encargó a los mestizos que siguieran llamando a Dallas. A continuación, el grupo partió.

—Yo también voy —anunció Cindy.

Rusk se detuvo.

—No; sería demasiado peligroso —dijo.

—Pero...

—*¡He dicho que no!*

El explorador se dio cuenta de que la muchacha estaba a punto de echarse a llorar, y maldijo toda aquella situación. Hacía tiempo que debió dejar de trabajar como guía para cazadores domingueros. Grofft se colocó a su lado, y George Rusk observó que, pese al fresco reinante, estaba sudoroso.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Perfectamente —replicó Grofft con voz cortante—. Esta vez no erraré el tiro.

«Veréis cómo doy en el blanco —pensó—. No quiero fracasar de nuevo.»

Esa idea le obsesionaba por completo. Sus manos temblaban ligeramente, pero ello era debido a su temor de que el animal hubiera podido desaparecer antes de su llegada. ¡Ojalá, ojalá se le pusiese a tiro la bestia! Sabía que no podría descansar hasta haber dado muerte a uno de esos animales. Ansiaba quedar bien delante de los demás y de sí mismo. Necesitaba rehabilitarse.

Sus pensamientos le tenían totalmente enfrascado cuando Rusk le dijo algo.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó distraído.

Al cazador no le pasó desapercibido el apasionado resplandor de sus ojos.

—Decía que debemos separarnos. Será mejor que usted se acerque por el lado derecho, mientras yo lo hago por el izquierdo. Existe la posibilidad que nos enfrentemos con el monstruo en campo abierto. En tal caso, haré venir los coches. Sin embargo, puede que no haga falta. Observo que las ruinas apenas dejan libre más de un camino. Si en efecto es así, tenemos suerte, porque el mestizo podrá meter a la bestia en un callejón sin salida, con ayuda de los gorgunianos. ¿Alguna otra pregunta?

Grofft quedó un poco desconcertado.

—¿No..., no tiene otras instrucciones que dar?

—Esperaba que supiese calcular mejor la situación —le contestó el cazador—. Si

el animal se pone a su alcance, dispare, pero vaya con cuidado. No desestime sus fuerzas ni permita que se le aproxime demasiado. ¡Buena suerte, pues! Yo intervendré en caso preciso.

Grofft se mordió el labio inferior. Probablemente, el cazador dudaba de que llegaran a dar con un dragón liquinoso. Por lo tanto quedó muy asombrado al oírle decir:

—Eso que vimos era ciertamente uno de esos animales.

—¿Cómo está tan seguro? —exclamó Grofft.

—Con el tiempo, uno desarrolla una especie de sexto sentido para estas cosas.

—Confío en que tenga razón —repuso Robert—. Todo cuanto deseo es que no se equivoque. Así pues...

Grofft se volvió hacia la derecha, salvó algunos restos de muros con una agilidad de la que Rusk le había considerado incapaz y desapareció del área visual. El cazador se dirigió entonces al mestizo.

—Si es posible —murmuró—, deja solos a los gorgunianos y ocúpate de nuestro cliente. Temo que pierda la cabeza al no contar con apoyo. Échale una mano, si hace falta.

—Desde luego, señor.

El mestizo de cara azulada esbozó una sonrisa y espoleó a los gorgunianos, que echaron a trotar delante de él, dóciles y silenciosos, como una manada de perros.

Metálica volvió a resonar la voz de los amplificadores sobre el terreno cubierto de ruinas:

—¡Señor Dallas! ¡Señor Dallas! Conteste, si nos oye...

Rusk trepó a un resto de muro más alto que los demás y miró en la dirección donde poco antes vieran movimiento. Las sombras se habían alargado, porque el sol casi rozaba ya el horizonte. El cazador esforzó la vista, pero no pudo distinguir ningún otro movimiento. ¿O... quizá sí? Protegió sus ojos con la mano plana, para estudiar mejor aquellos rincones y... ¡sí, en efecto vio que algo se movía! Pero no era un dragón. Tenía que ser Argin Dallas.

Quizá estaba herido... o había hecho un descubrimiento tan fascinante que ni siquiera oía las llamadas. Al fin y al cabo, Dallas era arqueólogo y, si estaba ocupado en alguna excavación, poco le importaría que sus compañeros le anduviesen buscando desesperados.

«¿Desesperados? —se dijo Rusk—. Ese Grofft sólo piensa en el monstruo. Y con su miserable puntería tendrá aún la suerte increíble de matar a uno de esos animales al primer tiro.»

El cazador abandonó su puesto de observación, dejó atrás varios montones de cascotes, rodeó algunos edificios relativamente bien conservados pero que, sin duda, podían derrumbarse en cualquier momento, y llegó por último a una larga pared. Vio la calle medio sepultada que se abría en ambas direcciones y tuvo la certeza de hallarse en el lugar donde antes se moviera algo. Estudió con la mirada aquella pared

llena de grietas y resquebrajaduras, pero no encontró ninguna abertura. Retrocedió un trecho de calle y, de pronto, se detuvo en seco. Acababa de localizar, tras un cúmulo de escombros, un agujero bastante ancho, aunque de escasa altura, que perfectamente permitiría el paso de un dragón liquinoso.

Rusk se introdujo poco a poco en la oscuridad con el arma prevenida. El aire estaba impregnado de una extraña transpiración. Olía a sudor, pero a un sudor que únicamente segregaban los dragones liquinosos. Había dado, pues, con el escondrijo de uno de ellos. Y de alguna parte de la impenetrable oscuridad que le envolvía, le llegaba un ruido. Algo así como el rodar de unos cascajos...

Además se percibía una voz poco clara. Rusk avanzó ayudándose con las manos. De momento, el pasadizo transcurría recto y llano, pero luego se iniciaba una subida y el cazador resbaló. El estruendo que se produjo al caer una lluvia de cascotes y pedruscos hizo que le dolieran los oídos. Aun así, Rusk siguió adelante. De súbito chocó contra algo blando.

—¡Santa Madre de Dios! —susurró una voz.

El cazador notó que el mestizo temblaba de miedo.

—Soy yo, hombre —musitó para tranquilizarle.

El ayudante emitió un suspiro de alivio.

—¡Ay, no puedo decirle cuánto me alegro! Yo...

Rusk le interrumpió.

—¡Psst! ¿Viste a Grofft?

Los gorgunianos gruñeron inquietos.

—Sí, señor —contestó el mestizo—. Habló conmigo. Está seguro de haber descubierto al dragón, pero no quiso meterse en esta galería. Prefirió trepar por la pared.

«Está loco», pensó el cazador, mientras decía en voz alta:

—De cualquier forma, el animal está acorralado. Puedes dejar solos a los gorgunianos y ocuparte de Grofft.

—Sí, señor. Si le encuentro.

—Búscale.

Rusk apartó de sí a los rezongadores gorgunianos y continuó su camino por el túnel. De repente creyó ver un rayo de luz, pero un saliente de la roca lo volvió a tapar. Unos cuantos pasos más le condujeron a una curva que desembocaba en una salida. Ésta daba a una estancia semiderruida, cuyo techo consistía en una plancha de hormigón inclinada. También allí se notaba el mordiente hedor de la transpiración de la bestia.

El cazador venció el gran obstáculo de la plancha de hormigón, recorrió agachado un estrecho sendero y llegó por fin a una especie de ventana. Pero un alto montón de cascotes le impidió ver más allá. Antes de subirse a él, miró a su alrededor. Se hallaba en lo que podría llamarse el patio interior de un imponente grupo de edificios bastante bien conservado. Allí, en alguna parte, tenía que estar escondido el

monstruo. Y en seguida lo vio. Cuando alcanzó la cumbre del montículo de escombros, se le ofreció en el centro del patio un espectáculo tan insólito que Rusk quedó sin aliento. El hombre creyó soñar, de tan irreal y extraordinaria que resultaba la escena de la que era testigo.

«¡Señor Dallas, señor Dallas!», continuaba resonando la voz a través del amplificador. Pero no era de extrañar que Argin Dallas no respondiese. Una ocupación muy sorprendente le tenía absorto por completo. Permanecía sentado pacíficamente frente al animal y gesticulaba con los brazos. La bestia, por su parte, parecía muy tranquila y observaba a Dallas con marcado interés.

Rusk no se atrevía ni a respirar. Temía que el más insignificante movimiento pudiera hacer desvanecer el mágico cuadro.

El dragón liquinoso tenía cierta semejanza con un enorme tigre, si bien le faltaban las rayas y ni siquiera poseía pelaje. Cubría su cuerpo una piel muy rugosa y agrietada, del tipo de la quitina. Carecía de cola, y sus patas esbeltas y musculosas no terminaban en temibles garras, como hubiera sido de esperar, sino en aterciopelados pies de prolongaciones digitiformes carentes de uñas. La cabeza era redonda, con un solo ojo en medio de la frente, del tamaño de un puño y el aspecto de un plato. La boca sin labios, que llegaba de una de las puntiagudas orejas a la otra, estaba rodeada de líquenes amarillentos.

Súbitamente, a Rusk se le heló la sangre en las venas. Por el rabillo del ojo vio lo que sucedía a su izquierda. Por allí se acercaba el mestizo de puntillas, seguido de Grofft. Algunos grandes restos de construcciones les proporcionaban perfecta protección. El cazador hizo enérgicos gestos con los brazos, pero los dos hombres no se dieron cuenta. Unos cien metros les separaban todavía del científico y del animal.

Rusk volvió a dirigir la mirada a la desigual pareja y se preguntó por qué ya no le parecía imposible, de pronto, que el *homo sapiens* permaneciera sentado de la manera más reposada en compañía de una bestia. Era aquello un cuadro extraño y cautivador, algo totalmente desacostumbrado y, no obstante, comprensible. El cazador no lograba apartar los ojos de la emocionante escena...

Grofft avanzaba detrás del mestizo. ¿A qué distancia se encontraría aún? ¿Quizá sesenta metros? Pero se dijo que debía aproximarse más, para no poner en peligro a Argin. El arqueólogo era un loco embelesado por su mundo. De otra forma no se hubiera quedado solo en las ruinas. Sin embargo, había que reconocer que soportaba la situación con notable sangre fría. Ahora tendría que resistir únicamente unos segundos más.

Grofft ya no temblaba. Se sentía también sereno y sólo impulsado por el deseo de dar muerte a la extraña bestia.

El mestizo salvó una grieta de un salto. Grofft la descubrió demasiado tarde, se lanzó con torpeza y fue a caer de pies y manos en el suelo, con lo que hizo desprender una piedra que rodó grieta abajo. Robert Grofft no esperó a que produjera el lógico ruido al chocar contra alguna parte, sino se levantó y echó a correr hacia arriba.

Mientras subía se echó ya el rifle al hombro. Por fin llegó jadeante a la cresta, se apoyó ligeramente contra un fragmento de hormigón y apuntó. El dragón constituía un precioso blanco... Pero Argin le estorbaba.

—¡Apártate! —le gritó Grofft.

De repente surgió Rusk, que también dijo algo. El animal se había enderezado y descansaba sobre sus patas traseras mirando fijamente a Grofft con su único ojo redondo.

—¡No dispare! —rugió el cazador, desesperado.

Grofft no le entendió. La fiebre hacía hervir su sangre y embotaba sus sentidos. En aquel instante odiaba a Argin. ¿Por qué no se apartaba de la línea de tiro ese idiota? Hubiesen bastado uno o dos pasos hacia el lado. Pero no... Por el contrario, Argin Dallas corría al encuentro del amigo.

—¡Quítate de ahí! —chilló Grofft con voz quebrada.

Hubiera podido llorar de rabia. Su rostro se contrajo en una mueca. ¡Con lo cerca que tenía el blanco...! Argin debía estar loco.

—¡Lárgate de la línea de tiro! —insistió.

Argin seguía acercándose, casi sin aliento.

—Si aprietas el gatillo, ¡te mato! —gritó.

Rusk también se aproximaba. En cierto momento tropezó, rodó unos metros pendiente abajo y se levantó de nuevo. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza, pero había algo que sabía con toda certeza: *¡Grofft no debía matar al dragón liquinoso!*

El animal permanecía enderezado, con las patas delanteras (¿o eran los brazos?) colgando sin fuerza y el único ojo cerrado. El cazador se dijo que, quizá, aquel ser se resignaba a su destino.

Grofft soltó un aullido.

—¡Apártate —jadeó—, o disparo!

Dallas estaba ya muy cerca y sonó un tiro, pero el cañón del arma apuntaba al cielo. El científico arrancó el rifle de manos de Grofft. Éste se dejó caer al suelo, exhausto, y no cesaba de musitar:

—¿Por qué? ¿Por qué tuviste que...?

Argin miraba a su compañero con fatigosa respiración.

—Porque... —dijo al fin—, porque estos animales son los moradores primitivos de Gorguna.

—Conque era eso —susurró Rusk.

De manera inconsciente, el cazador ya lo había supuesto en los últimos segundos, sin atreverse a acabar de formular la idea. El enorme ojo redondo del dragón se había vuelto a abrir, y la extraña boca sin labios parecía arrugada. ¿Era aquello una sonrisa? Tal vez lo fuera, o quizá no. El hombre tendría que estudiar muy a fondo esa raza tan distinta, para llegar a comprenderla. Y tenía, también, mucho que reparar.

Rusk se sintió mareado. Los humanos habían dado una caza despiadada a los

primeros habitantes de Gorguna, sólo porque no eran como ellos. Los verdaderos amos de aquel mundo no tenían posibilidad alguna de vencer a los invasores, ya que se veían reducidos a unos cuantos supervivientes de una civilización hundida en la profundidad de los tiempos y no poseían un aspecto humanoide. ¡Cómo habían sido tratados los desdichados seres! Lógicamente tuvieron que aprender a defenderse...

Los tres gorgunianos se presentaron tan sumisos como siempre.

—No sois más que unos animales que, por casualidad, han llegado a adquirir forma humana —les gritó Rusk.

Los indígenas se estremecieron como si reconocieran su culpa, cuando en realidad no la tenían en absoluto. Sólo el hombre era responsable del desastre, por estar convencido, en su ignorancia, que todo lo que quisiera compararse con él tenía que poseer también su forma. En adelante, el humano habría de cambiar de ideas y transformarlas totalmente, si deseaba seguir afirmando su posición en el cosmos.

Llevado de súbita consternación, Rusk arrojó su carabina al suelo.

—¡Te felicito, humanidad! —murmuró con sarcasmo.

Argin se le acercó, y juntos volvieron junto al dragón liquinoso. Aun sin acertar a entender lo que veía, Grofft observó cómo ambos hombres se aproximaban al erguido ser.

EL LARGO CAMINO DE LA VENGANZA

Clark Darlton

Clark Darlton, seudónimo de Walter Ernsting, nacido el 13 de junio de 1920 en Coblenza. Después de la Segunda Guerra Mundial empezó por traducir obras americanas de ciencia ficción y no tardó en convertirse en autor. Fundador de la primera revista alemana de ciencia ficción, Utopia, vive ahora como escritor independiente en Salzburgo (Austria). Junto con Karl-Herbert Scheer inició la serie Perry Rhodan. Ha escrito numerosísimas novelas, entre las que figura Wanderer zwischen drei Ewigkeiten («Caminante entre tres eternidades»).

Extracto de la Enciclopedia Universal de Bernard, edición de 1776:

«Ya en el siglo XIX describió el escritor inglés H. G. Wells una máquina del tiempo. Sin embargo, hasta el año 2145 fracasaron todos los intentos de construir semejante ingenio. Después, el genial físico Karel Dekker desarrolló un aparato de base hiperenergética que hizo posible el traslado de objetos y seres vivientes al pasado. Lo que por desgracia no se ha logrado todavía es hacer volver a nuestra época presente la materia enviada entonces unos quinientos años atrás. Un viaje al futuro se considera imposible, en general, ya que éste no existe todavía.»

El juez Jenner estaba plenamente convencido de haber actuado con justicia y según las leyes. Desde el comienzo del proceso compartió la opinión del fiscal, incluso de manera abierta, pese a que no podía hacer tal cosa. Por ello surgieron diferencias de opinión con el abogado defensor, que tuvo que resignarse a ver perdida la causa de su mandante. No era el cobro de sus honorarios lo que preocupaba a éste. Aunque el barón Edmond von Klarenbach desapareciera para siempre del círculo de los actualmente vivientes, el abogado obtendría su remuneración. Von Klarenbach era hombre acaudalado y debería pagar a su defensor antes de abandonar definitivamente su época.

Porque en eso consistía la condena del juez Jenner.

Hacía tiempo que se había abolido la pena de muerte. Dado que, según Dekker, no podía existir un contrasentido cronométrico (afirmación comprobada por él a través de experimentos), se había adoptado el simple método de enviar al pasado, con ayuda de la máquina inventada por Dekker, a los condenados a la última pena. Allí desaparecían a perpetuidad y ahorraban dinero y disgustos al mundo actual. Era un sistema humano de sacarse de encima a los elementos indeseables.

En el fondo, el barón Edmond von Klarenbach era inocente. También Jenner lo sabía. No obstante, había pronunciado la sentencia que, en realidad, tenía ya decidida antes de iniciarse el proceso.

La cosa se remontaba a los tiempos de su padre, antes de la invención de la máquina del tiempo. Propiamente, todo había empezado por una insignificancia fácil de solucionar mediante una discusión sensata, pero tanto el concejal Jenner como el barón Clavius von Klarenbach eran unos testarudos.

El concejal era un apasionado cazador, y un día, persiguiendo a un magnífico venado de doce puntas, se adentró sin querer en los terrenos del barón. Allí tuvo suerte y cobró pronto la pieza, pero el barón Clavius le acusó de caza furtiva. Se llegó a una conciliación, como era de esperar. Sin embargo, Jenner ya no pudo prosperar en su carrera política y nunca pudo quitarse del todo el mal sabor que el desagradable suceso dejara en él. Murió pocos años después, cuando tenía ya próxima la jubilación.

Su único hijo, Richard Jenner, había estudiado Derecho, y a él le confió el viejo su último deseo: que se vengara del barón Clavius von Klarenbach o del descendiente de éste.

Al principio, Richard no se avenía a la idea de hacer daño a un desconocido, por lo que decidió visitar al anciano barón en su propiedad. Encontró al señor del castillo de un pésimo humor y, al darse a conocer, fue echado sin miramientos de la mansión por el joven Edmond von Klarenbach y un lacayo.

Este suceso quedó grabado en la mente de Richard Jenner, que algunos años más tarde fue nombrado juez. Y llegó el día en que determinó cumplir la oscura última voluntad de su padre.

La ocasión no había de tardar en presentarse, ya que la reforma agraria descubrió ciertas cosas que no arrojaban una luz nada favorable sobre los manejos del joven barón. Edmond von Klarenbach había forzado a varios pequeños terratenientes y campesinos a renunciar a sus derechos con el objeto de conservar íntegra la propiedad que desde hacía siglos había pertenecido a su familia. Una historia complicada, como bien sabía el juez Jenner, pero cuando le fue confiado el caso, empezó a buscar y estudiar todo el material de información que fue posible obtener. Y aunque halló algunas incongruencias a lo largo de su minuciosa labor, no dejó que le apartaran de su decisión. Su deber consistía en eliminar de una vez para siempre al odiado barón. Poco le importaba, para lograrlo, ayudar a que se hiciera justicia a los acreedores o favorecer a bribones. Lo único que ansiaba era cumplir el deseo de su padre.

En el siglo XXII, y pese a todas las innovaciones sociales y sus correspondientes leyes, el sentido de la tradición había renacido con inusitada fuerza. El hijo seguía los negocios del padre y se ocupaba de terminar lo que la muerte había impedido a éste llevar a cabo.

Entre estas cosas figuraba la venganza.

Cuando el juez Jenner hubo repasado todo el material, supo por dónde agarrar al barón Edmond von Klarenbach. Firmó una orden de arresto por extorsión.

No fue difícil para Jenner reunir pruebas. Sacrificando buena parte de su propia fortuna, movió a aquellos terratenientes perjudicados por von Klarenbach a formular su denuncia de manera más dura. La coacción se transformó en exacción, y con ello el aristócrata estuvo perdido.

El juez Jenner le condenó a ser trasladado, mediante la máquina del tiempo, a una época indeterminada: más o menos, a quinientos años atrás.

Y eso, aunque no lo fuera, equivalía a una condena a muerte.

Durante su última noche en la celda, Edmond von Klarenbach llegó a la conclusión de que existía un camino para revisar un día esa sentencia.

Y se juró seguirlo.

Richard Jenner respiró aliviado cuando al día siguiente, al término de su trabajo, regresó al hogar y se sentó dispuesto a repasar la correspondencia. Su ama de llaves estaba de vacaciones, y él era soltero.

Comenzó por leer las cosas de poca importancia y dejó para el final el grueso sobre que ya le llamara la atención desde el principio. La empinada letra resultaba anticuada y un poco pedante, pero no le pareció del todo desconocida.

El sobre no llevaba indicación del remitente.

Jenner lo rasgó y quedó sorprendido al hallar en su interior una serie de páginas escritas a máquina. Iban éstas acompañadas de una carta que presentaba la misma letra inflexible.

Decía ésta:

«17 de abril de 2199.

»Al juez Richard Jenner.

»Ni usted ni yo podremos olvidar esta fecha. Pero si manda analizar la tinta de mi escrito en un laboratorio, le confirmarán que tiene una antigüedad de quinientos años. Y eso es exacto. Escribo esta carta en el año 1699 y soy el fundador de la estirpe de los von Klarenbach: el barón Edmond von Klarenbach.

»Le envío este documento para que los expertos en grafología puedan comprobar que no es usted víctima de una mixtificación. Cualquiera le garantizará que se trata de la letra de un hombre al que usted mismo lanzó quinientos años atrás mediante la máquina del tiempo... y que acaba de volver a su época para vengarse.

»¿O esperaba usted escapar sin castigo?

»El manuscrito adjunto contiene la historia de mi vida, de esta segunda vida que le debo a usted. Sólo entonces, cuando lo haya leído todo, se dará cuenta del castigo que le reservo.

»Y comprenderá también el lema de mi estirpe, que reza así: “nada en este mundo sucede sin motivo”.

»*Barón Edmond von Klarenbach.*»

Cuando Richard Jenner hubo leído la carta, se recostó contra el respaldo de su sillón con el misterioso escrito sobre sus rodillas y los ojos cerrados. Se negaba a aceptar lo que parecía la única explicación lógica... Era imposible que un hombre muerto hacía quinientos años volviera de repente a la actualidad. El barón Edmond von Klarenbach había dejado de existir aquella mañana —y, con ello, hacía casi quinientos años— al penetrar en la cámara de la máquina del tiempo.

Nadie había regresado todavía.

¿Por qué iba a hacerlo, pues, el barón?

El juez abrió los ojos y se cercioró de hallarse aún en su acogedor cuarto de trabajo. Con manos temblorosas dejó la carta encima de la mesa y tomó las hojas mecanografiadas, que eran diez. Los caracteres de la máquina de escribir eran modernos, sin duda alguna, y procedían de sus días.

Una conclusión que a la vez tranquilizó e intranquilizó a Jenner.

Por fin, el hombre se animó a empezar la lectura...

«No sentí miedo cuando, por la mañana, los guardianes vinieron a buscarme. No me conducirían a la cámara de gas ni a la silla eléctrica, sino a aquel cuarto que albergaba la máquina del tiempo. Desde un principio estuve convencido de que funcionaría, terminando así mi vida en la época presente. Sin embargo, ello no significaba la muerte absoluta ni el final definitivo.

No, yo no experimentaba temor, pero sí un rencor incontenible cuando pensaba en el triunfo del hombre que había realizado de manera tan horrible su mezquina venganza. Por un motivo poco menos que ridículo —yo era entonces todavía un chiquillo— me desterró de mi presente. Con ello me obligó a cavilar durante toda una noche: la noche anterior a mi “ejecución”. Y mis reflexiones dieron resultados sorprendentes.

Detrás de mí se cerró la cámara del tiempo, y me vi solo. Ni siquiera pude oír cómo manejaban el ingenio, pero me importó poco. Quinientos años, había calculado Dekker. ¿Por qué había de equivocarse? Además, en aquella época, medio milenio atrás, se habían producido muchos descubrimientos científicos que fácilmente podían relacionarse con la influencia de hombres preclaros enviados al pasado con ayuda de la máquina de Dekker en el transcurso de los últimos veinte o treinta años.

Galileo inventó el telescopio.

Kepler estableció las leyes del movimiento.

Newton presentó luego sus leyes sobre la gravitación.

No faltaba mucho para que William Harvey descubriera la circulación sanguínea.

Y Pascal tuvo la idea de emplear el barómetro como altímetro.

Fue la época en que los hombres descubrieron su mundo y empezaron a ampliar su horizonte. Comprendí que eran unos tiempos a mi medida, pero supe también, en seguida, lo cauto que debía ser si no quería acabar en un calabozo por hereje o brujo.

En la cámara del tiempo reinaba la oscuridad. De pronto tuve la sensación de flotar en el aire y perder el suelo bajo mis pies. Caí, caí muy abajo, hacia el pasado, a través de los siglos, hasta que súbitamente se cortó la corriente. La sacudida de la llegada al nuevo nivel de tiempo fue tan brusca, que me hizo chocar con violencia contra el suelo. No obstante, apenas sentí el dolor, porque mis ojos percibieron luz. Una luz débil, plateada y muy familiar...

Encima de mí lucía el límpido cielo nocturno con sus estrellas y una luna llena,

medio cubierta por unas paredes. Cuando me incorporé la pude contemplar entera. No se había transformado.

Permanecí acurrucado y con el oído tenso. Aparte del susurro de las hojas secas y del aullido del viento al pasar por los huecos abiertos en las paredes, no se percibía nada. Mis manos estaban tan frías y húmedas como el suelo sobre el que me hallaba. Dado que no tenía techo sobre mi cabeza, supuse que había ido a parar a unas ruinas. ¿Aterrizarían todos los delincuentes en aquel mismo lugar?

Noté que me estaba quedando aterido, pues no llevaba más que el delgado traje que era costumbre en las cárceles del siglo XXII. Con esa vestimenta iba a llamar bonitamente la atención, a finales del siglo XVII, si no procedía con un cuidado tremendo. Y eso era imprescindible para realizar con éxito mi plan.

Un plan de quinientos años.

A pesar del frío me situé en un rincón protegido del viento, y pensé... Según mis cálculos debía ser poco después de la medianoche. La hora de los espíritus. En cierto aspecto yo también era una especie de espíritu, y como tal tenía que mirarme cualquier persona que casualmente pasara en aquellos momentos junto a las ruinas y me viese surgir de la nada.

Sí, se trataba de un edificio en ruinas. No tuve duda de ello cuando miré detenidamente a mi alrededor. En el mismo lugar donde más tarde se debería alzar el Palacio de Justicia, se derrumbaba hoy, quizá en el año 1699, un viejo castillo.

Si mi plan surtía efecto, mañana no esperaría allí inútilmente...

Pasé la noche lo mejor que pude y, cuando empezó a clarear, examiné los aposentos aún intactos de las ruinas, y descubrí, en una cámara escondida, algunas ropas desechadas que me prestaron gran servicio. Gracias a ellas pude esconder mi delatora ropa y establecer un primer contacto con la gente.

Al anochecer volví a un escondrijo, en espera del hombre que había de confirmar el acierto de mi actuación. Mi mano empuñaba la espada que también encontrara en la antigua armería de las ruinas.

Pero ahora quiero dar un salto adelante en mi relato, para que se entienda mejor lo ocurrido aquella noche.

Cuando supe que mi plan había dado resultado antes de que pudiese llevarlo a cabo, abandoné las ruinas y me encaminé a la ciudad más próxima. Me hice pasar por un artesano que viajaba para conocer mundo y, como nunca fui precisamente torpe en lo referente a la agricultura, no tardé en encontrar un amo que me convenía. No me resultó nada fácil acostumbrarme a las nuevas circunstancias, pero mi capacidad de adaptación y mi férrea voluntad me ayudaron a ganarme la confianza e incluso la admiración de mi patrono. Yo estaba en situación de darle unos consejos que no podía recibir de nadie más, de modo que pronto fui su mano derecha y, por fin, su amigo.

Corrían tiempos inquietos.

Los turcos habían sitiado Viena para ser después derrotados.

Atlasov descubrió la península de Kamchatka.

Los Países Bajos se habían convertido en la primera potencia comercial del mundo y los ingleses se disponían a fundar Calcuta a través de su compañía de las Indias Orientales.

El príncipe Eugenio se batía en los Balcanes.

En nuestra tierra reinaban la paz y la tranquilidad. A mí me constaba que llegarían épocas tempestuosas, pero nunca había sido un buen alumno en Historia. Pero eso tal vez fue una suerte para mí, ya que de otra forma hubiese intentado intervenir en los sucesos. Acababa de comprender de cuán diminutas casualidades e insignificantes acontecimientos dependía el cuadro del futuro.

Murió la mujer de mi amigo y, dos años más tarde, yo me casé con su hija, que de este modo se convirtió en la ascendiente de nuestra estirpe. Ella ignoraba por completo el secreto que yo arrastraba conmigo, y nunca llegó a conocerlo. Al morir su padre diez años después de nuestro matrimonio, yo obtuve el dominio ilimitado sobre todos sus bienes y sabía, además, que en mi familia siempre existiría un hijo que siguiera llevando mi nombre.

Mi primogénito, Jesco, tenía ahora ocho años. A él le confesaría un día el secreto de mi procedencia, para que, cuando a su vez fuera padre, lo transmitiera a su hijo mayor. Así durante quince o veinte generaciones, quizá, hasta que nuestra estirpe contase quinientos años de existencia.

Tampoco para mí se había detenido el tiempo. Si ahora pudiera verme, juez Jenner, quedaría asombrado. Soy un hombre anciano que camina encorvado y tiene los cabellos blancos. Mi testamento está hecho, por si acaso la muerte me sorprendiera antes de lo que espero.

He aquí mi última voluntad:

En el año 2199, el penúltimo descendiente de nuestra familia será condenado por un juez llamado Richard Jenner a volver a nuestra época mediante la máquina del tiempo. Su hijo, Robert von Klarenbach, debe visitar al juez Jenner en la noche del 17 al 18 de abril de 2199, después de haberle enviado mi carta y el manuscrito. Luego le conducirá al Palacio de Justicia para mandarle exactamente quinientos años atrás con ayuda de los técnicos Gremmel y Randolph. Yo le aguardo.

Y ahora, juez Jenner, ¿cómo se siente? ¿No me cree? Siento decepcionarle. Mi hijo Robert, a quien transmito mis instrucciones a través de medio milenio, ha cumplido ya su misión. Porque yo mismo le di muerte a usted con una espada herrumbrosa, en las ruinas, en una noche de luna llena del año 1699. Y usted me reconoció.

Prácticamente, usted ya está muerto, juez Jenner. Mis hijos fueron guardando el secreto a lo largo de veinte generaciones, a través de guerras y de siglos. Todos esperaban este día, juez Jenner, que va a ser el último para usted.

Me imagino que ahora debe estar anocheciendo en su mundo, Jenner. No volverá a ver el sol. Ni siquiera uno que cuenta quinientos años menos. Porque yo le espero

aquí, en el pasado. No se mueva de su mesa, no... Sería inútil querer avisar a la policía. Tiene que ser inútil, porque de otra forma no hubiera llegado usted ahora mismo adonde estoy yo, para que pueda matarle.

Por cierto que su cadáver es tenido por el de un extranjero venido de lejanas tierras. ¿Cómo, si no, iban a explicarse los sencillos habitantes de la aldea su curiosa indumentaria?

Y ahora, juez Jenner, le dejo solo con sus pensamientos.

Cuando oiga llamar a su puerta, abra.

Es mi hijo Robert...»

«¡Bah, todo esto no es más que un loco y maldito círculo vicioso! Nada más —se dijo el juez Jenner cuando empezó a comprender lo inevitable—. Puedo sacar mi revólver del cajón de mi escritorio y pegar dos tiros a Robert von Klarenbach en cuanto pise mi habitación. Me acusarán de homicidio, seré condenado y... enviado quinientos años atrás. Quizá con un átomo menos de energía, y me encontraré con Klarenbach. Y él me matará.»

Jenner dejó cuidadosamente los papeles sobre la mesa y se arrellanó en su sillón. De pronto comprendió que no tenía salida.

Cuando sonó el zumbador y en la pantalla espía vio el rostro de Robert von Klarenbach, se alzó poco a poco y abrió la puerta.

—Buenas noches —dijo el joven barón, casi cortésmente—. Mi padre desea hablar con usted...

Y señaló hacia la oscuridad de la noche, en la misma dirección en que, aproximadamente, se hallaba el Palacio de Justicia.

El juez Jenner obedeció sin decir palabra.

EL PLANETA OSCURO

Herbert W. Franke

Ya conocemos a este autor por su narración anterior, El devorador de calcio.

Se hallaron en medio de un paisaje desolador, vestidos con los deformes trajes espaciales. El suelo llano y calizo estaba surcado de impactos de meteoritos. Algunos de los pozos, rodeados como heridas de costrosos bordes, alcanzaban profundidades indeterminadas. A cada paso que intentaban dar con rodillas temblorosas, se producía un crujido bajo sus pies. Ellos apenas lo oían, pero notaban el roce y la trituración.

Brock fue el primero en hablar.

—¡Eh, Culler! ¿Me escuchas?

No obtuvo respuesta. El compañero no se movía, sino que parecía tener los ojos clavados en la lejanía... En la llanura, en los tremendos cráteres.

—¡Eh, tú, Culler! —repitió Brock al recordar que, para hablar, debía pulsar el botón situado en su guante.

La respuesta no se hizo esperar.

—¿Por fin estás despierto, viejo? ¿Cómo te sientes? Yo sigo bien, aunque con cierta confusión en la cabeza. Algo así como si estuviera borracho.

—A mí me ocurre lo mismo. Una sensación rara, ¿verdad? Y nada agradable, pero tal vez nos acostumbremos a ella.

No se extendió más, de momento, pero una ola de simpatía inundó todo su ser. Era bueno poder comunicarse con alguien.

Como si estuvieran de previo acuerdo, ambos hombres se dirigieron a la caja gris que había a su lado, sostenida por tres patas. Culler preparó el ingenio para la emisión y buscó la sintonía. Se cerró el verde anillo de luz y se agitaron un par de manecillas.

—Ahora sólo nos resta esperar —dijo Brock, consultando el reloj de pulsera visible a través del puño transparente de su manga—. Faltan tres horas.

En alguna parte del cielo flotaba el planeta. No podían verlo, ya que quedaba demasiado apartado del sol oscuro que parecía pegado al horizonte como un gigantesco disco. Incluso allí, en su proximidad, su luz no era capaz de producir más que un tenue crepúsculo. Superficies de roca tapizadas de terciopelo encarnado, sombras negruzcas y huidizas. En conjunto, un cuadro misterioso y amenazador.

—¡Que precisamente haya vida ahí! —murmuró Culler, señalando vagamente con el dedo hacia arriba—. ¿Cómo se alimentan sus habitantes? ¿Cómo pudieron crear una civilización? Porque son seres cultivados..., ¿o no?

—Con un poco de suerte lo sabremos pronto... Dentro de un par de horas —contestó Brock.

El tiempo transcurría con lentitud. Los astronautas se habían sentado en una especie de peldaño petrificado en forma de flan; probablemente una masa de lava escupida por un volcán o arrancada a las entrañas de la tierra por el impacto de un meteorito y caída luego, adoptando al enfriarse la curiosa postura que tenía ahora.

30 grados de temperatura absoluta.

El doble y medio de fuerza de gravitación.

Los dos hombres estaban cansados. Habían pasado por un entrenamiento duro. Y por una extraordinaria tensión nerviosa.

—¿Qué recuerdas tú aún, viejo? —preguntó Culler, que llamaba así al compañero pese a ser sólo dos años menor que él.

—Pues... no lo sé exactamente... —respondió éste, escudriñando en su cerebro.

Sí, recordaba palabras, manipulaciones, maneras de comportarse. Conocía cifras, fechas, fórmulas, sabía manejar una emisora y programar el comunicador. También era capaz de pensar con lógica, sabía a qué debía atenerse para actuar con acierto y estaba al corriente de las señales de alarma y de las indicaciones de peligro. Tenía grabado en la memoria el mensaje que debía transmitir, del mismo modo que le habían inculcado las proposiciones para un intercambio de conocimientos técnicos, y se hallaba en condiciones de realizar gestiones. Y, naturalmente, conocía a su amigo Culler, pero... ¿qué sabía en realidad de él? Era un muchacho simpático y siempre dispuesto a ayudar, pero... ¿de dónde procedía, qué habían vivido juntos? Brock se dio cuenta, consternado, que Culler era poco más que un extraño.

¿Y él mismo? ¿Quién era? ¿Dónde residía? ¿Tenía amigos y familia? De pronto tuvo la impresión de que le arrancaban el suelo bajo sus pies. Su memoria estaba vacía, hueca... Una creciente inseguridad se apoderó de él. Una espantosa sensación de mareo. Tuvo que aferrarse con los rígidos guantes a la dura roca, para no caer.

—¿Qué te sucede? —la voz de Culler sonó desde lejos—. Respiras con fatiga. ¿Te encuentras mal?

«No quiero que note nada —se dijo Brock—. Quizá él no experimente lo mismo que yo, y probablemente sea mejor así. Tengo que ser fuerte. Pronto habrá pasado todo...»

La redonda escafandra del compañero Culler apareció ante sus ojos, y a través del centelleante cristal distinguió la ancha cara del amigo.

—¿No habías caído hasta ahora en que estamos completamente separados del resto del mundo? He estado pensando en eso. Es algo que siente uno de repente. Pero yo lo compararía con la ingravidez... Unas horas sin apoyo, y luego volverá a ser todo como antes. Yo he recobrado ya la tranquilidad. No es que recuerde nada de mi existencia, pero una cosa sí que conservo en la mente: ¡que tú y yo nos alegrábamos de poder llevar a cabo esta misión!

Brock pensó que el compañero tenía razón. Habían sentido ilusión y, sí, incluso se habían presentado voluntarios. ¿Lograría exprimir algún otro recuerdo? El joven se esforzó hasta que a su frente asomaron perlas de sudor. Inútilmente. Su cabeza estaba vacía. El pasado había muerto.

—Quizá consigamos llegar a un acuerdo —continuó Culler—. Imagínate que por vez primera vamos a enfrentarnos con inteligencias no humanas. ¡Qué posibilidades para el futuro!

—Tienes razón —admitió Brock.

Trataba de convencerse a sí mismo y comprendía que las palabras del compañero

le animaban. Poco a poco superó la crisis de angustia y logró concentrarse de nuevo: existían las señales de radio procedentes del espacio, los diversos signos transmitidos y el eco que captaban, la localización del planeta oscuro, los progresos en la comunicación...

Brock se dio cuenta de que el pasado no había muerto. Sólo una parte de él, y eso tenía su motivo. Los científicos habían ideado con la máxima sutileza la estrategia a emplear en el contacto con inteligencias desconocidas. Y el primer precepto consistía en la prudencia.

—No deja de ser peligroso eso de borrar la memoria de los mediadores. De momento, nos causa desventaja en las negociaciones. ¿Cómo saber si actuamos debidamente?

—Tú te declaraste conforme —le recordó Culler—. Si en realidad es necesario, nadie lo sabe. De cualquier forma, nosotros debemos proceder con cuidado. No debemos suponer, de antemano, que los seres extraños nos esperan con sentimientos amistosos.

—Tal vez sí —replicó Brock—. Los seres que han alcanzado un cierto nivel de civilización no pueden albergar instintos destructores, porque saben que, a la larga, un conflicto perjudica a todos los que intervienen en él. Las reflexiones cibernéticas demuestran que...

—¡Viejo! —le interrumpió Culler—. Te olvidas que la teoría quedó atrás. Nos hallamos ante la realidad. Si tú estás en lo cierto, tanto mejor. En ese caso, mañana mismo volveremos a saber adónde pertenecemos.

—Es verdad —contestó Brock—. Perdona. Estaba un poco nervioso, pero ya pasó...

Los dos hombres guardaron silencio nuevamente.

De vez en cuando miraban al cielo. La débil claridad no tapaba las estrellas. En la inmensa cúpula gris, los tristes puntos de luz parecían pegados sobre un papel. No había irradiación ni fulgor impulsados por una atmósfera en movimiento. Brock echó de menos algo en el extraño firmamento, pero no supo decir qué era.

Culler se levantó y dio unos pasos por el agujereado suelo. Tomó un par de casajos y los volvió a tirar.

—Ni rastro de vida —gruñó—. Todo muerto. Rocas eruptivas. Estratos de sínter. Esto tuvo que ser algún día zona de lagunas. Pero no de agua. Más bien diría que abundaron aquí los pantanos de lava.

Su voz llegaba clara y potente al casco de Brock. La regulación del amplificador funcionaba a la perfección.

—¿Cómo te los imaginas? —preguntó Brock.

Culler supo en seguida a quiénes se refería.

—No acierto a imaginármelos. Supongo que serán totalmente diferentes a

nosotros. Sólo pensando en la fuerza de gravitación..., ¡5 g!, supongo que deben ser bajos y rechonchos, y no creo que caminen erguidos. Quizá se arrastren. Lo más probable es que se trate de unos seres forzudos y pesados.

—Pero... ¿y de qué materia se componen? ¿Cómo es su metabolismo? ¿Basado en el carbono? Imposible. El planeta es radiactivo. Para nosotros, un infierno. Insisto en su metabolismo. No reciben luz del sol... Debe ser horrible vivir a oscuras. Quizá se orienten por medio de ruidos, más o menos como los murciélagos.

—Si poseen otros sentidos, es posible que también piensen de manera distinta. El mundo de la imaginación queda determinado por la facultad de perfección. Tal vez no encontremos base alguna para un entendimiento.

—No será fácil. Por ahora no hemos pasado del intercambio de fórmulas matemáticas y físicas. Sin embargo, ya nos han proporcionado algunas sorpresas considerables: el teorema de Fermat, la dependencia del tiempo de la constante de gravitación. Y su concepto de la teoría de la relatividad... ¡Caramba, hay que descubrirse ante ellos!

—Más importante es el hecho de que nunca mencionaran el agua ni el metano ni el amoníaco. En cambio, parecen expertos en la física de los cuerpos sólidos.

Culler apartó con su pie un trozo de piedra pómez. Luego regresó lentamente.

También Brock se puso de pie, estirando sus miembros. El aumento de peso molestaba más al estar sentado que de pie.

—Todo eso es digno de consideración, pero más interesante sería conocer su psicología, su estructura social. ¿Cómo se comportarán con nosotros?

Brock buscó puntos de apoyo. ¿No existía información alguna sobre la postura espiritual de los extraños seres? Habían contestado con prontitud, sí, y habían correspondido a todos los estímulos para un entendimiento. Eran seres inteligentes, pero... Brock notó que crecía en él una cierta desazón. ¿No encerraba todo ello algo inquietante, amenazador? Ahora, al lograr revivir un fragmento de recuerdo, fue teniendo una idea menos confusa... Se había hablado de un problema muy serio... Y... antes que ellos, ¿no lo habían intentado ya...?

Culler se acercó de nuevo al comunicador. Comprobó la tensión, la emisión y el sistema receptor: a través del auricular sonaron desagradables murmullos, como si en alguna parte hubiera una cascada y, más lejos, se oyesen voces humanas. Pero era sólo una ilusión, porque el transformador vocal no estaba conectado.

Brock pulsó el botón.

«... En este momento no hay recepción, no hay recepción. Sólo ruidos de fondo, no hay recepción...»

Aquello sonaba tan impersonal como un anuncio... ¿Y dónde? Brock lo ignoraba, y movido por el disgusto desconectó nervioso el aparato.

—Seguramente llegarán pronto —comentó Culler después de consultar su reloj.

A lo lejos se extendía la superficie destinada al aterrizaje. Las coordenadas habían sido establecidas con exactitud. La tosca roca relucía con tonalidades rojiblancas. Ni

siquiera esa parte estaba libre de desigualdades y agujeros, pero al menos no presentaba cráteres y grietas grandes. Una sonda había elegido el lugar, y sin duda alguna era el más adecuado.

La nave espacial debía posarse a quinientos metros de distancia de ellos, que aguardarían en su sitio hasta recibir la señal. Una señal transmitida por radio.

—La visibilidad no es buena —observó Culler—. Quisiera saber por qué debemos aguardar precisamente aquí. Allí enfrente, desde aquella colina plana, podríamos presenciar mejor el aterrizaje. ¿Quieres que vayamos? No nos perjudicaría obtener una visión de conjunto sobre la pista.

Los hombres partieron, uno tras otro. No tenían prisa. Avanzaban pesadamente sobre las quebradizas costras, salvaban las grietas, no sin dificultad, pero de manera segura y esquivaban los socavones del suelo. Se daban cuenta de lo bien entrenados que estaban, aunque no hubieran podido decir de dónde procedían sus experiencias. El tratamiento a que fueran sometidos sus cerebros tenía que haber sido realizado con extraordinaria minuciosidad, porque conservaban sus facultades y los conocimientos generales, mientras que se habían borrado totalmente de su memoria los datos históricos y personales. ¿O se trataba de un psicobloqueo, de una barrera? Brock no lo creía. Una altamente desarrollada biotécnica podría disponer de métodos para extraer información de las moléculas acumuladoras, aunque se hallara interceptado el camino de la conciencia. Pero... ¿no significaba eso que debían empezar desde un principio... a aprender y a encontrar amigos? ¿Y a adquirir confianzas? ¡Ojalá valiese la pena la prueba en verdad!

Los dos compañeros llegaron a la colina y treparon por una inclinada pared de roca. Por fin vieron a sus pies el campo de aterrizaje, semejante a un blanco con incontables impactos. Más allá se extendía una sierra negra y dentada bajo una orla de contraluz.

—¡Ven, viejo! —gritó de pronto Culler—. ¡Fíjate en eso!

Había dado unos pasos más y se encontraba ante una hondonada que hasta entonces había quedado oculta a sus ojos. Sujeto a una peana de hormigón se alzaba un cuerpo metálico, una especie de cápsula de la cual partía un tubo de poca longitud que, colocado de cara a la llanura, señalaba hacia arriba en sentido diagonal.

—¿Qué es eso?

Ninguno de los dos lo sabía, pero el hallazgo hizo vibrar en ambos la cuerda de la desconfianza. Culler se encaramó a un punto más alto y siguió la dirección del cañón. Señalaba éste con exactitud el campo de aterrizaje de la nave procedente del planeta oscuro.

Culler y Brock retornaron a su emisora sin cruzar palabra.

—¡Mira, allá vienen! —exclamó Culler, levantando el brazo.

La misteriosa nave se aproximaba. No se la distinguía como cuerpo, aunque cubría las estrellas. Una tras otra desaparecían a lo largo de una inmensa curva para volver a ser visibles. A continuación apareció una sombra delante de aquel cielo de

un gris polvoriento. Y, poco a poco, la sombra descendió.

Brock echó una rápida mirada a su reloj. Los desconocidos acudían puntuales. El hombre conectó el receptor.

«... Dentro de cinco minutos aterrizaremos... Dentro de cuatro minutos y cincuenta segundos... Cuarenta segundos...»

—Les esperamos —contestó Brock.

Ambos permanecieron en la ancha plataforma de roca y contemplaron el aterrizaje. La nave era plana; un cuerpo poco esbelto y rodeado de algo semejante a un doble aro. Nada permitía adivinar que detrás de esas paredes existiera vida, porque no se observaba movimiento alguno. Ni sistema de propulsión a chorro, ni luz. La nave perdía altura con rapidez, pero no se posó en tierra, sino que quedó flotando — según parecía— a escasa distancia del suelo.

«... Terminado el aterrizaje... Listos para la toma de contacto... Rogamos el acercamiento acordado...»

Lo acordado: avanzar hacia la nave espacial, detenerse a cien metros del aparato, realizar una prueba de entendimiento a través del comunicador de los seres desconocidos y, por fin, si todo se producía tal como estaba previsto, la subida al aparato y el vuelo al planeta oscuro.

Brock y Culler iniciaron la marcha, de nuevo uno tras otro. Brock delante y, detrás, Culler. El primero no experimentaba ya nerviosismo alguno. Todo en él era frialdad y decisión. Detrás de la rígida envoltura de su traje espacial oía latir su corazón, quizá algo más rápidamente que de costumbre, pero con fuerza y regularidad. Su mirada no se apartaba de la oscura sombra de la nave que parecía suspendida en el aire. En ella seguía sin verse movimiento alguno. Los astronautas caminaban a buen paso, pero sin prisa. Avanzaban con serenidad y cautela, vigilando lo que sucedía a su alrededor. Ya estaba la acción en marcha, y nada les detendría. ¿Reuniría la nave las condiciones indispensables para la vida humana? Lo comprobarían. Sus trajes llevaban incorporados todos los aparatos necesarios para hacerlo. ¿Qué tenían que temer, propiamente? Los demás sabían que ellos precisaban una aceleración de la gravedad de 1 g y que no soportarían una temperatura absoluta muy superior a los 300 grados Celsio. Otros posibles problemas los solucionarían los propios equipos espaciales.

La nave era mayor de lo que habían supuesto. Cuando alcanzaron la indicada distancia de cien metros, el aparato se alzaba muy por encima de ellos. Y descubrieron que no flotaba, sino que descansaba sobre una amplia corona de muelles en forma de S y delgados como hilos de telaraña.

Brock y Culler se detuvieron.

«¡Prueba de entendimiento...! Pueden acercarse. Nosotros les oímos bien... Preparamos la subida.»

Todo seguía a oscuras, pero los hombres vieron —aunque sólo en forma de vagos contornos—, que se desenrollaba una cinta y se extendía hasta pocos pasos delante de

ellos. ¿Una escalera? ¿Una vía de transporte?

«Suban a la cinta. Abrimos la escotilla.»

Había llegado el instante que tanto ansiaran. Y ahora tuvieron que hacer un esfuerzo para arrancar...

Entonces vino lo que, en el subconsciente, los dos habían temido...

Los contadores Geiger se dispararon. No subieron poco a poco, sino saltando de golpe hasta casi rozar el límite de medición. Fue una lluvia mortífera de rayos la que les azotó, y si bien el forro de plomo de los trajes espaciales aminoró sus efectos, los hombres sabían que sólo podrían resistir aquello durante unos segundos o, como mucho, medio minuto.

¡Alarma!

Brock notó que la conciencia del ataque rompía en él una barrera. Había recibido una orden poshipnótica... Su cuerpo se encorvó... y su brazo se alargó para establecer contacto entre la adaptación metálica situada en el dorso de su mano y la placa que llevaba en la corva, a fin de disparar el arma escondida en el interior del traje, cuando..., de súbito, un pensamiento cruzó su mente y una película de lógicas deducciones pasó momentáneamente por ella: espacio vital radiactivo..., espacio vital..., adaptación..., aprovechamiento de las circunstancias..., órganos sensoriales..., percepción... Era su medio de percepción: ¡esos seres veían gracias a los rayos gamma que brotaban del interior de su planeta! Y... lo que pretendían era iluminarles el camino. ¡Habían conectado la luz!

—¡Suprimid la radiación! ¡En seguida! ¡Sería mortal para nosotros! ¡Desconectadla!

Brock permanecía agachado, la mano a la altura de la rodilla, dispuesto a hacer fuego.

Comenzó a contar los segundos... Les concedió diez...

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

De repente cesó el crepitar del contador Geiger. ¡Los del planeta oscuro le habían comprendido! No se trataba de un ataque por su parte, no. Había sido sólo un error, un descuido. Les aguardaban con sentimientos amistosos... Seguramente se producirían otros malentendidos y habría equivocaciones, pero de todo ello extraerían enseñanzas. Unos y otros.

Brock respiró con alivio. El aire sofocante del purificador le pareció, de pronto, limpio y vivificador. Apoyó brevemente la mano en el brazo de Culler y ambos pisaron la cinta. Una ligera sacudida, y los dos astronautas empezaron a deslizarse hacia arriba.

No tardaron en verse en una cámara oscura.

—Bien venidos a bordo —dijo una voz a través del amplificador.

Momentos después sintieron una insignificante opresión. La astronave había despegado.

LOS OTROS

Wolfgang Jeschke

Wolfgang Jeschke, nacido el 19 de noviembre de 1936 en Tetschen, la actual Dicin (Checoslovaquia). Tras el aprendizaje en un taller de herramientas terminó en 1959 el bachillerato alemán (Abitur), dedicándose después al estudio de la germanística y la filosofía. Desde principios de 1974, y en unión de H. W. Franke, publica la Heyne Science Fiction. Aparte de publicaciones en revistas, antologías y programas radiofónicos, apareció en 1970 un volumen de relatos suyos, titulado Der Zeiter.

«En el Japón, las mujeres de los pescadores encienden pequeñas velas en la playa y rezan por sus maridos, por sus hijos no nacidos y por los peces que se arrastran por las profundidades, pero las vacilantes luces resultan, tan impotentes, en el viento, como sus súplicas. La lepra del tercer milenio es terrible; está entre nosotros y dentro de nosotros, como un absceso.»

Era un invierno tremendamente frío. Antes de caer la primera nieve, el suelo estaba ya helado, por lo que tuvimos que interrumpir las obras en el dique. Yo debía trasladarme cada dos semanas a la montaña para echar un vistazo a todo aquello y repasar las cerraduras de los barracones. A principios de febrero hice el viaje por cuarta vez. No nevaba, pero el cielo gris y cargado, se había introducido entre las cumbres como un gigantesco témpano para quedar helado en las paredes de los precipicios y pesaba amenazador sobre el valle. No había pájaros ni huellas. Sólo un silencio cristalino. Los árboles se erguían rígidos y negros mientras el suelo dormía embriagado bajo la capa dura.

El dique yacía miserable entre los imponentes flancos de los montes, oculto por el río de cristal del hielo. Hice mi recorrido por las obras y examiné las cerraduras de las barracas que albergaban los aparatos y las herramientas. Sentía frío y anhelaba volver a verme entre la gente, estar en casa.

Regresé al coche caminando pesadamente y lo puse en marcha. No tardaría en caer nieve y debía darme prisa si quería alcanzar la autopista antes del anochecer. En efecto, pronto vi danzar en el aire los copos blancos; la visibilidad se hizo mala y me costaba distinguir la carretera que se extendía delante de mí.

El aterrimiento y el tabaco me habían hecho entrar deseos de tomar un café bien caliente. Conducía mi auto lo más aprisa posible, con objeto de llegar pronto a una de esas poblaciones que no figuran en ningún mapa, las ciudades del uranio, que decaían con tanta rapidez como habían surgido, y en las que sólo vivían los cansados y los viejos que ya no trabajaban. No esperaban nada o, si acaso, algo que no llegaría nunca, porque sus relojes se habían detenido.

La oscuridad ya me iba envolviendo cuando, por fin, la carretera se metió entre dos hileras de casas de aspecto abandonado, con las ventanas ciegas o claveteadas con maderas. La nieve atravesaba los ruidosos tejados. Reduje todavía más la velocidad y me detuve delante de la única luz que vi. Era una fonda. En el interior reinaba una temperatura agradable. Observé que la mesa estaba totalmente manchada

de cercos, ya secos, dejados por vasos y tazas. Me quité el abrigo y tomé asiento en el banco próximo a la ventana, pero nadie acudió a atenderme. Carraspeé con alguna intensidad y miré a mi alrededor. Una cara arrugada clavó en mí sus asustados ojos desde la semioscuridad, pero desapareció antes de que yo pudiera articular palabra. Tal vez había sido imaginación mía... Empezaba a dominarme una somnolencia difícil de vencer.

No sin esfuerzo me enderecé y golpeé la mesa un par de veces, aunque igualmente sin éxito. Entonces me harté y fui a la cocina. Allí había luz, y dos mujeres estaban sentadas a la mesa. Olía a grasa fría y por todas partes descubrí platos con restos de comida, y en el fogón zumbaba una marmita llena de agua. De pronto me di cuenta de que llevaba muchas horas sin probar bocado.

A la anciana pertenecía el rostro que antes se asomara de manera extraña. Ahora me miró sin hablar, con los ojos muy abiertos. La joven se escarbaba entre los dientes y continuó leyendo un periódico viejo y amarillento sin alzar siquiera la vista.

—¿Pueden servirme algo de cena y un café? —pregunté en medio del silencio.

—¡Pues claro! —contestó la muchacha, sin apartar la mirada de su periódico.

Su voz resultaba tan torcida como su boca, que no soltaba el palillo. Tal comportamiento me molestó, así como que me hicieran esperar tanto. Al fin se levantó la anciana y se acercó al fogón. Observé que cojeaba, por lo que decidí no hacer comentario alguno y volver a mi sitio. En la pared, un pequeño reloj iba triturando su tiempo. Me fijé más en él y, al verlo tan afanoso y merecedor de confianza, se me contagió su puntualidad y se tensaron mis pensamientos. Un café me entonaría. Luego debía buscar un teléfono para hablar con Dotty, ya que no tenía sentido pretender continuar el viaje aquella noche. Tal vez me dejaran pernoctar en la fonda y, si a la mañana siguiente partía temprano, a media tarde estaría en casa. Eso, si no le daba por nevar incesantemente hasta el amanecer.

La oscuridad imperante en la estancia me impedía ver la hora que era. Volví a levantarme, pues, y me aproximé al reloj. Pero fue inútil, porque carecía de agujas. Todo se diluyó de nuevo en incertidumbre e indiferencia. Y mi fatiga iba en aumento.

La vieja colocó ante mí la comida, sin abrir la boca. Me había servido patatas con carne cocida y una salsa de color claro, muy sazonada. El guiso estaba sabroso, pero yo había perdido el apetito, de pronto, por lo que cené despacio y bastante a la fuerza, bebiéndome una jarra entera de té.

Una puerta se cerró de golpe y una sombra pasó junto a la ventana, en dirección a mi coche. Pronto regresó. Era la joven que antes leía el diario. Llevaba la cara casi tapada, pero nuestros ojos se encontraron un instante, a través del vidrio, y la reconocí pese a no haberla visto bien en la cocina. La puerta sonó nuevamente.

Dejé de escuchar el tic-tac del reloj, porque ahora me resultaba indiferente e inútil. Encendí un pitillo. La casa permanecía tranquila y, no obstante, se la oía vivir. La atmósfera era densa e invitaba al sueño.

En la ciudad debía habitar más gente, ya que por la calle pasó un carruaje tirado

por caballos que con sonoros resoplidos se sacudían la nieve de sus crines. Eran animales bien cuidados y formaban un hermoso tiro. El vehículo apenas producía ruido al pasar. Sus ruedas cortaban profundamente la nieve y la ancha pared posterior desapareció de modo fantasmagórico tras las innumerables cortinas de copos...

Tuve la sensación de haber despertado por el sonido de una gran campana situada muy cerca, cuya resonancia hizo vibrar toda la casa, pero no podría asegurarlo. La oscuridad era ahora impenetrable al otro lado de la ventana. En el comedor había una lámpara que producía un pequeño silbo y esparcía su tímida luz sobre las mesas. Toda la estancia estaba en orden, y con asombro comprobé que alguien me había descalzado mientras dormía. Los zapatos se secaban junto a la estufa, uno al lado del otro. Hubiera sido insensato proseguir viaje aquella noche y, sin duda, habría para mí un cuarto donde pernoctar. Me puse de pie y sentí que el cansancio caía por mi interior como un peso blando que me hacía tambalear. Mi cerebro parecía paralizado, por lo que no tuve fuerza suficiente para reflexionar sobre la extraña situación. Aparté de mí todo conato de pensamiento incómodo y elegí el camino más fácil. Sólo quería una habitación, una cama y poder dormir.

Iba a llamar a la puerta de la cocina cuando, de pronto, me contuve. Oí chapoteo de agua y, por el resquicio de la puerta, sólo entornada, vi que la joven estaba desnuda y acabando de lavarse. Tenía ante sí una palangana y me daba la espalda. La observé mientras empezaba a secarse. Sus piernas eran largas y bonitas. Toda su figura resultaba hermosa y esbelta. Quizá le sobrara algo de carne en la cintura, pero desnuda me pareció más joven que antes. Como mucho, tendría treinta años. Sólo su espalda era horrible, como si aquella mujer hubiera sido martirizada con hierros candentes. Las cicatrices, apenas curadas, tenían un color rojo vivo. Horrorizado regresé de puntillas a mi banco. Allí esperé fumando hasta que diversos ruidos me indicaron que la mujer había terminado su aseo y salía de la cocina. Permanecí sentado unos minutos más y, entonces, lo intenté de nuevo.

La vieja estaba sola y me miró con temor.

—Quisiera pasar aquí la noche...

La anciana lanzó un grito ronco y se apretó la mano contra la boca. Aterrada, sacudió la cabeza con tal violencia, que sus greñas grises volaron en todas direcciones. De pronto abrió la boca y balbuceó algo. Entonces vi que esa boca era sólo un agujero negro, sin lengua.

Aquella desgraciada me inspiró fuerte compasión, por lo que traté de calmarla.

—No quise asustarla. Perdona, pero yo no sabía que...

La mujer se tapó la cara con las manos y rompió en sollozos.

—¿Por qué atemoriza a esta pobre vieja? No le ha molestado para nada, que yo sepa.

Me volví, sorprendido. La joven había entrado sin hacer ruido y parecía perforarme con sus ojos airados. Iba orgullosamente erguida y echó la cabeza hacia atrás. Sobre los hombros de su capa oscura y pesada, los copos de nieve se

transformaban en diminutas perlas, y todo el frío que su presencia irradiaba me hizo sentir más sereno y despierto.

—Perdone usted, pero sólo preguntaba si tendrían una habitación...

—¡Aquí no alquilamos habitaciones! —me interrumpió la sorprendente mujer con voz chillona y agresiva.

—En tal caso no dije nada —repuse.

Después dio un par de pasos hacia la vieja, la agarró brutalmente por los huesudos hombros y, alzándole de golpe, la echó de la cocina. La anciana se dejó maltratar sin proferir ninguna protesta y sus sollozos se perdieron al otro lado de la puerta.

Sentí franca indignación.

—¡Oiga! —grité—. ¡Primero me reprocha a mí haber asustado a esa pobre mujer, y luego la trata usted de semejante manera!

—¿Sí? —repuso la joven con las cejas levantadas y una sonrisa en los labios.

Ante aquella forma de sonreír, mi furia se desvaneció como una pompa de jabón. Con asombro vi que movía la cabeza con gesto conciliador y murmuraba dulcemente:

—Yo no le hago ningún reproche.

Me observaba divertida y con cierta burlona superioridad que aún me dejó más indefenso.

—Ayúdeme a quitarme la capa —dijo, a la vez que echaba hacia atrás su espesa y oscura cabellera. Obedecí aturdido.

Lucía debajo un elegante vestido de noche, muy escotado. Estaba de espaldas a mí..., y su piel aparecía suave y tersa, sin rastro alguno de las heridas. ¿Había soñado antes? Luego dio media vuelta, tan cerca de mí que sentí el vuelo de sus cabellos sedosos en mis labios. Y me miró a los ojos. Ahora parecía aún más joven. Tenía un rostro hermoso. Redujo los labios en un gracioso mohín y vi danzar la travesura en su mirada. Su comportamiento y sus ropas me confundían cada vez más. De pronto me sentí ridículo a su lado. Iba en calcetines... Debía decir o hacer algo. Pero ella puso su mano sobre mis labios y, como si supiera lo que yo pensaba, susurró:

—Le quité los zapatos. Estaban muy mojados.

Y soltó una risita.

—Se lo agradezco, pero no era necesario que se molestara —respondí, intentando soportar su mirada.

La enigmática mujer me rodeó el cuello con los brazos y apoyó suavemente su mejilla en la mía. Respiré el aroma de sus cabellos y mi mano los acarició para descender luego por sus desnudos hombros y seguir la delicada curva de su espalda. La piel era lisa, perfecta... ¿Qué había sido de las cicatrices? Me volví a preguntar si las habría soñado.

De súbito, la desconocida se apartó de mí y me miró con ojos recelosos.

—¡Déjeme! —rugió.

Temblaba de excitación y sus ojos echaban chispas.

—Nosotros no alquilamos habitaciones. Esta casa no es como las que usted

busca. ¡Conmigo se ha equivocado, amigo!

La contemplé boquiabierto. Aquella persona tenía una forma demasiado misteriosa de cambiar de humor. Nada me impediría ya decirle lo que pensaba de ella.

—Pero... ¿qué se ha creído usted? Primero me toca esperar una eternidad a que, en este sucio fonducho, alguien se digne notar mi presencia; luego me planta sobre la mesa una bazofia indecente y, por último, cuando uno pregunta con educación, si puede pasar aquí la noche, se ve tratado como un miserable vagabundo que hubiera penetrado en la casa con intención de abusar de unas mujeres que, además, le hacen a uno ofrecimientos bien claros. ¡Esto no es más que un manicomio! ¡Puede quedarse con su maldita habitación y con todo este tugurio, para que nos entendamos de una vez!

Ella se limitó a mirarme con desprecio. Tenía la boca torcida, como al principio, y su cara se volvió desencajada, vieja y fea. Antes de que yo pudiera reaccionar, levantó la mano y me azotó en el rostro. Sentí que la sangre me subía a la cabeza.

—¡Abandone inmediatamente esta casa! —chilló fuera de sí—. ¡Usted intenta aprovecharse de manera vergonzosa de la situación, porque no hay aquí ningún hombre que me defienda!

—Está loca —me limité a decir, aunque me costó mucho contenerme.

Sin más palabras me dirigí al comedor, me calcé, arrojé un billete sobre la mesa, tomé mi abrigo y abandoné el edificio.

Caminaba por la nieve hacia mi coche, cuando de súbito la oí hablarme con voz totalmente transformada y tranquila:

—Sigue hasta Uraney. Allí podrás pernoctar.

Yo sacudí la cabeza desconcertado y me volví, pero la puerta se cerró de golpe y oí cómo pasaba el cerrojo por dentro.

Mi coche estaba frío. Puse en marcha el motor y conecté la calefacción. Mis sentimientos oscilaban entre la rabia de mi derrota y una extraña admiración hacia aquella mujer. De nuevo me invadió la irrealidad. ¡Qué noche indescriptible! No acertaba a explicarme los acontecimientos. Me dolía la cabeza y los zapatos me oprimían los pies, porque habían estado demasiado cerca de la estufa. Poco a poco entré en calor. La luz de los faros penetraba en la cortina de nieve y quedaba enganchada en ella. Era difícil avanzar. Cuando las casas quedaron atrás se acercaron a la carretera los esqueletos de negros árboles que parecían saltar hacia mí para, luego, sumergirse de nuevo en las tinieblas. El pavimento estaba perfectamente limpio. Cosa inexplicable, ya que no había visto ni oído pasar ninguna máquina quitanieves.

El calor encendió minúsculos fuegucitos en los dedos de mis pies, que comenzaron a molestarme de forma terrible. Estudié el dolor. ¿Se habían encogido los zapatos o tenía yo los pies hinchados? El resultado era el mismo. Me concentré en la conducción del automóvil.

Al cabo de unos ocho kilómetros, el motor empezó a tartamudear y se paró. Pulsé el arranque. Nada. Lo intenté una y otra vez, hasta que me di cuenta de que el indicador del nivel de la gasolina estaba a cero. ¡Pero si eso no era posible! Había puesto cuarenta litros y tenía que quedar al menos la mitad. Debería haber bastado hasta mi llegada a Witchkinson, por lo menos, y aún me separaban de aquella localidad más de ciento cincuenta kilómetros. ¿Cómo se explicaba eso? Tendría que esperar a que pasara otro coche, pero... ¿con semejante tiempo? Y si no, ¿qué otra solución quedaba?

Decidí aguardar, me recosté contra el respaldo y fumé. Pero no pasó auto alguno. Los copos de nieve caían vacilantes en la luz de mis faros, sin cesar. De continuar así, al cabo de dos o tres horas tendría el coche cubierto por una espesa capa de nieve.

Al cabo de un rato volví a sentir dolor en los pies. De pronto escuché unos pasos sordos y pesados que se acercaban. ¿Un caminante? Una gran sombra pasó tambaleándose junto al vehículo. Bajé el cristal de la ventanilla y llamé al desconocido. Éste dio media vuelta y acercó al coche su cabeza envuelta de tal forma en pieles, que sólo asomaban los ojos. Unos ojos interrogantes.

—¿Sir? —murmuró una voz bajo la máscara de piel.

Observé que el individuo llevaba un palo al hombro.

—¿Cuánto falta para Uraney? —pregunté.

Una mano empezó a desatar la extraña gorra. Retrocedí espantado al ver el rostro. Carecía de nariz y sólo tenía dos agujeros ascendentes... y en carne viva.

—¿Hasta Uraney? —jadeó aquel resto de cara, intentando un esbozo de sonrisa.

Los sonidos parecían ser emitidos a través de la herida y resultaban tan desfigurados como el rostro.

—En coche, cinco minutos —continuó el hombre—. A pie... —la herida quiso dibujar de nuevo una sonrisa—, media hora...

—¿Es una ciudad de cierta importancia?

—Desde luego, desde luego —dijo la voz—. Allí encontrará todo lo que necesite. Todo. Pero tendría que ir allí en verano, en plena temporada de baños. Dicen que son sanos. Radiactivos, ¿sabe?

—¿Hay posibilidad de pernoctar allí?

—Desde luego, desde luego. Todo lo que quiera —afirmó la media cara y se desvaneció en la oscuridad tan súbitamente como apareciera. Sus pasos se perdieron en la nada.

Entonces tuve conciencia, como si un relámpago hubiera cruzado mi mente, que el palo que el hombre llevaba al hombro era una guadaña. Una guadaña vieja y muy gastada, de mango brillante a causa del uso. ¿Qué demonios hacía aquel tipo con una guadaña en pleno invierno, con más de dos palmos de nieve en el suelo y a aquellas horas de la noche?

Subí el cristal de la ventanilla y consulté mi reloj. Se había parado.

Bajé del coche, me subí el cuello del abrigo y eché a andar. La nevada no era ya

tan intensa, pero el frío había aumentado. En la carretera, la nieve era pulverulenta y crujía bajo las suelas. Fui observando los árboles, para no extraviarme, y seguí adelante. Habría transcurrido ya una buena media hora, pero todavía no se veía luz alguna. Lamentaba no haber permanecido en el auto cuando, por fin, se aproximó un vehículo. Me coloqué en medio de la carretera y agité ambos brazos. El coche iba a bastante velocidad y levantaba remolinos de nieve. Yo no cesaba de hacerle señas, pero quien fuera el que lo conducía, no aminoró en absoluto la marcha, de modo que tuve que saltar a la cuneta para no ser atropellado. Me levanté dolorido y furioso, siguiendo al automóvil con la mirada. El rojo de las luces piloto se fue extinguendo y, aunque de forma poco clara, pude leer el número de matrícula. Pero... ¡pero si era mi propio coche! Corrí enloquecido tras él, aunque, sabía que era inútil. ¡Qué canallada! ¿Habría sido acaso el mutilado, esa media cara...?

«¡Calma, calma! —me dije—. Ese no llega lejos.»

Proseguí mi camino. En la lejanía vi un resplandor en medio de la carretera. Como me guiaba por los surcos dejados por el coche, avanzaba más aprisa.

En el centro de la pista ardía un fuego. Las huellas de mi vehículo pasaban junto a la fogata. Al acercarme vi que estaba allí el gran carro que viera pasar la tarde anterior. Los caballos no aparecían por ninguna parte, la pared posterior del carruaje había sido dispuesta en forma de techo, sus ocupantes habían barrido la nieve y en aquel improvisado refugio chisporroteaba alegre el fuego. A su alrededor vi algunas sillas. Los componentes del grupo me miraron llenos de curiosidad mientras se calentaban las manos.

Un hombre alto y barbudo que fumaba se puso de pie al verme llegar. Un muchacho trabajaba una madera con sus dedos delgados, sin dejar de contemplar las llamas. Una mujer de mediana edad y una niña rubia y delgada, de unos doce años, que hasta entonces cantaran algo a media voz, enmudecieron cuando penetré en el círculo de la luz.

—Buenas noches —dije, algo fatigado.

—Buenas noches —me respondieron sus voces, una a una, vacilantes y desconfiadas.

El hombre permaneció muy cerca de mí, estudiándome con detención.

—¡Qué raro! —exclamó por fin, moviendo la cabeza extrañado—. Hubiera apostado cualquier cosa, a que era usted mismo el que pasó en ese coche...

—¿Cómo? ¡Seguro que no! —reí con sarcasmo, a la vez que me sacudía la nieve de la ropa—. ¿Cuánto falta todavía hasta Uraney?

—¡Pero si esto ya me lo...! Quiero decir que también me preguntó eso el conductor del auto. ¿Me está usted gastando una broma?

—No estoy para bromas —repuse muy serio, explicándole lo sucedido.

—¿Un «Austin», dice? No. El coche que pasó por aquí, era un «Buick».

Yo estaba absolutamente seguro de que no era un «Buick», sino un «Austin», y precisamente el mío, pero preferí no insistir, porque tenía la certeza que el tipo no

llegaría lejos, cuando yo avisara a la policía, y quizá perteneciera a la pandilla del carromato.

—Acérquese más —dijo el barbudo, tendiéndome su mano izquierda.

Vi que le faltaba la otra. Su manga pendía vacía.

—¿Dice que va a Uraney? —agregó.

—Sí.

El hombre se echó a reír, primero con cierta vacilación y luego cada vez con más fuerza. El chico me dirigió una mirada boba e hizo una mueca que quería ser una sonrisa, y la mujer soltó una risita absurda, como si yo hubiera hecho un chiste. Les miré a todos, uno tras otro, y me pregunté qué sería lo que tanto les divertía.

—¡Pero, hombre..., si está usted en medio del pueblo! —tronó de risa el manco, golpeándome amistosamente el hombro con su única mano—. Mire lo que tiene alrededor.

Traté de perforar la oscuridad con la vista y, en efecto, acabé por distinguir las tétricas formas de unas casas a las que alcanzaba un débil reflejo del fuego. Adiviné vidrios rotos y no descubrí luz alguna.

—¿Por qué no hay iluminación en ninguna parte? —inquirí.

—¿Y para qué hace falta? —contestó el barbudo—. Aquí ya no vive nadie. Los últimos habitantes se fueron en otoño. También nosotros estamos camino de Witchkinson, desde esta mañana. Daniel se colocará allí.

Señaló al muchacho, que se levantó obediente y, como movido por un resorte, se puso a hacer gestos de afirmación con la cabeza.

—Teníamos una granja —explicó el manco—. Pero en estas tierras no crece nada. El invierno es demasiado largo, y el suelo no se puede cultivar. Los manantiales son malos, además, y el ganado se muere. Y tampoco hace falta ya el uranio, porque abunda en todas partes el agua que ahora usan para las centrales eléctricas. En consecuencia, todo el mundo se fue al sur, en busca de trabajo. Los valles vuelven a estar vacíos, y todo se desmorona.

—Hace media hora me dijo un hombre que Uraney era una ciudad donde había de todo...

El tipo de la media cara me había engañado miserablemente. El coche había desaparecido, no existía un albergue en no sé cuántas millas a la redonda, no había aldeas habitadas y mucho menos un cuartel de policía. Sólo nieve, maldita nieve por doquier.

—Es cierto que Uraney fue una gran ciudad —afirmó el hombre—. Tenía más de seis mil habitantes, sin contar los veraneantes que venían a tomar baños medicinales. Pero de esto hace años.

—No entiendo, pues, cómo aquel tipo me aseguró que...

Estaba furioso contra mí mismo, contra todo: mi trabajo, el frío, la nieve, mis pies doloridos, la fatiga y, sobre todo, contra aquella extraña gente con la que había tropezado.

—Quizá sea un loco —indicó el manco—, pero también es posible que no viniera a este lugar desde hacía dos o tres años —agregó con la frente arrugada—. Hace sólo poco tiempo, en Uraney aún había vida. ¡Puede creerme! Y para un hombre joven... ¡no le digo nada!

Un amistoso codazo y un guiño confidencial acompañaron sus últimas palabras.

En mi situación me importaban bien poco los dudosos atractivos que hubiera podido ofrecer la ciudad en sus buenos días, pero fingí interés y contesté con otro guiño de entendimiento. En realidad me sentía terriblemente mal y, además, no sabía qué hacer. ¿Qué posibilidades tenía en una carretera en plena noche? ¡Y a pie, con los dedos de los pies ardiéndome más a cada paso! ¿No me habría equivocado en cuanto al coche? ¿Y si no era el mío, al fin y al cabo? De cualquier forma hubiera sido una locura retroceder para comprobarlo. Estaba demasiado agotado. Lo mejor era esperar el paso de un automóvil.

—¿Pasan coches con cierta regularidad? —pregunté.

—¡No! Sólo muy de tarde en tarde. Hoy todavía no vi ninguno.

—Olvida el de antes —indiqué a propósito.

—¿Cuál? —exclamó el manco con asombro.

—El auto del que me habló.

—Yo no le hablé de ningún auto. Está en un error.

Mi indignación no tuvo límites.

—¿Cómo, diantre? ¡Hace apenas unos minutos, usted me contó que había pasado por aquí un «Buick», y que su conductor se parecía tanto a mí...!

—Pero usted vino a pie, ¿no? Dijo que...

—¡Sí, llegué a pie, pero...! Dios mío, ¿qué es lo que traman entre todos ustedes?

¿Era yo el que estaba perdiendo la razón? ¿O era el manco el demente? No podía hacerme ver, de pronto, que... Me volví para mostrarle los surcos dejados en la nieve por el auto, pero no existía huella alguna. ¿Las habría cubierto la nieve? Empecé a dudar de todo. Desconcertado, miré a mi alrededor. Aquella gente me observaba con cara de sorpresa.

—De veras que no pasó ningún coche. Ni uno solo —declaró el hombre, alzando su muñón para expresar que lamentaba mi confusión.

La manga se balanceó vacía. Los demás miembros del grupo asintieron con la cabeza, muy serios.

¿Soñaba yo? ¡Pero si no estaba bebido!

El manco añadió entonces que, sin duda, a la mañana siguiente llegarían vehículos para despejar la carretera, y que alguno de ellos me llevaría gustoso. En cuanto a la noche, no había problema. Podía dormir con ellos en el carromato. Sitio había de sobras.

La idea no me resultaba precisamente atractiva, pero acepté la invitación porque aún hubiera sido peor pasar la noche a la intemperie. La gente se alegró, me ofreció en seguida una silla y me atendió lo mejor que pudo. Cenamos juntos, hablando de

esto y de aquello, bebimos cerveza y fumamos hasta que las palabras se hicieron parcas y nos dominó a todos el sueño. La mujer y la niña subieron al interior del carromato. El manco ahogó el fuego con la nieve, utilizando para ello los pies. Su muñón se movía fantasmal entre los restos de humo. La oscuridad se hizo todavía más densa. En alguna parte ladró un perro.

—Venga —dijo, tomándome de la mano.

También nosotros penetramos en el carro.

Del techo pendía una lámpara mortecina que apenas esparcía luz. Me extrañó que el interior del vehículo estuviera tan vacío. En el suelo había unos colchones extendidos, con mantas tiradas por encima. La mujer y la niña dormían ya. El barbudo ayudó a desnudarse al chico; luego apagó la luz de un soplo y se tendió. Yo me quité el abrigo y la chaqueta y me eché también. Los zapatos... ¡Ay, qué alivio, cuando por fin me hube descalzado! Las ardientes punzadas que experimentara en un principio se habían transformado poco a poco en sordos y amenazadores latidos. Me palpé los pies, pero no noté nada especial. Los examinaría mañana, a la luz del día.

Envuelto en la oscuridad, sin otro ruido que la tranquila respiración de los durmientes, me dediqué a pensar.

¡Qué pesadilla, la mía! Era para enloquecer... Pero acabé por apartar de mí la preocupación por la pérdida del coche y decidí descansar. Me dije, además, que el nuevo día traería claridad, y que todo se solucionaría de algún modo. Estaba tan cansado... ¿Conque no había pasado ningún auto? ¡Qué absurdo! Tendría que haber telefonado a Dotty, que probablemente estaría intranquila... Mañana, a primera hora... ¡Qué extraña sensación producía dormir en un carromato...! Y el dolor continuaba... Pero era igual. Por la mañana ya sería todo distinto... Ahora sentía una fatiga tan tremenda...

Algo se deslizó por mi cara. Desperté. Todo estaba oscuro. Era de noche todavía. Una mano tiró cariñosamente de mi oreja y pasó de nuevo por mi rostro. Con gran suavidad. Un brazo delgado rodeó mi cuello.

—¿Duermes? —susurró la niña, muy cerca de mí.

—Sí —repuse en el mismo tono quedo.

—No es verdad —me murmuró al oído y noté cómo sus labios formaban las palabras.

—¿Qué quieres? —indagué sorprendido.

—¡Pssst! Me llamo Diana. ¿Cómo te llamas tú?

—Louis, pero...

—Louis suena bien...

Su lengua se deslizó por mi oreja y formó mi nombre como si siguiera su sonido. ¿Qué le ocurría a la pequeña? ¡Vaya golfilla! La situación me resultaba penosa, por lo que intenté separar su brazo de mi cuello.

—¡Déjame! —musitó, y de nuevo besó mi oreja.

—¿Por qué me despertaste?

—Quisiera preguntarte si quieres bañarte conmigo.

—¿Bañarnos? —respondí yo, asombrado.

—Sí...

—¿Ahora, en plena noche?

—Es cuando resulta más agradable.

—Pero, chiquilla, ¿ahora, en invierno? Como no te revuelques en la nieve...

—No —de sus labios brotó una risita escondida, y luego prosiguió el besuqueo de mi oreja—. Aquí hay fuentes calientes.

—¿En Uraney?

—¡Sí, claro!

Recordé la media cara del hombre de la guadaña, con su sonrisa mutilada, y la guadaña se alzó con ímpetu para hundirse luego chirriante en la nieve, una y otra vez. La extraña siega fue larga y la nieve se tiñó de negro...

—Son fuentes subterráneas, ¿sabes? —dijo la voz de la chiquilla.

—Puedes esperar a mañana. De noche debe ser peligroso —objeté.

—¡No! Sé dónde está la luz.

—¿Y por qué te empeñas en ir a bañarte conmigo? Tus padres se enfadarán.

—No. Lo saben.

—¿Cómo? ¿Que quieres nadar de noche conmigo? —insistí—. ¿Por qué no vas con tu hermano?

—Daniel es tonto —rió—. No se baña nunca.

La pequeña se estrechó contra mí.

—Sola tengo miedo. ¡Acompáñame, por favor! —suplicó.

—O sea que hay peligro...

—No lo hay. Ven conmigo, Louis, te lo pido.

No veía la manera de librarme de la criatura. Reflexioné. Quizá tuviera ocasión de lavarme un poco, al menos, y de examinar mis pies a la luz. La incertidumbre era un martirio, y el dolor me tenía inquieto.

—¡Ven de una vez! —rogó de nuevo la chiquilla.

Se había echado encima de mí, y su rostro buscaba el mío. Noté su aliento y sentí la caricia de sus largos cabellos. Una situación comprometida, no precisamente desagradable, pero si alguien encendía la lámpara, la cosa podría ser muy mal interpretada.

De acuerdo, pues. Baños subterráneos en plena noche, en una ciudad abandonada y ruinoso. Arriesgada aventura, pero si la niña conocía el camino...

—Te acompaño —dije.

—¡Estupendo! Eres un encanto, Louis.

Y me besó en la boca.

—¡No hagas eso! —protesté, pero al momento correspondí al beso y la abracé.

Su cuerpecillo delgado resultaba suave y ligero como una pluma. Era un bichito. La acaricié otra vez. Ella se apartó de mí después de cierta vacilación.

—Me visto y recojo la llave.

—¿Qué llave?

—La de la entrada.

La niña se escurrió de mi lado y rebuscó sin hacer ruido por el interior del carro. Oí el leve crujido de unas ropas. Yo encontré mi chaqueta a tientas y me la puse. Luego se produjo un casi imperceptible tintineo de llaves, y en la oscuridad se percibía el pausado respirar de los que dormían.

Me levanté y aguardé. No me sentía muy a gusto en mi piel. Pero la mano de la pequeña se introdujo rápida en la mía y me condujo con cautela hasta la salida. Abandonamos el carro sin que se nos oyera.

El cielo estaba más despejado y se veían las estrellas. El frío parecía rechinar bajo los zapatos. A cierta distancia se vislumbraban las casas de la ciudad. Diana se adelantó por la nieve hacia un gran portón de hierro, que abrió. Chirrió el metal, y un aire espeso y húmedo nos dio en la cara.

—¡Cuidado! Hay escalones —susurró la niña, guiándome hacia abajo por la oscuridad. Otra puerta. El calor iba en aumento. Los peldaños parecían no tener fin, aunque eran anchos y cómodos. Al término de la escalera apenas se podía respirar.

—¿Dónde está la luz? —pregunté.

—Espera.

Nos hallábamos en una gran sala en la que jugaba el eco de un lado a otro. Diana avanzaba segura, llevándome de la mano. Apareció la tercera puerta. La chiquilla me entregó una gran llave de hierro. Palpé madera resbaladiza, hasta que mis dedos descubrieron una cerradura tosca y herrumbrosa. La llave ajustaba y abrí.

—¿Dónde está el interruptor, Diana?

—En seguida te lo digo. Ahora entra y cierra la puerta detrás de ti.

—¿Por qué? ¿Y tú?

—No preguntes. Yo enciendo la luz y me cambio de ropa. Pronto me reuniré contigo. Hay muchas entradas.

—Ten cuidado.

—No tengas miedo. Vengo casi cada día y conozco todos los rincones.

Se alejó con pies ligeros y desapareció.

Vacilé primero un poco, pero acabé por empujar la puerta hacia dentro. Era pesada y sus goznes emitieron un quejido. Una vez vuelta a cerrar, aguardé.

El aire era sofocante como en un invernadero. En alguna parte goteaba agua del techo. Busqué la pared a tientas: era mohosa y desagradablemente pegajosa. Humedad por todos lados. Yo esperaba la luz, pero continué a oscuras. ¿Por qué no la encendía la chiquilla?

Entonces me di cuenta de que la oscuridad no era ya absoluta, de que nacía un gris difuso, semejante a una deprimente mañana lluviosa. Comenzaron a destacarse contornos.

—¡Diana! —llamé a media voz, y el eco me asustó.

«¡Diana...ana...ana...!», respondieron en un cuchicheo las paredes.

—¡Diana! ¿Dónde estás?

«¿Estás...as...as?», bisbiseó entre escalofriantes risitas un coro de voces roncadas.

¡Aquello no era el eco!

«¡Despierta! —me dije—. El hombre de la guadaña no era más que una pesadilla. Igual que esta ciudad, que las caldas. Debí dormir, eso es todo... Consecuencia, sin duda, del calor de la estancia, del tenue crujir de la nieve en la ventana. Mis pies son como unos pequeños fuegos mordientes... ¡Debo despertar!»

Humedad, mucha humedad, olor a moho y hongos. La niña. Diana.

—¡Diana! —chillé.

Silencio. No obtuve respuesta. Hasta el eco calló. El agua goteaba sonora, con regularidad. Oí chapoteo.

El gris se hizo más claro. Tuve conciencia de que, poco a poco, me iba acercando a la orilla del despertar. Pero me tenía sujeto un sueño viscoso que se negaba a retroceder, a permitirme distinguir con limpieza las cosas reales: la mesa, las sillas, la habitación. Cosas que pudieran tocarse y que no se diluyeran. Muy lento, demasiado lento era mi avanzar hacia la orilla. Mi sueño me envolvía como lodo negro y denso.

Una piscina en medio del recinto, de bordes irregulares, piedras a su alrededor; gibosos montículos en el agua oscura, de la que brotaba niebla... Columnas reventadas. El techo, abovedado. Más bien una gruta. Agrietado hormigón que se perdía entre vapores y brumas de un misterioso amanecer...

La conciencia vacilaba. No podía decidirse entre el sueño y la realidad.

Más chapoteo. Círculos escaparon sobre el agua para refugiarse en la negrura. Di unos pasos adelante. Pronto tendría que irrumpir la luz del día, romper en mil pedazos aquel cuadro absurdo y destruir las horribles visiones.

Nuevas risitas. Movimiento.

Mis pensamientos giraban enloquecidos. Mi cuerpo reaccionó y emprendió la fuga. Las piedras de la orilla eran rostros, cabezas que sonreían con repugnantes muecas. Sus bocas se encogían y ensanchaban, susurraban y luego se abrían para producir carcajadas sin sonido... Vi desordenadas cabelleras nadando en el agua como jirones de musgo.

«Diana... —cloquearon—. ¡Diana! ¡Diana! ¿Dónde te metes? ¿Por qué no enciendes la luz?»

Movimiento en el agua.

Corrí a la puerta y di vuelta a la llave, una, dos, tres veces. La saqué. Estaba rota.

Se acercaban. Les oía detrás de mí.

Sentí pánico. En un rincón de mi cerebro se rebelaba algo que seguía confiando en la salvadora claridad del despertar.

Me tenían cercado. Me acechaban. Iban desnudos o cubiertos de harapos. Vi barbas y largos pelos sucios e hirsutos. Sus cuerpos estaban cubiertos de llagas, de piel negra y quemada, salpicada de abscesos supurantes. Las manos mutiladas se

adelantaron hacia mí. Todas contenían llaves rotas.

De repente, aquellos seres se arrojaron sobre mi persona, y los muñones de sus dedos, duros y mojados, rodearon mi cuello y me derribaron al suelo, manosearon mi ropa y me la arrancaron del cuerpo. Luché desesperado por sacármelos de encima, sacudido por el asco y el horror, pero todos me tenían agarrado como un tremendo peso pegado a mi cuerpo, como una purulenta y monstruosa excrecencia.

Me oí chillar. Fue un grito extraño, transido de espanto, el que salió de mi garganta. Entonces recibí una pedrada en la frente. El súbito relámpago no me trajo el despertar, sino que caí en una oscuridad aún más profunda y perdí el conocimiento.

Cuando desperté, era de día. Recordaba haber soñado algo horripilante. La luz se filtraba a través de las sucias ventanas de la cúpula y el agua tenía un grado de calor agradable. Bañaba mi cuerpo, y noté la fuerza que partía de su negrura. Un dulce adormecimiento envolvía aún mi cerebro y parecía fluir por todo mi organismo.

El viejo de la orilla se apoyó en sus manos para arrastrarse hasta el borde de la extraña piscina. De las piernas le quedaban sólo unos muñones.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó sonriente.

—Bien... Muy a gusto... —repuse despacio, con lengua torpe.

El hombre tomó mi brazo y me dio una inyección. Vi que el pliegue de mi codo estaba sembrado de puntos rojos y no sentí nada cuando me clavó la aguja, pero de aquel diminuto pinchazo partió un suave calorcillo que, adueñándose lentamente de mí, cubrió mi mente como un líquido espeso, acariciador y confortante.

—Tuvimos que amputarte los pies —dijo el anciano—. No tenían salvación.

Mi cerebro examinó mis piernas y buscó los fuegos. Pero éstos se habían apagado. Ya no sentía dolor.

Hice un lento gesto de afirmación sin abrir los ojos. Estaba satisfecho.

—¿Y qué hicisteis con mi cabeza? —musité al notar que la llevaba vendada.

—Una intervención sin importancia. El doctor Besley es un cirujano excelente. El mejor de todos. Pertenecen también a nosotros, los doctores, las enfermeras, el personal. Todos.

Sonreí contento y feliz.

—No nos lo hiciste fácil.

—Lo lamento —respondí, y de veras sentía no haber encontrado solo el camino hacia ellos.

—Ya tenemos otro más —explicó el viejo—. La batida ha comenzado de nuevo. Diana lo traerá esta noche. ¿Quieres recibirle con nosotros?

El hombre apartó las greñas blancas de su cara morena y surcada de cicatrices, y sus heridas sonrieron.

—Diana... —susurré, pensando en la chica que me había amado, aunque no logré recordar su rostro.

—Verás cómo te diviertes —continuó el desconocido con una risita interrumpida por la tos, y sus muñones temblaban de excitación.

—Si me dejan participar... —dije.

El viejo asintió amable. Me invadió entonces una alegría nueva. Era uno de ellos, pertenecía a su mundo, y en mi interior brotó una pequeña chispa punzante que se abrió paso hasta la superficie de mi conciencia y se apoderó de mí. ¡Odio a los otros, que viven en el mundo de encima, a los que no importamos en absoluto y que continúan su existencia como si nada hubiese pasado, que prefieren ignorarnos porque causamos repugnancia y angustia y somos carne en putrefacción!

Pero las cosas cambiarán. Cada vez serán más los que vengan a reunirse con nosotros, que vamos adquiriendo poder y nos hacemos peligrosos. No morimos, porque las aguas nos dan fuerza. Viviremos y somos felices, y no cesaremos hasta que se hallen todos aquí y pertenezcan a los nuestros.

—¿Les odias? —preguntó el viejo.

—¡Sí! —grité emocionado y llevado por la más profunda convicción.

—En tal caso, todo va bien —dijo el anciano con una sonrisa, a la vez que echaba pequeñas piedras a la piscina.

La negrura las engulló una tras otra. Parecían dedos de pies, quemados, duros y muertos.

—Nosotros la alimentamos, y ella nos alimenta —explicó.

Su boca negra y sin dientes se dilató hasta soltar una risotada muda. Su cuerpo descolorido y cubierto de llagas se sacudió, y yo reí con él, y luego aguardamos juntos el anochecer.

CEGUERA

Jürgen vom Scheidt

Jürgen vom Scheidt, nacido en Leipzig el año 1940. Estudios de psicología, sociología y filosofía. Como psicólogo diplomado cultiva desde 1967 el periodismo especializado en psicología y medicina. Aparte de diferentes publicaciones, que entre otros problemas se refieren al de las drogas, ha realizado también varias antologías de ciencia ficción.

«Cuando pienso en que mi luz se apagó a la mitad de mis días, en este inmenso y oscuro mundo...»

John Milton

Sus amigos batían los tambores hechos con troncos. El familiar ruido le indicó el camino a través del pantano de fuego cuyos llameantes hilillos de gas no podía ver. Sólo notaba de vez en cuando su calor, si se acercaba demasiado a ellos. El hombre caminaba erguido y muy seguro, sin depender ya del bastón. Después adivinó ante sí la gran masa de los edificios, de aquellos cuerpos extraños que él mismo había ayudado a construir. Pero de eso hacía ya mucho tiempo.

La máquina todavía no funcionaba. En caso contrario, lo hubiera notado.

¿Quién estaría hoy de guardia? Resultaba extraño que la gente de la estación tuviera que protegerse de los vetrocantos cuando los peludos colosos nada les hacían a él ni a sus amigos. Pero existían suficientes motivos...

Al llegar a poca distancia de la entrada, se detuvo en seco. Con cautela aspiró el aire por la nariz, cuyas células olfativas pronto se habrían atrofiado también. El aire estéril que llenaba el interior, exactamente adaptado a las condiciones terrestres, le producía cierta repugnancia. Pese a que, al principio, el exceso de dióxido de carbono imperante en Gomorra había estado a punto de matarle.

El hombre se hizo fuerte y siguió adelante a tientas, hacia el lugar donde, según su sentido y memoria, debía hallarse el portal. ¿Por qué había de vacilar? No tendría que renunciar por mucho tiempo al susurro de los patines telepáticos de la estepa, cuyas sencillas historias jamás penetraban a través de las masas de acero de la estación. Asimismo volvería a acariciarle pronto el cálido viento que desde los bordes de los conos volcánicos descendía a la llanura.

Y pronto también visitaría a Maureen en el otro lado del planeta. Pronto. Y le mostraría el camino.

El ciego se inclinó y pulsó el contacto.

El portal de cuarzo, de una translucidez azulada, quedó cubierto por una sombra torcida. Nadie se fijó. Luego parpadeó la señal luminosa. Los segmentos de la puerta se abrieron, doblándose, y un soplo de envenenada y ardiente atmósfera se introdujo en las fosas nasales de los hombres. Durante unos segundos se percibió el duro y casi

ametrallante retumbar de los gigantescos tambores.

Los dos guardianes se levantaron sobresaltados de sus asientos. Sus manos fueron a agarrar con ejercitada rapidez las armas radiactivas.

—¡Ah, eres tú! —exclamó entonces uno de ellos—. ¡Caramba, tienes una manera estúpida de asustar a la gente!

El ciego alzó la cabeza en un gesto de escucha, al mismo tiempo que las sensibles puntas de sus amarillentos dedos palpaban la pared. No respondió. Sólo el excitado pestañeo de los párpados que a medias cubrían unos globos oculares ya muertos delató la reacción del hombre. Como si quisiera defenderse, bajó el ala del raído sombrero, cuyo sucio color recordaba desagradablemente el cielo de Gomorra, hasta tapar los ojos.

Al fondo de la alta y larga nave se abrió sin ruido otra puerta.

—¡Eh! ¿Qué es ese jaleo?

—Nada, jefe. Llegó Thomas, el de la colonia.

—Pues llévale a la cantina y dale algo decente que comer, pero procura no llamar demasiado la atención, por los nuevos, ¿entendido?

—De acuerdo, jefe.

Cuando se hubo cerrado aquella segunda puerta, uno de los guardianes se dirigió al ciego y le tendió la mano.

—Ven, Thomas, hoy tenemos algo bueno para ti. Ya sabes que, siempre que nos visitas, encuentras cosas ricas.

—¡Pero, hombre, no le trates como a un niño pequeño! —gruñó el otro vigilante—. Estoy seguro de que te gana en mollera.

Después, movido por la curiosidad, dio un paso hacia el extenuado invidente y le murmuró al compañero:

—Fíjate, también en él empieza. ¿Ves ese bulto detrás de la oreja derecha?

El ciego pareció no oírles. Levantó uno de sus flacos brazos y señaló el pasillo, a la vez que sus labios exangües y agrietados pronunciaban frases ininteligibles.

—¡Pobre diablo! —comentó el otro guardián—. Pronto estará mudo, además.

Y, tomándole por aquella mano derecha que vacilante se movía de un lado a otro, lo llevó consigo.

El segundo vigilante volvió a sentarse a su mesa, como exigía el reglamento, dispuesto a registrar el caso en el libro, pero no logró concentrarse. ¿Era posible que aquel ser ciego, pronto también sordo y mudo, hubiera sido un día su amigo; que Thomas Álvarez fuera ingeniero del Departamento de Investigación Física de Cuerpos Sólidos del planeta Gomorra? Y ahora, dos hombres tenían que vigilar constantemente la entrada, porque quienes habían permanecido sanos tenían miedo de los enfermos... Eso también se podía interpretar de manera psicológica, pero todavía resultaba más desagradable...

En la cantina, Thomas fue recibido con gran amabilidad. Casi todos le conocían de antes. John Lee Hooler, el nuevo técnico en corrientes, le siguió impresionado con la mirada. Aún no sabía que, probablemente, él tendría el mismo aspecto algunos meses más tarde.

El guardián compuso para Thomas un menú a base de tiernísimo filete con patatas fritas, lechuga y budín de vainilla, todo ello servido inmediatamente por el autómata, pero cuando media hora después volvió para ver qué tal le sentaba la comida al ciego, se encontró con que no la había probado. La carne y las patatas estaban ya frías.

—Probablemente no tiene apetito —comentó el técnico, a quien, entretanto, habían comunicado que Álvarez era uno de los ingenieros víctimas de los intentos realizados con el transmisor de materia—. Quizá entró porque afuera tenía demasiado calor o, simplemente, está cansado.

—En el exterior impera desde hace varias horas una temperatura de cuarenta y nueve grados Celsio. ¿A eso lo llama usted calor, en comparación con el clima infernal que tenemos por regla general?

—Bueno, pues él sabrá por qué vino. Pero me pone nervioso su actitud ausente, de total inmovilidad...

—No todos pueden ser tan activos como usted —contestó el vigilante, un poco molesto.

—¡Bah!

El joven técnico se acercó al autómata de los discos, pintado de los colores más chillones, y echó una moneda que el aparato engulló con fuerte chacoloteo. Una lucecilla se encendió. Por primera vez leyó Hooler, de manera consciente, el texto de la pequeña placa de latón situada encima de la ranura:

PARA NUESTROS CIEGOS

—¿Cómo? ¿Acaso el gobierno de la Tierra no se ocupa de ellos? —preguntó con asombro, de cara a los demás.

Su voz tenía aquel tono espontáneamente ingenuo que sólo pocos conseguían contener cuando por vez primera se enfrentaban con el problema. Todos sus colegas se lo hubiesen podido explicar: que el sistema planetario solar se hallaba a una serie de años-luz de distancia, que a los gobernantes de la Tierra les importaba un comino lo que ocurría en Gomorra, que aquellas míseras monedas del autómata apenas servían para nada, que sólo eran un gesto camaraderil... Pero, ¿para qué remover de nuevo todo aquello?

No obstante, las palabras de Hooler debieron impresionarles, porque todos le miraron a la vez, como por orden, mientras sus rostros adquirían un gesto terriblemente uniforme de amargura.

—¡Idiota! —murmuró Lindhuth, el experto en radiaciones, sin que tal palabra encerrara ofensa ni reproche alguno.

Si acaso, expresaba compasión. Así la interpretó también Hooler hasta que recordó el contrato firmado en la Tierra, cuatro o cinco semanas atrás. Juntamente con el telemecánico Aizerman. Su cutis, profundamente negro, empezó a brillar. Captaba con rapidez cualquier problema, si disponía de suficiente información. Secas náuseas agarrotaron su garganta, y Hooler se apresuró a apartar la vista del ciego, que continuaba en su silla como una estatua antigua, ante una mesa de mantel albo y unos manjares ya fríos y poco apetitosos. Thomas Álvarez era el único en toda la cantina que no le miraba. Parecía muerto.

El negro leyó de nuevo la plaquita de latón. PARA NUESTROS CIEGOS. «Para nuestros ciegos...»

¿Había más gente como ese pobre Álvarez? Se acordó de haber visto ya otros letreritos semejantes, en distintos lugares de la extensa planta de investigación.

Para distraerse, repasó de una ojeada la lista de discos.

Ciego. Idiota. Idiotas canciones de moda. Toda la vida ciego. Igualmente podría estar muerto, frío y muerto. Junto a noventa y nueve piezas modernas, un disco de Bach. De Johann Sebastian Bach, nacido en... Beethoven se volvió sordo. Pero ciego... ¿Cómo se entiende? Preludio y fuga en si menor. Órgano. *Ein Männlein steht im Walde, ganz still und stumm*^[1]... ¡Idiota! Ciego. ¡Idiota! Órgano...

Enfadado consigo mismo y sus desordenados pensamientos, sorprendentes en la mente normalmente tan lógica y serena de un técnico, Hooler pulsó la tecla F/17. La máquina despertó traqueteando para cumplir con su obligación. No tenía voluntad propia. Pero, ¿qué tenía que ver eso con la ceguera?

Pasó por la ventanilla una docena de discos hasta que el selector extrajo el elegido y lo dejó caer sobre el plato. El captor se deslizó diligente sobre el transparente disco de plástico y se introdujo con un crujido en el primer surco.

El *vibrato* de un poderoso órgano inundó la sala, baja de techo y sin decoración alguna. Los demás hombres, que todavía le observaban extrañados, intercambiaron miradas de interrogación. Ningún ruido interrumpió la audición hasta que, de pronto, entre las ricas notas del órgano surgió algo que no podía pertenecer al disco y que, sin embargo, contra toda lógica, no desdecía de la música de Bach. Los inesperados sonidos procedían del lugar donde estaba sentado Thomas. El ciego tenía una armónica en sus manos de finos dedos y extraía de aquel instrumento, con sus labios agrietados, una melodía que emocionó a todos los allí presentes. Propiamente era sólo una incesante cadena de sonidos, una melodía reducida a sus elementos básicos.

—¿Cómo se le ocurre tocar ahora, precisamente? —preguntó Hooler y recordó cierta taberna de Detroit, en el barrio negro; así como las prácticas técnicas en el *steel mill*, y a Claudette *baby*...

«... También aquellos que se limitan a aguardar, de pie, son sus siervos...», había escrito John Milton cuando ya perdía la vista.

Y Hooler se preguntó si él estaba dispuesto a servir.

Lindhuth dijo:

—El disco le habrá inspirado. Por cierto: ¿cómo se le ocurrió elegir música de Bach, Hooler?

«¿Cree ese tipo que, por ser negro, sólo conozco el *jazz*?», pensó el técnico nuevo, pero reflexionó y dijo en tono distraído:

—No sé por qué había de inspirarle el disco, si está casi sordo.

—Quizá percibió las profundas vibraciones...

—Sí, pero no las infravibraciones del órgano, sino las del hipotrón.

—¡Diantre, pues tienes razón! —intervino otro.

Se escuchaba claramente el periódico retumbar de la máquina cuyas imponentes bobinas y válvulas, instaladas a gran profundidad en el suelo rocoso de Gomorra, proporcionaban el impetuoso acompañamiento a la simple musiquilla de Thomas. El disco se acabó con una rascadura y volvió a su lugar.

Thomas Álvarez siguió tocando.

Stevenbourg dijo:

—Debe pensar en el trabajo que hacía antes en esta planta.

A lo que agregó Qun-ming, especialista en electrónica:

—Sospecho que sólo vino por eso. Para oír el transmisor de materia.

Y Hooler añadió:

—Medita con su armónica. ¿Escuchan lo que toca? Algo así como *blues*. *Country blues* de otros tiempos.

«¿Por qué no dejará de martirizarnos con su instrumento?», pensó, pero dijo en voz alta:

—Aquí hablan todos demasiado.

Sus colegas callaron, sin saber qué responder, y se acercaron al ciego, que no interrumpía su cadena de melancólicas notas, sonidos que hablaban del dolor de la ceguera, de su propio sufrimiento y del de los demás hombres que, ciegos e indefensos como él, estaban condenados a vivir en el venenoso infierno que era Gomorra, porque nadie debía enterarse que ellos existían siquiera. Porque nadie debía saber lo peligrosos que eran los experimentos realizados en ese mundo. Sin embargo, Hooler descubrió también, en la pieza ejecutada por Thomas, breves jirones de una música alegre y despreocupada, que no sabía cómo incorporar al resto. Ciertamente era que el *blues* no expresaba únicamente tristeza: en los momentos más imprevistos dejaba asomar travieso el alborozo. Una música locamente jubilosa que se hundía de pronto en la más profunda aflicción... Hooler recordó al guitarrista negro que tocaba con un cuello de botella roto, como antaño. ¿Cómo se llamaba? Stormy Weather, ¿no? Y Claudette era una revelación, cuando la tenías estrechamente abrazada en el humoso ambiente de la sala, muy pegada a ti, los oídos y la cabeza y el ondulante cuerpo llenos de golpes rítmicos del *blues*. Era tan tierna, tan ardiente, tan...

Lindhuth intervino:

—¿Y a qué viene eso de tocar ahora *blues*?

—¡Hey, cállate! No molestes continuamente con tus preguntas tontas.

Se acurrucaron a los pies del ciego, escuchándole. Se volvieron como niños. Intentaron cerrar los ojos e imaginarse cómo debe ser un mundo sin luz, sin colores..., sólo para abrirlos de nuevo, espantados, porque la armónica de Thomas les contaba algo muy distinto a lo que se habían figurado bajo una oscuridad sin fin. Sólo el negro John Lee Hooler, técnico en corrientes y con doble graduación académica, sentía también lo otro, lo no triste, lo no oscuro, la claridad diferente. Pero tampoco él acababa de entenderlo. ¿Qué inspiraba alegría a aquel pobre diablo? ¿Qué se la podría inspirar, si la luz de sus ojos se apagaba a medio camino en ese mundo enorme y tenebroso? Hooler quiso marcar con las manos un ritmo duro y lleno de vigor. Sintió deseos de bailar, de expulsar de sí el miedo con el movimiento... Abajo, el incesante y homicida hipotrón.

«También Bach suena a *swing*, y eso es consecuencia de los instrumentos de cuerda, que resuenan como los platillos cuando el batería los golpea, cuando sus baquetas pasan fugaces, como llevadas por su propia voluntad, sobre los tensos cueros, como el silbido de...»

Debajo de ellos, el gigantesco generador producía su ritmo particular mientras unos hombres intentaban, por milésima vez, teletransportar una bola metálica del diámetro más conveniente —un milímetro— por un recorrido —también el más conveniente— de ocho metros. Y ese ritmo carcomía los cuerpos de los hombres que se hallaban en el edificio y provocaba en ellos una expulsión incontrolada de hormonas, lo que poco a poco destruía sus sentidos.

Pero la armónica de Thomas Álvarez aún tenía más que contar.

Cuando el hipotrón de la nave abierta en el subsuelo enmudeció, porque la mayor parte de los técnicos ocupados en el experimento habían acabado revolcándose en medio de convulsiones sobre el emparrillado, como era de esperar, calló también, cien metros más arriba, la armónica de Thomas. El ciego estaba rodeado de hombres agotados, que seguían escuchándole atónitos. A su lado yacía el sombrero, de un gris sucio y sin forma alguna. Las gotas de sudor resbalaban lentas, como si no acabaran de decidirse, por la arrugada frente del músico, y descubrían delgadas tiras de pálida piel entre la corteza de polvo que, como coraza protectora, cubría el resto de su cara. Por fin, Álvarez, con manos temblorosas, se guardó el abollado instrumento en un bolsillo interior de su abrigo. Ahora que el sombrero no cubría su cabeza, quienes estaban a su alrededor pudieron distinguir claramente la fina red de excrecencias que, partiendo de los ojos y las orejas, se extendía ya por debajo de la epidermis de la cabeza, totalmente calva. La tumoración había alcanzado ya su último estadio. Esa era la postrer visita de Thomas Álvarez a la estación. En adelante ya no abandonaría la colonia de los ciegos que se entendían entre sí por medio de las ondas infrasónicas

de sus tambores y buscaban su alimento entre la abundancia de hongos que ofrecía el planeta, como una nueva raza de animales.

Hooler dijo caviloso:

—Me interesaría saber si los ciegos, pese a vivir apartados de lo que antes fuera su mundo, son capaces de seguir pensando de forma sensata y humana. No me importa que los psiquiatras afirmen diez veces lo contrario. Un hombre normal no se convierte en cretino sólo porque sus órganos sensoriales ya no funcionen. ¿Por qué no deben poder pensar a otros niveles distintos? Un genio continúa siendo un genio aunque quede ciego y sordo y mudo...

Pero nadie le escuchaba. Los hombres miraban fijamente a Thomas, que se había levantado con torpeza, buscando apoyo, falto de seguridad. Desde que terminara de tocar la armónica, sus labios murmuraban sin cesar palabras ininteligibles, semejantes a conjuros de un antiguo hechicero. Sus extrañas gesticulaciones crearon un ambiente y una tensión que fue en aumento hasta envolver a todos los presentes en la geometría de tales movimientos.

Hooler se dijo:

«Mediante estos gestos quiere borrar anteriores modos de actuar y dar paso a otros nuevos. Sabe muy bien lo que quiere. Pero Álvarez no sólo despierta miedo en nosotros, sino también ira. ¿Cuándo romperá alguien el embrujo con una palabra de broma, con una risa o con una maldición? ¿Cuándo se levantará alguien indignado para deshacer los exorcismos de un practicante de la magia negra, de un sacerdote vudú que pretende transformarnos a todos en zombis sin voluntad, en no-muertos o, si se prefiere, en vampiros...?»

Thomas Álvarez se esforzaba visiblemente en hablar, pero su laringe debía estar ya muy atacada, porque de su boca sin dientes no salieron más que vagos graznidos. Hooler, que le tendió de manera automática sus dos brazos, emitió una sorda exclamación. No había contado con que aquellas manos de aspecto tan débil encerrasen todavía tanta fuerza. Sin dejar de crascitar enigmáticos sonidos, el ciego fue palpando el brazo del negro y, despacio, deslizó los dedos por sus hombros. Esos dedos casi transparentes, envueltos en una red azulada de venas perfectamente visibles, avanzaron por el cuello de Hooler. El negro no sabía cómo comportarse. Sudaba. Después notó que aquellos dedos examinaban con detención su tosco rostro y leían en él como en un libro abierto. Sus ojos, su nariz y su boca eran para Álvarez las letras del más antiguo alfabeto de los ciegos.

Cuando, por fin, Thomas dejó a Hooler, todos respiraron aliviados. Pero el enfermo aún no había terminado. De nuevo extendió los brazos en busca de ayuda, esta vez en otra dirección. Lindhuth fue quien los acogió ahora, soportando el mismo repaso.

Entonces comprendieron sus compañeros lo que Álvarez quería de ellos.

—¡Id en busca de Dollard! Era su mejor amigo y colaborador.

—Va a ser difícil. Está abajo con la máquina. Comprueba la cibernética...

—No importa. Eso corre de mi cuenta —intervino el jefe, que había entrado en la sala hacía ya un rato, sin que nadie lo hubiera observado. Y si la extraña escena de los técnicos acurrucados alrededor del ciego le causaba asombro, no lo demostró—. Creo que Álvarez tiene algo importante que comunicarnos —dijo—. Fíjense en sus gestos. Pide algo con que escribir. ¡Dádselo pronto! Cuando recuerdo que era nuestro mejor hombre...

—¡Traed a Dollard! ¡Y algo para escribir!

—¡Quién sabe si...!

Pero el jefe no continuó. Prefirió quedarse para sí lo que sospechaba. Alguien salió corriendo en busca de James Dollard, el especialista en cuántica. El teléfono se había estropeado, como solía ocurrir después de cada experimento. Otro hombre apareció con papel y un lápiz de gran tamaño.

Éste fue colocado en la delgada mano de Álvarez, que en el acto lo agarró. Los colegas tomaron luego esa mano y la depositaron suavemente sobre el amplio papel.

*No ampliar la intensidad de campo
del hipotrón
reducirla
campo sobresaturado
no coge la bola,*

garrapatearon los crispados dedos en letras grandes, torpes y temblorosas.

Cuando Dollard llegó jadeante y descifró las escasas palabras, exclamó con sorpresa:

—¡Bien pudiera tener razón! Siempre creímos que bastaba con desmaterializar la bola, enviarla mediante una frecuencia de control y volver a componerla según el modelo de molécula de la memoria...

Hooler preguntó:

—Un exceso de energía influiría sobre la barrera de potencial entre ambos puntos, ¿no?

—Es probable que quiera decir eso. Teníamos intención de comprobarlo el año próximo en la serie P. —respondió Dollard.

El jefe añadió:

—Hay que hacerlo en seguida. Usted, Qun-ming, caliente al máximo sus tubos H, los tres, pero con una eyección mínima. Haga la prueba. Y usted, Watkins, prepare el horno de carbón. El pequeño. Lindhuth...

Dollard le interrumpió:

—Deberíamos ocuparnos de Thomas, al menos, y esperar a que los enfermos estén acostados. Hoy las bajas fueron considerables. Siete hombres.

Y de cara a Thomas agregó:

—¿Cómo te encuentras?

Apenas pronunciadas estas palabras, calló impresionado. Se había dado cuenta de que el ciego ya no podía entender su bienintencionada pregunta. Entonces apoyó sus manos en las del amigo inválido.

Álvarez volvió a acurrucarse en el suelo e invitó a Dollard a hacer lo mismo. Agachado allí, con los descarnados brazos rodeando sus encogidas rodillas y los ojos muertos mirando a la nada, parecía más una momia disecada e increíblemente viejo que un genial investigador de la materia. Sin duda, el invidente intentaba concentrarse, ya que los surcos de su despejada frente se hicieron todavía más profundos y las venas resultaron gruesas y pulsantes. Como antes, cuando tocaba la armónica, le contemplaban todos sin apenas respirar, embrujados por su figura y su actitud aparentemente tan inexplicable.

De pronto lanzaron un grito, todos a una.

Y Hooler exclamó:

—¡Se ha movido!

Movido no era quizá la expresión adecuada. *Trasladado*, si acaso. Los demás habían vuelto la cabeza y le miraban atónitos. Álvarez no estaba en su sitio, en medio del círculo, sino fuera de él. Como un muñeco de goma inflable, al que le sueltan el aire, se fue encogiendo poco a poco hasta quedar apoyado en la desnuda pared, a punto de perder el conocimiento.

—Mediante una frecuencia de conducción se ha corrido tres metros sin mover siquiera un músculo —musitó Dollard.

—¡Ha descubierto el secreto de la traslación psíquica de la materia! —exclamó Hooler con admiración y respeto.

—¿Teleportación? ¡Imposible! ¿Dónde está el truco? —jadeó Lindhuth.

—Debió seguir trabajando para solucionar su problema —dijo Dollard—. Al no disponer de sus aparatos e instrumentos, buscó otros caminos. En realidad, ¿por qué no hay que poder atacar el problema en ambos sentidos?

—Eso. Desde el universo exterior —agregó Hooler— y desde el universo interior...

—Hemos de someterle a una revisión minuciosa, exhaustiva —ordenó el jefe—. Es preciso averiguar cómo lo hace..., ¡aunque para ello tuviéramos que desmontarle como a una de nuestras máquinas averiadas!

Thomas Álvarez no pudo haber oído sus palabras. Sin embargo, su pétreo rostro de anciano perdió de súbito toda rigidez y sus crispados rasgos se ablandaron. Una sonrisa, la sonrisa de un niño pequeño, los iluminó.

—¡Sujetadle! —gritó el jefe, dándose cuenta de lo que iba a suceder, y se arrojó con todo su peso sobre el ciego.

Pero llegó tarde.

Con un extraño ruido se llenó de aire el vacío dejado por el cuerpo de Álvarez al desaparecer éste. El ligerísimo golpe de viento levantó la hoja de papel y la arrastró hacia donde, momentos antes, había estado todavía el invidente.

—¡Nos ha engañado! —protestó el jefe con indignación.

—¿Acaso merecíamos otra cosa? —repuso Hooler, cuyos pensamientos volaron a una taberna de negros de Chicago y a otra de Detroit, siempre llenas de humos, haciéndole recordar el calor y la atmósfera cargada y el estrépito del *steel mill*, un cuerpo de mujer que emanaba un aroma semejante al de la flor de almendro y también, de pronto, las selvas vírgenes y los pantanos de Gomorra...

Cruzó la estancia camino del tocadiscos y eligió un disco de *blues* que hizo trepidar todo el aparato. Hooler seguía el compás golpeando la combada tapa de plástico, a la vez que cantaba a media voz: PARA NUESTROS CIEGOS, hasta que el jefe, rojo de ira, arrancó el enchufe de un tirón.

Los dos hombres se miraron en silencio hasta que el director dio media vuelta y abandonó la sala.

—¡Vete a la m...! —le gritó Hooler, antes de que la puerta se cerrara de un golpe tras él.

El ruido le recordó un poco —aunque no sabía por qué— aquel otro con que había desaparecido Thomas Álvarez. Se agachó y enchufó de nuevo el aparato. El disco de *blues* continuó aullando donde se había interrumpido.

A Hooler le resbalaron las lágrimas por su cara negra. Pero su boca reía, su cuello reía, todo el cuerpo estaba lleno de liberadoras carcajadas, y sus piernas se movieron al son de la música.

El familiar glu-glu del líquido contenido en los guanábanos, que alcanzaban la altura de un hombre, le indicaba el camino. No necesitaba ver su brillo anaranjado, como en los primeros meses. Thomas Álvarez sabía perfectamente cuándo debía escapar a los traidores pozos del pantano, porque el suelo que sus pies pisaban sonaba y cedía de otra manera. Apenas notaba ya el continuo goteo sobre su pelado cuero cabelludo, pero el monótono tic-tic de los cipselos relojeros, algunos de los cuales pasaban casi rozando su cabeza, significaba para él la presencia de unos seres amigos. Conocía exactamente su ritmo. Bastante le había costado distinguir sus voces. Y el pájaro cuyo compás era distinto sólo podía pertenecer a la bandada de Steffen Kullasan.

Ahora debía hacer nuevo acopio de fuerzas. Los tambores habían callado. Los macizos edificios de la estación quedaban atrás. Álvarez sintió la creciente vibración del suelo, cuando el hipotrón fue puesto en marcha, y antes de que los estremecimientos se hicieran insoportables, pensó:

«¡Maureen!»

Nuevamente fluyó el aire en un vacío. Atrás quedaron también los pájaros relojeros. Su paciente tic-tic mantenía la misma frecuencia. Un vetrocanto gritó cerca de él, y sus dos hembras le respondieron con timidez.

El portal de la estación, de azulado cuarzo translúcido, se abrió de golpe. Dos

hombres vestidos con un traje protector salieron al exterior con torpes y lentos pasos. Sus manos, cubiertas con toscos guantes, empuñaban armas radiactivas de largo alcance.

EL PRIMER AMOR

Gerd Maximovic

Ya conocemos a este autor por la narración anterior, Colisión.

Walter Ronnegart, acreditado de primera categoría, se revolcó en su lecho. Un frío sudor cubría su frente. Su delgada figura se encogía bajo imaginarios latigazos. El cuerpo, encorvado, le dolía. En sus ojos había temor. De vez en cuando, sus labios se contraían. Tenía el pelo revuelto y pegajoso. Walter yacía vestido, con la ropa arrugada y en desorden.

La alcoba era sencilla. La puerta se hallaba a la derecha. Al entrar se veía, a la izquierda, una caja metálica de color castaño, con unas vetas pintadas. Era el armario. A su lado, la cama, y junto a ésta una mesilla con una lámpara de oficina, despertador, unos lápices, papel, documentos y las gafas. Detrás de esa mesa, un cuadro de luz suficientemente grande para dar claridad a la pieza: una ventana sin cortinas. De la pared derecha pendía un retrato del Primer Agresor. Debajo, un televisor. Encima de éste, un calendario de mano que señalaba el día 12 de junio del año de gracia de 2995. En el centro de la habitación yacía una silla volcada. Al lado, una butaca. El suelo no estaba cubierto por alfombra alguna. Las paredes presentaban, como el armario, un veteado feo y monótono. El techo, desnudo, era blanco.

En su centro había un gancho. De éste colgaba antes el diploma de Ronnegart, bien visible para todo el que entrara en el cuarto. Pero ahora se lo habían retirado. Ya no era nada. Ni nadie. Un papel en blanco, como un terreno inexplorado.

Walter, acostado en su cama, tiritaba. Sus pensamientos eran sombras inquietas y fugaces. Un porvenir amenazador envolvía culebreante su lecho. No esperaba el hombre que tuviesen mucha comprensión para su caso... Walter se estremeció. No lo merecía, en realidad. Era un traidor. Sellado como tal, se encontraba ahora desnudo.

Medio año antes hacía frío. El invierno había comenzado pronto y, pasadas varias semanas, el hielo se amontonaba cristalino por doquier. La gente se frotaba las manos y tenía el rostro enrojecido. Ronnegart era un acreditado de primera categoría y le correspondía, por lo tanto, llevar abrigo de piel. Valía la pena ser un adicto al régimen. Walter recordaba con ilusionada emoción la época de sus exámenes. Le parecía volver a respirar el olor de las aulas y la magnífica atmósfera y creía ver de nuevo los esperanzados ojos de sus compañeros, que sólo ansiaban demostrar sus conocimientos y su convicción. Él había sido clasificado como aspirante de primera categoría. Entre casi siete mil examinados sólo fueron objeto de tal distinción, aparte de él, Richard Heisler, Peter Ripp y Elisabeth Maibaum. Heisler fue nombrado administrador jefe de Alemania. Ripp ocupó el mismo cargo en el territorio austro-húngaro. Maibaum se había convertido en psicóloga jefe del grupo B y tenía bajo su mando a todo un ejército de demagogos. Era extraordinario el modo en que los cuatro elegidos se comportaban. Ni la sombra de una emoción sentimental turbaba su alegría. Uno miraba al otro de manera fría y objetiva, calculando su mutuo valor para el Primer Agresor, con el fin de notificar inmediatamente a la central cualquier supuesta debilidad del compañero.

Una de las advertencias contenidas en el manual era la siguiente: «Si os regaláis

con recuerdos sentimentales, envejeceréis.» Los aspirantes no hacían mucho caso de esa frase, de todos modos, y tampoco los instructores insistían demasiado en ello. De momento quedaba fuera del alcance de los jóvenes. Luego —y de eso estaba muy seguro Ronnegart en aquella época—, quien tropezara con esa advertencia se acordaría de ella y extraería sus consecuencias. No se exigía más, ni era necesario. Claro que unas consecuencias pasadas por alto podían desnucarle a uno. Más tarde o más temprano se manifestaría la blandura y, entonces, el ojo atento del Primer Agresor y de sus esbirros humanos caería sobre el pecador y...

¿Qué, qué sucedería en tal caso? Establecer cuatro puntos y dejar el resto ominosamente en el aire, no era respuesta. Nunca se había dicho con claridad lo que se haría con los pecadores. Los procesos públicos se limitaban a los grados inferiores. Se consideraba que el Primer Agresor había sido lo suficientemente infalible en la elección de los acreditados de primera categoría. ¿Dudar de la élite...?

Ronnegart suspiró interior y exteriormente, como comprobó asustado. Contuvo la respiración y se volvió del lado izquierdo en la absurda esperanza que ese ruido hiciera olvidar su lamento.

Se encontraba frente al ojo avizor del telerreceptor.

«Mi principal amor es el Estado —pensó Ronnegart—. Es mi todo. Amo al Primer Agresor. Le amo como al cielo y como al infierno. El Estado es mi amante y mi madre al mismo tiempo. Él me alimenta y protege. Me da lo que me corresponde. Me trata con justicia y extiende su mano defensora sobre mí.»

Ronnegart tomó aliento. El ojo permaneció frío e indiferente.

Había descubierto el objeto espía en un día de primavera, cuando regresaba a casa. La jornada había transcurrido sin inquietudes especiales y sus pensamientos le tenían muy apartado del momento actual cuando una voz interior le hizo alzar la cabeza y volverla lentamente. Lo vio en seguida. Se hallaba entre las hojas y señalaba en su dirección. Fue pura casualidad que lo descubriera, porque el espía se había adaptado a lo que le rodeaba y, de no haber conocido Ronnegart el modo de actuar de tales ingenios, le habría pasado desapercibido. Lo que naturalmente ignoraba era cuánto tiempo hacía que le vigilaban. Podía haber empezado la cosa días, semanas o incluso meses atrás. Y lo que era peor: Walter Ronnegart no sabía por qué motivo era perseguido. Aquella noche se devanó los sesos y rebuscó en su memoria, intentando dar con la menor indicación. Nada; no encontró absolutamente nada.

A Ronnegart le constaba que nadie era vigilado de manera automática. El archivo central de Londres era tan perfecto, que sólo en casos especialmente críticos se recurría a los espías. El fichero contenía datos sobre cada persona viviente y abarcaba todo aquello que el Primer Agresor consideraba interesante saber.

«Mi amor es el Estado», se dijo Ronnegart, y su rostro perdió algo de la tensión anterior.

Empezando por el cuadro estructural del cuerpo humano, hasta llegar a un análisis de su cerebro y de sus conceptos generales, Ronnegart había oído comentar que la

administración londinense estaba en situación de calcular por adelantado cada paso del hombre. Aunque ese rumor encerrase sólo un granito de verdad: quizá sirviera para explicar la aparición del espía. A Walter le brotó el sudor al recordar sus pensamientos de entonces. El rumor encerraba un puñado de cuarzo, y no un granito de arena.

Ronnegart retuvo un rato sus reflexiones y, cuando éstas por fin se le escaparon, se dijo: «Si es cierto que pueden prever ciertas cosas, ¿por qué permiten que sucedan? No comprendo que el sentido de un orden preventivo sea convertirse en cómplice por omisión...»

El hombre se asustó, pero ni siquiera pestañeó y su retina no sufrió la más mínima transformación. «Soy de escasa fe —pensó arrepentido—. Quisiera que el Primer Agresor pudiera perdonarme.»

Pero los tercios razonamientos volvieron.

El demonio se le había aparecido a los pocos días de descubrir al espía. Tenía el cabello rubio, ojos tristes, una bonita figura y otros encantos que, a primera vista, Ronnegart no hubiera sabido describir. Lo malo era que esa persona no tenía en absoluto aspecto de demonio, por lo que el joven no se esforzó en reconocerlo como tal. El fatal primer apretón de manos, aquel contacto breve y, no obstante, decisivo para siempre... Él se comportó como un colegial, pese a que sobre sus hombros reposaban unos ojos despiadados, que midieron su presión sanguínea y sus corrientes cerebrales, su transpiración y su valor imaginario. Los aparatos llegaron a sus conclusiones mientras las agujas indicadoras se deslizaban sobre escalas, los autómatas calculadores arrojaban interminables tiras de papel y, entre la confusión de luces, ardían ojos como carbones encendidos. Mientras un cartoncillo rojo resbalaba con tenue silbido por el correo tubular e iba a caer al cesto de la estación B, Walter susurró algo al oído de la muchacha, con el resultado de que sus palabras, aumentadas por el oído electrónico, resonaron en los altavoces como la tormenta del Juicio Final. Aquella misma noche, los expertos sacudieron la cabeza al comparar valores y datos. No podían dar crédito a lo que tenían ante sí y pulsaban botones entre maldiciones y alabanzas para el Primer Agresor. Sus ojos estudiaban las imágenes, sometían a examen la rápida despedida y registraban los nuevos valores: presión sanguínea, transpiración, reacciones cerebrales, etcétera. Cuando Ronnegart se durmió, las agujas retrocedieron y los expertos respiraron con alivio: el fenómeno desembocaba en los cauces normales y controlables.

«El Primer Agresor y su Estado forman una unidad infalible, que no sufre errores...»

Las palabras se formaron casi por sí solas en los labios de Ronnegart. En su perfección, el Agresor había tomado la decisión justa. Reclusión doméstica. La habitación podía considerarse demasiado pequeña, una verdadera cárcel, pero el solo hecho de saber quién había ordenado el arresto la convertía en magnífica.

Ronnegart se sentía satisfecho. Era mejor ocupar ese cuarto que uno de los fríos y

húmedos calabozos de Brest en los que, según se murmuraba, los presos estaban sujetos a las paredes por medio de cadenas. También era preferible a las toperas de la Luna o a las tiendas de oxígeno de Marte. No quería decir eso que, en tal caso, Ronnegart hubiera protestado, porque todo lo aceptaba como voluntad divina y de la Agresión. Sin embargo, muchos ejemplos revelaban lo bien que él era tratado, y hasta qué punto sabía valorar el Primer Agresor la fidelidad, aunque fuese acompañada de debilidades humanas. La intuición del alto funcionario, una visión del mundo en formato de bolsillo de chaleco. Una capacidad de adaptación ya heredada... Todo ello, junto a una lealtad aparentemente perruna. El delito: una breve llamarada de amor impuro y esa chispa de fría luz que sólo podían anotarse indirectamente en su cuenta...

Ronnegart se complacía en sus pensamientos. Una disposición del Primer Agresor en tal sentido reportaba al Estado y a Ronnegart las máximas ventajas.

Walter Ronnegart pasó las piernas por encima del borde de la cama, las apoyó con firmeza en el suelo y se irguió en toda su altura.

La sumisión es la servidora del Estado.

Ronnegart se hundió un poco en sí mismo e inmediatamente tuvo conciencia, otra vez, de sus ojeras, de su barba descuidada y sus cabellos revueltos. Todo eso demostraba el verdadero estado de ánimo del arrestado. El hombre pensó algunas frases rutinarias sobre la humildad, pero le costaba concentrarse. Volvió a sentir frío. Dio un par de pasos inquietos por la alcoba y se acercó a la puerta.

—¡Deténgase! —ordenó una voz cortante que partía del televisor—. ¿Adónde quiere ir? ¿Por qué se ha aproximado a la puerta?

Ronnegart quedó inmóvil, con la mandíbula colgando. ¡Qué vigilancia! No había creído que llegara a tanto cuando, por la mañana, la voz le había ordenado permanecer en su habitación.

—¡Responda!

Walter contestó con esfuerzo:

—Presento mis disculpas. Me acerqué a la puerta de forma impensada.

La voz no dijo nada más. El arrestado esperó un rato totalmente quieto. Luego retrocedió poco a poco. Se arrimó a la ventana. Su cuarto se hallaba a varios centenares de metros sobre el nivel del suelo. Ante el rascacielos reservado a los acreditados de primera categoría se extendía una pradera salpicada de árboles que se perdía prácticamente en el horizonte y lindaba con el aeropuerto espacial. Los lejanos edificios parecían cajas de cerillas, y las rayas negras que destacaban contra el cielo eran las torres. Detrás de las siluetas se sumergía la eterna esfera roja y belicosa, sitiada por nubes. Anochecía, y unas máquinas a las que el Primer Agresor había prohibido todo pensamiento independiente, iban anotando los valores de claridad. El disco se oscureció, adquirió un aspecto lechoso y por fin se tiñó de negro. Así permanecía durante toda la noche para volver a hacerse transparente hacia las seis de la mañana. Ronnegart se retiró de la ventana. Tomó el despertador y lo miró. Las

nueve. La hora del programa de televisión.

Se echó en la cama, cruzó los brazos en la nuca y aguardó a que la pantalla se iluminara.

Primero apareció la carta de ajuste. Walter la había visto ya tantas veces, que hubiera podido dibujarla con ojos cerrados. En la mitad derecha, la expresión interrogante y suplicante de un ser humano. Las manos extendidas en un gesto de imploración: el símbolo de un niño que acaba de descubrir la primera chispa de la inteligencia. Al otro lado, omnisapiente y preclaro, el Primer Agresor. Al menos, así se interpretaba la expresión de éste, y Ronnegart estaba convencido de no equivocarse. El Primer Agresor sobrepasaba en dos cabezas al otro ser humano de la pantalla. Una túnica larga hasta el suelo cubría su cuerpo de gelatina verde. Tenía la cabeza redonda, con ojos negros en forma de botones y unas antenas cortas. En el interior de la cabeza había unas cuerdas rojas y nudosas: los principales cordones nerviosos. El Primer Agresor carecía de párpados y pelo, y de no haber estado acostumbrados a su aspecto, se le hubiera podido tomar por un hidrocefálico. Pero los hechos demostraban bien a las claras que no había en él el menor signo de imbecilidad. La postura sumisa del coronel Beauregard en la pantalla lo confirmaba de sobra.

Sonó un gong y desapareció la imagen de espera. Ocupó su lugar un locutor de voz acerada. Éste saludó a los telespectadores y después anunció el programa:

«Esta noche vamos a presentarles un ejemplo de la perfección del Primer Agresor y de su Estado. Este caso les demostrará la infalibilidad con que actúa el Estado cuando se ha producido una alta traición. Como final edificante y ameno les ofreceremos una inquisición personal.»

Sonó de nuevo el gong y se desvaneció el rostro del locutor. Ronnegart sonrió satisfecho. El programa resultaría interesante y le distraería de sus preocupaciones.

La pantalla presentó un edificio gigantesco y redondo, sobre el que flotaban docenas de vehículos aéreos, y luego penetró en sus pasillos interiores.

«Aquí ven ustedes el Archivo Central del Estado, en la ciudad de Londres. En él se reúnen todos aquellos datos que algún día pueden interesar al Estado. La máquina calculadora que tienen delante proporciona, en una fracción de segundo, la respuesta a cualquier pregunta razonable. Fue en este lugar donde por primera vez se descubrió la pista del traidor al que hoy nos vamos a referir. Y con ellos, señoras y caballeros, hemos llegado al caso Walter Ronnegart.»

El nombre vibró en la pantalla, y Ronnegart contempló las palabras como hipnotizado. Luego desapareció el texto y vio su propia cara, fotografiada por el espía del televisor. Sus ojos se le salían de las órbitas, tenía la boca abierta y el espanto ardía rojo en sus mejillas. El espía se elevó del televisor y, lentamente, voló alrededor del acusado. De pronto, éste empezó a sudar. Las gotas brotaron de su frente, resbalaron por su cogote... El espía se detuvo a un lado, para mostrar su perfil.

«¡Miren al traidor!»

Ronnegart sacudió débilmente la cabeza y cerró los ojos.

«Como ustedes mismos pueden observar, no revela arrepentimiento alguno, ni tampoco comprensión», dijo la sibilante voz.

¿Cómo era posible? ¿Por qué llevaban a la pantalla el caso de un acreditado de primera categoría? ¿Si con ello perjudicaban a su propio sistema! ¿Acaso no reconocían, de ese modo, que se habían equivocado en la elección y que no sabían distinguir a los funcionarios leales de los traidores? Ronnegart, que se había incorporado a medias, se dejó caer hacia atrás.

La imagen y el texto se ocupaban de su vida anterior. Se habló de su educación aparentemente normal en la Casa de los Niños, de su adolescencia, de la época de los exámenes... Una voz maliciosa confirmó sus buenas calificaciones. Varias veces apareció al fondo, como una sombra, el Archivo Central, y se vieron personas que, con unos papeles en la mano, expresaban su sorpresa.

La película estaba bien realizada. Poco a poco aumentaba la tensión al dar a conocer los hechos de manera casi vacilante. La amenaza encerrada en la vida de Ronnegart consistía, precisamente, en la absoluta normalidad con que ésta había transcurrido, en que era intachable... Cualquiera que hubiese llevado esa existencia, estaría orgulloso de ella. ¿Dónde se hallaba, pues, el fallo? ¿Qué había que evitar para no acabar como Ronnegart?

De vez en cuando volvía a salir la imagen del traidor: cómo yacía sudoroso en su lecho, esforzándose en no apartar los ojos del techo.

El hombre no se atrevía a desconectar el televisor.

«Efectuaba su trabajo con puntualidad y entrega —prosiguió el locutor—, como era de esperar en él.»

Y en la pantalla se vio a Ronnegart inclinado sobre un fichero, sin recelo y un poco cansado.

«No cometía errores —agregó la voz—. No en vano había ascendido a tan alto cargo. El propio Primer Agresor se interesaba por sus adelantos.»

Ronnegart se encogió. Hasta ahora no se había dado cuenta de que el reportero hablaba en pretérito, como si se tratara de un asunto histórico; como si él, Walter Ronnegart, estuviese ya muerto. ¿Qué proyectarían hacer con él? ¿Le enviarían a Brest? Pero no, allí habría llevado una vida soberbia, impropia del castigo que merecía por las faltas cometidas. ¿La Luna o Marte? Walter Ronnegart se dijo que podía trabajar, ser útil al Estado y seguir sirviendo al Primer Agresor pese a su culpa. Se propuso hacer acopio de fuerzas y, en cuanto se presentara la ocasión, presentar el ofrecimiento. Mientras tanto atizarían el fuego. ¡Qué cómodo resultaba permanecer en casa y presenciar las historias espeluznantes que la televisión proyectaba cada semana y que señalaban el mayor índice de espectadores voluntarios! También a él le había gustado siempre ese programa, porque prometía descubrimientos y sensaciones al mostrar al hombre en su infierno particular.

«El momento culminante de su vida llegó al tener ocasión de hablar con

dignatarios de la Agresión.»

En la pantalla, Ronnegart, entre un grupo de acreditados, en conversación con algunos seres gelatinosos. La competencia era dura. Cada cual procuraba desbancar al otro y brillar más que él. No era cierto que aquél hubiera sido el momento cumbre de su vida. Precisamente se había sentido insignificante y humillado. Ni una chispa de grandeza le llegaba para convertirle en uno de ellos. Lo que había comprendido entonces era, por el contrario, el abismo enorme, insalvable, que le separaba de los Agresores.

«Han visto ustedes escenas de la vida de un traidor, señoras y caballeros, pero eso no es todo.»

La imagen del presentador se borró de nuevo, esta vez para dar paso a la puerta de la habitación de Ronnegart.

Tenía ésta un marco blanco y era de vidrio opalino, tras el que se veía algún movimiento. De pronto se abrió y fue a dar contra la pared. El golpe coincidió con el sonido de un gong. En la estancia entraron Heisler, Ripp y la Maibaum, seguidos de un Agresor que se apoyó indolente en la puerta. Heisler era un tipo forzado, con cara de matarife, frondosas cejas y cabellos rojos. Sus manos se abrían y cerraban como si sostuviera con ellas a Ronnegart. Fue a colocarse cerca de la pared, junto al televisor. Ripp era enjuto y pálido. Se diría que nunca le daba el sol. Puntiagudos pómulos surgían de su rostro; sus ojos, del color del agua, reflejaban desconfianza, y su pelo era de un tono paliducho, indefinible. La Maibaum contaría unos cincuenta años y tenía el cabello gris y rizado; los labios, abultados y secos, su piel recordaba el cuero, y en sus ojos había un brillo taimado. Esta mujer permaneció en el centro de la habitación. Parecía mandar el grupo.

—Ronnegart —dijo con voz delgada y fea—, ¡levántese!

Éste miró con desamparo al techo y al televisor. De repente, el espía se le antojó bastante humano. Con un esfuerzo se puso de pie.

—Sitúese delante de la ventana —ordenó la Maibaum.

Ronnegart frunció el ceño y obedeció. Al menos, ahora tenía personas de carne y hueso ante él, personas con las que podía hablar. No eran máquinas que...

Quizá.

La mujer se instaló en el sillón y cruzó las piernas. Examinó la habitación y el televisor, que enfocaba allí al acusado.

—¿Qué le inspira la Agresión? —preguntó Elisabeth Maibaum súbitamente, en voz baja y peligrosa.

—Amo al Primer Agresor —repuso Ronnegart sin vacilar—. La Agresión fue un bien para la humanidad. Gracias a los Agresores, ésta aprendió a conocer y emplear su inteligencia. Antes, los hombres habían vivido como animales. Fue la Agresión la que les transformó en seres conscientes y capaces de pensar. La humanidad se lo debe todo, absolutamente todo, a la Agresión. Sin ella ya no podría existir.

—¿De veras está usted convencido de lo que dice? —tronó Heisler—. ¿No opina,

más bien, que el coronel Beauregard, como representante de los hombres, parece querer besar de modo indigno los pies de los Agresores?

—No. Su gesto sólo expresa el profundo agradecimiento de los humanos.

—¿Cree, realmente, que el sistema de la Agresión es el mejor?

—Sin duda alguna —afirmó Ronnegart—, porque nunca hubo nada comparable.

—¿Admite la posibilidad que el Primer Agresor se equivoque? —intervino Ripp.

—No. Eso es imposible —replicó Walter Ronnegart—, ya que fue él quien creó este orden.

—¿Piensa que puede errar al juzgar al traidor Ronnegart?

Eso lo había preguntado la Maibaum.

—No —murmuró Ronnegart.

—¿Por qué no?

—Porque es infalible.

—¿Por qué movió usted la cabeza al ser llamado traidor?

El acusado empezó a sentir mareo.

—Yo... —contestó, pasándose la lengua por los labios—, no lo sé.

—¿Es usted un traidor?

—Yo...

—¡Responda!

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? Antes quedó comprobado que lo es.

Ronnegart calló.

—Hable de una vez.

—Posiblemente sea un traidor.

—¿Duda de ello?

—No..., no.

La Maibaum se reclinó contra el respaldo.

—¿En qué consistió su traición? —inquirió Ripp.

—Yo..., yo...

—¡Conteste!

—Tuve pensamientos impuros.

Algo tembló ante sus ojos.

—¡Explíquese!

—Yo...

Se volvió a pasar la lengua por los resechos labios. Notó que su mareo iba en aumento. Debía tener fiebre.

La Maibaum se puso en pie de un salto.

—¡Adelante! —chilló.

—Dudé de la selección efectuada... Me dije que el pensamiento es algo sumamente privado.

Hablar se le hacía difícil.

—Se me ocurrió que..., que los pensamientos..., se..., se le escapan a uno — tartamudeó— y se hacen..., independientes y vuelven a presentarse de súbito, cuando..., cuando ya parecían olvidados... Quiero decir que no se puede hacer nada para evitarlos... Que es algo que está dentro de uno...

La Maibaum le miró con los ojos semicerrados y, con un movimiento brusco, tomó asiento de nuevo.

—¡El Estado lo es todo para mí! —exclamó Ronnegart, excitado—. Siempre me esforcé en servirle lo más eficazmente posible. Pero no soy más que un hombre...

En su garganta había algo que le hizo toser. Apenas logró pronunciar las siguientes palabras:

—Puedo jurar que jamás intenté traicionar al Estado de manera consciente, y que en todo momento me movió la mejor intención. Mi afecto es íntegro para el Primer Agresor. Si alguna vez hice o pensé algo indebido, fue de manera inconsciente.

—Eso puede ser cierto —dijo Ripp con sequedad.

En Ronnegart despertó algo semejante a la esperanza. La Maibaum sonrió burlona.

—¿Qué me explica de aquella tarde, cuando regresaba a casa y su tensión sanguínea aumentó en un tercio y sus corrientes cerebrales señalaron doble impulso de lo normal porque su factor imaginativo perdió el control?

Ronnegart sintió temor acompañado de escalofríos.

—¿O es que no lo recuerda ya? —insistió, indicando el televisor.

Éste reproducía un atardecer. Entonces la vio. Se acercó a ella, la tomó entre sus brazos y la besó. La película estaba tomada desde arriba. El espía había presenciado la escena desde los árboles. Ronnegart se volvió y clavó sus ojos en él al marcharse.

—Con que usted reconoció al espía... —rugió Elisabeth Maibaum—. ¡Qué desvergüenza!

La mente de Ronnegart trabajaba. Unas manchas rojas en su rostro lo delataron.

—¿Y asegura que su amor es el Estado?

—Mi amor es el Estado —repitió Walter, con los ojos muy abiertos y temerosos—. ¡Dios mío, por una sola infracción...! —gritó de súbito—. Por una sola vez, no pueden...

—¡Cállese! —dijo la Maibaum con frialdad.

Ronnegart no hizo caso de su orden y continuó en tono implorante:

—Creí que prestaría mejor servicio al Estado si...

Pero ella le interrumpió de manera tan gélida, que Walter sintió encogersele el corazón.

—¿Insinúa usted que el Estado es ineficaz, por no haber impedido lo que ocurrió?

—En absoluto. Lo único que no entiendo es...

—Ahí lo tiene. Usted no entiende. Una fuerza incontrolable y tan poderosa que puede perjudicar al Primer Agresor no debe existir: ¡un amor que no sea para el Agresor! Usted desató esa fuerza para sí mismo, cometiendo con ello el delito más

abominable en que puede incurrir el hombre.

Ronnegart se estremeció.

—¡Pero ese solo relampagueo, ese... hechizo, una falta personal, no puede...!

—El mal debe ser arrancado de raíz —la Maibaum repitió unas frases que le habían sido inculcadas—. Hay que atacar al enemigo en su punto vulnerable.

Walter movió la cabeza desesperado.

—Yo no me siento culpable hasta tal extremo...

—¡Imbécil! —chilló la mujer—. ¿Se imagina que una persona tan insignificante como usted puede desarrollar de veras semejante fuerza?

El acusado se tambaleó hacia atrás y chocó contra la ventana.

—¿Qué, pues? —jadeó.

—El Primer Agresor es infalible —declaró la Maibaum, cuyas palabras resonaban como martillazos en la cabeza de Ronnegart—. Todo lo proyectó él mismo. No hubo nada que él no supiera ni quisiera. Usted no es más que el objeto de un experimento. Y ese experimento le ha destruido. Está infectado, Ronnegart, y no hay nada capaz de salvarle.

—¡Mentira! —jadeó Walter entre fatigosas respiraciones—. Es mentira... Yo sólo amo al Estado. No estoy enfermo y pienso servirle siempre, siempre...

—Todo estaba proyectado —volvió a decir Elisabeth Maibaum—. Usted estaba destinado a renegar. Incluso su apellido fue elegido desde este punto de vista: Ronnegart. ¿No le suena a RENEGADO?

—Aunque así fuera... —gritó el hombre acorralado—, ¡me consta que podría matar a la muchacha! Sí, podría hacerlo... ¡La estrangularía con mis propias manos!

—¿Está seguro de ello?

Ronnegart dejó caer la cabeza. Sí, sí, lo estaba.

La Maibaum volvió la cabeza, el espía siguió su mirada y por la puerta entró ELLA.

Todavía mucho más hermosa que aquel atardecer. Era tan indescriptiblemente bella, que la Maibaum se encogió en su fealdad y aún se tornó más infame y más abyecta. La joven inundaba toda la estancia cual luz dorada, y su resplandor asombró incluso a Heisler y Ripp. Nunca nada tan precioso había puesto el pie en un mundo tan gris. Ella era la perfección.

Ronnegart avanzó por la estancia sin saber lo que hacía. Cuando la hubo estrechado entre sus brazos, recibió un impacto que los arrojó a ambos sobre la cama. El Agresor que había permanecido en la puerta tenía una pequeña arma en la mano: un rayo centelleante atravesó incesante la alcoba hasta que sobre sus cuerpos descendió la escarcha para inmovilizarlos en el sueño eterno.

El locutor terminó el programa, pero su voz se extinguió sin ser escuchada. La Maibaum se levantó despacio, seguida con paso vacilante por Heisler y Ripp. El Agresor cerró la puerta por fuera y pegó en ésta un rótulo. Luego dio transparencia al vidrio, se volvió y siguió con la mirada a las tres personas que se encaminaban al

ascensor.

De pronto se sentía embargado por la angustia, porque algo se había transformado en él, algo...

APOLO + 1

Wolfgang Jeschke

Este autor lo hemos conocido anteriormente en Los otros.

La prensa ha acudido al salón de cristal del hotel Miranda, de Calixto. Ha sido invitada por Gant Gantsson, y cuando Gant Gantsson invita, se pelean los periodistas por acudir, pues G. G. —*play-boy*, aventurero, historiador aficionado, piloto de carreras, estrella de cine y propietario de algunos encantadores sistemas solares— los convoca sólo cuando ha concebido algún nuevo, loco y aventurado proyecto, un superespectáculo, que a nadie, en toda la galaxia entre la Gran Nube Magallánica y el minúsculo grupo de estrellas de Tlewredschrá, puede pasar inadvertido.

Reflectores y cámaras enfocan el pequeño grupo reunido alrededor de una larga mesa. En el centro se halla madame Gantsson, cuyo cutis de color plateado refleja las luces como si fuera una antigua estatua de metal. Su vestido cambia de color a cada movimiento suyo, según la incidencia de la luz, pasando de blanco a azul marino. Se la ve lejana y muy bonita, y se nota que ella lo sabe. A su derecha se sienta el profesor Ali ibn Musa al-Ibsihi del Instituto Arqueológico de Basora, un hombre delgado, de ojos oscuros y ágiles y vivos ademanes, que lleva una chilaba antigua de color blanco y conversa con el capitán Restif, que está a su derecha. Éste mide más de dos metros, es delgado y nervudo, y está completamente calvo. Por su piel atezada y sus movimientos lentos, cuidadosos y calculados, se ve que ha pasado la mayor parte de su vida en el espacio y en la ingravidez. No parece hallarse muy a gusto entre tanta gente. Gant Gantsson, con sus ciento setenta y dos años, la mejor edad de un hombre, de tez morena y cabello largo, que lleva anudado a la altura de la nuca, es casi tan alto como Restif, pero más ancho. Gant echa un último vistazo a las fotografías que le muestra su jefe de proyecto, Harris Adams, individuo robusto de pelo gris cortado a cepillo y la cara empapada de sudor, que evidentemente tiene que luchar con la baja gravitación. Por la postura abierta de sus piernas y sus movimientos bruscos, se nota que procede de Sirius VII, un planeta denso y frío, suburbio industrial de la galaxia.

Gantsson golpea un par de veces la mesa con la palma de la mano. Las conversaciones enmudecen.

—Señoras y caballeros de la prensa: les doy mi más cordial bienvenida y agradezco su interés por mi proyecto. Son ustedes mis invitados hasta el final de esta empresa, que espero será un éxito. El hotel Miranda está a su disposición. Lo hemos alquilado. Aquí se desarrolló también la parte teórica del proyecto, puesto que la gravitación y el clima de Sol III eran tales, que no se podía exigir de algunos de mis colaboradores que lo soportasen.

Gantsson conecta un proyector previamente colocado sobre la mesa. En el espacio aparece la imagen plástica de un curioso artefacto.

—Para empezar, tienen ustedes aquí unas tomas de los estudios previos de esta empresa. Ésta es la pieza fundamental de todo el asunto: un aparato volador para viajes espaciales tripulados, correspondiente al siglo xx, aproximadamente entre 1960 y 1970.

Carcajadas entre los periodistas. Cambia la imagen. Una bola blanquiazul y

marmórea flota en el espacio. Es un planeta. A través de las aberturas en la capa nubosa, se distinguen superficies amarillas y pardas, masas continentales.

—El vehículo que ustedes acaban de ver procede de este planeta. Es el tercero del sistema Sol, al que nosotros pertenecemos. Hoy mismo volaremos hacia allí para los últimos preparativos del despegue. Se trata de un planeta desértico, casi inhabitado y desprovisto de toda materia prima. Aquello es, con perdón del profesor Al-Ibsihi, un montón de escoria, aunque embebido de recuerdos.

El árabe alza las palmas de las manos, se encoge de hombros, sonrío divertido y junta las puntas de sus dedos. Gantsson continúa:

—El planeta fue llamado por sus habitantes la «Tierra» y considerado por los románticos de todos los siglos como la cuna de la humanidad. Aparte de eso, es un verdadero lugar de recreo para arqueólogos y buscadores de antigüedades. Raramente hacen escala naves turísticas en puertos de la Tierra. Sin embargo, en estos últimos días se han reunido allí curiosos del sistema solar circundante para vivir el comienzo de nuestra empresa. Estamos dispuestos a hacerlo todo con tal de no defraudarles.

»Pero, para una aventura, eso es sólo secundario. Fundamentalmente existe un interés científico. Desde hace siglos, los científicos vienen discutiendo si a los primitivos habitantes de la Tierra les era factible, antes del paso al tercer milenio, abandonar Sol III con sus naves y dirigirse a otros cuerpos celestes, o si no lo consiguieron hasta uno o dos siglos después. La primera meta fue tan sólo el satélite de Sol III, llamado Luna, que es relativamente grande y gira a unos 390.000 kilómetros de distancia del planeta. Aquí tienen ustedes una foto.

Aparece en ella una bola de piedra de color gris verdoso, carente de atmósfera, fea, plagada de cráteres y centelleante a la dura luz del sol.

—Nuestro experimento debe proporcionarnos la demostración que, a pesar de todas las objeciones de los arqueólogos, sociólogos y teohistoriadores, mi hipótesis es acertada. Yo afirmo que, por lo menos treinta años antes del cambio de milenio, la humanidad estaba en condiciones de alcanzar la Luna.

»Las principales oposiciones a mi teoría, las más fuertes a cargo del historiador de viajes espaciales, profesor Yusuf Abu al-Hattab ibn-Abdun de la Universidad Dar es-Salam, son, brevemente resumidas, las siguientes: como muy pronto, a finales del siglo XXI, o probablemente ya en el siglo XXII, sólo algunas estructuras sociales primitivas habían alcanzado el nivel científico, técnico y cultural preciso para realizar un viaje espacial tripulado. Excavaciones realizadas en el continente occidental, denominado USA y que sin duda fue el país más desarrollado de aquellos tiempos, dejaron al descubierto amplios campos de ruinas del siglo XX y principios del XXI. Eran zonas habitadas, llamadas ciudades, construidas de forma antigua, a base de celdas superpuestas y divididas por vías para el tránsito. A esos datos se les llamaba casas y albergaban a veces hasta cien personas, contando una por celda. Se puede calcular perfectamente la fecha a que pertenecieron esas colonias a través del fósil-guía «Coca-Cola», recipiente de vidrio, presentado en tres tamaños distintos y que,

con excepción de la parte norte y este del gran continente oriental, en el siglo xx estaba extendido por todo el planeta. En esas ciudades vivían hombres en condiciones que imaginamos indignas, no sólo apretadamente uno junto a otro, sino también uno encima del otro. No había ninguna canalización para la salida de gases, ni regulación de clima y, probablemente, ni tan siquiera provisión regulada de aire puro. En los alrededores de las colonias, la ecología estaba destrozada y el paisaje desaparecía bajo montones de desperdicios, cubiertos a su vez por una capa de roca artificial. Dada la gigantesca población, los habitantes debieron llevar una existencia semejante a la de las termitas y, aislados de la naturaleza circundante a su planeta, quedarían literalmente asfixiados por la aglomeración, el ruido y la suciedad de las basuras y los gases residuales. Bajo estas condiciones sería inimaginable, en opinión de los sociólogos, que esos hombres hubieran tomado como meta, sin forzados motivos, alcanzar la Luna, cuerpo celeste inservible, que no es apto para colonizar ni para sacar provecho de él.

»Pero, al margen de todo esto, ¿estaban técnicamente en situación para ello? No tenían reactores de fusión ni tampoco una propulsión a iones utilizable.

»Nuestros tecnohistoriadores rechazan la posibilidad de un viaje espacial tripulado sobre la base de un método de propulsión química como algo totalmente absurdo. Con una transformación de energía tan antieconómica, sería necesaria, en el mejor de los casos, una proporción masiva de 1:10 para poner en órbita un vehículo semejante. Esto significa que, por lo menos, un 9 % del peso de arranque recaería sobre productos químicos altamente explosivos, lo que resulta absurdo para la tecnología de aquel tiempo, que conocía exclusivamente los metales y sus aleaciones, aparte, por supuesto, del peligro de semejantes carburantes, cuya combustión es tan difícil de controlar.

—Ya lo creo —murmura Adams, secándose el sudor de la frente tatuada.

—Por otra parte —continúa Gantsson—, ya en el siglo xix hay informes de expediciones espaciales, y abundantes descripciones en el siglo xx. Antes se las tenía por narraciones de los primeros astronautas y se recopilaban en la Universidad de Fomalhaut II, en la colección conocida hoy por el nombre de *Codex Science Fiction*. Sin embargo, el estudio más detenido de estas descripciones causó verdadero asombro. Las suposiciones sobre sistemas de propulsión que imprimiesen más velocidad que la de la luz, sobre navegación y electrónica, así como aquellas referentes a la formación de distintos sistemas solares y sus planetas, y a otras razas de pobladores en la galaxia, resultan tan absurdas y contradictorias que su autenticidad parece imposible. Cuando se revisaron los textos lingüísticamente, se dedujo que, en verdad, no eran falsificaciones, pero representan un tipo de literatura fantástica, que en el paso del segundo al tercer milenio alcanzó gran popularidad entre los habitantes de la Tierra. Para mí, esto parece ser la expresión de un sueño, un refugio en la ficción, que empujaba impaciente fuera de la realidad, para así escapar a la limitación y estrechez de la vida cotidiana. Esta opresión se me antoja como uno de

los más importantes motivos de cara al desarrollo de la navegación espacial tripulada.

Algunos de los periodistas sonrían con benevolencia.

—Ustedes se sonrían, señoras y caballeros. Sé que hay mucha gente que opina de otra forma al respecto, considerando la navegación espacial como una derivación de la técnica de las armas o como una expansión calculada, un imperialismo galáctico a pequeña escala. ¡De acuerdo, de acuerdo! Pero creo que todos ustedes atribuyen muy poco valor a aquellos impulsos, que tanto nos gusta desdeñar como románticos. Pero volvamos a los hechos.

Nuevamente aparece la imagen del pequeño vehículo en el espacio. Gira lentamente en torno a sí mismo, de forma que se puede contemplar en su totalidad.

—Éste es mi argumento —dice Gantsson y señala el estrafalario artefacto—. Me ha costado una fortuna. ¿No es verdad, capitán Restif?

El larguirucho piloto estira sus piernas y, a través de la pared transparente, contempla el cielo negro de Calixto, que sólo en el horizonte se condensa en un azul profundo, sobre el cual surge velado el blanco disco del cercano Júpiter. El rostro oscuro de Restif permanece impassible, y únicamente en el movimiento de sus ojos se puede adivinar que sonrío.

—Desde hace varios milenios, el sistema Sol es una mina de recursos para los buscadores de antigüedades. Entre el astro central y los planetas exteriores se hallaron innumerables satélites antiguos, sondas y otros aparatos de medición, que fueron vendidos a altos precios a institutos científicos, museos o coleccionistas particulares. Esos cazadores de recuerdos exigen sumas astronómicas por las piezas conseguidas, y el capitán Restif es el más desvergonzado de todos ellos. A cambio, sin embargo, su presa es una auténtica rareza.

»Restif ha convertido su vehículo en un sabueso electrónico, que en el intervalo de un segundo luz encuentra un alfiler. Hace casi medio siglo que husmea el sistema de norte a sur de la eclíptica, buscando en las zonas más remotas, que aún no han sido trilladas y por las que sólo trazan sus trayectorias las naves que por algún motivo se han desviado de su curso inicial. Esto significa años de búsqueda infructuosa y cálculo paciente. Y en un lejano sector espacial de éstos, al sur de la trayectoria de los planetas, Restif ha encontrado este artefacto cuya imagen tienen ustedes ante sí.

»Está acondicionado para dos pilotos y construido para poder posarse sobre un cuerpo celeste sin atmósfera, que sólo puede ser la Luna de Sol III. En realidad le falta el dispositivo de aterrizaje. O bien se perdió, o bien fue desmontado antes del despegue de retorno y abandonado por motivos de peso. El artefacto procede inequívocamente de los años sesenta del siglo xx, corresponde al nivel técnico de aquella época y tuvo que ser impulsado por productos químicos. Pueden ustedes ver la cámara de combustión en la parte inferior. Los pequeños conos circundantes son toberas que servían de estabilizadores. Sobre varias partes del aparato aparece la palabra NASA, que no sabemos si es el nombre de una fundación estatal o de la fábrica constructora. Sin embargo, las dos últimas letras quedan cubiertas por las

mismas de la palabra USA, es decir, continente occidental. Tal vez los arqueólogos puedan ayudarnos en esto.

Al decir esto señala con la cabeza al profesor Al-Ibsihi, quien asiente sonriendo y susurra algo a madame Gantsson, a la vez que señala a Adams, sobre cuya frente aparecen gotas de sudor gruesas como perlas. El jefe de proyectos ha palidecido, lo que hace que los tatuajes de su rostro se destaquen todavía más. Se ha quitado el capote. Alrededor del cuello lleva una pesada cadena de metal, cubierta de piedras semipreciosas. Su camisa, larga hasta las rodillas, va ceñida por un ancho cinturón en el que lleva varios pesos como si temiera que a causa de la baja gravitación, un movimiento impensado pudiera hacerlo quedar suspendido del techo. El calor de la sala le resulta penoso, mientras que algunos de los periodistas, procedentes de planetas cercanos al sol, llevan ropas gruesas. Adams tiene en sus salas de trabajo, preferentemente, temperaturas bastante inferiores a la del punto de congelación del agua. Ahí se encuentra él a gusto. Sus computadoras requieren aún temperaturas más bajas, pues alcanzan la velocidad óptima de cálculo en las proximidades del cero absoluto.

—Propongo que hagamos una pausa y bebamos algo —dice madame Gantsson de pronto.

Una peluca de minúsculas láminas de metal tremola sobre su cráneo cuidadosamente afeitado y tintinea suavemente a cada movimiento de su cabeza.

Todos aceptan su proposición. Se apagan los reflectores. El vestido que cubre su cuerpo plateado se vuelve transparente. El ancho disco a franjas de Júpiter ha ido ascendiendo sobre el horizonte y cubre el cielo, arrastrando lentamente las sombras de sus lunas, alineadas en su cinturón como trofeos.

—El propio Ibn-Abdun —prosigue Gantsson— no discute que este aparato fuera construido para viajes espaciales tripulados; pero, sí en cambio, que con él aquellos hombres pudieran salir de la atmósfera. Lo considera un modelo temprano e inmaduro, cuya misión es evidente que fracasó. No quisiera yo calificarlo de mala intención, pues no resulta agradable abandonar teorías a las que se ha tomado cariño. Sin embargo, su hipótesis carece de base alguna. Hemos trabajado conjuntamente con el Instituto Arqueológico de Basora, bajo la dirección de nuestro honrado huésped, profesor Al-Ibsihi, y revisado cuidadosamente este artefacto, encontrando en él no sólo instrumentos que nunca se enviaron en una misión sin tripulantes, sino también unas bolsitas de plástico con sustancias orgánicas, que en parte identificamos como alimentos y, en parte, como excrementos humanos. En el interior de la cabina hallamos, además, huellas de un polvo que procede de la Luna. A este respecto no cabe duda alguna, pues hemos hecho miles de pruebas de comparación. Esto demuestra que los hombres que pilotaron esa cápsula pusieron el pie en el satélite y, por lo menos, salieron después del campo gravitatorio. Si regresaron vivos a la Tierra,

es algo que no sabemos. Con este vehículo no pudo ser, pues sólo es maniobrable fuera de la atmósfera. Mi teoría es que debieron trasbordar a otro aparato volador en órbita, que les estaría esperando y con el cual sería posible el regreso. Al respecto resulta elocuente, en primer lugar, el estado interior del artefacto, que debió ser abandonado de forma metódica, pues sólo dejaron pertrechos innecesarios y basuras. En segundo lugar, se encuentra en la parte superior una abertura que se puede cerrar y que, probablemente, serviría para un acoplamiento, ya que es lo bastante grande como para que un hombre pase arrastrándose por ella, quizá por medio de una cámara de aire.

»Es decir, que ya en el siglo xx había viajes espaciales tripulados. Sin embargo, no me di por satisfecho con la certeza que esto fuera posible, sino que quería saber cómo. En este punto se concentraron mis ulteriores reflexiones. Se trataba de reconstruir el resto del vehículo de la expedición, con los medios técnicos de aquel tiempo. Hemos invertido en ello más de dos años. A pesar que tenía a mi lado un equipo de científicos y técnicos destacados, sufrimos dificultades casi insuperables, especialmente en lo que se refiere a la fabricación de antiguas aleaciones metálicas que resistieran la combustión de sustancias químicas explosivas y al propio tiempo fueran ligeras. En adelante habrá que cuidarse de calificar a los hombres de las postrimerías de la Edad del Metal como a sucios y bélicos semisalvajes, arrastrados por las emociones. Si consiguieron resolver ese problema, que a nosotros tantos quebraderos de cabeza nos causó, fueron geniales.

Cambia la imagen. Sobre un terreno desértico, surcado por el sol, reposa en posición vertical un cohete resplandeciente. La foto ha sido tomada desde el aire. La cámara circunda el objeto a diversas distancias. Se ven también unos hombres trabajando en él, lo que da una idea de su tamaño.

—Algo parecido debió ser la antigua nave —dice Gantsson con un tono de orgullo en la voz.

Sin embargo, algunos de los periodistas se ríen, hacen comentarios a media voz sobre la forma del vehículo y establecen claras comparaciones.

—Fase fálica de la navegación espacial —dice uno, y se producen más risas.

—¿Qué te dije, Gant? —comenta madame Gantsson—. Exactamente lo mismo. Sabía que en este punto se reirían —añade, agitando divertida la cabeza, lo que hace que las trémulas laminillas de metal revoloteen tintineando sobre sus mejillas. Adams mira a su alrededor, pálido y confundido. No acaba de entender aquello y se dirige a madame Gantsson para informarse, lo que desata una hilaridad todavía mayor. Gant espera a que todo se haya calmado un poco y prosigue satisfecho:

—Reconozco que no parece realmente una nave, sino más bien un proyectil.

Nuevas carcajadas.

—Tiene la eslora de un yate mediano, unos 120 metros, pero lo asombroso del aparato es que sólo la punta, que es de unos 12 metros, llega a ponerse en órbita, desprendiéndose el resto en etapas sucesivas durante el ascenso por la atmósfera, a

medida que tiene efecto la combustión de los tanques.

Movimientos de cabeza y encogimientos de hombros incrédulos entre los periodistas.

—Sí, con esta artimaña hemos sorteado la desfavorable proporción de masa y nuestros cálculos han puesto de manifiesto que, incluso para nosotros, ése era el único camino para seguir adelante.

»El capitán Restif, que conoce este sistema como la palma de la mano, y yo nos colocaremos en la minúscula cabina de mando, situada en el extremo superior de la nave. Apenas tiene 8 metros cúbicos de volumen interior. Iremos echados sobre almohadones de aire entre los instrumentos de navegación, trabajaremos y dormiremos en tan reducido espacio, a prueba y en la ingravidez.

—Es una locura —dicen algunos de la prensa.

—El despegue del vehículo será una auténtica sensación para el público. Apenas pueden ustedes imaginarse el estruendo que arman las sustancias químicas al entrar en ignición. Es un espectáculo curioso ver a ese cohete elevarse lentamente arrojando humo y fuego y contemplar cómo va cobrando velocidad, impulsado por un largo chorro de gases en combustión.

»Finalmente, hemos bautizado la nave con el nombre de Apolo, de acuerdo con una manía, en los inicios de la navegación espacial, de poner a los aparatos nombres de dioses primitivos. ¿Desean ustedes hacer alguna otra pregunta?

—¿Cómo transcurrirá mañana el programa?

—En primer lugar nos pondremos en órbita alrededor de la Tierra. Después nos lanzaremos en una elipse que nos lleve al campo gravitatorio de la Luna. Navegaremos sin propulsión y emplearemos unas ochenta horas en recorrer la irrisoria distancia de un segundo-luz. A continuación nos pondremos en órbita lunar, abandonaremos la cápsula y transbordaremos a una copia del artefacto de alunizaje, que habremos llevado con nosotros. Entonces intentaremos posarnos sobre el satélite.

—Señor Gantsson, usted sabrá que las apuestas están una contra cien a que el chisme explotará al despegar. ¿Ha tomado usted algunas medidas de seguridad?

—Naturalmente, la empresa no transcurrirá en las mismas condiciones que hace 8.750 años. En la proa de la nave se ha instalado una torre de salvamento con un generador antigravitatorio que nos mantiene la parte superior fuera de la zona de peligro, para el caso que la combustión de las sustancias químicas destrozara el aparato al despegar. Después, en nuestro camino hacia el satélite, mi mujer nos seguirá visualmente a distancia, para poder intervenir en seguida en caso de avería.

—En tal caso, les deseamos mucho éxito.

—Gracias. Si todo sale bien, los historiadores tendrán que revisar sus teorías desde la base.

—Señor Gantsson, ¿cuáles son sus planes siguientes?

—Por el momento me detengo aquí. Intentaré, dentro de mis posibilidades, averiguar lo que nuestros antepasados hicieron en ese satélite inservible. ¿Fueron

llevados por una curiosidad científica, ansias de gloria o espíritu de aventura? ¿Quién lo sabe? Tal vez un viejo sueño, como ya dije. Eso tiene mucha importancia. Me gustaría tratar de aclarar todos los aspectos. Como pueden ver, me interesa también el aspecto psicológico del asunto. Otra cuestión es cómo conseguían regresar nuevamente a su patria con aquellos aparatos primitivos y quebradizos. Este problema me fascina teóricamente. Quizá utilizaran la atmósfera terrestre para frenar su caída, como es de presumir bajo todo punto de vista, pero hasta el momento no conozco ninguna aleación metálica capaz de resistir semejantes temperaturas. De todas formas me hago una idea de cómo se podría resolver.

Gantsson dibuja un esquema que coloca en el proyector. Se trata de un cono con una vela hinchada, sujeta a él mediante cabos.

—Una capa de metal, recubierta de cerámica o plástico siliconado primitivo y luego una vela que frenara la caída y que suavizara el choque final.

»Como ven, señoras y caballeros, hay muchos problemas, pero soy optimista. Hemos reunido cantidad de experiencias. Tal vez consigamos realizar un vuelo de la Luna al planeta. Sólo entonces habríamos obtenido un éxito pleno y la prueba definitiva que ya en el siglo xx era posible alcanzar otros cuerpos celestes y regresar al punto de partida.

—Una pregunta a la señora Gantsson...

—Diga...

Ella se vuelve hacia su interrogador. Su vestido adquiere un color azul oscuro y su rostro centellea como una bella máscara antigua.

—¿Qué cuesta en total la broma?

—Bueno, exactamente no lo sé. A esta pregunta puede responder mucho mejor el señor Adams. Él es el encargado de hacer los pagos.

Adams levanta las manos absteniéndose y se seca con la manga el sudor de la frente.

—Tan sólo me temo —dice la señora Gantsson con un cierto reproche en la voz—, que pronto tendremos que vender nuevamente alguno de nuestros planetas florencianos a una de esas horribles agencias de viajes. Pero no le quitamos el gusto a mi marido. Ustedes ya le conocen. Al fin y al cabo, hay también un interés científico.

—Finalmente —irrumpe Gantsson—, y por si quieren ustedes hacer fotografías, diré que el modelo original está desde hace algunas semanas en el museo arqueológico de Timbuktu. Ya se lo he regalado.

—Ya lo ven —comenta su esposa levantando resignada las manos—, se gasta una fortuna en sus juguetes y luego los regala.

—Si ustedes todavía tienen preguntas que hacer a los otros señores... —dice Gantsson—, yo me retiro ahora. Nos reuniremos dentro de dos horas a bordo de mi yate y volaremos hacia la Tierra. ¡Ah, una última cosa...! He apostado mi yate al profesor Yusuf Abu al-Hattab ibn-Abdun, a que la empresa será un éxito. Deséenme, por tanto, mucha suerte, ya que, si no, tendremos que volver a Calixto andando, y les

aseguro que a pie es una buena distancia.

—¡Esto ya es el colmo! —exclama la señora Gantsson, golpeando la mesa con la palma de la mano—. ¡Se ha jugado nuestro yate!

—Bueno, cariño —ríe Gant—, si lo pierdo te compraré uno nuevo, o... ¿prefieres que te construya también una nave antigua?

Cariñosamente toma una de sus manos y la retiene entre las suyas.

—Viejo cretino —murmura ella y sus ojos brillan—. ¿Tienes que hacerlo delante de todos estos curiosos?

DEMASIADO JOVEN PARA LA ETERNIDAD

Jesco von Puttkamer

Jesco Baron von Puttkamer, ingeniero diplomado, nacido en Leipzig el 22 de septiembre de 1933. Cursó estudios en el Centro de Altos Estudios Técnicos («Technische Hochschule») de Aquisgrán y trabaja actualmente en el cuartel general de la NASA en Washington, D. C., Estados Unidos. Durante su época de estudiante escribió diversas novelas, entre las que figuran Das Zeit manuskript («El manuscrito del tiempo») y Die Dritte Phase («La tercera fase»).

El despertar se produjo de manera totalmente inconsciente.

Al abrir los ojos, un estremecimiento de espanto recorrió su cuerpo. Le envolvía una niebla gris y densa. Nada más que eso. Una niebla que le ocultaba el campo visual como una cortina misteriosa e impenetrable.

El hombre sacudió asombrado la cabeza, pero aquellos velos no se retiraron. Ningún ruido llegaba hasta sus oídos, y él nada sentía. Sus órganos sensoriales fallaban.

Durante unos instantes pareció que iba a ser presa del pánico, pero al fin venció en él la reflexión serena. Se obligó a permanecer tranquilo y trató de pensar. Lleno de extrañeza se preguntó qué había sucedido.

No cabía duda de que había permanecido algún tiempo sin sentido. Eso era cierto. ¿Pero cuánto? ¿Minutos, horas? ¿Y por qué había dejado de cumplir su misión el cerebro?

Ahora, aunque lentamente, su cabeza volvía a trabajar. ¡Tenía que reavivar los recuerdos, caramba!

¿Cómo se llamaba? A ver..., Henry... ¡Sí, claro, Henry Steel! Bueno, eso ya era algo. Aliviado, cerró los ojos e intentó concentrarse de nuevo.

¿Qué hacía allí? ¿Cuál era su misión? Buscó un punto de apoyo en su cerebro. Una y otra vez se repitió las mismas preguntas, en espera de la reacción de su memoria. Si no había olvidado su nombre, debía acordarse también de otros detalles... ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? ¿Por qué no era capaz de recordar nada? ¿Qué había ocurrido? ¿Y la nave...? ¡La nave espacial! Tuvo la sensación de que una corriente eléctrica que sacudía todo su organismo... ¡Eso, la nave! Hizo otro esfuerzo por vivificar su memoria. Existía una nave, pero... ¿qué nombre tenía? *Trans...*, *Trans...*, ¡*Transzendor!* ¡Por fin! Una nave de exploración que había salido en misión especial, y de la que él era el comandante. Sin atreverse casi a respirar dejó pasar ante sí un verdadero torrente de súbitos recuerdos, para no interrumpirlo. Era el comandante de una pequeña tripulación, sí, que debía realizar un importante experimento con el *Transzendor*. ¿Lo habían llevado a cabo? Probablemente, ya que sólo así se explicaba su pérdida de conocimiento y su amnesia.

El *Transzendor* había realizado el salto al espacio cuatridimensional. De momento no cabía nada más. ¿Habían vuelto a salir ya del *hyperdrive*? En tal caso se trataba de un fallo en los transformadores... ¿O volaba la nave todavía a una supervelocidad C por el espacio, lo que equivalía a permanecer estacionada en el vacío cuatridimensional?

¿O... él ya no se hallaba a bordo de la nave?

El horror y el espanto se adueñaron de Henry Steel por unos segundos, en los que temió volver a caer en la inconsciencia. ¡Aquella siniestra niebla gris! Sin embargo, al examinarla más detenidamente, le pareció que se había aclarado un poco. Su miedo se desvaneció al comprobar que, en efecto, así era. Steel hizo un nuevo esfuerzo para

recuperar del todo sus facultades. De una cosa estaba seguro: algo había que no iba bien. ¿Qué significaba la cortina gris? ¿Padecía algún trastorno de la vista? O bien..., ¡qué idea más loca...!, su cerebro no estaba en condiciones de asimilar lo que veían sus ojos, por lo que únicamente le mostraba una pared nubosa...

Era mejor volver al principio... La nave espacial *Transzendor*. Y el experimento.

¿El experimento? ¡Claro! Otra cosa vuelta a la memoria: El *Transzendor* se hallaba bajo su mando y tenía una tripulación de dos hombres, Andy Richter y Nrola Onrlo, el norlганense, sin cuyos aparatos hubiera sido imposible el vuelo de la nave.

¿Cómo había comenzado el experimento? ¿Cuánto tiempo hacía que...?

El comandante Steel se arrellanó en su asiento ante la gigantesca mesa de mando que se extendía por el puente en forma de herradura. Los otros dos asientos —si el extraño aparato de Nrola merecía esa definición— estaban vacíos.

Andy y el norlганense permanecían junto a una portilla y observaban un lejano planeta cuya superficie quedaba cubierta, en buena parte, por formaciones de nubes.

—¿Volveremos a ver la Tierra algún día? —preguntó pensativo Andy.

—¡Bah, no digas bobadas! —gruñó otra voz, la de Nrola Onrlo—. La verás de nuevo. ¡Eso te lo digo yo precisamente!

—Sí... —admitió Andy—, pero... ¿y si las teorías de Steel resultan equivocadas? Si el experimento fracasara...

—¿Qué te apuestas?

El hombre de Capella era extraordinariamente aficionado a las apuestas. Con entusiasmo agitó sus tres brazos.

—¿Te parece bien una cerveza?

—Conforme —repuso Andy, y Nrola Onrlo sonrió.

Es decir, hizo las raras muecas que en su planeta patrio Norlga, perteneciente al remoto sistema de Capella, equivalían a una sonrisa.

Nrola era un auténtico norlганense, un ser compuesto solamente de bolas. Su cuerpo consistía en una esfera de exactitud matemática, coronada por una cabeza redonda sin cuello. Nrola no podía mover su cabeza, y mucho menos girarla, pero eso no le hacía falta. Los norlганenses no poseen parte delantera o posterior en el sentido que nosotros entendemos. Sus tres ojos, repartidos a intervalos regulares en el ecuador de la esférica cabeza, les permiten mirar en todas direcciones a la vez.

Nrola Onrlo se movía sobre tres extremidades, semejantes a embutidos, que por su disposición en forma de trípode daban una buena estabilidad al cuerpo redondo. Se trataba de unas «piernas» sin pies, largas y movibles hacia todos lados. Los tres brazos, por fin, apéndices también sin hueso, pero muy robustos, cada uno con tres dedos, estaban situados a intervalos de 120 grados en el ecuador de la bola que constituía el cuerpo. La membrana bucal ocupaba el cenit de la cabeza, y las tres orejas se encontraban repartidas entre los ojos.

Como todos los norlганeses, Nrola Onrlo era un talento en el campo de la psicotécnica y, además, el mejor amigo de Andy Richter.

Mientras los dos miraban por el ojo de buey, Steel no apartó la vista de las pantallas de televisión que le mostraban el interior de las salas de máquinas y generadores del *Transzendor*. Macizas figuras de robots se movían allí de un lado a otro, atentas a los enormes grupos acumuladores de corriente; a los pseudocables de los conductos de electricidad, que despedían una luminosidad blanquiazul; a los incontables aisladores sobrecargados y, asimismo, a los formidables transformadores de los que, con un suave murmullo, partían las invisibles ondas estructurales, aquellas ondas extraordinarias que hacían posible el experimento de Steel.

Las naves espaciales del año 2765 no surcaban ya el universo en medio de espectaculares llamaradas y humazos, como setecientos años antes. Revolucionarias invenciones habían abierto al hombre las puertas de los astros. Y si bien los imponentes transformadores seguían constituyendo la parte principal de la impulsión de las naves, ya no estaban destinados a convertir la energía potencial en energía motriz con ayuda de reacciones químicas. Tampoco desataban la tremenda energía contenida en el átomo.

De los gigantescos acumuladores de corriente, que ocupaban la mayor parte de la nave, fluían verdaderos torrentes a los transformadores, torrentes de una potencia como sólo podía suministrar el fuego atómico de un sol. Salía esta fuerza de los transformadores en forma de unos rayos susurrantes, las así denominadas ondas estructurales, de una longitud tan reducida que resultaban equiparables a la estructura del propio espacio y podían apoyarse en él para impulsar la nave.

Las energías extraídas de los acumuladores de corriente eran capaces de proveer a un planeta entero, pero los transformadores las devoraban en un instante y daban a las naves espaciales una velocidad superior a la de la luz. Propiamente ya no se debía emplear la palabra «velocidad», porque... ¿acaso es una expresión válida cuando una nave espacial desaparece de repente y se materializa de nuevo, casi al mismo tiempo, a miles de años luz de distancia?

«Es curioso —pensó Steel con la mirada fija en las pantallas—. ¿Dónde quedan las leyes de los antiguos?»

Ochocientos años atrás, la teoría de la relatividad de Einstein había demostrado que la masa de un cuerpo aumenta con la velocidad y que, a la velocidad de la luz, sería inmensa. Y para mover un cuerpo de enorme masa se necesitaba muchísima energía. Toda la energía del universo sería insuficiente para impulsar un cuerpo semejante.

Sin embargo, las naves interestelares volaban a velocidades super C ($C =$ velocidad de la luz) de una constelación a otra.

La respuesta estaba en que la teoría de la relatividad de Einstein sólo tenía validez en nuestro espacio, sólo en aquellas profundidades donde se hallan los soles y los mundos de Hércules y Lira, las lejanas galaxias espirales, los rojos gigantes y los blancos enanos. Sólo para nuestro espacio, para nuestra continuidad de espacio-tiempo.

Tan pronto una nave espacial sobrepasaba la velocidad de la luz, ya no se hallaba en nuestro espacio, sino en otro, de distintas dimensiones, en el que regían leyes diferentes.

El *Transzendor* navegaba entre Mercurio y Venus cuando Steel se dispuso a iniciar el experimento.

Andy y el norlganense habían vuelto a ocupar sus asientos en la mesa de mando, cuando su jefe dijo simplemente:

—Vamos a empezar. Dentro de cinco minutos pasaré al *hyperdrive*. Como ya sabéis, emprendemos este viaje para averiguar qué sucede con nosotros durante la travesía del espacio cuatridimensional. Hasta ahora, el «salto» de las naves por el hiperespacio se realizaba tan aprisa, que las tripulaciones no recobraban el conocimiento hasta entrar de nuevo en nuestro espacio. Yo pretendo que ahora, en este experimento, la cosa sea distinta. Mandé desmontar para ello el acostumbrado robot piloto, encargado normalmente de desconectar el *hyperdrive* en el momento preciso, y lo hice sustituir por un aparato psicotécnico que nos proporcionaron los norlganenses. Este psicorrelé nos permitirá aislar el *hyperdrive* con la simple fuerza de nuestros pensamientos. Si mi teoría de que el espíritu del hombre puede resistir las condiciones del espacio cuatridimensional es cierta, no tenemos por qué tropezar con dificultades para regresar a nuestro mundo cuando nos plazca. Además contamos a bordo con los encefalógrafos que captan por medio del cable de acero nuestros pensamientos durante el vuelo. ¿Está todo a punto?

—*Okay, darling!* —contestó Nrola, que de vez en cuando demostraba un especial sentido del humor.

—¡Todo a punto, jefe! —confirmó Andy.

—¡Adelante, entonces...! ¡Hasta la vista, chicos!

Antes de que pudiera adueñarse totalmente de él la sensación de inseguridad que notaba crecer a cada instante, Steel introdujo su segura mano en la maraña de botones, llaves e hilos y conectó los encefalógrafos, puso en marcha el psicorrelé y apoyó sus manos en la gran palanca roja que accionaba los transformadores. Éstos producirían las ondas estructurales que, a su vez, debían mover el *Transzendor* a una velocidad superior a la de la luz y lanzarlo fuera del espacio. Porque la nave no podía permanecer allí, donde su masa aumentaría hasta el + infinito. No; sería disparada a otro espacio donde su masa no tendría importancia, donde regirían otras leyes.

Steel tomó aire. Aquella sensación de incertidumbre había alcanzado un grado difícil de soportar. ¿Y qué, si todo salía mal? ¿Si su teoría era equivocada y el espíritu humano no soportaba el espacio cuatridimensional? En tal caso, lo que se proponía llevar a cabo no era más que un suicidio o, peor que eso, un crimen en las personas de sus dos compañeros. De pronto vio ante sí, además, el rostro de su joven y encantadora esposa, que le esperaba en Texas. Y a sus dos hijitas, que escudriñaban el cielo desde la pequeña casa de campo, con la ilusión de descubrir su nave.

¿Podía hacerlo, en realidad? ¿No era excesiva la responsabilidad? En sus oídos

retumbó el estruendo que, procedente de los sobrecargados rayos conductores, llenaba el vehículo entero. Steel hizo un esfuerzo y logró vaciar su mente por unos breves momentos. No hubo ya inseguridad ni recuerdos familiares. Todo en él era voluntad.

Con gran energía dio vuelta a la palanca.

El estrépito de los pseudocables de aire ionizado adquirió caracteres impresionantes en las salas de máquinas. Columnas blanquiazules de increíble potencia se elevaron en las cámaras de corriente, y enormes chispas saltaron de contacto a contacto con ensordecedor estampido. El aullido de los transformadores alcanzó estridencias insoportables para enmudecer al fin en los dominios ultrasónicos. Toda la nave tembló y se estremeció. El fragor de las cámaras de corriente se tragaba las voces de los robots, transmitidas por los amplificadores. Con ayuda de servomecanismos se formaban solos los círculos de corriente. Densas ondas de ozono brotaban de las salas de máquinas y penetraban en las cabinas. Steel había seguido el movimiento de sus manos con los ojos. A veces creía ver en ellas unos seres independientes, sobre los que no tenía poder...

Súbitamente desapareció de su cerebro aquel vacío que se había impuesto mediante la autosugestión. Con una violencia hasta entonces contenida se dio cuenta de lo titánico de su experimento. Quiso gritar que lo detuvieran, que no siguiera adelante... Un miedo horrible se apoderó de su persona, superando ya los límites de lo resistible.

—¡Basta! —intentó chillar al fin, pero ya no pudo hacerlo.

Con ojos desmesuradamente abiertos vio cómo sus manos hacían girar la palanca que haría funcionar con la máxima potencia los transformadores. Sus oídos percibieron aún el estruendo de las columnas de corriente, los bramidos inhumanos del robot jefe y el crepitar de las chispas que danzaban sobre el pupitre de mando. Vio el resplandor de los azulados fuegos de san Telmo y sintió el temblor de los transformadores ultrasónicos que combaban el espacio.

La más negra noche les cubrió a él y a sus hombres cuando el *Transzendor* se preparó para saltar sobre el tiempo y el espacio. Una noche que llegó con la rapidez de un golpe con una clava, al retorcerse el espacio en convulsiones y escupir la nave.

Pero eso no era nada nuevo. El *hyperdrive* contaba ya con una antigüedad de casi seiscientos años.

Steel sonrió espontáneamente. No era nada nuevo, desde luego, pero cada vez constituía un tremendo fenómeno: el brutal paso de una física a la otra.

¿Y... su experimento? ¿Había resultado, pues? ¿Y qué era esa niebla?

Henry Steel abrió los ojos. Sí, los velos aún estaban allí. Sin embargo, la claridad era mayor. Aguardó inmóvil, aferrándose a una esperanza a la que no se atrevía a dar paso.

«¡No te muevas!», se ordenó a sí mismo. Primero tenía que ver qué ocurría. Poco a poco, el telón gris fue retrocediendo... Sus ojos pudieron ver de nuevo. Steel se enderezó de repente. Una maravillosa claridad le rodeaba, una claridad hasta entonces no conocida y que, sin embargo, no deslumbraba. Cosa rara, sus ojos resistían perfectamente ese fulgor, pero su conciencia, apoyada en una memoria que de nuevo funcionaba a la perfección, registró en ella algo distinto, nunca visto antes.

En su campo visual penetraron objetos que le parecieron familiares. La herradura de la mesa de mandos, el sinnúmero de interruptores, palancas, palanquetas y ruedas de mano; el interior de la cabina, las portillas y las paredes del *Transzendor*.

Nada había cambiado. Sólo la claridad era distinta, aunque antes también penetrara el sol en la nave.

Steel miró extrañado a su alrededor. ¿Era eso resultado del experimento? Sus pensamientos se daban caza. ¿Qué habría sucedido? ¿Había fallado el *hyperdrive*, o seguía funcionando como de él se esperaba? El astronauta echó una mirada a un voluminoso instrumento cuya lectura estaba graduada en parsecs por segundo, y la delgada aguja permanecía temblorosa en el extremo de la derecha, marcando una velocidad a la vez insignificante e inconcebible.

El hombre se levantó y estiró sus miembros. Le había invadido una sensación de sorprendente bienestar. Experimentaba aquella ligereza que sólo conociera antes, alguna vez, en sueños. Se dirigió al ojo de buey. Era extraño: al caminar flotaba ligero como una pluma. No era la sensación de caer que, como astronauta, tantas veces notara durante el estado de ingravidez. Aquello, era un andar libre, cómodo, pero sin tocar el suelo. Steel sonrió satisfecho. ¡Daba pasos por el aire!

Al mirar por la portilla comprobó algo todavía mucho más extraordinario: el espacio ya no era negro, sino claro y resplandeciente como el mismo sol. En cambio, no cegaba. Era una luz agradable y nítida que no procedía de parte alguna. Steel la contempló extasiado. Aquello, unido al suave flotar, resultaba increíblemente hermoso...

Y rió de contento.

«¡Eh! ¿Qué es eso?», preguntó una voz bien firme en su interior y, entonces, Steel pensó súbitamente en Nrola, en Andy.

«¡Exactamente! —dijo la misma voz—. ¡Uno soy yo...!»

Steel se volvió. Pese a carecer de peso, podía moverse sin rozar un objeto sólido. ¿Qué leyes imperaban allí?

Luego regresó a su puesto de mando. Al pasar junto a su propio asiento, descubrió en él una figura encogida y oscura.

«¡No! —pensó—. Ése no puede ser mi sitio. ¡El mío está vacío!»

«¿Hum?», zumbó la voz en su interior.

Steel se inclinó sobre el hombre hundido, cuyos rasgos aparecían curiosamente borrosos. Cuando reconoció el rostro de facciones duras y piel curtida, nariz delgada y la cicatriz de la barbilla, producida por las garras de un pajarraco de Venus, se

estremeció de horror.

«¡Pero si ése soy yo!», se dijo.

«Naturalmente, capitán —repuso la otra voz—. ¿Quién, si no?»

Pero... ¡pero eso no podía ser! Steel alargó una mano y agarró por un brazo a su desmadejado doble. Mejor dicho, quiso agarrarle, porque sus dedos atravesaron la muñeca del individuo como si no existiera. La forma que ocupaba el asiento del piloto era para él una niebla oscura, un algo pegajoso que su nuevo cuerpo podía atravesar sin más ni más.

«¡Debo estar soñando! —pensó Steel—. ¡No puede existir semejante cosa!»

—«Sí —respondió la voz desde su interior—. Todo es perfectamente lógico y está de acuerdo con la teoría. Por cierto, Andy, que he vuelto a ganarte una apuesta...»

«¿Eres tú, Nrola?», preguntó Steel.

«El mismo, jefe», transmitieron los pensamientos, y el esférico ser de Norlga se levantó de su «asiento».

Nrola consideró por debajo de su dignidad volverse siquiera para ver la triste copia de su figura, que quedaba allí contraída.

«Acepto que la ganaste —contestó Andy desde su sitio, a la vez que se ponía de pie dejando igualmente un bulto gris en el sillón—. Hay algo que no acabo de entender —continuó—. Veo perfectamente que no hablas y, sin embargo, te oigo con toda claridad...»

«Eso es telepatía —intervino Steel—. Por si no lo sabíais: nos hallamos en el espacio cuatridimensional. Podéis ahorraros la saliva. ¡Aquí sólo conversamos con los pensamientos!»

Andy contempló a su impreciso doble con expresión dudosa.

«¿Y eso qué es?»

Steel le miró con pícaro sonrisa. Aún tenía reservadas otras sorpresas para Andy, sobre todo después de haber comprendido el alcance de su experimento.

«Eso es tu viejo cuerpo —explicó—. Por ahora no lo necesitas. Aquí hemos obtenido uno nuevo, que podríamos llamar cuerpo del espíritu o cuerpo astral, como también se dice. Con ello quedaría demostrado que el espíritu posee una forma: la forma del cuerpo original.»

A continuación, Steel comprobó los instrumentos. El *Transzendor* volaba a la incomprensible velocidad de unos cuantos parsecs por segundo por el espacio normal... Pero no, mejor dicho, se encontraba en el hiperespacio cuatridimensional, donde permanecía quieto e inmóvil.

«¿Podríamos activar los controles?», quiso saber Andy.

«Sólo el psicorrelé, que desconecta el *hyperdrive*. ¡Éstos no! —repuso Steel por la vía del pensamiento—. ¡Fíjate!»

Sus largos y finos dedos fueron a coger una palanqueta, pero la atravesaron y se introdujeron también en el pupitre de mando, como si éste no existiera.

El norlganense miraba por la portilla.

«¡Tiene que haber planetas habitados en este mundo!», fueron sus pensamientos.

«Exactamente», asintió Steel.

Reflexionó unos instantes e hizo acudir a su memoria la sala de máquinas principal, con sus transformadores y robots. La vio con toda claridad en su imaginación, dio unos cuantos pasos indecisos y, al fin, respiró con alivio. Había cambiado de lugar. No estaba ya en el puente, sino en la sala de máquinas. Sonrió con orgullo al recibir los pensamientos de sus dos acompañantes, asustados ante la súbita desaparición del jefe. Recordó entonces la cabina de mandos, y allí estuvo en seguida, de nuevo.

Andy y Nrola Onrlo no salían de su asombro.

«Teleportación —explicó Henry Steel sin dar importancia a la cosa—. Piensas en el destino deseado, y ya te ves allí.»

La confusión que reinaba en la mente de Andy, cuyos ojos le miraban desconcertados, le hizo sonreír. ¡Pues todavía iba a asombrarse más!

«Esta nueva facultad nos va a resultar muy útil, muchachos. Vamos a visitar un planeta de este espacio, en el que viven hombres. Verdaderos hombres de dos piernas. ¿Me entiendes, Nrola? ¡Imaginaos conmigo ese planeta vivamente y desead ser transportados a él!»

Sus pensamientos formaron en el acto un paisaje de ensueño.

«¡Caramba! —exclamó alguien a su lado—. ¡Vaya rapidez!»

Se hallaban los tres entre flores de colores tan espléndidas como jamás vieron antes. Gorjeaban unos pajaritos paradisíacos, y la ya conocida soberbia claridad iluminaba toda la verde llanura, el paisaje entero.

Andy transmitió un pensamiento:

«¡Jamás había visto nada tan hermoso!»

Steel lo registró distraído.

«Pues yo ya estuve aquí muchas veces —pensó—. ¡Cuántos sueños no me trajeron a este prado, a esta llanura infinita!»

Steel se sentía ligero como una pluma, no experimentaba necesidad alguna y ni siquiera le hacía falta respirar. Su cuerpo había adquirido en el hiperespacio una cuarta dimensión: ¡el tiempo! El tiempo como constante. ¡La vida eterna!

«¡Eso mismo, jefe! —pensó Nrola, impresionado—. ¡Poseemos la vida eterna!»

«¿Qué?», gruñó Andy maravillado.

La interrogación que su cabeza emitió no podía interpretarse de otra manera.

«¡Atiende bien, pánfilo! —se esforzó en exponerle el norlganense—. ¿Sabes por qué nuestros cuerpos no pueden sobrevivir en el espacio cuatridimensional?»

«¡Me lo figuro, cabezota de bola! Porque les falta una dimensión.»

«Muy bien —intervino Steel—. Nuestros cuerpos son tridimensionales y, por lo tanto, no resisten el hiperespacio. Les falta una dimensión o, dicho de modo más gráfico, un “lado”. Pero hay algo en el hombre que sí tiene este cuarto lado. Me refiero al alma, al espíritu. Todos, incluso los norlganenses, sabemos que el alma es

inmortal. Hace miles de años que se tiene conocimiento de ello. Ahora bien: ¿qué significa esa inmortalidad del alma? Simplemente que el tiempo, que en relación con el cuerpo humano es siempre una variable, se convierte en constante para el alma. O sea que se transmuta en esa cuarta dimensión que faltaba. El alma, el espíritu, la posee. Y eso es lo único capaz de vivir aquí.»

Nrola Onrlo hizo un gesto de afirmación y dejó dar vueltas a sus tres brazos.

«Raramente se piensa en que el alma también tiene una forma, aunque esa forma sólo puede ser vista, lógicamente, por ojos que posean la cuarta dimensión. Y su figura corresponde exactamente a la del cuerpo tridimensional...»

Mientras intercambiaban sus pensamientos, los tres se habían puesto en movimiento y avanzaban flotando sobre la inmensa llanura, camino de una meta atractiva, pero imprecisa.

«Esto es como un sueño —pensó Steel, recorriendo el paisaje con la mirada—. ¡Qué riqueza de colorido! ¡Qué áurea claridad! Ni una nube oscurece el cielo. Uno se siente ágil y libre como en ningún otro lugar...»

El astronauta contempló su cuerpo, aún vestido con las prendas perfectamente blancas que usara a bordo del *Transzendor*. El ligero pantalón de algodón, la camisa deportiva y, encima, la nivea bata de laboratorio. Pero podía mudarse de ropa, si se le antojaba. Un pensamiento bastaría para ver cumplidos sus deseos. Este mundo era el de las psicoenergías. Lo que en el antiguo espacio tenía que lograrse mediante el esfuerzo mecánico, aquí se realizaba con ayuda de las fuerzas psíquicas.

Telepatía, el modo de entenderse. Teleportación, el sistema de transporte. Telequinesis, la influencia sobre cualquier materia gracias a la fuerza del pensamiento, para lo que en el antiguo espacio eran imprescindibles los complicados psicoaparatos —relés del pensamiento— de los técnicos norlganenses.

¡La vida ideal! Como en un sueño... Y una nueva idea se apoderó de Steel. ¿Sería posible que el sueño humano significara, sencillamente, que el alma abandonaba el cuerpo durante el descanso de éste para volar al hiperespacio? ¡Habría que realizar algún experimento basado en esta hipótesis! Para ello convendría que regresara rápidamente a la Tierra...

Otro pensamiento surcó de pronto su mente. ¿Cuántos días llevaban en el fascinante planeta...? ¿Cuánto tiempo? El hombre soltó una breve carcajada. ¡Si aquí el tiempo no tenía importancia alguna! Ni siquiera se daría cuenta de su transcurso, ya que, en relación con él, no avanzaba.

Podría pasar miles de años terrestres en este lugar sin tener que preocuparse por el problema «tiempo».

En cambio, en el espacio normal... Allí, la materia y la recta del tiempo se movían incesantemente, una en relación con otra. Y eso quería decir que la Tierra envejecería y envejecería sin que para él y sus hombres hubiera pasado un solo

segundo.

Steel se detuvo bruscamente cuando tuvo conciencia del verdadero alcance de sus reflexiones... ¿Cuánto tiempo había transcurrido en la Tierra desde su partida?

¿Tres días? ¿Cinco semanas? ¿Treinta años o... quizá tres mil? Sí, era perfectamente posible que, durante su ausencia, la humanidad hubiera dejado de existir. Que la Tierra se hubiese hecho demasiado vieja para alimentar a sus hijos...

No supo qué contestarse, ya que le faltaba todo punto de referencia para realizar un cálculo. De una cosa estaba seguro, no obstante: de que, en el espacio normal, el tiempo habría transcurrido con una rapidez de la que él, aquí arriba, ni se podía formar idea.

Inesperadamente se materializó ante ellos una figura. Steel retrocedió asustado, mientras que Nrola no pudo contener una exclamación de espanto. Símbolos del pensamiento penetraron en su conciencia para transformarse allí en palabras.

«Nada temáis, extraños. Vengo en son de amistad.»

Steel contempló al recién llegado con creciente interés. Asombrado comprobó que el desconocido vestía una especie de toga blanca que envolvía su alta figura en airosos pliegues y llevaba como adorno, en los bordes, franjas de luminosos colores. De unos tonos tan intensos que no hubiera creído que existieran. El hombre era de gran estatura, casi gigantesco, pero bien formado. Sus ojos parecían negros carbones en sus órbitas, y una espesa melena blanca le caía sobre los hombros.

El desconocido alzó una mano ancha y musculosa.

«Os doy la bienvenida —penetraron las psicoondas en la conciencia de Steel—. Soy Ben Rigel, el mentor 5, y me ofrezco como guía para introducirnos en nuestro mundo.»

«Te damos las gracias, Ben Rigel», contestó Henry Steel.

Debía reconocer que se encontraba confundido.

El anciano tuvo un gesto de amabilidad y después contempló a los tres extranjeros. Cuando sus ojos se posaron en el norlrganense, una expresión de auténtico asombro se reflejó en su pacífico rostro. Sus pensamientos delataron que no había esperado encontrarse con un ser procedente de Capella.

«¿A qué se debe que hayas llegado hasta aquí? —preguntó a Nrola Onrlo—. ¿No te condujeron tus mentores al planeta que te correspondía por la constelación a que perteneces?»

«¿A qué mentores haces referencia, Ben Rigel? —repuso Nrola, sorprendido—. ¿Y a qué planeta?»

«¡Pero eso es muy sencillo! —exclamó el hombre peliblanco, con cierto enfado. Sus ideas confusas revelaban que aún no sabía bien a qué atenerse—. Vosotros tres moristeis en vuestros mundos, como lo llamáis allí abajo, ¿no es cierto?»

Steel empezaba a entenderle y sonrió.

«No, Ben Rigel; nosotros no estamos muertos —replicó, mientras el mentor seguía enviando unas psicoondas que demostraban su creciente desconcierto—.

Vinimos a este planeta por propia voluntad —declaró Steel con paciencia—. Lo conseguimos gracias a un vehículo. ¿Que no lo crees? No te miento, Ben Rigel. Estudia mis pensamientos y en ellos comprobarás la verdad.»

«La veo, sí, pero... ningún vehículo puede romper la barrera que separa los dos mundos. Es totalmente imposible, porque sólo un espíritu la supera, y una nave no tiene espíritu.»

«¡Nosotros le dimos ese espíritu, hombre incrédulo, al quebrar con él las leyes físicas de nuestro espacio que, no pudiéndonos sostener en las condiciones que allí imperan, nos arrojó fuera de él, y aquí estamos!»

Henry Steel sonrió triunfante, pero pronto sintió renacer en su interior los viejos temores. Por centésima vez se preguntó: «¿Cuántos años habrán transcurrido para la Tierra, entretanto? ¿No hay ecuación con que calcularlo?»

Su cerebro se martirizaba en busca de respuesta... ¿Viviría aún su familia? Sus pensamientos se concentraron en la joven y bonita esposa, cuyo recuerdo despertó en él un terrible anhelo. Steel no se dio cuenta de que Andy, quien sin querer había seguido sus preocupaciones, enrojecía hasta las orejas. El viejo mentor se volvió por fin hacia él. Parecía haberle comprendido.

«Creo que me hago una idea de vuestro caso. Pero quisiera saber una cosa. ¿Para qué ese vehículo, el *Transzendor*, como tú lo llamas en tus reflexiones? ¡Hubieras podido llegar a nuestro mundo de manera mucho más fácil!»

«Sí. Muriendo allí —admitió Steel—. Pero eso significaría, para mí, no poder recuperar nunca mi cuerpo anterior, Ben Rigel, mientras que con ayuda del vehículo lo conseguiré en cualquier momento.»

El mentor le miró sorprendido, y momentos más tarde recibió Steel sus todavía más asombrados pensamientos:

«Pero... ¿es que de verdad deseas volver a tu antiguo cuerpo?»

El comandante de la nave guardó silencio. Una vez más se deslizó por su torturada mente lo que poco antes le ocupara.

Pensó en el tiempo transcurrido entretanto en la Tierra. Se imaginó a su mujer, que envejecería sin que para él hubiese pasado un fragmento de segundo, y recordó a las dos niñas, que un día serían más viejas que su padre...

Dejó volar la memoria hasta su casa recostada entre verdes colinas, y revivió la existencia en el mundo. Pasaron ante sus ojos los esfuerzos que incluía lo terrenal y los comparó con las delicias del planeta que Ben Rigel les iba a dar a conocer más a fondo. Pensó en la penosa forma de vida de los humanos, condenados a comer y dormir, respirar y viajar, calentarse o buscar el fresco, vestirse y ganarse el pan de cada día con el sudor de su frente.

Pese a su alejamiento mental, se dio cuenta de que Andy y Nrola, que habían seguido atentos sus reflexiones, se apartaban poco a poco de él para unirse a Ben Rigel.

«Sí —se dijo—. Ésos se quedarán sin vacilar. Y yo no les obligaré a volver

conmigo. Andy Richter no tiene familia ni hogar. Apenas conoce la Tierra, porque pasó toda su vida metido en naves espaciales. Y Nrola Onrlo, en la Tierra sólo es un huésped, no encontraría en su lejano Norlga más que el clima de un planeta moribundo, aparte de no haber gozado de otro hogar que los puentes de mando de los vehículos interestelares.»

Steel miró a su alrededor, procuró grabar en el recuerdo la preciosa llanura verde y los maravillosos edificios que uno podía construirse con la sola fuerza de su imaginación, admiró la dorada luz que envolvía seductora su cuerpo y experimentó la ligereza y la hasta entonces desconocida sensación de dicha que le proporcionaba el nuevo cuerpo, y lo comparó todo una vez más con lo que le aguardaba en la Tierra.

¿Cómo podía ocurrírsele siquiera pensar en regresar al mísero planeta? Lanzó una risa alegre y llamó a sus compañeros.

«Ben Rigel —dijo—, ¿qué esperamos todavía? ¡Un mundo nuevo se abre ante nosotros!»

«Me alegro infinitamente, jefe, de que permanezca a mi alcance», transmitió Nrola.

«Me entristecía tener que perderle, comandante», agregó Andy.

El muchacho contemplaba feliz los hermosos edificios hacia los que ahora se encaminaban.

Se alzaba delante de ellos una media docena de magníficas casas de un material blanco y desconocido, cuando Steel se detuvo de repente. Ben Rigel y los dos amigos continuaron unos metros y luego se volvieron, interrogantes.

Steel escuchó su voz interior durante unos instantes. No podía formular una idea clara, pero en cambio aumentaba en él un sentimiento que, al ser escuchado, pronto le hubo vencido definitivamente.

«¡Mi vieja y buena alma —pensó—, no ha perdido su fuerza!»

Alzó poco a poco la cabeza y miró abiertamente al anciano mentor. Una radiante sonrisa iluminaba su rostro y confería claridad, también, a su decisión.

«¡Adiós, Ben Rigel! —exclamó, y la convicción de haber obrado bien le inundó de júbilo. Con gusto hubiera gritado de alegría—. ¡Adiós, Andy! ¡Adiós, Nrola Onrlo! Yo regreso a nuestra querida y buena Tierra. Me siento aún demasiado joven para la eternidad.»

Antes de que pudiesen alcanzarle los suplicantes pensamientos de sus dos amigos, se halló en un lugar totalmente distinto: en el puente de mando del *Transzendor*, que permanecía inmóvil en el hiperespacio, y estuvo muy seguro de lo que hacía.

«¡La Tierra!»

Sus pensamientos surcaron su mente de un lado a otro, cual relámpagos, mientras él tomaba asiento en el sillón del piloto y se fundía de nuevo con su antiguo cuerpo. Sabía que todavía no era demasiado tarde. Que encontraría una Tierra apenas cambiada, en la que permanecería durante todo lo que le restara de vida hasta que, un día, volviera a verse en aquella llanura verde e infinita.

«¡A la Tierra!»

Steel dio la orden mental al psicorrelé, y el delicado mecanismo norlganense reaccionó de inmediato. Silenciosamente dejó de funcionar el *hyperdrive*, y el vehículo entró otra vez en el viejo espacio.

Antes de que la noche se cerniera sobre él, Henry Steel comprendió con una claridad inimaginable que la turbadora sensación de felicidad que le embargara desde el momento de haber tomado la decisión final, era mucho más profunda y hermosa que lo que le había inspirado el mundo de la eternidad.

Notas

[1] Canción popular infantil alemana (N. del T.) <<